





CB 7165609A

n. 4. 1255175

15 P

VIDA

DE

NAPOLEON BONAPARTE.

TOMO II.

VIDA

NAPOLÉON BONAPARTE

VIDA

NAPOLÉON BONAPARTE

TOMO II

VIDA
DE
NAPOLEON BONAPARTE,
PRECEDIDA

DE UN BOSQUEJO PRELIMINAR DE LA REVOLUCION FRANCESA.

ESCRITA EN INGLES

Por sir Walter Scott,

TRADUCIDA LIBREMENTE AL ESPAÑOL

Por M. L.

i adornada con dos láminas.

TOMO SEGUNDO.

BARCELONA:

POR JUAN I JAIME GASPAS.

1830.

Con las licencias necesarias.

Archivo Bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

10158

VIDA
DE
NAPOLEON BONAPARTE

PRIMERA

DE UN BOCHELO ENTENDIDO DE LA REVOLUCION FRANCESA

Es propiedad de los EDITORES.

TOMO PRIMERO

Se halla venal,
En Barcelona, librería de OLIVA.
Madrid, en las de PEREZ i CUESTA.

VIDA

DE

Napoleon Bonaparte.

CAPITULO I.

RESUMEN DEL CAPITULO I.

EL 10 DE AGOSTO.—TÓCASE Á REBATO.—LOS SUIZOS DE LA GUARDIA, I LOS RESTOS DEL PARTIDO REALISTA, SE REUNEN EN LAS TULLERÍAS.—ASESINATO DE MANDAT.—DEBILIDAD DE LUIS I ENERGÍA DE LA REINA.—LOS MINISTROS DEL REY, EN LA BARRA DE LA ASAMBLEA, MANIFIESTAN EL RIESGO QUE CORRE LA FAMILIA REAL, I PIDEN QUE SE ENVÍE Á PALACIO UNA DIPUTACION.—LA ASAMBLEA PASA Á LA ORDEN DEL DIA.—COMBATE EN LAS TULLERÍAS.—LOS SUIZOS RECIBEN ÓRDEN DE PONERSE AL LADO DEL REY.—SON MUERTOS MUCHOS I DISPERSADOS.—CASI TODOS ELLOS SON ASESINADOS ANTES DE ANOCHECER.—LA FAMILIA REAL PASA LA NOCHE EN EL CONVENTO DE LOS FULDENSES.

CAPITULO I.

PROSIGUE

EL BOSQUEJO DE LA REVOLUCION FRANCESA.

Desde la insurreccion del 20 de junio, en que se habia manifestado hasta que punto estaba el rey á merced de sus enemigos, habia este renunciado casi á toda idéa de salvacion, ó de fuga. Enrique IV. hubiera pedido sus armas: Luis pidió su confesor. »Nada tengo ya que hacer en la tierra, dijo; debo dirigir todos mis pensamientos ácia el cielo.» Se hicieron algunos esfuerzos inútiles para ganar á los gefes de los jacobinos; tomaron dinero, i continuaron, como era de esperar sus hostilidades. La proposicion de la deposicion del rey, tenia un débil apoyo todavia en la convencion: su suerte dependia de la crisis que se esperaba. Por fin llegó el fatal 10 de agosto, dia que los girondinos i sus antagonistas habian fijado para la lucha decisiva.

Sabedor el rey de sus proyectos, habia hecho venir en toda diligencia de los cuarteles de Curbevoie, mil guardias suizos, con cuya fidelidad contaba. La escelente disciplina, i la firmeza de estos valientes montañeses, hubieran podido recordar la descripcion hecha por los historia-

dores* de la entrada de sus antepasados en París, en circunstancias semejantes, la víspera del día llamado de los parapetos en el reinado de Enrique II. Pero las inquietudes del momento no permitian pensar en lo pasado.

El día 10 de agosto muy temprano, se tocó á rebato en la ciudad de París; que era el anuncio de que la insurreccion, que hacia tanto tiempo amenazaba, i acababa por último de estallar en muchos barrios; los constitucionales rechazaron á los que se presentaban á hacer aquella terrible señal; pero los jacobinos bien preparados, triunfaron en todas partes, é hicieron muy en breve resonar aquel son lúgubre en todos los puntos de la capital.

Los dos partidos, al oírle, dispusieron sus fuerzas para el ataque i para la defensa, considerándose por cada uno de ellos aquella jornada como decisiva.

Los suizos tomaron las armas, i ocuparon los puestos interiores i exteriores del palacio. Cerca de cuatrocientos granaderos de la fiel seccion de las *Educandas de santo Tomás* reforzados por muchos de la de *Petits-Peres*, que inspiraban

* Imitada tambien del historiador Dávila por el poeta dramático Lee; "¿No habeis oído? El rey adelantándose al día ha recibido sus guardias en la ciudad; los suizos han entrado alegremente al son de pifanos; el populacho apático los contemplaba penetrado de admiracion, despues se volvió á meter en sus tiendas, i les dejó el paso libre." (a)

(a) Este trozo lo ha copiado el autor del *duque de Guisa*, escena III, acto IV. Esta tragedia política fué hecha en union por Lee i por Dryden. Sir Walter Scoth cita en su edicion de las obras de Dryden el paso mismo de Dávila: *Un hora innanzi giorno si sentirono i piferi, i tamburri degli suizesi*, etc. Libro IX. (Editor).

tambien una justa confianza, fueron colocados en la parte interior del edificio para contribuir con los suizos á su defensa. Los restos del partido realista, no desalentados por los acontecimientos del 28 de febrero del año anterior,* concurren á las Tullerías, asi que oyeron el primer toque de alarma. Podian formar, con las personas afectas al servicio de la familia real cerca de cuatrocientas personas. Nada prueba mejor lo poco preparada que estaba la córte para la resistencia, como la falta de fusiles i de bayonetas para armar á los voluntarios, i la de municiones, escepto las que los suizos i los granaderos de la guardia nacional llevaban en sus cartucheras. La vista solo de esta pequeña tropa, era mas para inspirar desaliento que confianza. Al grito caballeresco de „dejad entrar á la nobleza de Francia!“ desfiló esta por delante de la familia real. ¡Ah! en vez de aquellos millares de nobles, cuyas espadas se veían brillar en otro tiempo en derredor de su rey en semejantes crisis, no se veían en esta ocasion sino ancianos militares distinguidos, pero cuyo vigor, ya que no fuese el valor, habian domado los años; jóvenes, apenas salidos de la infancia, i empleados civiles, de los cuales algunos, por egemplo Lamoignon de Malesherbes, sacaban su espada entonces por la primera vez. Notábase tanto en sus armas como en su trage una estraña mescolanza. Espadas, sables, pistolas, eran sus medios de defensa contra enemi-

* En el cual, en una circunstancia semejante, habian sido insultados por la guardia nacional. Véase tomo primero capítulo IV.

gos armados de fusiles i de cañones , mas no por eso era menor su ardor. En vano la reina, casi bañada en lagrimas , exortó á hombres de ochenta años , i de mas edad aun , á que renunciassen á una lucha tan escesivamente superior á sus fuerzas. Aquellos veteranos conocian que habia llegado la hora fatal ; i fuera de estado de combatir , reclamaban el privilegio de morir cumpliendo con su deber.

María Antonia mostró un valor el mas magnánimo. » Su aspecto magestuoso , dice Peltier , su labio austriaco , i su nariz aguileña le prestaban un aire de dignidad , de que no se puede formar idea sino habiéndola visto en aquel momento crítico. » Si hubiera podido inspirar al rey una parte de su activa energía , acaso esté , aun en este último momento , hubiera podido arrancar la victoria á los revolucionarios ; pero , capaz de sobrellevar sus desgracias como santo , no se hallaba en estado de considerarlas , i de combatir las como héroe ; el horror que le inspiraba la efusion de sangre paralizaba todas sus fuerzas.

Ya se oían á lo lejos los clamores de los enemigos , cuando las legiones de la guardia nacional , arrastrando sus cañones , entraron sucesivamente en el jardin de las Tullerías. Entre los ciudadanos armados , algunos , sobre todo los artilleros , eran enemigos del rey ; otros estaban bien dispuestos á su favor ; el mayor número estaba indeciso. Mandat , su comandante , estaba enteramente á devocion del rey. Las disposiciones que habia tomado eran propias para desalentar á los rebeldes , i para inspirar confianza á los bien intencionados , cuando fué lla-

mado por la municipalidad para recibir órdenes, lo cual no dudó hacer, contando con el apoyo de los constitucionales que aun habia en aquella corporacion. Pero sucedió lo contrario, porque se halló enteramente en poder de los jacobinos. Mandat fué arrestado, i enviado á la cárcel de la Abadía; no llegó á ella, i fué muerto de un pistoletazo á la puerta de la casa consistorial, siendo su muerte una pérdida incalculable para el partido realista.

En el intervalo, se habia dejado escapar de las manos una ventaja de mucha importancia. Petion, corregidor de París, del partido de Brissot, fué reconocido entre los guardias nacionales. Los realistas se apoderaron de él, i le llevaron al palacio, donde se propuso guardar en rehenes á este magistrado popular. Sabedores de esta novedad, sus amigos de la asamblea, hicieron la proposicion de hacerle comparecer en la barra, para que diese cuenta en ella del estado de la capital. La asamblea envió un mensajero para pedir que compareciese, i Luis tuvo la debilidad de dejarle salir.

Los movimientos de los sitiadores estaban muy distantes de ser tan prontos i tan rápidos como lo habian sido en otras ocasiones, en que no esperaban encontrar una fuerte resistencia. Santerre, fabricante de cerbeza muy conocido, que por su mucha riqueza i afectando mucho entusiasmo popular habia conseguido el mando de la fuerza armada de los arrabales, poseía tan poca energía en lo físico como en lo moral; i no le cuadraba en manera alguna el desesperado papel que se le desti-

naba. Westermann republicano celoso, soldado hábil i valiente, vino á apresurar su marcha, noticiándole que los confederados de Marsella i de Brest estaban formados en batalla en el Carrousel, esperando á la gente armada de picas de los arrabales de san Antonio i san Marcelo. Santerre se resistia, Westermann le puso la espada al pecho, i este comandante, cediendo al terror mas inmediato, puso en movimiento sus pelotones. Su número era inmenso; pero el ataque debia ser sostenido principalmente por los confederados de Marsella, de Brest i otros, á los cuales se habia tenido cuidado de suministrar armas i municiones. Habíase cuidado tambien de asegurarse de los gendarmas, á pesar de que figuraban al lado del rey. Los marseleses i los bretones, fueron colocados á la cabeza de las largas columnas de la gente de los arrabales, al modo que el corte de una acha se reviste de acero; i la parte posterior de ella se guarnece con un metal mas grosero, con el objeto de aumentar la fuerza del golpe. Westermann fué el encargado del ataque. Entre tanto, los defensores del palacio, aconsejaron al rey que pasase revista á las tropas reunidas para su defensa. Luis tenia el aspecto muy abatido, i en vez de uniforme llevaba un vestido morado, luto de los soberanos. » Ignoro, dijo, con palabras balbucientes, lo que esperan de mí; estoy pronto á morir con mis fieles servidores. Si, señores, harémos al menos cuanto nos sea posible por resistir. » En vano la reina procuró inspirarle mas resolucion; en vano cogió una pistola del cinto del conde de Affry, i la puso en manos del rey, diciéndole: » Hé aqui el momento de pre-

sentaros." En efecto Barbaroux, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, manifiesta que está convencido de que si en aquel momento, el rey montando á caballo se hubiese puesto á la cabeza de la guardia nacional, este cuerpo le hubiera seguido, i hubiera echado por tierra la revolucion. La historia nos ofrece un ejemplo muy evidente del mismo género, i parece que se vé á Margarita de Anju procurando en vano comunicar energía á su virtuoso, pero tímido marido.

En lo interior del palacio, las tropas estaban en las mejores disposiciones, i tanto alli como en los patios de las Tullerías, contestaron al discurso de Luis XVI. con los gritos de: *Viva el rey!* Pero en el jardin fué recibido por la guardia nacional de una manera por lo menos equívoca, i con muy poco aprecio por los artilleros i un batallon del arrabal de san Marcelo. Algunos gritaron; *viva la nacion!* otros; *fuera el tirano!* El rey no hizo nada para alentar á sus partidarios, ó para intimidar á sus enemigos, i se retiró para celebrar consejo en su palacio, al derredor del cual se formaba la tempestad.

Se debia esperar que la asamblea, en la cual habian tenido los constitucionales una mayoría suficiente para hacer desechar una acusacion contra Lafayette, haria un esfuerzo para conservar el trono reconocido por la constitucion, i la vida del príncipe virtuoso que le ocupaba; pero el terror habia paralizado á los representantes indignos i cobardes. Los ministros del rey se presentaron en la barra, é hicieron á la asamblea una pintura del estado de la ciudad

i del palacio , exortando á que enviasen una diputacion para evitar la efusion de sangre. Este paso era valiente por parte de estos fieles servidores ; efectivamente , manifestar interés por el rey , era atreverse á nadar cerca del remolino formado por el buque , que se iba á pique ; la medida que proponian habia sido puesta en uso el dia 20 de junio con buen éxito , á pesar de que la diputacion se componia de los enemigos mas declarados del rey. La asamblea pasó esta vez á la *orden del dia* , abandonando de este modo la suerte del rey , i de la capital , á las probabilidades i al resultado de una batalla.

El palacio entre tanto estaba enteramente circumbalado. El puente real ocupado por los sublevados , i el malecon de la margen izquierda guarnecido con cerca de cincuenta piezas de artillería , servidas por los jacobinos mas decididos ; porque desde el principio , el cuerpo de artillería habia abrazado ciegamente el partido popular. En este momento decisivo , Roederer , procurador general síndico , depositario i órgano de la ley , que ya habia prohibido á los suizos i á los realistas armados el hacer el menor movimiento ofensivo , recomendándoles que se contentasen con defenderse en caso de ataque , hizo como que creía su propia seguridad comprometida por esta especie de permiso implícito de servirse de sus armas , aun en defensa del rey. Apuró á Luis XVI , para que se saliese de palacio , i se fuese á poner bajo la proteccion de la asamblea. La reina conoció que era mostrar mucha debilidad el presentarse á implorar como suplicante la proteccion de un

cuerpo, que no habia manifestado la menor sombra de interés por la familia real, al verla rodeada de sus mayores enemigos. Declaró que preferia la clavasen contra las tapias de palacio, antes que consentir en una infamia semejante. Pero el consejo que propendia á evitar la efusion de sangre por ambas partes, iba siempre de acuerdo con la conciencia timorata, i la irresolucion de Luis.

Fueron propuestas otras medidas por aquellos que se habian decidido á velar por su seguridad; pero en la realidad, no quedaba otra eleccion, que la de combatir á la cabeza de la guardia nacional, ó someterse á la voluntad i capricho de la asamblea, i el rey adoptó este último partido.

La reina, su hermana, i sus hijos, le acompañaron, i apenas fueron suficientes los mayores esfuerzos de trescientos suizos i guardias nacionales para protegerlos á ellos, i á un corto acompañamiento compuesto de los ministros, i de algunos hombres de distincion, restos de la córte mas brillante de la cristiandad, que acompañaban á sus señores en este último acto de humillacion, que equivalía á una abdicacion voluntaria. Su marcha era detenida á cada paso por las amenazas, i las imprecaciones mas horribles, i mas de un malvado dirigió las armas contra ellos. Los hombres criminales se acercaron tanto á estos ilustres fugitivos, que á la reina la robaron el relox i el bolsillo. En este riesgo inminente manifestó el rey la mayor grandeza de alma. Débil cuando era preciso perecer con sus súbditos, tenia una rara firmeza cuando solo se trataba de morir.

Al entrar el rey en la asamblea mostró su dignidad. » Hé venido aquí, dijo, para evitar un gran crimen, i creo, señores, que en ninguna parte puedo estar mas seguro, que en medio de vosotros. » *

Vergniaud que presidía contestó en términos convenientes, aunque equívocos: » Podeis contar, Señor, con la firmeza de la asamblea nacional; sus individuos han jurado morir, sosteniendo los derechos del pueblo, i las autoridades constituidas. » **

Un individuo de la montaña dijo, con una amarga ironía, que la asamblea no podia deliberar en presencia del monarca, i propuso que el rey se retirase á una de las salas de las comisiones mas distantes, en donde hubiera sido muy fácil asesinar á la familia real. La asamblea desechó esta proposicion tan insultante como injuriosa, i designó para refugio de aquella desgraciada familia, la tribuna en que los taquígrafos escribian la sesion para los periódicos. No bien se habia concluído de arreglar este incidente, cuando una fuerte descarga de fusilería i de cañones, anunció que la retirada del rey no habia impedido la efusion de sangre, que era lo que tanto temia el monarca.

Era de suponer que el rey deseaba que sus guardias i defensores abandonasen el palacio al mismo tiempo que él. En efecto, ¿ para qué defenderlo, si la familia real no se hallaba ya en él? ¿ I cuánto mas arriesgada era una resolucion semejante, despues de haberse debilitado

* Monitor.

** Idem.

la guarnicion con la retirada de trescientos de los mejores defensores elegidos para escoltar al rey? Pero los suizos no habian recibido órden ninguna de retirada, ni prohibicion de resistir; i la disciplina de su bello cuerpo no les permitia abandonar un puesto sin órden. Dícese que el capitan Durlen preguntó al mariscal de Mailly, cuales eran las órdenes, i que este le contestó: »De no dejaros atropellar.—Podeis estar seguro de ello,» replicó este hombre intrépido.

Sin embargo, para evitar toda provocacion inútil, i en razon de la inferioridad de su número, los suizos evacuaron el patio de palacio, i se retiraron al interior, dejando solamente sus centinelas avanzadas al pie de la magnífica escalera para defender una especie de trinchera construida despues del 20 de junio, con objeto de impedir una irrupcion semejante á la ocurrida en aquel dia.

Los rebeldes, guiados por los marseleses, i por los bretones, se derramaron por el patio sin ninguna resistencia, colocaron sus piezas al abrigo de algunas barracas, i avanzaron sin vacilar hasta los primeros puestos de los suizos. Ya habian empapado aquel dia sus manos en sangre, pues asesinaron á un grupo de realistas, que no habiendo podido penetrar en las Tullerías, trataba de cooperar á la defensa del palacio haciendo diversion, ó al menos observando i marcando las operaciones de los sitiadores.

Sus cabezas habian sido clavadas en picas, como era de costumbre.

Los rebeldes avanzaron, i se dice que los suizos al principio hicieron demostraciones pací-

ficas. Pero habiendo logrado los primeros subir sobre el parapeto, los dos partidos se hallaron en contacto, resultó una reyerta, i se disparó un fusilazo. Se ignora de que parte salió el tiro, é importa poco, porque en casos semejantes, los agresores son aquellos que se aproximan al partido opuesto que está á la defensiva: el primer tiro disparado por aquellos cuya posicion se ve amenazada, debe considerarse simplemente como un acto de represalias, i como si contestase al fuego de sus adversarios.

Esta funesta ocurrencia pareció desvanecer la poca esperanza de conciliacion, que podia aun subsistir. Los federados principiaron inmediatamente á hacer un fuego muy sostenido, i los sitiados disparando igualmente por las ventanas, mataron un gran número de sitiadores. Los suizos, aunque en número de setecientos, se decidieron á hacer una salida, que al principio tuvo un éxito completo, arrojaron á los rebeldes del patio, mataron muchos marseleses i bretones, se apoderaron de algunos cañones, i los volvieron contra ellos. Se anunció á la asamblea que los suizos habian salido victoriosos. Esta noticia causó la mayor confusion. Los diputados se echaban mutuamente en cara la parte que habian tomado en la insurreccion: Brissot mostró timidéz, i figurándose algunos que los suizos iban á asesinarles, trataron de salvarse por las ventanas del salon.

Es cierto que si la salida de los suizos hubiera sido apoyada por un cuerpo suficiente de caballería, la revolucion pudiera haberse concluido en aquel dia. Pero los gendarmas único cuerpo de caballería que estaba sobre las armas,

eran partidarios de la causa popular, i los suizos poco numerosos para conservar su superioridad, se vieron precisados á volverse á meter en el palacio, donde se vieron sitiados de nuevo.

Westermann colocó con mucha inteligencia las tropas i su artillería, i mandó hacer fuego desde todos los puntos al palacio. Los sitiados contestaron á él con menos viveza, porque las municiones se iban apurando. En este momento, Hervilly se presentó de parte del rey á mandar á los suizos que cesasen el fuego, que evacuasen el palacio, i que se trasladasen al lado de su persona. Los fieles guardias obedecieron, suponiendo que debian no someterse, sino ir á combatir á otro punto, i á la vista del monarca. Pero apenas se habian reunido en un solo cuerpo, i tratado de atravesar el jardin, cuando espuestos por todas partes á un fuego esterminador, vieron estos nobles soldados, tan fieles á sus juramentos, disminuir á cada paso su número. Cargados por los pérfidos gendarmas, que hubieran debido sostenerlos, quedaron separados en pelotones, i continuaron defendiéndose valerosamente, hasta que fueron echos pedazos, dispersos, ó asesinados por la multitud. Dificilmente se hallará en la historia, egemplo de una resistencia mas valiente contra un ataque tan terrible; pero tampoco se podria discurrir otro mas inútil.

El populacho entró precipitado en el palacio con los federados, i ejerció la mas atroz venganza contra los pocos sitiados que no habian podido salvarse; i mientras que los unos asesinaban á los vivos, otros, i sobre todos mugeres oprobio de su sexo, mezcladas entre

ellos cometian los mas vergonzosos excesos con los cadáveres.

En aquella ocasion se cometieron atrocidades de toda especie, pero el populacho se opuso al saqueo. En los seres mas groseros, aun en el momento en que se hacen delincuentes de los mas abominables crímenes se observan movimientos que hacen contraste con su maldad, i que hacen ver que la imágen de la divinidad, rara vez se borra totalmente de su alma.

Un menestral de los arrabales, cuyo trage anunciaba la pobreza mas abyecta, se presentó en el punto donde se hallaba la familia real, i preguntó por el rey bajo el nombre de *monsieur Veto*. » Aquí estabais, majadero de *Veto*, le dijo; os traigo un bolsillo lleno de oro que he encontrado en vuestra casa; si vos hubierais encontrado el mio no hubierais sido tan honrado. » Entre esta monstruosa mescolanza, habia seguramente millares de individuos, á quienes su honradez natural apartaria del saqueo, en medio de la rebelion, i de la matanza á que les impelian pérfidas sugerencias.

La asamblea vió entonces á aquellos hombres feroces, ennegrecido el rostro con el polvo, i teñidas las manos en sangre, llegar á pelotones, gritar venganza contra el rey i su familia, é indicar claramente, en presencia de las víctimas que reclamaban, el trato que querian darles.

Vergniaud, que debiera haber dado su nombre á los girondinos mas bien que Brissot, fué el primero que se mostró favorable á los deseos de aquellos terribles peticionarios. Pidió: 1º que se convocase una convencion nacional: 2º que se le suspendiese al rey de sus funciones: 3º

que se le colocase al rey en el Luxemburgo bajo la salvaguardia de la ley; palabras que Vergniaud i los demas debieron haber tenido vergüenza de pronunciar. Estas proposiciones fueron aprobadas unánimemente.

Estuvo á punto de intentarse un esfuerzo vano para salvar el destacamento de los suizos que habia escoltado al rey, i al cual se habian reunido algunos realistas aislados.

Sus oficiales propusieron, como medio desesperado, el apoderarse de la asamblea i declarar á los diputados en rehenes por el rey. Semejante tentativa, considerado el corto número, solo hubiera servido para derramar nueva sangre, lo cual se hubiera mirado como un efecto de la perfidia del rey. Luis les mandó entregar las armas, último acto de su autoridad ácia un cuerpo militar. Ellos obedecieron; pero atacados inmediatamente por los rebeldes, pocos lograron evitar la muerte, i fué muy corto el número á quien salvó el haber entregado las armas. Cerca de setecientos cincuenta hombres perecieron en el ataque, i despues de la toma del palacio. Algunos se salvaron por los esfuerzos generosos de algunos diputados; á otros los enviaron á la cárcel, en donde les esperaba una muerte sangrienta; la mayor parte fueron asesinados por el populacho, cuando los veía sin armas. Los anduvo buscando toda la noche, i aun mató muchos porteros de casas, llamados en París comunmente suizos, aunque los mas de ellos como es sabido, son de país muy distinto de la Suiza.

A la familia real se le dió por último facultad para pasar la noche en el inmediato con-

vento de los fuldenses , en el cual como es de inferir disfrutarian muy poco descanso.

Asi se concluyó , por un período de mas de veinte años , el reinado de los Borbones sobre su antiguo reino de Francia.

CAPITULO II.

RESUMEN DEL CAPITULO II.

LAFAYETTE SE VE PRECISADO Á SALIR DE FRANCIA.— HACENLE PRISIONERO LOS PRUSIANOS CON SUS TRES COMPAÑEROS. — REFLEXIONES. — TRIUNVIRATO DE DANTON, ROBESPIERRE I MARAT. — CREACION DEL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.— ESTUPOR DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA. — TOMA DE LONGWY, STENAY I VERDUN POR LOS PRUSIANOS. — FUROR DEL POPULACHO PARISIENSE. — GRAN MATANZA DE LOS PRESOS DEL 2 AL 6 DE SETIEMBRE. — APATÍA DE LA ASAMBLEA DURANTE ESTOS ACONTECIMIENTOS. — EXÁMEN DE LAS CAUSAS DE ESTA.

CAPITULO II.

Los resultados del 10 de agosto habian establecido suficientemente la bárbara máxima democrática, que la voluntad del pueblo, espresada por su insurreccion, era la ley soberana; los oradores de las sociedades sus intérpretes; i las picas de los arrabales su poder ejecutivo. La vida i la fortuna de los individuos, no fueron otra cosa desde entonces, que concesiones revocables á voluntad del primer demagogo bastante

diestro, bastante envidioso ó codicioso para dirigir contra los propietarios legítimos las fáciles sospechas de un populacho versátil i como fuera de sí, i á quien el hábito i la impunidad habian vuelto feróz.

El sistema fundado sobre estos principios i llamado libertad, era en el fondo un despotismo absoluto, mucho peor que el de Argél; pues cada uno de los millares de gefes de jacobinos en Francia, tenia su círculo particular, en el cual reclamaba, lo mismo que Robespierre i Marat, el derecho de castigar desdenes ú ofensas de antigua fecha, i el de satisfacer su pasion á la sangre i al saqueo.

Todos los departamentos, sin escepcion, se hallaban sujetos del modo mas absoluto á los decretos de la asamblea, ó por mejor decir á los decretos que la municipalidad de París, i los insurgentes le habian dictado. Parecia por lo mismo que iba á llegar el momento en que los magistrados de París, sostenidos por el poder democrático, i en nombre i por la influencia de la asamblea, impusiesen sus leyes á la Francia.

En vano hizo Lafayette esfuerzos para sublevar á sus soldados contra esta nueva especie de despotismo. Aquellos batallones que se tenian por los mas fieles, ocultaban en su seno amigos i representantes de los jacobinos.

Hizo sin embargo la prueba, que puede considerarse como un golpe muy atrevido. Se apoderó de tres diputados enviados cerca de él por la asamblea como comisarios para hacer ejecutar sus decretos, i propuso conservarlos en rehenes como garantía de la vida del rey. Muchos de sus oficiales, entre otros el intrépido Desaix, estaban

al parecer dispuestos á sostenerle , pero Dumouriez , enemigo personal de Lafayette , que aspiraba á sucederle en el mando general , hizo reconocer los decretos de la asamblea por el cuerpo de ejército separado que estaba á sus órdenes. Su ejemplo arrastró á Luckner , que mandaba tambien un cuerpo de ejército independiente , i que al parecer estaba dispuesto á obrar de acuerdo con Lafayette.

Este desgraciado general se vió por último abandonado de una gran parte de su mismo ejército. Se halló en efecto precisado á escaparse con tres de sus amigos bien conocidos en la historia de la revolucion. * Pero al atravesar una parte de las fronteras del país enemigo , fueron hechos prisioneros por un destacamento prusiano.

Fugitivos por la causa del trono , debian esperar encontrar asilo cerca de los reyes armados por la misma causa ; pero , por un apocamiento de espíritu , que era de mal agüero para sus propios futuros sucesos , los aliados decidieron , que estos desgraciados fuesen encerrados como prisioneros de estado en fortalezas diferentes.** Un comportamiento semejante por parte de estos soberanos , por muy irritados que estuviesen por algunas circunstancias de la conducta de Lafayette al principio de la revolucion , ni la moral , ni el derecho de gentes , ni las reglas de una sana política , podian justificarles. No somos en manera alguna partidarios de la especie

* Eran Bureau de Pazzi , Latour-Maubourg i Lameth.

** En Olmutz i en Magdeburgo. Á Lafayette sin embargo se le ofreció la alternativa de una retractacion ó la prision. (*Editor*).

de monarquía democrática que Lafayette habia tratado de hacer establecer; pero no podemos menos de pensar, que si hubiera continuado su victoria del Campo - Marcio, hubiera podido cerrar la sociedad de los jacobinos, i aquellos feroces charlatanes, no le habrian privado de su poder, ni de su popularidad. Pero es preciso perdonar errores de entendimiento á los hombres, que se encuentran en medio de dificultades inauditas, ademas, que la conducta de Lafayette en su viage á París, manifestaba lo dispuesto que estaba á servir al rey i á la monarquía. Aunque concedamos que fuese delincuente ácia su país, no sabemos con que derecho los soberanos del Austria ó de la Prusia se erigian en jueces suyos. Para ellos solo era un prisionero de guerra i nada mas. Por último, rara vez sucede que una política rastrera i vengativa, pueda caminar en armonía con los intereses de los príncipes, ó de las instituciones; el arresto de Lafayette presentaba un ejemplo evidente de esta verdad: probaba claramente á la Francia, i á la Europa, que los soberanos aliados estaban decididos á mirar como enemigos á todos los que habian tenido la menor parte en la revolucion, lo cual comprendia á todos los franceses, escepto á los emigrados armados contra ella. I el resultado debia irritar á todos los franceses á sujetarse al gobierno de hecho, fuera el que fuese, mientras estuviesen amenazadas las fronteras de Francia por estrangeros, cuyos planes eran tan incompatibles con su prosperidad como con su independencia.

Durante algun tiempo, los girondinos i los jacobinos, semejantes á los sabuesos que devo-

ran el animal que han cogido juntos, pararon en sus reyertas. Pero luego que el partido constitucional, cesó de dar alguna señal de vida, volvió á principiar de nuevo su lucha, i los girondinos observaron muy en breve que los aliados que habian llamado en auxilio suyo para derrocar el trono, eran antagonistas, inferiores á ellos bajo el punto de vista de los conocimientos especulativos i de aquella elocuencia hecha para dominar en la asamblea; pero que poseían en un grado mucho mas eminente la energía practica que consumó la revolucion; que eran dueños de la municipalidad de París, i disponian despoticamente de todas las fuerzas de la capital. Tres hombres del terror, cuya fama es de creer que no tendrá igual en muchos siglos en la historia de semejantes revoluciones, eran los gefes reconocidos de los jacobinos, i formaban lo que se llamaba el triunvirato.

Danton superior á sus colegas, asi en talentos como en osadía, debe ser mencionado el primero. Era un hombre de una talla gigantesca, que tenia una voz de trueno; su cabeza era la de un ogro * sobre los hombros de un Hércules. Amaba tanto los goces del vicio, como los actos de crueldad; i se asegura que se humanizaba muchas veces cuando estaba en medio de sus desórdenes, riendose él mismo del terror, que inspiraban sus declamaciones furibundas, i que entonces se podian las gentes arrimar á él sin temor, del mismo modo que al demonio del

* Monstruo imaginario que se decia que devoraba las criaturas.

huracan , cuando la mar está tranquila.* Entregabase á la profusion , hasta el estremo de comprometer su popularidad ; porque el pueblo mira siempre con celos los gastos escesivos que elevan á sus favoritos á una altura superior á su esfera , i acoge siempre las acusaciones de peculado contra los hombres públicos.

Robespierre llevaba á Danton la ventaja de no aparentar buscar la riqueza ; no manifestaba ni avaricia ni prodigalidad , i vivia sencilla i economicamente , con el vivo deseo de justificar el sobrenombre de *incorruptible* , con que le honraban sus partidarios. Tenia al parecer poco talento , á no ser que se considere como tal un gran fondo de hipocresía , auxiliado por un espíritu sofístico , i de una elocuencia fria al mismo tiempo que exagerada , tan contraria al buen gusto como lo eran sus actos á la humanidad.

Debe causar admiracion que un ser tan poco digno de las distinciones públicas , haya podido elevarse i sostenerse por tanto tiempo siendo objeto de todos , aun por efecto de la fermentacion de la hez revolucionaria ; pero Robespierre , que solo podia conseguir sus intenciones engañando al pueblo , poseía tambien el arte de fascinarle la vista , midiendo sus lisonjas á proporcion de sus pasiones , i de su grado de inteligencia , ayudado por una destreza i una hipocresía que ejercen sobre la multitud mayor poder que la elocuencia ó la razon. El pueblo escuchaba á este hombre horrible como á su Ciceron , cuan-

* *Mael stroom* ; esta es una personificacion de las mitologias del norte , análoga á la del cabo de las tempestades , en las *Lusiadas* de Camoens. (*Editor*).

do les lanzaba con una voz aguda i desagradable los apóstrofes de : ¡ *pobre pueblo!* ¡ *pueblo virtuoso!* i cuando , con frases melosas , apuraba por la ejecucion de las mas horrorosas medidas.

La vanidad era la pasion dominante de Robespierre , i se estendia hasta su porte exterior, apesar de que su figura era espantosa , i su fisonomía el retrato de su alma. Por esta razon, jamás adoptó el trage de los descamisados ; se distinguia de los demas jacobinos en el esmero con que peinaba i enpolvaba su cabello , i se esmeraba mucho en toda la compostura de su persona , como para contrapesar , si era posible, el aire comun que manifestaba todo su aspecto. Su habitacion era pequeña , pero elegante, i en todas partes se veía su retrato. En un lado se hallaba el de tamaño natural , en otro el de miniatura ; su busto ocupaba un nicho , i sobre una mesa habia varios medallones que representaban su perfil. Todas estas pequeñeces indicaban una vanidad que era del carácter mas frio i mas egoísta. La falta de atencion la miraba como un insulto , i recibia los homenajes como un tributo ; de suerte que no se mostraba agradecido á los elogios , mas si no le alababan se arriesgaba despertar su ódio. En un carácter semejante , el amor propio está esencialmente unido á la envidia : Robespierre , en efecto , era uno de aquellos séres mas envidiosos i mas vengativos que han existido jamas. No perdonaba ni oposicion , ni injuria , ni rivalidad , i la apun-tacion de estas clases que hacia en su libro verde , era una sentencia de muerte , ya que no inmediata al menos inevitable. Danton era un héroe , en comparacion de este malvado , frio,

egoísta i cobarde. Sus pasiones inmoderadas conservaban alguna tintura de humanidad, i su brutal ferocidad era sostenida por un valor tambien brutal. Robespierre, cobarde é implacable, firmaba las sentencias de muerte con una mano trémula; no existia pasion alguna á la cual se pudiesen achacar sus crímenes, que cometia á sangre fria, i despues de una madura reflexion.

Marat, el último de este infernal triunvirato, se habia atraído la atencion de las últimas clases, por la violencia del periódico que redactaba desde el principio de la revolucion, i sus doctrinas habian dirigido las faces sucesivas de ella. Sus exortaciones políticas principiaban i acababan como los aullidos de un perro de presa á quien han acostumbrado á pelear, ó si se quiere, como los de un lobo hambriento, al cual aventajaba en furor. Sangre era lo que Marat pedia sin cesar; i no algunas gotas sacadas del corazon de alguna víctima; tampoco los torrentes que provenian de la matanza de alguna familia; exigia que inundase la Francia como un océano. El número de cabezas que pedia ascendia comunmente á doscientas sesenta mil por lo menos, pero algunas veces llegaba á trescientas mil. Es preciso persuadirse, i por honor á la humanidad estamos muy dispuestos á creerlo, que en aquella ferocidad tan opuesta á la naturaleza habia algo de enagenamiento, ó perturbacion mental, cuyas señales, al parecer, se hallaban en las horribles i montaraces facciones de aquel monstruo. Marat era tan cobarde como Robespierre: denunciado frecuentemente á la

asamblea, se ocultaba en vez de defenderse, i permanecía escondido en una guardilla, ó en una cueva con todos sus matones, hasta que volvía á aparecer, como ave de siniestro agüero, en medio de una nueva tempestad, para volverse á oír sus graznidos de muerte. Tal era este estraño i fatal triunvirato, en el cual era cada miembro caribe á su modo. Danton degollaba para saciar su rabia; Robespierre, para vengar los insultos hechos á su vanidad, ó para hacer desaparecer un rival á quien tenia envidia: Marat, por aquel instinto de sangre que impele á una bestia feróz á matar i destrozár, aun despues de haber saciado su hambre.

Estos tres hombres eran dueños absolutos de la municipalidad compuesta esclusivamente de sus partidarios, i que por el medio de la fuerza armada á la cual debia la victoria del 10 de agosto, tenia á la asamblea bajo su dependencia tan completamente, como esta habia tenido al rey. Petion era un corregidor de París; pero los jacobinos, que le consideraban como partidario de Roland i de Brissot le conservaban en una honrosa prision, teniéndole siempre rodeado de gente de su faccion, encargadas en apariencia de velar por su seguridad. Petion hombre vano i de poco talento en el hecho habia perdido ya su importancia. Su popularidad pasagera la habia debido únicamente al ódio que la córte le profesaba, i á la insolencia con que habia arrostrado los sinsabores del rey en una ó dos ocasiones, con particularidad el dia 20 de junio. La municipalidad, sanedrin de los jacobinos, no respiraba sino sangre i venganzas, i pedia tribu-

nales revolucionarios para proceder con prontitud i vigor contra constitucionales i realistas, soldados ó eclesiásticos; en una palabra no solo contra aquellos que habian obrado con arreglo á aquel principio, á saber, que el rey tenia derecho para defenderse, i oponer resistencia á un populacho furioso, armado de fusiles i de cañones, sino tambien contra aquellos á quienes por una interpretacion cualquiera, se podia hacer cargo de haber aprobado doctrinas favorables á la monarquía, en alguno de los movimientos de aquella revolucion tan instable.

Se creó en efecto un tribunal revolucionario; pero los girondinos, para entorpecer sus operaciones, hicieron introducir en él el juicio por jurados, que consideraban los jacobinos como una restriccion inútil, *é inctvica* de los llamados derechos del pueblo.

Robespierre debia ser nombrado presidente de este tribunal; pero no aceptó estas funciones en razon de sus principios filantrópicos. Tuvo sin embargo cuidado de asegurar la ejecucion de las providencias de este tribunal, haciendo nombrar á Danton ministro de la justicia, cuyo empleo le habia caído en suerte por ser jacobino. Roland, Servan i Claviere, á quienes inspiraban sus terribles colegas tanto temor como horror, se encargaron, con Monge i con Lebrun, de las demas funciones de aquello que se llamó entonces poder ejecutivo provisional. Estos cinco ministros últimos eran girondinos.

No pensaba la asamblea en manera alguna en hacer volver á entrar al rey en su palacio, ni en dejarle la menor libertad personal, ó influen-

cia política. Es cierto que en la noche del 10 de agosto había decretado que habitaria el Luxemburgo; pero el día 11 * fué trasladado Luis con su familia á una antigua fortaleza llamada *el Temple*, del nombre de los templarios á quienes había pertenecido. Había en este edificio en el primer piso una habitacion compuesta de piezas á la moderna, pero al rey se le colocó en el edificio contiguo ó antigua prision, que era una gran torre cuadrada compuesta de cuatro pisos. En cada uno de ellos había dos ó tres piezas, pero no estaban amuebladas, ni capaces de poder alojar á una familia ordinaria, cuanto mas á presos de semejante categoría. La familia real fué encerrada en este edificio con un rigor que iba creciendo de dia en dia.

El tribunal revolucionario entre tanto procedía contra los amigos i partidarios del monarca depuesto, con cierta apariencia de calma ó de justicia.

Delaporte, mayordomo del rey, d'Augremont i Durosot, escritor realista, fueron condenados á muerte i ajusticiados; pero Montmorin, hermano del ministro, fué absuelto; tambien el conde de Affry, coronel de los suizos, halló gracia en este tribunal, tan indulgente en comparacion de los que muy en breve debían hacer derramar infinitas lágrimas á la Francia. Cuando á Danton se le iba la presa de las manos, ó solo había cogido la mitad de las víctimas que deseaba, se parecia al espectro cazador de Bocacio. » El monstruo lanzaba sombrías

* El día 14 segun M. Hue.

miradas , no saciado aun , i ansioso todavia de carnicería ; ” pero habia ya meditado i discurrido con sus socios un plan de venganza mas negro i mas terrible que todo cuanto habia podido inventar ó egecutar jamás la maldad. Era un plan de esterminio que debia anegar en sangre á todos los realistas ó constitucionales , de quienes podian temer los jacobinos un gesto , ó un pensamiento.

Tres cosas eran necesarias para la ejecucion de su abominable plan. Era preciso primeramente poner á tiro de sus asesinos las numerosas víctimas que querian envolver en una comun destruccion : segundo , intimidar á la asamblea i á los girondinos en particular , conociendo perfectamente que no dejarian estos de oponerse siempre que pudiesen , á unos actos de crueldad que eran incompatibles con los principios de la mayor parte de ellos , ó mas bien de todos ; por último , no se ocultaba á los gefes de los jacobinos que para preparar los ánimos á sobrellevar las matanzas que meditaban , era preciso que esperasen una de aquellas violentas i generales esplosiones , en las cuales el temor hace cruel á la multitud , i cuando las agitaciones sucesivas de la rabia i del temor , imponen á un mismo tiempo silencio á la humanidad i á la razon.

Para llevar á cabo este plan , la municipalidad se arrogó el poder de lanzar mandatos de arresto contra un gran número de individuos , i lo hizo con tanta violencia i arbitrariedad , que llegó á causar miedo á la asamblea.

Los representantes de la nacion parecia que habian quedado aturcidos con los acontecimientos del 10 de agosto. Las dos terceras partes

de ellos se habian opuesto á que Lafayette fuese perseguido por la actividad que habia empleado en evitar el buen éxito de la tentativa del 20 de junio, cuyo objeto era el resultado obtenido el dia 10 de agosto. Debemos suponer que la revolucion que acababa de consumarse con la toma de las Tullerías, i el destronamiento del monarca, cuya persona i corona queria defender Lafayette, era desaprobada por un número igual de diputados, pero ya no existia energía en aquella parte de la asamblea, aunque escedia mucho á la otra, tanto por su número, como por su sabiduría. I aunque en este partido habia grandes talentos, acaso no se habia visto nunca á uno de esta especie, intentar con menos medios reales hacer un gran papel en una revolucion.

Por último hicieron algunas representaciones tardías i tímidas contra las usurpaciones de la municipalidad, que les guardaba tan poca consideracion como ellos habian tenido al poder ejecutivo.

Hasta entonces habian correspondido á las quejas que se les dirigian con motivo de las usurpaciones sobre la libertad del pueblo, exortando tímidamente á la municipalidad á que fuese prudente en su conducta. Pero el dia 29 de agosto, hubieron de salir de su apatía por efecto de un acto de violencia manifiesta i de maldad por parte de aquellos rivales formidables, i tal que era imposible poderlo pasar en silencio. La noche anterior, la municipalidad, obrando en virtud de su propia i única autoridad, habia enviado sus satélites, es decir, los empleados municipales que le eran adictos (ele-

gidos entre los jacobinos, i cuyo número habia ella aumentado prodigiosamente), para recoger todas las armas, i arrestar á las personas sospechosas en todos los barrios de París. En virtud de este poder usurpado, habia amontonado en las diferentes cárceles de la ciudad, i de un modo que no cabian de pies, centenares, millares de individuos de toda edad i sexo, contra los cuales podia un ódio político escitar sospechas; ódios particulares, hacer revivir antiguas desavenencias, ó el deseo del pillage, promover la sed de las confiscaciones.

Los actos de licencia, de latrocinio, i de ferocidad cometidos en la ejecucion de estas medidas ilegales, asi como el desprecio insolente que mostraba la municipalidad, ácia la autoridad legislativa, hicieron por último, conocer á los girondinos, aunque demasiado tarde, la necesidad de manifestarse. La asamblea decretó, que la municipalidad compareciese en su barra: se presentó en efecto, no para apaciguar á la asamblea, no para ponerse á discrecion suya, sino para triunfar. Llevaba consigo á Petion, mudo i trémulo, que mas bien parecia su prisionero que su presidente. Tallien se encargó de la justificacion de la municipalidad, concebida poco mas ó menos en los términos siguientes. "Los representantes provicionales de la ciudad de París han sido calumniados, i se presentan á justificar su conducta, no como delincuentes, sino como honrosos magistrados satisfechos de haber cumplido con su deber. El pueblo soberano les ha dado amplios poderes diciéndoles: id i salvad la patria en nuestro nombre, que nosotrós ratificamos cuanto vosotros hagais."

Este language era en el hecho una verdadera bravata, i fué apoyada por las exclamaciones i murmullo de un populacho inmenso, armado como lo estaba para el ataque de las Tullerías, i animado como puede creerse, por un valor mucho mayor, en razon de que no habia ni aristocratas ni guardias suizos entre él i la asamblea. Estas exclamaciones eran: „¡Viva nuestra municipalidad! ¡Vivan nuestros escelentes municipales! ¡Nosotros los defenderémos hasta morir!”

Los satélites del mismo partido presentes en las tribunas, prorrumpian en los mismos clamores, añadiendo á ellos invectivas contra aquellos miembros de la asamblea, que aunque republicanos por principios, se consideraban como contrarios á las medidas revolucionarias de la municipalidad. El populacho que se hallaba en la parte exterior, forzó muy en breve la entrada del salon, i se unió á la que estaba en el interior, dejando á los republicanos teóricos de la asamblea, la libertad de someterse á su voluntad, ó de huir ó de morir en su puesto como los senadores de aquella Roma que admiraban. Ninguno de ellos adoptó este último partido. Levantaron atropelladamente la sesion en el mayor desórden, dejando á los jacobinos asegurados de la impunidad de todo cuanto iban á emprender.

Por este medio Danton i sus feróces asociados obtuvieron el segundo punto necesario para llevar á cabo los horrores que meditaban; la asamblea legislativa, se vió enteramente sometida, é intimidada. Ya no les quedaba otra cosa que hacer, sino aprovechar algunas ocasiones

para ir atrayendo el pueblo de París en el estado de efervescencia en que se hallaba, á que se asociase, ó al menos celebrase los crímenes que, en momentos de tranquilidad, hubieran hecho horripilar al mas grosero i zafio. El estado de los negocios en las fronteras les suministró esta ocasion; les *suministró*, repetimos, porque todas las medidas tomadas de antemano, anuncian que los horrores cometidos los dias 2 i 3 de setiembre eran premeditados. Los fosos destinados para enterrar las víctimas por centenares i millares, es decir los presos que aun estaban vivos, sin haber sido juzgados, ni sentenciados, estaban ya hechos.

Ventajas del momento alcanzadas por los soberanos aliados, cayeron sobre la mina i la pegaron fuego, como una chispa que hace volar un almacen de pólvora. Se esparció la noticia que Longwy, Stenay i Verdun habian caído en poder del rey de Prusia. La primera i la última de estas plazas pasaban por muy fuertes, i se habia creído que harian una larga resistencia. La noticia de esta invasion despertó en los mas decididos el ardor guerrero natural á los franceses: el temor i la confusion se apoderaron de los demas, que creían oír ya las trompetas de los aliados á las puertas de París. Entre el vivo deseo que manifestaban los unos de marchar contra el enemigo, i el terror, i el desaliento de los demas, se manifestó una crisis de entusiasmo i de temerosa confusion favorable á la ejecucion de los proyectos mas infames; al modo que los ladrones hacen sus robos, i egercen sus maldades con mayor facilidad, i sin temor de ser interrumpidos en medio de un incendio ó de una peste.

La municipalidad siempre arbitraria mandó pues á todos los ciudadanos en 2 de setiembre, que estuviesen dispuestos á marchar á las fronteras al primer aviso, i que se entregasen todas las armas en la municipalidad, escepto las que se hallaban en manos de los ciudadanos activos, armados para la seguridad pública. Las personas sospechosas debian ser desarmadas, i se anunciaban otras medidas, cada una de las cuales era bastante para llamar la atencion de los ciudadanos acerca de su seguridad, i la de sus familias, i para hacer callar el interés, que en tiempos ordinarios se toma en la suerte de los demas.

La voz terrible de Danton ensordeció á la asamblea anunciando el peligro de la patria, i apenas dignándose pedir, que se aprobase la conducta de la municipalidad. „Vais, dijo, á oír el cañon de alarma, llamado impropiamente así, por que es la señal de la carga. ¡Valor! ¡Valor! i mas valor! es todo lo que necesitamos para vencer á nuestro enemigo.” Estas palabras pronunciadas con el acento i la actitud de un genio esterminador, deramaron el estupor en la atónita asamblea.

Las partidas armadas se dirigieron á los diferentes barrios para apoderarse de las armas i de los caballos, i para descubrir y denunciar á las personas sospechosas; se pasó revista á todos los jóvenes capaces de tomar las armas; en una palabra, los clamores, las representaciones, las discusiones ocupaban hasta tal punto la atencion general, i estaba cada uno de los habitantes tan absorvido con sus propios intereses en su barrio, que, sin que se hiciese ningun esfuerzo, sea por la autoridad legal,

sea por un efecto de la simpatía general, fueron asesinados los numerosos presos con una calma i una regularidad, de la cual no ofrece ejemplo alguno la historia. Si al lector le sorprende el que haya podido cometerse un acto semejante sin oposicion ni interrupcion, debe calcular el efecto prodigioso que habian debido producir la victoria popular del 10 de agosto, la inaccion completa de la asamblea legislativa, la falta de una fuerza armada, capaz de contener semejantes escesos, i por último, el contagio del terror pánico, que comunica á la multitud la debilidad de los niños. Si estas causas, sin embargo, no le pareciesen suficientes, que se contente al considerar los hechos que referimos como fenómenos terribles, de que se sirve la providencia para confundir nuestra razon, i para demostrar hasta que escesos puede ser arrastrada la naturaleza humana, cuando no se halla contenida con el freno de la moral i de la religion.

Los arrestos i las visitas domiciliarias que se siguieron al 10 de agosto, habian hecho ascender el número de presos en las diferentes cárceles de París á cerca de ocho mil personas. Un tropel de bandidos, compuesto en parte de marseleses, i en parte de foragidos de los sacados de los arrabales, se dirigió á las cárceles, forzaron las unas, i las otras se las abrieron los mismos alcaides, de los cuales la mayor parte sabia lo que iba á suceder; i apesar de esto, algunos de estos hombres, que regularmente tienen un corazon de bronce, hicieron esfuerzos para salvar algunos presos. Habíase formado un tribunal revolucionario compuesto de individuos escogidos entre los mismos asesinos; examinaba

el libro de presos, hacia comparecer á cada uno de ellos para hacerle una causa en regla. Si los jueces, como casi siempre sucedia, le condenaban á muerte, para evitar los esfuerzos de personas precipitadas en la desesperacion, la sentencia era concebida en los términos siguientes: »Soldad al señor.» La víctima era llevada entonces á la calle, ó al patio i alli la asesinaban hombres i mugeres, que arremangados, teñidos los brazos en sangre hasta el codo, i armadas las manos con hachas, picas, i sables, llevaban á ejecucion la sentencia. Muchas veces cambiaban de papel; los jueces iban á hacer el oficio de verdugos, i los verdugos, con las manos humeando, iban á ocupar el lugar de jueces. Maillard, bandido que se habia distinguido en el sitio de la Bastilla, pero mas conocido aun por sus hazañas en el viage de Versalles, hizo el oficio de presidente en estos breves i sangrientos procedimientos. Sus compañeros eran de la misma calaña. Hubo sin embargo ocasiones en las cuales manifestaron algunos vislumbres pasajeros de humildad, i es importante observar que el atrevimiento producía en ellos mayor efecto que la humanidad i el ruego. Dejaban de cuando en cuando escapar á un realista renonocido por tal; pero un constitucional estaba seguro de ser asesinado. Se cuenta un rasgo de una naturaleza singular. Dos bandidos, encargados de acompañar á su casa á una de las víctimas, despues de haberla puesto en libertad, quisieron ser testigos de su entrada en casa de sus gentes, i al parecer participaron de los arrebatos de gozo de aquella familia; despues despidiéndose del preso, le apretaron las manos con las suyas bañadas en

sangre de sus amigos, i que se habian levantado ya para derramar la suya. Sin embargo, estos impulsos de sensibilidad, eran muy raros i cortos. En general, la muerte era la sentencia ordinaria del preso, la cual era egecutada en el acto.

Los presos entre tanto, acorralados en sus calabozos como animales que van al matadero, podian muchas veces por las ventanas ver la suerte de sus camaradas, oír sus gemidos, contemplar sus últimas angustias, i habituarse con este horrible espectáculo á sobrellevar su próximo suplicio.

Muchas mugeres, sobre todo las que servian en palacio, fueron asesinadas de esta manera. La princesa de Lamballe, cuyo solo delito era, segun parece, haber sido amiga de María Antonieta, fué hecha pedazos, i su cabeza, con la de otras muchas, paseada en picas por las calles, i llevada al frente del *Temple*. Despues de muerte, aun se conservaban hermosas sus facciones, i sus largos i ensortijados cabellos pendian en derredor de la lanza. Los asesinos exigieron que el rey i la reina saliesen á la ventana para contemplar aquel horrible trofeo. Los empleados municipales que se hallaban de servicio con los augustos presos, tuvieron el trabajo, no solo de evitarles este bárbaro espectáculo, sino de impedir que la prision fuese forzada. Se atravesaron cintas tricolores en las calles, i esta débil barrera, fué suficiente para indicar que el *Temple* se hallaba bajo la salvaguardia de la nacion. La influencia de esta cinta, al parecer, no se ha empleado para preservar ninguna otra cárcel. Los verdugos sabian sin duda donde i cuando debia respetarse aquel signo.

Los eclesiásticos que, por un motivo de religiosidad se habian negado á prestar juramento á la constitucion, fueron, durante estas matanzas, objeto especial de los insultos i de las crueldades, i su conducta caminó perfectamente de acuerdo con sus sentimientos i con su conciencia. Se les veía confesarse los unos con los otros, ó recibir la confesion de sus compañeros seglares, i animarles á sobrellevar la hora fatal, con la misma tranquilidad, que sino estuviesen ellos destinados á padecer la misma amargura.

En los cortos intérvalos de aquella horrible carnicería, que duró muchos dias, los jueces i los verdugos comian, bebian i dormian; se levantaban de sus camas, i de sus mesas con una nueva sed de sangre. Habia puestos para los verdugos machos, i para los verdugos hembras, porque sin la participacion de estas, hubiera sido incompleta la obra. Todas las cárceles fueron sucesivamente atacadas i forzadas, i del mismo modo teatro de iguales carnicerías. Los jacobinos contaban con estender la matanza á toda la Francia, pero este ejemplo no fué imitado generalmente. Para hacer posibles unos horrores semejantes, era preciso como en la *Saint-Barthelemy*, única matanza cuya atrocidad pueda compararse á esta toda la agitacion de una gran capital en medio de una crisis violenta.

Estos crímenes espantosos duraron sin interrupcion desde el 2 al 6 de setiembre; los actores prolongaban la cosa el mayor tiempo posible para ganar el luis que se les distribuía públicamente por orden de la municipalidad.

dad, * i ya sea por deseo de continuar por mas tiempo en un trabajo que se les pagaba tambien, ya por efecto de la sed de sangre, i matanza, cuyo hábito habian contraído estos desgraciados, cuando acabaron en las cárceles con los presos de estado, fueron á atacar á Bicetre en donde se hallaban los presos por delitos comunes: estos opusieron una resistencia, que costó mas cara á los bandidos, que la de las demas víctimas; se vieron obligados á disparar artillería contra ellos, i fueron esterminados por este medio muchos centenares de aquellos presos por malvados mucho mayores que ellos.

El número de personas degolladas durante este terrible período jamas se ha sabido exactamente; lo que se sabe es que solo se salvaron doscientos ó trescientos presos por delitos políticos; los cálculos mas moderados hacen ascender á dos ó tres mil el número de las víctimas, i algunos pretenden que fué doble. Truchon anunció á la asamblea, que habian perecido cuatro mil. Se trató de salvar á los presos por deudas, cuyo número añadido al de los presos por delitos comunes, puede equilibrar el número de las víctimas con el de ocho mil presos en en las cárceles al principiarse la matanza. Los cadáveres se amontonaron en profundos fosos preparados de antemano por orden de la municipalidad; pero sus huesos han sido trasladados despues á las Catacumbas, depósito general de todos los huesos de los cementerios de París.

* Los libros del ayuntamiento contienen la prueba. Billaud-Varenes se presentó públicamente entre los asesinos, á quienes distribuyó la paga de sangre.

Bajo aquellas fúnebres bóvedas en donde se hallan á la vista otros muchos huesos, los restos de los *setiembrizados* son los únicos que no aparecen visibles; el hueco en que se hallan depositados, está cerrado con una losa, como monumento de crímenes, en los cuales no conviene pensar, ni aun en la morada de la muerte, i que la Francia quisiera poder sepultar en el olvido.

Se esperará sin duda ver á los representantes de la nacion esforzarse para contener la matanza haciendo resonar algunos de aquellos decretos lanzados en otro tiempo contra la corona i la nobleza; enviar diputaciones á las diferentes secciones; en una palabra, dirigirse á la guardia nacional, i á todos los ciudadanos, no solo susceptibles de honor ó de sentimientos, pero que tuviesen figura humana, á fin de que le ayudasen á contener atrocidades tan repugnantes. El haberse dirigido á los sentimientos de sus conciudadanos, fué lo que les hizo en caso semejante conseguir derribar á Robespierre. Pero el reinado del terror principiaba entonces, i se ignoraba aun que los esfuerzos de la desesperacion son un recurso.

En vez de esta energíá que debian comunicarles los principios que propalaban, nada mas tímido que la conducta de los girondinos en esta ocasion, único partido que tenia alguna influencia en la asamblea, i que se podia creer dispuesto á contener el crimen.

Hemos recorrido con la mayor atencion los números del *Monitor*, que contienen la narracion oficial de las sesiones de aquellos dias terribles. En él se halla el anuncio regular de los

dones patrióticos, como por ejemplo: » Un fusil, por un inglés; un par de caballos de fiacre, por un cochero; un plano de las cercanías de París, por una señora, etc. » Este periódico que se ocupaba en objetos de esta importancia, no hablaba en manera alguna de las matanzas, ni aun en términos ambiguos. La asamblea no espidió ningun decreto para contenerlos, no echó mano de la fuerza armada, i se contentó con enviar á los asesinos una miserable diputacion de doce de sus individuos, cuya mision, segun parece, se limitaba á reclamar la seguridad de un diputado adicto al partido constitucional. Les costó mucho trabajo salvarle, lo mismo que al célebre abate Sicard, aquel apreciable fundador de la escuela de Sordos-mudos, preso como clérigo no juramentado, i en favor del cual los gemidos i las lágrimas de sus desgraciados discípulos habian obtenido alguna mitigacion de rigor de parte de los asesinos. Dessault, uno de los individuos de la diputacion, se distinguió por los generosos esfuerzos que empleó para hacer cesar los asesinatos.

Cuando Dussault regresó, contó á los que le habian enviado, lo que habia visto, i del modo que habia sido recibido. Concluyó esclamando: » ¡Desgraciado de mi! he visto tantos horrores, i no he podido contenerlos! » La asamblea escuchó su narracion, i permaneció tímida i muda como antes.

¿En dónde estaban entonces aquellos hombres que habian formado sus ideas con las lecciones de Plutarco, i sus sentimientos con la elocuencia agreste de Rousseau? ¿Dónde aquellos girondinos encomisados por uno de sus admira-

dores,* como igualmente distinguidos por su moralidad, por su severa probidad, por un vivo sentimiento de sus derechos i de sus deberes, por un amor razonable, constante, inalterable del órden de la justicia, i de la libertad? ¿Estaban ciegos estos hombres, para no ver la sangre correr por espacio de cuatro dias en las calles de la capital? ¿Se hallaban privados del oído, para no escuchar los clamores de los asesinos, i los gemidos de las víctimas? ¿Estaban mudos, para no invocar á Dios i á los hombres, ¡que digo! á las mismas piedras, contra semejantes escesos? Los escritores realistas han supuesto motivos políticos para explicar su adhesion implícita. Segun los jurisconsultos, hay un cierto grado de negligencia, de debilidad i de timidez, que no se puede explicar, sino atribuyéndole á doblez. Son de opinion que los girondinos vieron estas atrocidades con mas satisfaccion que horror. En efecto, sus enemigos, los jacobinos, esterminando á otros enemigos, que aborrecian igualmente, á saber los constitucionales i los realistas, se cargaban con toda la odiosidad de estos asesinatos, que como debian preveer, no podia menos de indignar muy en breve á un pueblo tan civilizado como los franceses. Estamos igualmente convencidos de que Vergniaud, Brissot, Roland, i seguramente su muger, que tenia mucha elevacion de alma, hubieran contenido las matanzas, si su valor i su talento práctico en los negocios hubiera sido igual á la pre-

* Buzot.

suncion con que se creian llamados á gobernar un país como la Francia.

Pero, sea cual fuere el motivo de su apatía, la asamblea guardó silencio sobre los asesinatos, no solo mientras duraron, sino algunos dias despues. El dia 16 de septiembre, cuando se recibió la noticia de las primeras ventajas del ejército en las fronteras, i que principió á mitigarse el terror pánico, Vergniaud echó en cara diestramente á los jacobinos el haber echo recaer sobre los infelices presos de estado el resentimiento del pueblo, que debiera haber dirigido su valor contra el enemigo comun. Echó igualmente en cara á la municipalidad la usurpacion de los poderes constitucionales, i la tiranía bárbara con que habia abusado de ellos. Pero su discurso hizo poca impresion; tan cierto es que el hombre está dispuesto á familiarizarse con las mayores crueldades cuando se renuevan muchas veces. Cuando se hizo en la asamblea constituyente la primera relacion de los asesinatos de Aviñon, el presidente se desmayó; toda la asamblea habia manifestado con la mayor viveza su horror, i la misma asamblea legislativa vió con apatía estos asesinatos mucho mas crueles, mas multiplicados, cometidos á su vista. Todo lo que la elocuencia de Vergniaud pudo arrancarle, fué un decreto mandando, que en lo venidero los individuos de la municipalidad, serían responsables con sus cabezas de la seguridad de los presos confiados á su custodia. Despues de haber espedido este decreto, la asamblea legislativa segundo cuerpo representativo de la nacion francesa, se disolvió en virtud del decreto del 10 de agosto,

para que ocupase su puesto la convencion nacional.

La asamblea legislativa, asi por su composicion, como por su carácter, era muy inferior á la que le habia precedido. La nata de los talentos de Francia habia sido enviada como era natural á la asamblea nacional, i un reglamento absurdo privó á sus individuos de ser elegidos. Resultó pues que, en muchos casos ocuparon sus puestos hombres que les eran muy inferiores. La primera asamblea habia desempeñado sus funciones de un modo mas noble. Habia pecado muchas veces por error, por absurdo, por arrogancia i presuncion, pero nunca por bajeza. Respetaba la libertad en las discusiones, i se habia visto á algunos de sus miembros defender á sus colegas, por opuestos que fuesen en opiniones, i sostener su inviolabilidad constitucional. Cautivos por efecto de su traslacion á París, no por eso se desalentaron, i no hicieron concesion alguna personal á los malvados, que los trataron muchas veces de un modo muy delincuente.

La asamblea legislativa por el contrario habia sido prisionera desde su convocacion. Los diputados no se habian visto jamas sino en París, i se habian acostumbrado á someterse con resignacion á los tribunos i á los asesinos del populacho, que forzó muchas veces su salon, i les impuso mandatos bajo forma de peticion. Manifestaron en dos ocasiones memorables, que la consideracion de su seguridad personal sobrepujaba al sentimiento de sus deberes. Los dos tercios de ellos habian votado en favor de la absolucion de Lafayette, manifestando de este mo-

do su horror á la insurreccion del 20 de junio, i sin embargo, cuando la del 10 de agosto hubo llevado á cabo lo que la primera habia intentado en vano, la asamblea votó únicamente la caída del monarca i su arresto. Permaneció unida i en la inaccion en medio de los horrores de setiembre, i se dejó arrebatarse el poder ejecutivo por la municipalidad, que se sirvió de él á su vista, para esterminar á muchos millares de franceses representados por ella.

Es cierto que no se debe perder de vista, que esta asamblea se hallaba espuesta á las dificultades i á los riesgos mas graves que pueden pesar sobre un gobierno, á saber, las sangrientas discordias de las facciones, las fronteras amenazadas por los estrangeros i la guerra civil comenzando á estallar en las provincias. Ademas de estas causas de peligro i de desaliento, habia tres partidos en la asamblea misma, al paso que un poder rival, tan temible por su osadía como por sus crímenes, habia usurpado la autoridad soberana, como los gefes i mayordomos de palacio de los reyes haraganos de la raza merovingiana.

CAPITULO II.

RESUMEN DEL CAPITULO III.

ELECCION DE LOS DIPUTADOS PARA LA CONVENCION NACIONAL. — ACTIVIDAD DE LOS JACOBINOS. — LADO DERECHO. — LADO IZQUIERDO. — CENTRO. — LOS GIRONDINOS AL PARECER DOMINAN. — DENUNCIAN Á LOS GEFES DE LOS JACOBINOS, PERO DÉBIL É IRREGULARMENTE. — MARAT, ROBESPIERRE I DANTON SOSTENIDOS POR EL POPULACHO DE PARÍS. — CAMPAÑA DEL DUQUE DE BRUNSWICK. — DESATIENDE Á LOS EMIGRADOS FRANCESES. — CONDUCE CON MUCHA LENTITUD SUS OPERACIONES. — OCUPA LA PARTE MAS POBRE DE LA CHAMPAÑA. — SE INTRODUCEN LAS ENFERMEDADES EN SU EJÉRCITO. — PROBABILIDAD DE UNA BATALLA. — REFUERZOS QUE RECIBE EL EJÉRCITO DE DUMOURIEZ. — DE QUE CLASE. — EL DUQUE SE DECIDE Á RETIRARSE. — REFLEXIONES SOBRE ESTA RESOLUCION. — DESASTRES DE LA RETIRADA. — SON LICENCIADOS LOS EMIGRADOS EN GRAN PARTE. — REFLEXIONES SOBRE SU SUERTE. — EJÉRCITO DEL PRÍNCIPE DE CONDÉ.

CAPITULO III.

Cada partido como era natural, procuraba obtener la mayoría mas grande posible en la convencion nacional, que iba á reunirse para organizar el gobierno de Francia sobre una nue-

va basa , i para restablecer aquella constitucion cuya conservacion se habia jurado tantas veces.

Los jacobinos hicieron los mayores esfuerzos , i no contentos con escribir á sus dos mil sociedades confederadas , enviaron trescientos comisarios ó delegados para dirigir las elecciones en las ciudades i departamentos.

Su poder era irresistible en París , en donde Robespierre , Danton i Marat , que habian repartido entre sí las altas dignidades de su faccion , fueron elegidos por una inmensa mayoría , i donde entre veinte diputados que representaban á la ciudad de París , solo habia cinco ó seis , que no hubiesen tenido parte en los asesinatos. Lograron sus deseos igualmente en cuantas partes eran bastante numerosos sus partidarios para hacer callar con amenazas , con clamores , i con la violencia la voz imparcial del mayor número.

Pero en todos los estados hay siempre hombres que aman el orden por el orden mismo , i por la proteccion que asegura á la propiedad. Hubo un gran número de electores realistas secretamente , los unos realistas puros , los otros constitucionales , que se reunieron para enviar á la convencion diputados que , si no se presentaba ocasion favorable para el restablecimiento de la monarquía , estuvieron al menos dispuestos á ponerse de acuerdo con los girondinos i los republicanos moderados á efecto de salvar al desgraciado Luis , i de proteger á los ciudadanos i á las propiedades contra las violencias i los furores de los jacobinos. Estos amantes del orden (pues no hallamos otro nombre mas apropósito para ellos) habian sido envia-

dos con especialidad por aquellos departamentos donde los electores tenían mas tiempo i libertad para elegir i reflexionar, que aquellos que se hallaban bajo la influencia de las juntas revolucionarias i de las sociedades de las ciudades. Sin embargo, Nantes, Burdeos, Marsella, Leon i otras ciudades, sobre todo en el oeste i el medio dia, se inclinaban á apoyar á los girondinos i enviaron diputados favorables á sus sentimientos. Por lo mismo la convencion presentaba aun dos partidos considerables; i la debilidad de aquel, que moderado en sus miras, no podia obrar sino defensivamente, provenia, no de la falta del número, sino de la falta de energía.

Fué de muy mal agüero, el ver que este último partido, tomaba asiento en el lado derecho del salon, posicion que parecia reservada á los vencidos, despues que habia sido sucesivamente ocupada por los realistas moderados i por los constitucionales. Podia decirse, que este nombre de lado derecho, era sinónimo de derrota, asi como el del lado izquierdo sinónimo de victoria. En los tiempos equívocos, los ánimos se dejan dominar por circunstancias insignificantes. La eleccion sola de los asientos produjo en los espectadores de las tribunas un efecto muy poco favorable ácia los girondinos: naturalmente se repugna el unirse con la desgracia. Habia tambien un partido bastante numeroso de miembros neutrales, que sin agregarse á los girondinos afectaban ser imparciales entre las dos facciones rivales. Eran especialmente hombres demasiado timoratos para seguir sin reserva á los jacobinos, i de un ca-

rácter demasiado débil para luchar abiertamente contra ellos. Por lo mismo habia una completa seguridad de que cederian siempre que los jacobinos creyesen necesario emplear su argumento favorito, esto es, el terror popular.

Los girondinos, sin embargo, se apoderaron de todas las señales exteriores del poder. A Danton se le quitó el ministerio de la justicia i se vieron dueños del gobierno, si es que el gobierno se compone únicamente de un nombre i de un título. Pero el funesto reglamento que excluía á los ministros de la asamblea, i les privaba de todos los derechos, escepto del de la defensa, fué tan fatal para los ministros del nuevo sistema, como la habia sido para los del rey.

En tanto que la Francia se hallaba agitada de este modo en el interior por inquietudes sostenidas por el sangriento choque de las facciones políticas las mas encarnizadas, se veía ya brillar en las fronteras aquella aurora de la victoria, que, en medio de su carrera, arrojó un resplandor tan vivo i tan amenazador sobre la Europa. Nuestro objeto, por el momento, no es presentar los acontecimientos militares circunstanciadamente, bastante tendremos que referir en el curso de esta historia. Solo diremos que la campaña del duque de Brunswick, considerada bajo el aspecto de su proclama, subministra un comentario escelente al siguiente pasage de la escritura: »El orgullo precede á la destruccion, i la presuncion precede á la caída.» El duque se hallaba á la cabeza de un magnífico ejército, al cual se habian agregado quince mil emigrados perfectamente equi-

pados, ardiendo en deseos de poner al rey en libertad, i de vengarse de aquellos que los habian echado de su patria. El duque de Brunswick, sin que se pueda adivinar la causa de esta fatalidad, manifestó al parecer mucha indiferencia i una cierta desconfianza ácia aquellas tropas, que por su valor caballeresco, i por su nacimiento, debian combatir en la vanguardia i no en la retaguardia, puesto que el generalísimo tuvo por conveniente señalarles; privandose de este modo de las probabilidades de buen éxito, que razonablemente se debian esperar de la impetuosa energía que era el alma de la caballería francesa, del terror que un ejército semejante podia inspirar, i acaso de los amigos que podia encontrar. Conducta tan extraordinaria por parte del duque, justificaba casi la sospecha de que la Prusia trataba de hacer la guerra por su propia cuenta, i no estaba en manera alguna dispuesta á deber una parte demasiado grande de sus ventajas al valor de los emigrados. Estos i los franceses en general, no dejaron de notar que los aliados habian tomado posesion de Longwy i de Verdun,* no en nombre del rey de Francia ó del conde de Artois,** sino en nombre del emperador; lo cual acreditaba el rumor injurioso de que los aliados querian indemnizarse de sus gastos á espensas de la línea de las ciudades fronterizas de la Francia. El duque, por otra parte, no sacó partido ninguno ventajoso ni de su bello ejército prusiano, ni de

* Septiembre.

** Es preciso acaso leer el Monitor.

los movimientos que hizo hacer á los austriacos mandados por Clairfait. Tenia tropas del gran Federico, pero guiadas por un gefe irresoluto i poco hábil; era la espada de Scanderberg en manos de un niño.*

Esta lentitud en los movimientos del duque de Brunswick, descubria cierta secreta desconfianza en sus propios talentos para dirigir esta campaña. Movimientos rápidos i atrevidos hubieran manifestado prontamente la superioridad de sus tropas veteranas, bien disciplinadas sobre el ejército desorganizado de Dumouriez, reforzado con cuadrillas de federados completamente estraños á la guerra. Con su actividad i diestras combinaciones, hubiera podido introducir el terror en unos soldados sin esperiencia, fatigandolos sin cesar, no solo por el frente, sino por todas partes. Cada dia que se pasaba sin combatir era para estos nuevos soldados un paso mas que daban ácia la disciplina, i lo que aun es mas, ácia la confianza en su valor. Este general, despues de haber pronunciado tan terribles amenazas, víctima de la indecision, suspendia sus golpes, i perdía su tiempo en la frontera, „al paso que Federico en su lugar, decia el general frances, nos hubiera arrojado hace mucho tiempo hasta Chalons.”

* Scanderberg Castical, ó Alejándro el Señor, rey de Albania en el siglo XV, que tan terrible fué á Mahomet II. Habia ganado veintidos batallas, i muerto dos mil turcos por su mano. Cuando Mahomet supo su muerte exclamó: „¿Quién me estorbará en adelante destruir á los cristianos, si han perdido ya su espada i su escudo?”

(Editor.)

Los resultados de tantos errores, se dieron á conocer muy en breve. Brunswick, cuyo ejército carecia de artillería de sitio; á pesar de que penetraba por una frontera cubierta de plazas fuertes, tuvo que detenerse por la tenaz defensa de Thionville. Habiéndose decidido por último á avanzar, empleó nueve dias en caminar treinta leguas, i no se cuidó de apoderarse de los desfiladeros de Argonnes, único puesto por el cual podia Luckner conservar sus comunicaciones con el ejército de Dumouriez. Los aliados se hallaban en la parte mas elevada de la Champaña, designada, por su pobreza i por su esterilidad, con el mal sonante sobrenombre de *Champaña piojosa*, i en la cual tuvieron infinitas dificultades para procurarse víveres. Por otra parte, si el trigo i los forrages andaban escasos, las ubas i los melones andaban muy abundantes por desgracia. Esta última fruta, es conocida por tan dañosa en el norte que los magistrados de Lieja, i de algunas otras ciudades, prohíben á los aldeanos el llevarlos al mercado, bajo pena de confiscacion. Era la primera vez que se presentaban golosinas semejantes á aquellos paladares hiperboreos, i no pudieron resistir á la tentacion, á pesar de que el goce de ella llevaba consigo el castigo que sufrieron nuestros primeros padres, á saber, que comieron i murieron. Se manifestó una cruel disenteria en el campamento, que se llevó centenares de soldados por dia, desalentó á los que sobrevivian, i desanimó tambien al general.

En medio de estas dificultades, tenia este gefe dos partidos que tomar, el primero, abrirse camino, dando una batalla á los franceses,

i atacandoles en la fuerte posicion en que les habia dejado situarse , cuando tan fácil era evitarlo. Es cierto que Dumouriez habia recibido refuerzos considerables. Llovian de todos los departamentos de Francia millares de jóvenes fogosos , que abandonaban las ciudades, las aldeas , los caseríos , i las granjas , para ir á defender la frontera contra la invasion de los estrangeros , i de algunos millares de emigrados animados por la venganza. No tenian disciplina, pero llenos de celo i de valor, inflamados por las escenas de republicanismo , electrizados por la elocuencia enfática , las canciones , los bailes, i las palabras favoritas con que se celebraba la república. Eran sobre todo de un país afamado entre todos los de Europa por su inclinacion á la guerra , i cuya juventud es la mas susceptible de acostumbrarse en breve á la disciplina militar.

Pero el duque de Brunswick , hubiera podido oponer á estos nuevos alistamientos el valor ardiente de los emigrados , hombres que descendian de antepasados , cuyas hazañas caballerescas llenaban los anales de la Europa , i que consideraban el camino de París , como el que les conducia á la victoria , al honor , á la libertad de su rey , al seno de sus familias , i á la posesion de su patrimonio ; acostumbrados todos á tener mucho mas miedo al oprobio que á la muerte , i que reclamaban como un derecho perteneciente á su clase i nacimiento el oficio de las armas i la gloria militar. Mil i quinientos caballeros emigrados habian derrotado en una escaramuza una columna de *carmañolas*, nombre que se daba á los reclutas republicanos.

Hubo una gran carnicería, i los emigrados tuvieron el gusto de encontrar entre los muertos á un gran número de setembricistas.

Pero el general frances, tenia mas confianza en los carmañolas, de los cuales su genio militar supo sacar un gran partido, que Brunswick en el valor caballeresco de la nobleza francesa. La única accion en que se logró empeñarle, fué en una de artillería cerca de Valmy, que no produjo resultado de importancia, i despues de la cual dió orden para emprender la retirada. En vano el conde de Artois animado de aquel espíritu tan digno de su noble prosapia, i del trono que ha ocupado despues, pidió con instancia, i aun imploró la revocacion de esta orden; en vano ofreció dirigir personalmente los cuerpos de emigrados i colocarse con ellos en el puesto mas arriesgado, si el general queria presentar la batalla. El duque tan constante en su desaliento como presuntuoso habia sido, no tenia una alma de aquellas elevadas, capaces de adoptar resoluciones osadas en casos desesperados. Veía á su ejército deshacerse en derredor suyo, i á los franceses rehacerse á su retaguardia; sabia ademas que los recursos de la Prusia, no eran suficientes para prolongar la guerra. Despues de una ó dos débiles tentativas para obtener la libertad del Rey, acabó por contentarse con un permiso implicito de retirarse sin ser molestado. Levantó su campo el dia 30 de setiembre, dejando á sus espaldas numerosas pruebas del estado deplorable, á que se hallaba reducido su ejército.

La retirada de los prusianos, se hizo con desorden, como suele suceder, cuando no está

prevista una operacion de esta clase, i que las tropas que retroceden esperaban hacer un movimiento muy diferente i opuesto. Pero si era para ellos una medida de oprobio i de desastre, para los desgraciados emigrados, que se habian reunido á sus banderas, fué una señal de ruina i de desesperacion. Como la mayor parte de los que componian estos cuerpos, habian abandonado precipitadamente sus familias i sus casas, no habian llevado sino el dinero suficiente en un caso urgente i del momento, i que esperaban debia ser de corta duracion. Habian gastado para montarse, armarse i equiparse, una gran parte de los fondos, que debieran haber consagrado á su manutencion, porque casi todos ellos hacian la guerra á sus espensas, i como era de esperar, de hombres que no habian sido educados, para calcular de esta manera, no habian economizado aquellas cortas sumas para en el caso que sufriesen un revés. Para colmo de esta desgracia, sus equipages en el desorden de la retirada habian sido saqueados por sus auxiliares, es decir, por los prusianos, entre los cuales habia desaparecido toda disciplina, i muchos de ellos se vieron precisados á vender por un precio muy bajo sus caballos para comer. Para terminar la historia de los franceses de este ejército, tan dispuesto á sacrificarse, que habia dado principio á la campaña del duque de Brunswick, fué licenciado en Verviers en el mes de noviembre de 1792.

No tiene disculpa la ceguedad de los soberanos, que continuaron la guerra i dejaron disolver tropas tan bellas, por no auxiliarlas con dinero; violaron igualmente las leyes de la razon

i de la generosidad tratando con indiferencia i dureza á hombres que , dado caso que la culpa estuviese de su parte , políticamente hablando, tenian al menos el mérito de ser adictos á la causa que el Austria pretestaba para la continuacion de la guerra. Los emigrados hubieran podido aplicar aquellas palabras de Shakspeare, si las hubiesen conocido , á los reyes que habian escitado , i sobre todo al general, que habia dirigido aquella desgraciada expedicion :

*Heast thou not spoke like thunder enourside,
Been sworn cur soldier ; bidding us depend.
Vpon thy star , thy fottune and thy strength.*

” ¿ No has hecho resonar tu voz en nuestro favor , como la voz del trueno ? ; ¿ no te habias comprometido á ser nuestro soldado , diciendonos que contásemos con tu estrella , con tu fuerza i con tu fortuna ? ”

Pero las reconvenciones de aquellos , á quienes no queda otro remedio para sus males que el de referirlos , rara vez llegan á los oídos de los grandes que son los autores de ellos.

Fácil es figurarse el dolor de aquellos desgraciados desterrados , cuando vieron que era preciso renunciar á la esperanza de renunciar á su rey , i de recobrar sus bienes i su estado. Habíanse desvanecido , ó cambiado en pesares , que destrozaban su corazon , todas las magníficas esperanzas con que se habian envanecido de antemano. Habia desaparecido para ellos el tiempo futuro , i lo que es aun peor para los hombres el honor , pues que habian

caído sin haber podido ilustrar su desgracia con alguna acción brillante, mucho menos con una victoria. Se vieron desde entonces condenados, aquellos al menos que por su educación habían recibido los medios para ello, á servirse, para subsistir, de los conocimientos i talentos que en otro tiempo habían servido para su entretenimiento. Se les vió andar errantes lejos de su país, reducidos á vivir de los socorros precarios de las potencias extranjeras, espuestos á las amargas reflexiones de aquellos hombres para quienes el abandono de su clase i de su fortuna por un punto de honor, era un acto de locura, ó de aquellos que los consideraban como enemigos de una libertad razonable, i achacaban sus desgracias á su pasión por arbitrariedad.

Si algun profeta hubiera podido mostrarles á lo lejos el restablecimiento de la familia real, por la cual lo habían perdido todo, como el legislador de los hebreos vió la tierra de provision desde lo alto del monte Pisgah, esta vista hubiera sin duda dulcificado en alguna manera sus males. ¡Pero cuantos de estos desterrados perecieron con el exceso de miseria que les abrumaba! cuan pocos sobrevivieron á los veinte años de su vida errante i vieron lucir aquel día deseado! i del corto número de aquellos que fatigados de la guerra, i por la desgracia, asistieron á la restauracion, cuan pocos recibieron otra recompensa que el gozo desinteresado que les causó este acontecimiento!

Los cuerpos de emigrados que se hallaban á las órdenes del príncipe de Condé, tuvieron una suerte muy diferente i mas noble.

Conservaron sus armas, se distinguieron por sus hazañas, fueron destruídos por la espada, ó por los rigores del servicio, i murieron al menos con la muerte del soldado, llorados i vengados. Pero se sacrificaban por extranjeros, i si su honor quedaba satisfecho con la derrota de aquellos que consideraban como los asesinos de su monarca, i los usurpadores de sus derechos, podian muy bien gozarse en su venganza; ¿pero podian, bajo ningun aspecto, mirar sus victorias como útiles á la causa, por la cual habian sacrificado, patria, fortuna, esperanzas, i existencia? Su suerte bajo mas de un aspecto, puede compararse á la de los oficiales del ejército escoces, en mucho menor número sin duda, que en el año de 1690 pasaron á Francia con Jacobo II: se vieron por último obligados á formar un batallon de soldados, i despues de haber peleado con mucho valor por el país en que habian encontrado asilo, acabaron por desaparecer á manos del enemigo, i en medio de las fatigas de la guerra. La historia, encargada de elogiar, ó de censurar las acciones de los hombres con arreglo á las leyes inmutables de la justicia, la historia, digo, no puede menos de tributar lágrimas á aquellos hombres valientes i generosos, que mas bien prestan oídos á la voz de un sentimiento de honor, que á la de la prudencia, i que cometen acciones que la política i el patriotismo pueden acaso juzgar severamente; pero ácia las cuales les impele el deseo desinteresado de cumplir con un deber que miran como sagrado. Los emigrados pueden haber procedido mal en haber abandonado

la Francia, aunque su conducta haya tenido muchos apologistas, i volver á entrar en su país con las armas en la mano; pero la causa que habian abrazado les era cara por un efecto de la educacion que recibieron desde su cuna, i de los sentimientos en que habian sido criados. Al menos no se puede desconocer la buena fé de sus principios, i seria muy injusto echarles en cara el haber adoptado un partido extremo cuando se empleaban, á la faz de la Europa, las medidas mas violentas i mas tiránicas para hacer prevalecer otro tan sanguinario i tan funesto, como el de la faccion dominante, obligando aun á los hombres, que por sus preocupaciones i educacion eran favorables á la misma libertad, á maldecir la Francia i la revolucion.

La retirada tan precipitada i deshonrosa del duque de Brunswick, i de los prusianos, inflamó naturalmente el valor de un pueblo orgulloso i marcial. Se presentaron reclutas de todos los departamentos en los ejércitos republicanos: los generales, Custines sobre el Rhin, Montesquieu por la parte de la Saboya, i Douriez en los Paisés-bajos, supieron aprovecharse de estos refuerzos, que les pusieron en estado de tomar la ofensiva en todos los puntos de la vasta frontera nordeste de la Francia.

La invasion de la Saboya, cuyo soberano el rey de Cerdeña era cuñado del conde de Artois, i que habia por consiguiente abrazado enteramente la causa de los Borbones, principió de un modo brillante, i fué concluída por el general Montesquieu, caballero, i por consiguiente aristocrata de nacimiento, i segun se

cree por principios; pero á quien el partido dominante en París, se vió precisado á confiar el mando de un ejército por carecer de buenos generales. Sin embargo, sirvió bien á este partido, se apoderó de Niza i de Chambery, i aun amenazó á la Italia.

Por el centro de esta línea de fronteras, Custines, caballero como Montesquieu, tomó á Espira, á Oppenheim, á Worms, i por fin á Maguncia, esparciendo el terror en aquella parte del imperio germánico. Custines adoptando el language republicano del dia, prodigó amenazas de venganza personal en los términos mas groseros i mas injuriosos contra aquellos príncipes del cuerpo germánico, que se habian distinguido mas por su celo contra los revolucionarios; i lo que inspiraba tambien justos temores, era que predicaba á sus súbditos las lisongeras i seductoras doctrinas de los republicanos, invitándoles á reunirse á la liga sagrada de los pueblos *oprimidos*, contra los príncipes i los magistrados, que decia les habian tenido por tanto tiempo bajo un poder usurpado.

Las ventajas que consiguió Dumouriez, fueron mas decisivas i mas agradables á los gefes de la Convencion. La parte de ejecucion que le habia tocado en la campaña, era mas difícil que la de Custines i Montesquieu; pero su imaginacion viva i fértil, habia ya trazado planes de conquista con los medios imperfectos que poseía. Entre los diversos generales existen tantas diferencias como entre los mecánicos. Un artífice de talento comun, por mucha esperiencia que le haya dado la práctica

en su obra acostumbrada, se vé atado cuando se halla privado de los instrumentos de que se sirve habitualmente. El hombre de imaginacion i de genio, encuentra recursos i sabe utilizar los que le ofrece su posicion, con tan buen éxito i acaso mejor que si tuviera á su disposicion escelentes instrumentos, i construídos segun las reglas del arte. Las ideas de un hombre mediano, son como un camino que se halla en muy mal estado, i en el cual su imaginacion se mueve con lentitud, i sin salir del surco. Las de un hombre de genio, son como una calle recta, despejada i llana, que puede en caso de necesidad atravesar de derecha á izquierda.

Dumouriez era un hombre de genio i de recursos; Clairfait su antagonista, era un valiente i escelente soldado, pero no tenia mas idea de la estrategia, ó de la táctica que la que habia adquirido en la guerra de los siete años. El primero supo aprovecharse tambien del ardor i del entusiasmo de sus *carmañolas*, cuya sangre en manera alguna economizaba, i suplía á su falta de disciplina, empleando como reserva las tropas mas disciplinadas, i en que mas confianza tenia, de modo que derrotó á Clairfait completamente en Jemmappes el dia 6 de noviembre de 1792.

Entonces fué cuando el Austria i la Europa entera tuvieron que llorar la absurda política de José II., que habia tenido el doble resultado de indisponer contra su gobierno á los habitantes de sus bellas provincias de los Países-bajos austriacos, i abandonarlos á la disposicion del enemigo, desmantelando las forta-

lezas con que la prudencia europea habia circundado aquella frontera abrigandola como con un muro de hierro. Vencido Clairfait, pero no derrotado, porque conocia demasiado bien el arte de la guerra, tuvo que atravesar un país, á quien el recuerdo reciente de su propia insurreccion hacia enemigo de los austriacos, por otra parte se hallaba desguarnecido de plazas fuertes que hubieran podido, especialmente entonces, contener á un ejército revolucionario, mas capaz de ganar batallas por su impetuosidad, que de triunfar de los obstáculos que opone la necesidad de formar i sostener sitios prolongados i regulares.

Se ganó en efecto la batalla de Jemmappes, i los Países - bajos austriacos fueron conquistados enteramente por el general frances sin tirar un tiro. Le dejaremos en medio de su triunfo para volver á las escenas funestas de París.

CAPITULO IV.

RESUMEN DEL CAPITULO IV.

LOS JACOBINOS SE DECIDEN Á HACER PERECER AL REY. — PROGRESOS I CAUSAS DE SU IMPOPULARIDAD. — SE SORPRENDEN LOS GIRONDINOS CON LA PROPOSICION DE LOS JACOBINOS PARA LA ABOLICION DEL TRONO. — ES APROBADA LA PROPOSICION. — CONSIDERACIONES SOBRE EL NUEVO SISTEMA DE GOBIERNO. — COMPARADO CON LOS DE ROMA, DE LA GRECIA, DE AMÉRICA, I DE OTROS ESTADOS REPUBLICANOS. — ENTUSIASMO QUE CAUSA EN FRANCIA ESTE CAMBIO — LOCURAS I CRIMENES QUE PRODUCE. — DESTRUCCION DE LOS MONUMENTOS DE LAS ARTES. — MADAMA ROLAND MEDIA PARA SALVAR AL REY. — BARRERE. — LOS GIRONDINOS PROPONEN UNA LEGION DEPARTAMENTAL. — PROPOSICION APROBADA. — DESECHADA. — GIRONDINOS VENCIDOS. — LA MUNICIPALIDAD DE PARÍS DOMINA Á LA MISMA CONVENCION. — DOCUMENTOS HALLADOS EN EL ARMARIO DE HIERRO. — PARALELO ENTRE CÁRLOS I., I LUIS XVI. — PETION PROPONE QUE EL REY SEA JUZGADO POR LA CONVENCION.

CAPITULO IV.

Debe observarse en general que el crimen tiene sus congregaciones, propias para dar aliento á sus sectarios en la ejecucion de los proyec-

tos que ha jurado llevar á cabo. Cuando Catilina hizo prestar juramento á sus cómplices, fué degollado un esclavo, i su sangre fué mezclada en las libaciones que consagraron su promesa de hacer traicion á la república. Se ha visto á los rebeldes i á los piratas mas desesperados, tratar de hacer mas indisolubles los vínculos que les unen con sus compañeros, arras-trándolos á un crimen tan atróz, que horrorice al hombre mas insensible, persuadidos de que haciendo inútiles los remordimientos la imposibilidad de retroceder, adquieran tanta mayor resolucion i docilidad en la ejecucion de los proyectos desesperados de su gefes.

Del mismo modo los jacobinos, dueños absolutos de las pasiones i de la confianza de las últimas clases, i viendo que se habian atraído igualmente de las primeras, á los que servian por ambicion al partido revolucionario, i á los que tenian exaltada la imaginacion por un efecto de las doctrinas estravagantes, que caracterizaban aquel tiempo de delirio, los jacobinos, digo, resolvieron aprovecharse de su influencia para hacer perecer al desgraciado Luis. Tenian motivo para creer, que lograrían fácilmente del populacho que desease i pidiese este último sacrificio, i que considerase este espectáculo como un jubileo solemne espiatorio. Por otra parte, tampoco era probable, que las clases mas elevadas tomasen un interés vivo i decisivo en la suerte de este desgraciado príncipe, que hacia tanto tiempo que habia perdido su popularidad.

Desde el principio de la revolucion hasta la caída del trono, los diferentes partidos que se habian apoderado sucesivamente del gobierno,

habian dirigido sus ataques primeramente contra el poder del rey, i despues contra su persona, i contra las medidas á que habia creído necesario recurrir. Todos se acusaban reciprocamente de haber procurado, durante su corta dominacion aumentar el poder i los privilegios del monarca: el trono estaba por consiguiente espuesto á un sitio perpetuo, dirigido por facciones distintas i contrarias, de las cuales la una ocupaba las líneas de ataque para desalojar á las demas, luego que tomaban posesion del ministerio. El estado llano por este medio venció á las dos clases privilegiadas en favor del pueblo, i en detrimento de la corona; Lafayette, i los constitucionales triunfaron de los moderados, que querian conceder al rey el apoyo i la defensa de un senado intermediario; en adelante, despues de haber establecido una constitucion tan democratica como era posible, que no conservaba sino el nombre i la apariencia del trono, fueron vencidos por la oposicion de los girondinos, dispuestos á prescindir de este símbolo. Era pues imposible, que el pueblo no mirase al rey como á su enemigo natural, i á los intereses del trono como directamente contrarios á la revolucion sin hablar de la importancia que le daba á sus ojos la evidente conviccion de su libertad. Por este medio uno de los monarcas mas benéficos i mejor intencionados que jamas han existido, se habia convertido en objeto de una desconfianza general; todas sus medidas eran mal interpretadas, i (lo que no podia menos de suceder muy en breve) se hizo blanco del menosprecio, i aun del ódio. Todo lo que hacia para favorecer el curso de la revolucion misma, era

considerado como efecto de una complacencia propia para obcecar la nacion, i cada movimiento que hacia para contener un impulso demasiado violento, como un acto de traicion evidente contra la soberanía del pueblo.

Una sola mirada sobre la posicion del rey, era suficiente para convencer á los franceses, que no podia ser sincero el deseo que manifestaba Luis XVI., de asegurar la conservacion del sistema, al cual habia prestado su adhesion como soberano; i la conviccion de que el rey no podia estar de buena fé, despues de que ellos mismos habian abusado tanto de su poder, daba mayor fuerza á sus sospechas, i no podia menos de enconar sus resentimientos que eran ya violentísimos. El pueblo se habia acostumbrado á confundir lo que con razon ó sin ella consideraba como sus mas caros intereses con la revolucion i con las ventajas progresivas de la libertad que esta le proporcionaba, ó le prometia á cada nueva variacion. El rey, que se habia opuesto legalmente á cada una de estas innovaciones, era por consiguiente mirado como el enemigo de la patria; i se suponía que si permanecia en el timon del estado, era para precipitar el buque contra los escollos.

Si habian existido en Francia hombres bastante generosos para persuadirse de la buena fé del rey ácia los constitucionales, su fuga de París i los manifiestos que dejó, en los cuales protestaba contra medidas á las cuales habia prestado su consentimiento, como que le habian sido arrancadas con violencia, anunciaban sus verdaderos sentimientos. Es cierto que negó formalmente haber tenido la intencion de

salir del reino, i la de echarse en los brazos de las potencias estrangeras; pero todo el mundo conocia que un paso semejante, que no entraba en su plan al principio de su fuga, podia antes del fin hacerse indiscesable. La conducta de los dragones i de los húsares que estaban al derredor suyo, no anuncia afecto ninguno de parte de las tropas; i si la rebellion de los soldados de Bouillè contra este general se hubiera verificado despues de la llegada del rey al campamento, no hubiera tenido éste otro medio de salvarse, sino retirándose al territorio austriaco. Esta probabilidad, era tan evidente, que el mismo Bouillè habia previsto el caso, pidiendo que las tropas austriacas estuviesen dispuestas de manera que pudiesen proteger al rey en caso necesario. Sea cual fuere la primera intencion del rey en su fuga, la direccion que habia tomado, autorizaba para suponer que hubiera acabado por reunirse con sus hermanos, i que este resultado, debió ofrecerse frecuentemente á su imaginacion.

Pero si el rey habia escitado sospechas antes de dar esta prueba decisiva de su desvío por la constitucion, nada seguramente ocurrió en su arresto en Varennes, i menos en las circunstancias que acompañaron su recibimiento en París, que pudiese reconciliarle con la constitucion. Se le presentó ésta por segunda vez, i la aceptó de nuevo con todas las cargas i todas las renunciaciones exigidas.

Ya hemos hecho ver, que la nueva aceptacion de un cetro frágil i estéril, ofrecido con las circunstancias mas humillantes, era un acto

de falsa política. Luis no podía adoptar ninguna conducta que pudiese juzgar su pueblo con imparcialidad. Blanco de la desconfianza universal, estaba seguro que cada una de sus providencias serviría de testo para los mas odiosos comentarios. Si tomaba su política una apariencia popular, se veía en ella la hipocresía de un príncipe. Si se oponía á una medida como la del ejército departamental, se le podía suponer la intencion de debilitar la defensa de la patria. Si desechaba los decretos contra los emigrados i los clérigos refractarios, se deducía que tenia la intencion positiva de restablecer su antiguo poder.

En una palabra, habia cesado toda confianza entre el monarca i su pueblo, por efecto de un concurso de circunstancias desgraciadas, de las cuales seria injusto culpar á un solo partido, por ser tan numerosos los motivos de desconfianza i de error que existian por una i otra parte. La noble i generosa confianza que los franceses estaban acostumbrados á depositar en el carácter personal de su rey, confianza que Luis XVI merecia mas que ningun otro por su probidad, se hallaba completamente destruída, ó aquellos en cuyo corazon respiraba aun, eran desterrados, que habian trasladado á un campamento extranjero el *oriflama*, i el antiguo espíritu de caballería frances. El resto de la nacion, á escepcion de un corto número de realistas dispersos é intimidados, se componia de constitucionales, que, mas adictos á la corona que al rey como individuo, deseaban conservar la forma del gobierno, pero sin afecto al soberano; ó de los

girondinos, que en calidad de republicanos, detestaban las prerogativas reales; ó de jacobinos, que eran enemigos de la persona misma del rey. Asi es que todo el mundo se volvia contra Luis, i cualquiera que levantaba la voz para defenderle ó justificarle, se le castigaba por aristocrata, enemigo reconocido i aborrecido del nuevo órden de cosas.

La influencia de tantos millares de sociedades revolucionarias, i de los impresos diarios, casi la única especie de literatura que habia quedado en Francia, añadian á estas funestas disposiciones un ámplio tributo de calumnia i de inculpaciones. Los jacobinos habian atacado al rey desde el principio de la revolucion, porque querian destronarle, tanto mas que muchos de ellos habian querido en un principio destronarle para poner en su lugar á Orleans. Los girondinos por el contrario, hubieran consentido en no hacer daño al rey, pero el periódico que dirigian contenia sin cesar nuevos argumentos contra las funciones del trono. En una palabra, el rey, como soberano ó como particular, habia sido blanco de tantas calumnias i de interpretaciones tan falsas, que en la mayor parte de la Francia era considerado como el enemigo mas terrible del pueblo, i del que habia mayor interés en deshacerse. Lo que puede servir para probarlo, es que, en medio de los cambios sucesivos de partidos, durante uno ó dos años, cualquiera disposicion favorable al trono, fué motivo de reconvencion de que los dos partidos se sirvieron sucesivamente para agravar las acusaciones, i este argumento era considerado como tan indispensable, que se valian

de él aun cuando no hubiese apariencia de haber existido.

Los dos lados de la convencion, por consiguiente, estaban dispuestos á ganarse la popularidad, lisongeando la preocupacion general contra la monarquía i contra el rey. Los girondinos, constantes en sus principios republicanos, habian resuelto la abolicion del trono; pero sus audaces rivales estaban dispuestos á dar un paso mas, saciando con la muerte del monarca destronado aquella sed de venganza que habian escitado sus propias calumnias. Tal era el gran crimen nacional que debia servir de bautismo republicano á la Francia, i ser considerado como una adhesion definitiva, é irrevocable á la revolucion. Pero no contenta con tomar medidas para la muerte del rey, esta faccion cuya activa ferocidad iba siempre en aumento, resolvió adelantarse á sus rivales, proponiendo la abolicion del trono.

Los girondinos que contaban mucho con la popularidad que esta medida favorita debia adquirirles, estaban tan lejos de temer la iniciativa de los jacobinos, que suponiendo á un Orleans en relaciones con Danton i los demas, mas bien recelaban oposicion por su parte. ¡Pero cual fué la sorpresa i la mortificacion que experimentaron, cuando vieron á Manuel levantarse,* i pedir que la primera proposicion aprobada por la convencion, fuese la de la abolicion del trono! Antes que hubiesen podido recobrase de su sorpresa, Collot d'Herbois, mal cómico,

* 21 de setiembre de 1792.

á quien los silvidos habian obligado á descender de las tablas, pidió que la proposicion se pusiese inmediatamente á votacion. Los girondinos viendo que los jacobinos se les habian anticipado, i temiendo que su indecision inspirase dudas acerca de su republicanismo, no imaginaron otro recurso, que el de tributar infinitos aplausos á la proposicion. El único fruto que pudieron recoger, fué el de conservarse en el punto en que se hallaban del favor popular, en vez de elevarse aun mas, como lo habian esperado. Sus antagonistas habian tenido la destreza de privarles de esta ventaja.

La violencia con que los diferentes oradores se espresaron contra la monarquía, fuese cual fuere su fortuna, i contra los reyes en general, manifestó, ó que su espíritu no se hallaba en una situacion bastante tranquila para discutir una medida tan grande nacional, ó que acordándose de los horrores de las matanzas, que no habia aun diez dias que habian ocurrido, se persuadiesen de que no podian sin riesgo manifestar tibieza por la causa del pueblo soberano, que no solo era su juez en última instancia, sino el pronto ejecutor de sus mismos decretos.

El abate de G.*** dijo que las dinastías de los reyes eran razas de animales devoradores, que se alimentan de la sangre de los pueblos; que los reyes eran en el órden moral, lo que los monstruos en el órden físico; las córtes, los obradores del crimen, el foco de la corrupcion; i la historia de los príncipes el martirologio de los pueblos. Por último, hallándose todos los miembros de la convencion bien pe-

netrados de estas infernales máximas, que eran á sus ojos de una evidencia palpable, creyó inútil diferir un solo instante la declaracion de la abolicion del trono, reservándose para mas despacio estender este decreto en mejores términos. Ducos exclamó, que los crímenes de Luis eran motivo suficiente para abolir la monarquía. La proposicion fué admitida i aprobada unánimemente; i los dos lados del salon, igualmente deseosos de manifestar la parte que tomaban en esta gran medida, se dieron reciprocamente el nuevo grito de *¡Viva la república!* De este modo la voz de un miserable é ignorante cómico, apoyada por la de un clérigo apostata, dió en tierra con la monarquía mas antigua i mas ilustre de Europa. Permítasenos en esta ocasion hacer algunas reflexiones sobre el nuevo gobierno, cuya adopcion habia sido acompañada de tantas señales de satisfaccion.

Se ha dicho que el mejor gobierno era el que estaba mejor administrado. Esta máxima es verdadera por cierto tiempo, pero solo por cierto tiempo, por que la buena administracion pende las mas veces de la vida de los individuos, ó de otras circunstancias variables por sí mismas. Seria mas cierto decir que el gobierno mas propio para hacer la felicidad de una nacion, es aquel que mas en armonía está con el estado del país que gobierna, pero poseyendo al mismo tiempo medios de regeneracion que le pongan en estado de seguir el cambio de las circunstancias, i de plegarse á las modificaciones inevitables al estado progresivo de la sociedad. Bajo este punto de vista, la forma de gobierno mas natural, aun en la

vida patriarcal, á las sociedades en su origen, es la monarquía, ó la república. El padre es el gefe de su propia familia, el consejo de los padres gobierna la república; en otras circunstancias, el poder paternal se confia á un guerrero distinguido, ó á un sabio, que se convierte en legislador i rey de la tribu. Pero una república, en el sentido literal, que supone que todos los individuos que componen este gobierno, tienen el derecho de ser convocados para deliberar sobre los asuntos públicos, no puede sobrevivir al primer período de su existencia. Esta forma de gobierno solo se puede encontrar en derredor del hogar del consejo de una tribu indiana del norte de la América; i aun los ancianos que componen una especie de senado, han establecido en ella una aristocracia á su modo. A medida que la sociedad marcha, i que va tomando aumento el pequeño estado, las providencias ordinarias del gobierno, se confian á delegados, ó bien se estancan entre algunos individuos de las primeras órdenes del estado. Roma, cuando arrojó á los Tarquinos, época que los girondinos se complacian en comparar á la de la revolucion francesa, tenia su cuerpo privilegiado de patricios i su senado, en cuyo seno se elegian exclusivamente los cónsules. Los plebeyos, solo en una época posterior, i despues de muchas luchas con los patricios, pudieron conseguir algunas ventajas en favor de su orden. Pero el gobierno de Roma no era, en la verdadera acepcion de la palabra mas republicano que antes de estas concesiones. Los ciudadanos romanos obtuvieron algunos de los privilegios de los

nobles; pero la estension del territorio i de la poblacion sobre que ejercian los ciudadanos su dominio, era tan considerable, que la porcion rural, i no representada de los habitantes, era mucho mas numerosa que la de los ciudadanos que votaban con los cómicos, i en quienes residia la soberanía. Los esclavos no eran, ni podian ser representados, siendo á los ojos de la ley tan poco susceptibles de derechos políticos, ó legales, como un rebaño de animales domésticos; por último, habia numerosos i vastos países sobre los cuales ejercia Roma una autoridad absoluta. Esta pretendida democracia, en el hecho, era mas bien una oligarquía de una estension mayor que lo es de ordinario esta especie de gobierno, i en la cual la administracion soberana de un inmenso imperio, estaba reservada á un número limitado de habitantes de Roma, llamados ciudadanos, muy inferiores en número á la masa total de la poblacion. Estos hombres privilegiados vivian, digámoslo asi, á costa de sus votos, los ambiciosos los acariciaban, los mantenian, cautivaban su vista con magníficos espectáculos, sus oídos con sus declamaciones, i corrompiendo sus principios, acabaron por reducir la corta clase de ciudadanos privilegiados, bajo la esclavitud que habia pesado por tanto tiempo sobre su inmenso imperio. No hay un solo período en la república romana, en el cual, comparando el número de las personas gobernadas con el de los individuos que como ciudadanos, eran partícipes en el gobierno por su voto, ó por la facultad de ejercer empleos, se pueda decir que el pueblo, como cuerpo,

haya sido representado franca i completamente.

Todas las demas repúblicas sobre las cuales poseemos documentos auténticos, comprendiendo en ellas los célebres estados de la Grecia, eran de una estension tan pequeña, que era muy fácil consultar á una gran parte de los ciudadanos sobre los asuntos del estado. Pero los hombres libres, eran los únicos que poseían el derecho de deliberar. Los esclavos que formaban una porcion considerable de la poblacion, jamas tuvieron en Grecia, ni tampoco en Roma el derecho de intervenir en los negocios públicos. Asi es que, como estos eran los que ejecutaban los trabajos mas bajos, los mas humildes, los mas asquerosos de la sociedad, se hallaban privados de los derechos de ciudadano precisamente, por que por su trabajo constante, i por la naturaleza vil de las ocupaciones á que la suerte los condenaba, podian ser considerados como incapaces de ejercer los derechos políticos con juicio recto, i verdadero sentimiento de independendencia. En una palabra, creemos poder sostener que, escepto en el origen de las sociedades, jamas ha existido una reunion de individuos que gozase de la libertad i de la igualdad que los franceses querían dar á cada habitante de su imperio.

La dificultad, la imposibilidad de asignar á cada individuo una porcion igual de poder político, fué siempre tal, que no hemos visto que los pueblos de la antigüedad hayan hecho nunca tentativa alguna para vencerla. Las riquezas i la grandeza del imperio fran-

cés, presentaban además un obstáculo tan insuperable, que los hombres de estado experimentados, no podían persuadirse del buen éxito de la tentativa. Estas repúblicas célebres, á las cuales hace Montesquieu el favor de atribuir la virtud por primer móvil, existían en regiones modestas i apartadas, en las cuales efectivamente reside frecuentemente la virtud. En países montañosos como la Suiza, en los cuales los habitantes son casi todos de la misma esfera, tienen al poco mas ó menos los mismos recursos, i ocupan un territorio de muy corta estension, el gobierno republicano parece el mas natural. La naturaleza ha establecido hasta cierto punto la igualdad entre los primeros padres de una sociedad semejante, i no hay razon alguna para que la política varíe esta disposicion. En las asambleas públicas, ocupan la misma clase, i tienen al poco mas ó menos las mismas ocasiones de formar juicio sobre las cosas. Por otra parte los negocios de un estado de esta naturaleza son muy sencillos i muy poco complicados para exigir largas ó frecuentes discusiones. Las mismas reflexiones se aplican á los estados pequeños, como Ginebra, i algunas de las provincias de los Países-bajos, en las cuales la desigualdad de las riquezas cuando llega á existir, es menos penosa por la consideracion de que proviene del mismo honroso manantial, á saber el comercio, en el cual todas las fortunas estan fundadas sobre el mismo sistema, i en el que la casualidad, que ha enriquecido un dia á un individuo, puede al siguiente hacerle descender i elevar á otro. En circunstancias tan favorables, pue-

den las repúblicas subsistir largo tiempo i prosperar, con tal que el lujo no trabaje secretamente en la disolucion de sus principios morales, ó que vecinos mas poderosos las sacrifiquen á su sed de conquista.

Los Estados- Unidos deben ciertamente proponerse como experimento feliz de una república fundada sobre una escala mayor que ninguna de las mencionadas. Pero no debemos perder de vista que este grande i floreciente imperio se compone de una union federativa de estados, cuya estension es inmensa, pero cuya poblacion no se halla en proporcion con ella. Tampoco se encuentra hasta el mismo grado aquella poblacion aglomerada i envilecida, que presenta en las antiguas naciones europeas un enorme i disparatado conjunto de ciencia i de ignorancia, el esceso de la riqueza, i los horrores de la indulgencia. Un hombre en América, jamas es pobre con un acha i con armas. El desierto le ofrece el mismo retiro, que el mundo ofreció á nuestros primeros padres. Su familia, si la tiene, contribuye á su bien estar; si no tiene ni muger ni hijos, le es tanto mas fácil proveer á sus necesidades. A un hombre que quiere hacer fortuna en aquel país, pueden muy bien salirle errados sus cálculos; pero el que simplemente quiere subsistir con el auxilio de una industria honrada, está seguro de conseguir su deseo. La mayor parte de la poblacion de los Estados- Unidos se compone de agricultores que viven sobre sus tierras, en general de mediana estension, i cultivadas por ellos mismos. Un estado de cosas semejante es muy favorable á las costumbres republicanas.

El hombre que se conoce realmente independiente, como lo son todos los americanos, i que tiene una azada i una hacha, encuentra un verdadero goce en el uso de su voluntad, i hace un fuerte contraste con aquel populacho vil, grosero i turbulento de una gran ciudad. En esta un vaso de licor, ó el dinero suficiente para pagar una comida, escita las aclamaciones de millares de individuos, que se hallan demasiado bajos en la escala de la sociedad para atribuir á sus derechos políticos otro valor que el de poder cambiarlos contra ciertas ventajas, ó contra la licencia, poniéndolos á disposicion de tal ó cual candidato.

Por otra parte, antes de establecer un paralelo entre los Estados-Unidos i la Francia, los hombres de estado de este último país, debieran de haber notado una diferencia muy esencial. Cuando los Estados-Unidos realizaron su gran cambio, sacudiendo la autoridad de la madre patria, tuvieron cuidado de combinar su gobierno de un modo que se introdujesen en él las menos innovaciones posibles en las costumbres de los habitantes. Abandonaron al tiempo, i á circunstancias mas favorables las variaciones que pudieran hacerse necesarias en adelante, prefiriendo fijar las basas esenciales de un gobierno firme i regular, aunque contuviese algunas anomalias, á remover todas las autoridades existentes, á efecto de establecer una constitucion mas regular en teoria, pero mucho menos aplicable en la práctica que las antiguas formas á que el pueblo estaba habituado, i á las cuales tenia costumbre de obedecer. No abolieron ninguna nobleza, por que no te-

nian ninguna que abolir. Pero cuando sentaron los principios de su constitucion, equilibraron la fuerza i el impulso de un cuerpo de representantes con un senado análogo en sus atribuciones á la cámara de los lores en la constitucion de Inglaterra. Los gobiernos encargados del poder ejecutivo, en cada uno de los estados, continuaron desempeñando sus funciones, casi sin otra diferencia, que la de ser nombrados por sus conciudadanos, en vez de serlo por el soberano de la madre patria. El congreso usó contra los realistas de los derechos de la victoria, con cuanta moderacion se podia esperar despues de los furores de una guerra civil. Sobre todo, harémos notar que los americanos en general, se hallaban exentos de corrupcion, i aptos para ejercer su porcion de derechos políticos. Independientes como hemos dicho, no veían en medio de ellos, sino muy pocos ejemplos de una gran riqueza que hiciese contraste con la mas vil indigencia. Sus sentimientos ácia su religion eran verdaderos i profundos, i poseían aquella moralidad que es fruto de ella. Criados bajo un gobierno libre i en el ejercicio de sus derechos de ciudadano, su imaginacion no era susceptible de inflamarse, ni su razon de estraviarse con la adquisicion repentina de privilegios, cuya naturaleza les era desconocida. Esta república por otra parte no contenia una poblacion inmensa i compacta; tampoco tenia una capital de una grandeza desmesurada, en la cual el cuerpo legislativo, encerrado como en una cárcel, estuviese espuesto á la influencia, ó á las amenazas de un vil populacho. Cada

uno de los estados dirige su gobierno, i goza sin restriccion, de la facultad de adoptar los planes convenientes á su situacion particular, sin pensar en aquella uniformidad ideal, en aquella igualdad absoluta de derechos que la asamblea constituyente habia procurado localmente establecer. Los americanos saben que la ventaja de una constitucion es como la de un vestido, que consiste no en la forma de la moda, ó en la finura del género, sino en la exactitud con que se adapta al cuerpo de la persona para quien se ha hecho. En una palabra, la sagacidad de Washington se manifestó tanto en sus hazañas militares como en la firmeza i prudencia con que contuvo la revolucion luego que la paz le proporcionó los medios para ello. El objeto de este gran general fué al parecer el de asentar otra vez las leyes del órden social, sobre una base sólida, asi como el de los hombres de estado de París, casi todos ellos abogados, fué el de prolongar la insurreccion, los desórdenes, i la tiranía revolucionaria.

La Francia ofrecia precisamente todo lo contrario de las particularidades i ventajas que acabamos de mencionar. Ademas de que la influencia escesiva de una capital como París, hacia imposible la existencia de aquella virtud republicana que constituye la esencia de un gobierno popular, debe observarse que los franceses en general no tenian principios fijos. En los últimos años, desde las mayores solemnidades de la Iglesia de Roma hasta las mas minuciosas pequeñeces del vestido, i desde la misa hasta las cintas de los zapatos, todo ha-

bia mudado. De religion no se trataba, i los últimos vestigios de la Iglesia católica, estaban á punto de desaparecer. La virtud republicana, á escepcion de la de los soldados, que daban honor á este nombre con sus hazañas, consistia en llevar un vestido i una camisa gorda, en jurar como un carretero, en obedecer sin el menor escrúpulo á las órdenes mas infames de la sociedad de los jacobinos, i en tomar el dictado, los modales, i los sentimientos de un verdadero descamisado. Ademas de esto, la Francia se hallaba dividida en una porcion de facciones, i amenazada del azote de la guerra civil. Las calles de la capital acababan de ser teatro de un combate á muerte, i recientemente de una terrible matanza. Padecia el país en las fronteras los males de la invasion estrangera. En una crisis semejante, los romanos, con todo su amor á la libertad, hubieran echado mano de un dictador; la Francia sin consideracion á las verdaderas necesidades del país, ó al carácter de sus habitantes, fué erigida en república, forma de gobierno la mas opuesta á la energía i discrecion de las medidas que deben asegurar el buen éxito.

Estas consideraciones no se habian ocultado á los girondinos. Tampoco podian impedir conocer que todas las repúblicas, fuese cual fuere su amor á la libertad, habian confiado la custodia del poder ejecutivo á algun gran funcionario, bajo el nombre de Dux, de estatuder, de presidente, etc., etc., fundándose en el claro, é incontestable principio, de que no puede confiarse sin riesgo de la libertad al

cuerpo legislativo; sin embargo no se atrevieron á manifestar, que esta division de poderes era indispensable, sabiendo perfectamente que sus feroces enemigos los jacobinos, apoderándose de ellos sin escrúpulo, hubieran firmado con la otra mano la acusacion de crimen de lesa nacion contra ellos por haberla propuesto. De esta manera, uno de los cambios mas importantes que pueden hacerse en un país sin preparacion, sin madurez, i sin discusion, fué adoptado por la asamblea con tanta rapidéz, como la que se emplea en una decoracion de teatro.

Sin embargo fué recibido por la nacion con arrebatos de gozo, como el cumplimiento de los altos destinos á que la Francia era llamada. Es cierto que la mitad de la Europa se hallaba armada á sus puertas, pero la nacion que sacaba la espada contra ella se habia hecho republicana. Se manifestaba con la mayor osadía el mas espantoso desórden bajo la forma del asesinato organizado; pero esto no era mas que la efervescencia i el delirio del primer sentimiento republicano de la libertad. La hacienda pública era presa de las dilapidaciones, i los diamantes de la corona habian desaparecido; pero el nombre de república bastaba para dar á los mas infames jacobinos las virtudes de un Cincinato. Esta palabra *república* era el remedio universal para todos los males que podian afligir á la Francia; i sus operaciones regeneradoras se esperaban con tanta confianza, como si los saludables efectos de la convocacion de los estados generales del reino, proclamada en otro tiempo igualmente

como una panacea, no hubiesen ya engañado las esperanzas del país.

Entre tanto, los actores del nuevo drama principiaron á representar su papel de romanos con la mas burlesca solemnidad. El nombre de ciudadano se hizo el saludo general para todas las clases; entre un diputado i un zapatero de viejo, no se conocia otro que este símbolo querido de la igualdad; en el trato comun de la sociedad, se empleaba igualmente una afectacion cómica de laconismo i de sencillez republicana. »Para cuando hayas tomado á Brusélas, dijo el cómico Collot d'Herbois á Dumouriez, he dado licencia á mi muger que se halla en aquella ciudad, para que te dé un beso en recompensa.» El general no tuvo la suficiente galantería para aprovecharse de este permiso. Tenia demasiado talento el general para que se le escapase la ridiculéz de aquella intempestiva ocurrencia. »Ciudadano general, le dijo el diputado, tu andas pensando en hacer el papel de Cesar; pero acuerdate que yo seré Bruto, i que te clavaré un puñal en el corazon. — Mi querido Collot, contestó el general, lo mismo me parezco yo á Cesar que tu á Bruto, i la seguridad de morir por tu mano, sería para mí una patente de inmortalidad.»

Los niños, bautizados ó no, recibian con la misma afectacion de dignidad republicana los nombres formidables de los héroes romanos, de modo que parecian haberse generalizado las locuras de Anacarsis Klotz.

Eran estas unas locuras, que podian causar risa, pero cuando se pusieron á leer á Tito Livio, para examinar que crímenes particula-

res podian cometerse bajo la máscara de virtudes públicas, la cosa se hizo mas seria; la accion del segundo Bruto autorizaba para hacer traicion, i para asesinar á un amigo, ó á un protector cuyo patriotismo no se nivelaba con la altura de las circunstancias. El ejemplo del primer Bruto, enseñaba á imponer silencio al grito de la sangre, para no atender sino al feróz celo de los intereses de su partido, que no servia las mas veces, sino de pretesto á los mas infames proyectos, i del mismo modo que antiguamente estudiaban algunos fanáticos del antiguo testamento para encontrar en él ejemplos de malas acciones que sirviesen para justificar las que ellos mismos querian cometer, * asi los republicanos, es decir los sectarios mas encarnizados, i mas infames de la revolucion, leían la historia para justificar con ejemplos clásicos, sus crímenes públicos i privados. Los delatores, ese azote de los estados, eran fomentados hasta un punto de que apenas se habia tenido idea en Roma en el tiempo de los emperadores, aunque Tácito haya lanzado sus elocuentes rayos contra ellos, designándolos como el veneno i la peste de su época. La obligacion de admitir semejantes informes, se imponia sin vergüenza como indispensable. Siendo el primer deber de cada ciudadano la salud de la república, no debia bajo ningun pretesto vacilar en *denunciar*, era la espresion, á todo individuo que tuviese con él relaciones de cual-

* El autor hace aqui alusion al republicanismo ingles del tiempo de Cromwell.

quiera especie que fueran, aunque fuese su amigo íntimo, ó la muger mas querida suya, si llegaba á sospechar que eran delincuentes de *incivismo*, delito tanto mas terrible por no hallarse su carácter claramente definido.

La virtud de mas de un ciudadano apreciable por otra parte, cedió á estas terribles innovaciones en el estado de la moral. Aun los mismos girondinos no escrupulizaban recurrir á la maldad de los demas, cuando podia ser útil á lo que ellos llamaban la causa de la patria, es decir á su partido.

Otra nueva esplosion del celo republicano se dirigió contra las antigüedades, i contra las bellas artes. Declarado ya abominable el nombre de rey, era necesario hacer desaparecer todo aquello que podia recordar la monarquía; esta ejecucion se confió al populacho, i aunque humillante para los instrumentos, i muy funesta para la historia, i para las bellas artes, fué infinitamente menos horrible que aquellas en que habian sido empleados poco antes los mismos individuos. Los sepulcros de san Dionisio cerca de París, la antigua sepultura de los Borbones, de los Valois, i de toda la raza de los monarcas franceses, fueron no solamente mutilados esteriormente, sino enteramente hechos pedazos; los cadáveres arrancados de los sepulcros, i los huesos dispersados.

Un artista llamado Leonir tuvo el valor de representar para evitar la total diseminacion de aquellos monumentos tan preciosos para la historia i para la literatura. Pudo obtener, no sin mucho trabajo, el permiso de recogerlos i guardarlos en su casa i en su jardin calle de

Agustinillos, donde estos restos mutilados permanecieron conservados hasta la restauracion. Leonir corrió muchos peligros personales, por que si las gentes con quienes estaban en relacion, hubieran presumido que su celo por la conservacion de estos monumentos, era mas bien como realista, que como anticuario, esta especie de *idolatría* hubiera sido castigada en el momento con la muerte.

Pero la destruccion de estos monumentos antiguos i sagrados era, digamoslo asi, un medio vulgar de manifestar su ódio á la monarquía. La venganza de los republicanos, se dirigió contra los emigrados, que armados ó no, i fuera cual fuese el motivo de su ausencia, debian ser comprendidos en una série de decretos. 1.º Todos los emigrados cogidos con las armas en la mano, debian de ser ajusticiados dentro de veinte i cuatro horas; 2.º los extranjeros que habian abandonado el servicio de Francia desde el 14 de julio de 1789, quedaron, contra el derecho de gentes, sujetos á la misma ley; 3.º todos los emigrados, que habian buscado asilo en país extranjero, fueron sin distincion, i sin indagar la causa de su ausencia, desterrados para siempre de su patria. Las propiedades de estos infelices desterrados, se hallaban ya secuestradas, i los asignados que fueron el fruto de este despojo, sirvieron á Cambon, que gobernaba la hacienda, para continuar la guerra, i proveer á los gastos del gobierno.

Los emigrados que habian huído de su patria no eran tratados con mayor dureza, que las personas que habian permanecido en

Francia, á quienes se suponian los mismos sentimientos. Estos individuos sospechosos por cualquiera razon que fuese, ó denunciados como opuestos al mismo sistema, fueron otra vez amontonados en las cárceles, que habian quedado desocupadas en los dias 2 i 3 de setiembre, i cuyas paredes estaban aun teñidas con la sangre de sus predecesores. Los clérigos refractarios, eran objeto especial de esta persecucion, i por último se espidió un decreto á raja tabla deportándolos en masa á la colonia insalubre de la Guayana.

Pero las víctimas mas augustas destinadas á ser inmoladas en el altar de la virtud republicana, eran los individuos de la familia real encerrados en el Temple, i cuya existencia prolongada era á los ojos de los gefes una continúa reconvencion de lentitud, i un objeto ácia el cual podrian dirigirse los afectos del pueblo con una especie de reaccion, cuando el furor del momento se hubiese calmado. Los jacobinos resolvieron la muerte de Luis, aunque no fuese sino por manifestar al universo que no temian sellar con la sangre la verdad de sus acusaciones.

Los hombres de estado filósofos, para quienes no eran perdidas todas las consideraciones, se hallaban muy embarazados con respecto al modo de intervenir en favor del rey. El republicanismo era la calidad con que mas se engreian. Gustaban de que se les atribuyese una parte en la caída de Luis, debida á su colega Barbaroux, i á los federados de Marsella i de Brest, i en esta participacion fundaban los girondinos sus pretensiones á la

popularidad. Pero ¿con qué cara se presentaban ahora, ya que no á defender, al menos á disculpar al rey, que habian ayudado á destronar? I cuanta ventaja no les llevaban los jacobinos, presentándolos como tibios en su celo, i aun como desertores de lo que se decia la causa del pueblo para salvar al *tirano* destronado? Los ministros girondos apreciaban en lo que valian estas dificultades, i se dejaron intimidar por sus rivales hasta el punto de no atreverse á dar ningun paso franco, enérgico i directo en favor del rey.

Una muger, tuvo el valor de emprender una defensa abierta i vigorosa del desgraciado príncipe, sin cubrirse con el velo de una política interesada é insidiosa. Esta era madama Roland, una de las mugeres mas célebres de su época. Un padre delincuente, ó al menos descuidado, i una madre insensata en su ternura exagerada, la habian dejado dueña durante su juventud, de arreglarse á su modo una educacion con las inmoralidades é impiedades de la filosofía francesa. No obstante, aunque sus memorias presenten ejemplos escandalosos de falta de delicadeza, i de opiniones políticas exageradas, no puede negarse, que el conjunto de su vida fué puro i virtuoso en la práctica i sus sentimientos honrosos cuando se abandonaba á sí misma. Veía la gran cuestion bajo su verdadero punto de vista, i conocia que solo interponiéndose entre la asamblea i la consumacion de un gran crimen, podian los girondinos bien mantenerse en la posesion del gobierno, i atraerse la confianza de las gentes honradas de todas las clases, ó bien

procurarse los medios de poner término á la anarquía que devoraba su patria. » Salvad la vida de Luis, decia ella, salvadle por medio de una defensa franca i sin reserva. Es la única medida capaz de asegurar la salvacion vuestra, i la sola que puede imprimir el sello de la virtud pública en vuestro gobierno. » Aquellos á quienes se dirigia la escuchaban con admiracion; pero semejantes á un hombre que se ha elevado rápidamente á una altura en que se le va la cabeza, conocian que era su posicion tan vacilante que no les permitia, ni aun alargar la mano para sostener á otro que se hallaba en un riesgo mucho mas inminente.

Su crédito era en efecto precario. Sosteníalos en la convencion abiertamente un partido considerable, i en la *llanura*, que era el nombre que se daba á la parte del salon ocupada por diputados que afectaban independencia, á saber, que eran girondinos i jacobinos sucesivamente, i colocados por consiguiente en un terreno neutral entre los dos extremos, en tre estos habia muchos individuos, que por efecto de aquel carácter tímido que inclina á los carneros i á los demas animales débiles á reunirse en manadas, habian compuesto un partido capaz de hacer inclinar la balanza ácia la parte que favoreciese. Pero esta influencia no la ejercian, tanto por alcanzar una ventaja política, como por asegurar su propia salud. En los debates ordinarios, votaban comunemente con los ministros, no solo por que lo eran, sino porque las opiniones mas moderadas de los girondinos, estaban mas en armonía con

los sentimientos de estos hombres, que deseaban el restablecimiento de la paz i del orden. Pero estos miembros tímidos de la *llanura*, que hacian la córte asiduamente á los jacobinos, evitaban tomar parte en una medida que pudiera ofenderles, i compraban á costa del desprecio una especie de salvo conducto contra su venganza; en este partido neutral es donde se hallaban con particularidad las reliquias de las facciones vencidas de los moderados, i de los constitucionales sometidos á las circunstancias, i que arreglaban sus votos á su seguridad, ínterin acaso que tiempos menos turbulentos les permitiesen hacer manifiestos sus verdaderos sentimientos. El gefe de estos adoradores de la fortuna era Barrere, hombre muy vivo i elocuente, fecundo en recursos de opiniones versátiles, i de una conciencia complaciente. Tenia mucho miedo á los jacobinos, i era hombre á quien se ocurrían frecuentemente medios muy ingeniosos para desarmar su resentimiento cuando le parecia que podia temer por sí i por su partido. Cuando los girondinos habian obtenido en la asamblea con su lógica ó elocuencia un triunfo que ofendia mucho á sus adversarios, Barrere i los miembros de la *llanura* se interponian entre los vencidos i los vencedores, i por una proposicion de una naturaleza insidiosa i *neutralizante*, impedian que la victoria fuese completa, i proporcionaban retirada á los vencidos.

Se ha creído que un ministerio mas activo, mas diestro i mas al cabo de los medios de dirigir movimientos revolucionarios, hubiera podido en aquella época ganarse un auxiliar de mu-

cha importancia, separando del bando contrario al formidable Danton, i admitiéndole en el suyo. Es preciso observar que el campo de los jacobinos se componia de tres partidos distintos, cada uno de los cuales tenia á su frente á uno de los triunviros de que hemos hecho mencion, pero que obraban de acuerdo en cuanto á dar impulso á la revolucion por los mismos medios violentos empleados desde el principio, en cuanto á hacer resplandecer la espada del terror, presentándola como la de la justicia, i en cuanto á que bandidos de la mas baja estraccion continuasen llenando de espanto á la Francia con los asesinatos i el pillage. Pero aunque acordes sobre este punto principal, los triunviros se miraban con mútua desconfianza, i consideraban con envidia los derechos que cada uno de ellos se arrogaba sobre los despojos. Danton despreciaba á Robespierre á causa de su cobardía; Robespierre temia la osada ferocidad de Danton, i como temer era para aquel lo mismo que odiar, cuando llegaba la ocasion su ódio era la muerte. Tambien disentian en el modo de poner en práctica su terrible sistema de gobierno. Danton tenia frecuentemente en la boca el axioma de Maquiavelo que, cuando es necesaria la sangre, produce un efecto mas terrible una matanza grande pero sola, que una cadena de ejecuciones parciales. Robespierre, por el contrario, preferia el último medio como el mas apropósito, para sostener el reinado del terror. La sed de Marat no podia apaciguarse sino con la combinacion de las dos clases de matanzas. Danton i Robespierre se mantenian á

cierta distancia del sanguinario Marat, i esta posicion respectiva de los gefes de los jacobinos parecia indicar, que uno de los tres al menos podria lograrse separarle de los demas para que opusiese sus bandidos á los de sus antiguos colegas en caso de ataque contra la asamblea. La política por consiguiente designaba á Danton como ausiliar el mas útil, siendo cierto por otra parte que no se hallaba muy distante de contraer esta alianza.

Entre estos tres monstruos, Danton tenia precisamente la energía que faltaba á los girondinos, i conocia todos los resortes secretos de aquellas insurrecciones cuya llave no tenian. Sus vicios, á saber, la cólera, la lujuria, la sed del pillage por terribles que sean, están en el número de los atributos de la humanidad; la envidia de Robespierre i la sed *instintiva* de sangre de Marat, eran atributos de espíritus infernales. Danton era como la monstruosa serpiente boa, que se deja tocar cuando ha saciado su hambre; pero la sed de sangre de Marat era como la de la sanguijuela que dice: mas! mas! i la rabia mortífera de Robespierre se parecia al gusano roedor, que no muere, i no permite un momento de descanso. Los girondinos, hartando de botin á Danton, i proporcionándole los medios de satisfacer sus pasiones desordenadas, hubieran podido comprar su apoyo; en cuanto á Robespierre, lo único que podia contentarle era la autoridad suprema, i Marat, solo en un torrente de sangre podia saciarse. En este horrible triunvirato, Danton era sin contradiccion el que debia ser preferido.

Por otra parte, hombres como Vergniaud, Brissot i otros, en quienes el republicanismo iba unido con un sentimiento de virtud i de honor, podian mirar con repugnancia la idea de amancillar su partido con la adhesion de un hombre tan manchado de crímenes como Danton, por la parte que habia tenido en las matanzas de setiembre. Se persuadirian de que fuese cualquiera el aumento de poder, que pudiese resultar de la destreza revolucionaria, ó de las armas que aquel pusiese en movimiento, nada bastaria á compensar el horror moral que produciria la presencia de un auxiliar tan atróz en cuantos tuviesen el menor sentimiento de honor i de justicia. Por consiguiente dejaron dormir este proyecto resueltos á comprender á Danton con Marat i Robespierre en la acusacion que pensaban hacer en la asamblea contra los gefes de los jacobinos.

El medio mas practicable de que los girondinos podian valerse para asegurar su salvacion i la libertad en las discusiones, era el alistamiento i formacion de un fuerte ejército en los departamentos, proporcionado á la poblacion de cada uno, que se llamaria legion departamental, i que compondria la guardia nacional de la convencion. La proposicion la hizo Roland en un informe * leído á la asamblea i renovado por Kersaint, girondino decidido, que confesó francamente el objeto de su proposicion. "Tiempo era, dijo, de que los asesinos i los instigadores viesen que la ley tenia cadalsos."

Los girondinos consiguieron el nombramiento

* 24 de setiembre.

de una comision encargada de presentar un informe sobre el estado de la capital, sobre el fomento prestado á las matanzas, i sobre los medios de crear una fuerza departamental para defensa de París. El decreto fué aprobado al momento; pero los jacobinos pidieron al dia siguiente su revocacion, asegurando que la convencion no tenia en manera alguna necesidad de semejante fuerza, acusando á los ministros de llevar la intencion de rodearles de satélites armados, para intimidar á la buena ciudad de París, i poner en ejecucion su plan sacrílego de desmembrar la Francia. Rebecqui i Barbaroux contestaron á esta imputacion, acusando á Robespierre, bajo su responsabilidad, de que aspiraba á la dignidad de dictador. Esta salida produjo tanta mayor tormenta, cuanto ocupadas las tribunas ó galerías por los mas violentos sectarios de los jacobinos, empezaron á apoyar con gritos, con imprecaciones i aullidos, las aclamaciones i amenazas de sus gefes en la asamblea. Mientras que los girondinos hacian los mayores esfuerzos para encontrar espresiones bastante fuertes con que reconvenir á Marat, este monstruo salió al frente, i puso el colmo al desórden, confesándose autor i abogado del proyecto de dictadura. Parecia haberse escitado la indignacion en la convencion i Vergniaud leyó una parte del periódico de Marat, en el cual, despues de haber pedido ciento i sesenta mil cabezas, que era su número ordinario, insultaba á la convencion en los términos mas groseros, i exortaba al pueblo á obrar, espresion cuya importancia se conocia entonces perfectamente.

Esta lectura produjo un horror general, i los girondinos por un momento parecieron dueños de la victoria, pero no persiguieron al enemigo con suficiente vigor. La asamblea pasó á *la orden del dia*, i Marat, loco de contento con su triunfo, sacó una pistola, con la cual dijo que se hubiere levantado la tapa de los sesos, si se hubiera espedido decreto de acusacion contra él. Los girondinos, no solo perdieron la ventaja de triunfar de sus enemigos, persiguiendo á uno de sus mas señalados gefes, sino que se vieron precisados por aquel momento á renunciar á su proyecto de guardia departamental, para abandonarse á la custodia de los fieles ciudadanos de París.

Estaba entonces esta ciudad bajo el poder de la municipalidad usurpadora, i la mayor parte de sus miembros habian conquistado sus puestos el dia 10 de agosto. El primer acto de su administracion habia sido el hacer asesinar á Mandat comandante de la guardia nacional, i las cuentas que presentaron, i aun existen, atestiguan que ellos fueron los que armaron i pagaron á los asesinos de setiembre. Jacobinos decididos, al paso que desapiadados bandidos, tenian por agentes i auxiliares á un considerable número de empleados municipales que les servian al mismo tiempo de guardias, de espías, de carceleros, i de verdugos. Habian obtenido ademas en la mayor parte de las sesiones la mayoría de votos para hacerse nombrar á sí propios i á sus agentes para los diversos mandos de la guardia nacional, i los bandidos de los arrabales, estaban siempre dispuestos á prestar ayuda á su excelente

municipalidad, aun contra la convencion, que bajo el aspecto de la libertad de accion, ó del poder real, no tenia ya mas importancia que tuvo el rey despues de su vuelta de Varennes.

La convencion, en vez de adoptar las medidas enérgicas propuestas por Barbaroux, concedió á Robespierre muchos dias para defenderse contra la acusacion de Louvet; mandó comparecer en su barra * á diez miembros de la municipalidad, i se contentó con las frívolas i evasivas disculpas que quisieron dar aquellos insolentes demagogos acerca de la usurpacion del poder.

La acusacion de Robespierre, aunque presentada con energía por Louvet i Barbaroux, se eludió con la formula *á la órden del dia*, i la convencion manifestó claramente que con todo el valor que habia mostrado contra su rey, no se atrevia á defender aquella libertad de que tanto se vanagloriaba contra las usurpaciones de demagogos mas osados que ella misma.

Barbaroux hizo esfuerzos por dar realce á la resolucion de la convencion, haciendo presentarse una nueva tropa de sus feroces compatriotas que formaban el dia diez de agosto la vanguardia del populacho. El único efecto que produjo, fué la sorpresa que causó á los parisienses el cambio que se notaba en las disposiciones de los federados. Sus cánticos, sus bailes, sus pantomimas, llamaron nuevamente la atencion, i mucho mas porque sus coros cla-

* 5 de noviembre.

maban venganza contra los jacobinos, é imploraban piedad para él *pobre tirano*, que era el nombre que daban al rey, manifestándose en favor de la paz, del órden, i de la convencion.

Los parisienses que no podian combinar en su ánimo aquellos cánticos i aquellos clamores con la facha exterior i el carácter de los marseleses, creyeron que era un lazo que se les tendia, i no quisieron reunirse á hombres cuya sinceridad era tan sospechosa.

Los mismos marseleses desconfiados con tan frio recibimiento, ó poco afectos naturalmente á su nueva comision de mantener el órden, fueron desapareciendo poco á poco, i no se volvió á hablar de ellos.

Dumouriez conocia muy bien el ódio que le profesaban los jacobinos, apesar de los triunfos que acababa de proporcionar á la Francia, por que deseaba vivamente poner término á sus usurpaciones; pero se veía obligado á obrar con mucha circunspeccion. El mal éxito de Lafayette abandonado por su ejército, en el momento en que habia querido hacerle marchar sobre París, era un ejemplar propio para desanimar. Dumouriez sabia ademas que las sociedades de los jacobinos, del mismo modo que los comisarios de la convencion, á cuya cabeza se hallaba Danton, habian trabajado con mucho teson en desorganizar su ejército, i en disminuir su influencia sobre él. En este estado de cosas creyó necesario evitar cualquiera medida violenta, sin estar seguro del apoyo de la convencion, en el caso de verse abandonado por su ejército. Pero se asegura que habia ad-

vertido repetidamente á los girondinos que á la sazón dominaban en la convencion, que si podian obtener un decreto, aun cuando no fuera sino de cuatro líneas, autorizandole para dar un paso semejante, estaba pronto á dirigirse á París á la cabeza de un cuerpo escogido, que estaba pronto á seguirle; i no se duda en que por este modo hubiera puesto á la convencion en estado de arrostrar á los jacobinos i á sus apoyos revolucionarios.

En los girondinos pueden suponerse dos temores; primero, que la influencia de Dumouriez sobre su ejército no fuese mayor que habia sido la de Lafayette sobre el suyo, esponiéndolos de este modo á pagar con sus cabezas la incierta prueba de semejante medida; el segundo, que en caso de buen éxito, se hubiesen libertado de la influencia de los jacobinos para encontrarse bajo la de un gefe militar que sabian era favorable á la monarquía bajo cualquiera forma. Asi es que, considerando riesgo por ambos lados, prefirieron correr el de ver su bella i favorita quimera destruida por las picas de los jacobinos, antes que por las bayonetas de Dumouriez. Recibieron con frialdad una proposicion que mas adelante hubieran acogido con los brazos abiertos, cuando ya el general no se hallaba con medios de ponerla en ejecucion.

Sucedió pues que las facciones tan estrechamente unidas antes para la destruccion del trono, no pudieron ponerse de acuerdo sino para la consumacion del gran crimen del asesinato de su soberano destronado; ó mas bien, que si los jacobinos i los girondinos caminaban

al parecer de acuerdo para llevar á cabo este proyecto, no era mas que en apariencia, i los girondinos, al mismo tiempo que manifestaban obrar unidos con sus rivales, en el hecho iban conducidos por ellos, haciendo el papel, no de actores, sino de cautivos en este triunfo definitivo de la democracia. Se hallaban perfectamente convencidos de la inocencia del rey como hombre, i de su inviolabilidad, asi como de la ilegalidad de los procedimientos criminales contra él como autoridad constitucional. Conocian que este acto haria á la Francia odiosa á todas las demas naciones de la Europa, i que por esta misma razon los jacobinos, cuyos elementos eran la guerra i el desórden, querian hacer subir á Luis al cadalso. Sabian todo esto, pero su orgullo filosófico les hacia avergonzarse con la idea de que se les pudiese creer capaces de interesarse en favor de un rey; i el deseo de someter á la nacion á su gobierno, los decidió á consentir en todo, mas bien que en defender á un monarca inocente, pero blanco de la animosidad, á riesgo de perder su popularidad i su fama de verdaderos republicanos comprada á tanta costa.

Al principio de la sesion se habia encargado á una comision compuesta de veintinueve miembros el examinar los cargos alegados contra el rey, i de dar cuenta á la convencion. Su informe se presentó el dia 1^o de noviembre de 1792, i jamas habia visto aquella asamblea presentarse un tejido mas odioso de confusion i de mentiras. Todos los actos de los ministros de cada departamento, á los cuales

se podia dar un aspecto criminal, se presentaban como medidas de que el rey era responsable; i cuando apenas podia disponer materialmente de un solo regimiento, se producía en este informe la prueba de un proyecto para asesinar á toda la asamblea, defendida por treinta mil guardias nacionales, sin hablar de los federados, i de la milicia de los arrabales.

La convencion casi se avergonzó de este informe, i le costó trabajo permitir la impresion. Luego que se publicó, dos ó tres personas citadas en él como partícipes de los actos achacados al rey, afirmaron con juramento lo contrario,* Se presentó un suplemento de acusacion con las misteriosas circunstancias siguientes: Gamin, cerrajero en Versalles, confió á Roland á últimos de diciembre, que, á principios de mayo de 1792, le habia encargado el rey la construccion de un armario de hierro empotrado en la pared de una de las piezas de las Tullerías, i que indicó el ministro de la justicia. Añadia una circunstancia que echaba á perder toda su relacion, i era que el rey le habia dado por su propia mano un vaso de vino, que le habia producido un fuerte cólico, acompañado de una especie de parálisis, que por espacio de *catorce meses* le habia privado del uso de sus miembros, i de trabajar para vivir. Este miserable en efecto acusaba al rey de haberle querido envenenar, lo cual solo puede parecer

* M. Septewil era citado entre otros como agente de Luis XVI, i como que habia enviado dinero á sus hermanos emigrados.

creíble á los que cuenten catorce meses entre principios de mayo i fines de diciembre del mismo año. Esta grosera mentira echó por tierra la declaracion de Gamin; i como el rey negó constantemente haber tenido noticia de semejante armario de hierro conteniendo los papeles de que se hablaba, nos vemos precisados á suponer, ó que Gamin habia sido empleado por uno de los ministros, i que habia mezclado el nombre del rey en su declaracion, para embellecer su cuento, ó que los papeles escogidos entre aquellos que se habian encontrado en otro lugar oculto, se habian puesto en el armario por los comisarios jacobinos encargados de visitar el palacio, con el fin de que sirviesen en el número de pruebas contra el rey.

Roland se condujo con mucha imprudencia examinando estos papeles solo i sin testigos en vez de exigir la presencia de los expresados comisarios que se hallaban en el palacio en aquel momento. Su intencion sin duda, era separar los documentos que hubieran podido comprometer á individuos de su partido, ó á algunos de sus amigos. Se halló sin embargo uno muy importante, que sirvió á los jacobinos de cargo contra los girondinos. Era una proposicion hecha á Luis XVI., antes del 10 de agosto por estos, que se comprometian á oponerse á la proposicion del destronamiento, con tal que consintiese en volver á emplear los tres ministros que habia destituido.

Los papeles encontrados en el armario, eran de naturaleza muy diversa: cartas, memorias, proyectos, consejos, ofertas de servicio;

entre otros se halló el plan que Mirabeau habia propuesto en favor de la monarquía en los últimos dias de su vida. En consecuencia de este descubrimiento fué sacado su cadáver del panteon, antigua iglesia de santa Genoveva destinado para la sepultura de los grandes hombres de la revolucion, que mudaban tantas veces de puesto, que parecia que tenian alquilada por meses la habitacion. Estos documentos consistian, como ya hemos dicho, en proyectos en servicio del rey, los cuales seguramente no tuvieron por su parte consecuencia alguna, i que probablemente no habian merecido nunca su aprobacion. La única pena que Luis podia merecer por esto, era la de un individuo que se hubiera constituído custodia de los proyectos sometidos á su exámen, pero que bajo ningun aspecto hubieran merecido su consentimiento. Bastante duro é injusto era ya hacer responsable á Luis de todos los pareceres de sus ministros aprobados por él, pero era dar una terrible latitud á su pretendida responsabilidad el quererla estender á los que podia suponerse que habia desechado. Por otra parte, la narracion de Gamin era tan contradictoria en una de sus circunstancias, i tan dudosa en las demas, que no ofrecia la menor prueba de que los papeles se hubiesen hallado en manos del rey, de suerte que este nuevo cargo estaba tan destituido de todo fundamento como todos los producidos por las primera comision, i en virtud de todas las leyes reconocidas en todas las naciones civilizadas, la acusacion contra el rey debiera haber sido desechada como fundada en una falsedad notoria.

Una circunstancia fué la que decidió probablemente á perseguir al rey de muerte; los jacobinos sabian que un rey de Inglaterra habia sido condenado á muerte por sus súbditos, i no querian que la Francia se quedase atrás de la Inglaterra, cuando se trataba de un espectáculo tan interesante para un pueblo regenerado. Este acontecimiento no se hubiera considerado seguramente por otro pueblo cualquiera como un oportuno principio; pero los franceses tienen un espíritu de entusiasmo escésivo, i una predisposicion tal á imitar un hecho en su parte exagerada, que, si es posible, tratan de sobrepujar á todo lo que las demas naciones han hecho antes de ellos. Esta consideracion sin duda contribuyó á que Luis XVI. compareciese en la barra en el año 1792, del mismo modo que Carlos 1.^o en Inglaterra en 1648.

Los hombres de estado de Francia no se tomaron el trabajo de meditar que la muerte de Carlos 1.^o no habia hecho otra cosa que preparar una série de años de servidumbre bajo un despotismo militar, i despues el restablecimiento de los soberanos legítimos. Si hubiesen considerado este hecho bajo este punto de vista, hubieran leído algo en lo futuro i pudieran prever las consecuencias de la muerte de Luis. No reflexionaban que la muerte de Carlos Estuardo está considerada por una gran parte de la nacion inglesa, como un crimen nacional, i que el dia del aniversario se celebra aun como un dia de ayuno i de penitencia; que otros, que condenan la conducta del rey antes i despues de la guerra civil,

como el *whig* Churchil, consideran su muerte como un acto inconstitucional; * que hay muy pocos que creen poder justificarla fundados en motivos pasajeros de la necesidad política, i que probablemente no hay ya sino un corto número de entusiastas que se vanaglorían de esta accion como de un acto de venganza popular.

Pero los regicidas franceses deberán haber tenido mucho trabajo en encontrar en la conducta de estos últimos, con respecto á Carlos 1.º motivos capaces, por su analogia, de justificar el asesinato de Luis XVI., i solo por política se les podria admitir en una sociedad de *calves head*. **

La conducta de Luis XVI. fué desde su advenimiento al trono un modelo de virtud

* »; Desgraciado Estuardo! Aunque tu nombre resuena con desagrado en mis oídos, me hubiera muerto de vergüenza al mirar á mi rey comparecer ante sus súbditos, i levantar su mano real en la barra; al escuchar al monarca justificarse en virtud de orden suya, i al ver correr su sangre por efecto de su decreto. Aunque tus faltas fuesen grandes i numerosas, aunque hayan conmovido el edificio del estado, si, no hay la menor duda, el trono era la salvaguardia de tu persona, i el manantial de tu sangre era sagrado. ; Ministros infames, que habeis abusado de vuestras funciones, i que habeis osado aconsejar la injusticia á un monarca!.. ; La venganza, ligada con la justicia, i armada con el poder, os hubiera aniquilado sin crimen!... Pero el rey no puede hacer mal (a).”

** *Calves head club*. La sociedad de las cabezas de ternera, establecida por los independientes i los presbiterianos en conmemoracion del suplicio de Carlos I. La regla, en el dia del banquete, era comer con preferencia cabezas de ternera i beber el vino ó la cerveza en los crancos de ellas.

(a) *Churchils Gotham*.

(Editor.)

i de moderacion. En vez de impuestos extraordinarios bajo pretexto de dones gratuitos i de ship-money, * Luis alivió las cargas feudales á los vasallos i las prestaciones corporales (*corvée*) á los aldeanos. Carlos hizo poner en la argolla i hender las orejas á aquellos que queria convertir en *conformistas* anglicanos. Luis concedió á los protestantes el libre ejercicio de su religion, i abolió el tormento. Carlos no se presentó en el parlamento sino para violar la libertad con el arresto de cinco individuos, i puede decirse que Luis se constituyó prisionero de los representantes del pueblo, que habia él convocado voluntariamente. Pero, sobre todo, Carlos en persona, ó por medio de sus generales, hizo á sus súbditos una guerra larga i sangrienta, dió batallas en todos los condados de Inglaterra, i no fué vencido ni hecho prisionero, hasta despues de una lucha prolongada i mortal que habia hecho perecer á muchos millares de hombres por ambas partes. La conducta de Luis fué muy diferente bajo todos respetos; nunca autorizó ningun acto de violencia para resistir á las usurpaciones del pueblo sobre la autoridad real, aun cuando estaban en su mano los medios para ello. Es cierto que habia reunido tropas á las órdenes del mariscal de Broglie, pero les dió orden de retirarse luego que se vió en la al-

* El impuesto del *ship-money*, estaba destinado al armamento de una escuadra para proteger las costas de Inglaterra contra los piratas, pero esta gabela ilegal por principios fué una de las causas de la revolucion inglesa, por haberse negado á pagarla el famoso Hampden.

(Editor.)

ternativa de obrar ofensivamente contra el pueblo. En las circunstancias mas arriesgadas de su vida, manifestó la mayor repugnancia á derramar la sangre de sus súbditos; en su fuga á Varennes, no quiso entregar pistolas á las personas de su comitiva, i cuando fué su coche detenido en el puente, se negó á dar órdenes al oficial comandante de los húsares para abrirse paso. El dia 10 de agosto cuando vió que la actitud guerrera de su guardia, no contenia la osadía de los agresores, se presentó en la asamblea legislativa, entregándose á discrecion, mas bien que montar á caballo i ponerse al frente de sus fieles tropas, i de sus leales súbditos. La sangre vertida en aquel dia, lo fué sin orden suya, porque no habia ningun motivo para fomentar una lucha, que en vez de servir para defender su persona, bajo la salvaguardia entonces de la asamblea, solo debia esponerla á mayor riesgo; mas adelante, cuando le noticiaron secretamente que habia individuos resueltos á salvarle la vida con riesgo de la suya, prohibió que lo intentasen.

»No quiero, dijo, que se derrame una sola gota de sangre por mi causa, no lo consentiré ni aun por salvar la corona; jamas compraré yo mi vida á ese precio." Estos eran acaso sentimientos mas dignos de la sociedad de los cuakeros, que del rey de una gran nacion, pero, por último, sean lo que fueren, Luis los experimentaba, i fué fiel á ellos. Sin embargo, sus súbditos comparaban su carácter i sus supuestos crímenes á los del atrevido Estuardo, que durante la guerra civil, empuñó

él mismo las armas, i dió una carga á la cabeza de su regimiento de guardias.

Considerada bajo el punto de vista de sus funciones reales, la conducta de Luis está exenta de toda culpabilidad, á no ser la que puede achacarse á un príncipe demasiado compasivo i demasiado débil en la defensa de los derechos legítimos de su corona. Luis, luchando debilmente, cedia á cada nueva peticion, que se le hacia en el sentido de las innovaciones. En vez de colocarse como una barrera entre su pueblo i la nobleza, i tratar de que transigiesen amistosamente, sufrió que arrancasen á ésta de los escalones de su trono, i que viendo asoladas sus propiedades, é incendiados sus palacios, se precipitasen en la emigracion. Prestó sucesivamente su sancion á todas las mejoras populares, á todas las brechas abiertas á la autoridad real, i á su dignidad personal. Lejos de merecer el cargo de haberse opuesto al establecimiento de la libertad, hubiera sido un bien para la nacion, i para él mismo, el que hubiera sabido economizar sus concesiones, de manera que el uso que pudiera hacer de ellas fuese legítimo, dejando para sus sucesores el cuidado de aflojar las riendas del gobierno cuando conviniese.

La inocencia completa del rey, era en efecto conocida del universo entero, pero sobre todo de aquellos que se arrogaban el derecho de juzgarle, i era difícil persuadirse, que su vida estuviera verdaderamente en riesgo. Este al parecer fué un expediente ingenioso de los jacobinos, con el cual hicieron caer en el lazo á los girondinos vacilantes, decidiéndolos á vo-

tar por que se juzgase al rey. Saint-Just se opuso en un discurso furioso, á que se observase ninguna formalidad, escepto la de sentenciarle á muerte, atendiendo á la urgencia del caso. » ¿Á qué vienen, decian los partidarios de esta resolucion á raja tabla, las ceremonias del grande i pequeño jury? El cañon que habia abierto brecha en las Tullerías, i las aclamaciones del pueblo al dia 10 de agosto, habian ocupado el lugar de todas las solemnidades. La convencion no tenia necesidad de otra autoridad, nada tenia que hacer sino pronunciar, ó mas bien confirmar la sentencia del pueblo soberano.»

Esta proposicion no solo fué aplaudida por el populacho furioso, que asistia diariamente á las sesiones en las galerías, sino apoyada tambien por las exageraciones de los mas violentos democrátas. Dijeron que todo ciudadano tenia sobre la vida de Luis el mismo derecho que Bruto sobre la de Cesar. Otros aseguraron, que el solo hecho de haber reinado, era en sí mismo un crimen bastante notorio para evitar todo procedimiento, i para producir por sí mismo el suplicio.

Los girondinos i el partido neutral, aturridos con estos clamores, adoptaron, como toda gente débil, un partido medio; i en vez de sostener la inocencia de Luis adoptaban medidas para salvarle de un riesgo inmediato, pero que se dirigian á hacerle comparecer ante un tribunal demasiado tímido para poder oírle con imparcialidad. Resolvieron reclamar para la convencion nacional el derecho de juzgar al rey.

No habia un solo diputado de la convencion que se atreviese á confesar hechos atestiguados por su conciencia, pero cuya confesion, segun la diestra observacion del sofista Robespierre, era una condenacion de su propia conducta. »Necesariamente existe un delincuente, dijo el pérfido lógico, ó el rey, ó la convencion que ha ratificado los actos del pueblo sublevado. Si habeis destronado á un monarca inocente i legítimo, ¿qué sois, sino traidores? I en este caso, ¿por qué permanecemos en este puesto? ¿Por qué no correr al Temple, poner á Luis en libertad, volverle á instalar en las Tullerías, i pedirle de rodillas un perdon que no habeis merecido? Pero si en el grande acto popular que habeis ratificado, no habeis hecho mas que aprobar la deposicion de un tiráno, hacedle comparecer en la barra, i pedidle cuenta de sus crímenes.»

Este dilema era apretante para muchos diputados, que no podian menos de ver su propia condenacion en la absolucion del rey. Otros, conociendo como ellos la fuerza de este argumento, preveían el riesgo que habria en esponerse á la rabia de los jacobinos i de sus satélites, votando en la asamblea de un modo diferente del que exigian estos demagogos.

Cuando Robespierre hubo concluído su discurso se levantó Petion, é hizo la proposicion de que el rey fuese juzgado por la convencion. Dícese que el corregidor de París tomó la iniciativa en esta cruel persecucion, por que Luis XVI. le habia hablado con severidad con motivo de la invasion tumultuaria del populacho jacobino en las Tullerías el dia 20 de

junio; se añade, que cuando Petion trató de contestarle, el rey le habia señalado la puerta por donde habia entrado, mandándole callar con dureza. Si esto es cierto, fué una venganza cruel por una ofensa tan ligera, i la suerte que mas adelante alcanzó á Petion, merece por lo mismo ser menos compadecida.

La proposicion fué aprobada sin oposicion, i sus tristes resultados nos los presenta el siguiente capítulo.

CAPITULO V.

RESUMEN DEL CAPITULO V.

INDECISION DE LOS GIRONDINOS. — LA FAMILIA REAL EN EL TEMPLE. — INSULTADA POR LOS AGENTES DE LA MUNICIPALIDAD DENTRO I FUERA DE LA PRISION. — SU PACIENCIA EJEMPLAR. — SE LE PRIVA AL REY DE LA COMPAÑIA DE SU HIJO. — BUZOT CONFIESA EL DESAPEGO GENERAL DE LOS FRANCESES ACIA EL GOBIERNO REPUBLICANO. — EL REY CONDUCIDO ANTE LA CONVENCION. — SU PRIMER INTERROGATORIO. — ES LLEVADO OTRA VEZ Á LA PRISION EN MEDIO DE LOS INSULTOS I DE LAS INVECTIVAS. — TUMULTO EN LA CONVENCION. — AL REY SE LE PRIVA EL TRATO CON SU FAMILIA. — MALESHERBES NOMBRADO ABOGADO I DEFENSOR DEL REY. — DESEZE. — EL REY VUELVE Á SER CONDUCIDO OTRA VEZ Á LA CONVENCION. — DISCURSO DE DESEZE. — EL REY VUELTO Á LLEVAR AL TEMPLE. — TEMPESTUOSOS DEBATES EN LA CONVENCION. — ATAQUE ELOCUENTE DE VERGNIAUD CONTRA LOS JACOBINOS. — SENTENCIA DE MUERTE PRONUNCIADA CONTRA EL REY. — SIMPATIA GENERAL EN FAVOR DE SU SUERTE. — DUMOURIEZ LLEGA Á PARÍS. — PROCURRA EN VANO IMPEDIR LA MUERTE DEL REY. — LUIS XVI. DECAPITADO EL DIA 21 DE ENERO DE 1793. —

MARÍA ANTONIA EL 16 DE OCTUBRE SIGUIENTE. —LA PRINCESA ISABEL EN MAYO DE 1794.— EL DELFIN PERECE DE RESULTAS DEL MALTRATO QUE SE LE DÁ EL DIA 8 DE JUNIO DE 1795.— LA PRINCESA REAL CANGEADA POR LAFAYETTE EL DIA 13 DE DICIEMBRE DE 1795.

CAPITULO V.

Ya hemos visto que madama Roland dirigió con la mayor valentía exortaciones nobles i enérgicas á los diputados de su partido, cuyos terrores eran mas que femeninos. Los girondinos no podian persuadirse que sus feróces adversarios inspirasen tanto ódio como terror. Todos los franceses que habian conservado algunos sentimientos de moral i de virtud, detestaban á los autores de una larga cadena de asesinatos ejecutados á sangre fria; la conducta de un partido, cuyos gefes pasaban de la indigencia á la riqueza por medio de la violencia, de los confiscos i secuestros, sin hablar de otras especies de pillage directo, ó indirecto inspiraba una justa desconfianza á todos los propietarios. Si la mayoría de la convencion hubiese adoptado la resolucion de oponer una valiente resistencia á sus infames tirános, i de impedir á todo evento el asesinato del rey, la parte fuerte de la nacion, hubiera apoyado sin duda á una autoridad constituída contra las usurpaciones de la municipalidad de París, que para tiranizar á la convencion, i para gober-

nar por este medio á la Francia segun su capricho, no tenia mas derecho que la última municipalidad del reino.

Los girondinos debieran haber comprendido que por desvanecer la medida favorita de los jacobinos, no hacian mayor el ódio de estos contra ellos, i que el dilatar el combate, no se consideraria como un principio de buena armonía, sino como el efecto de una tímida irresolucion, que no podia dejar de ensoberbecer mas i mas á sus enemigos, i resfriar á sus amigos en la misma proporcion. Esta política circunspecta i medrosa de los girondinos, les privó de casi todas las probabilidades que tenian de crearse un partido fuerte i sólido en la nacion. Una defensa atrevida franca i vigorosa del rey les hubiera hecho honor, i se les hubiera considerado como hombres públicos, dispuestos á cumplir con su deber á riesgo de su vida; hubieran podido contar entonces con todos los individuos capaces de tomar las armas, ya entre los realistas que principiaban á agitarse en la Bretaña i en el Vendée, ya entre los constitucionales, que temian la persecucion de los jacobinos.

Entre tanto el rey, la reina, la hermana del rey, i sus hijos, el delfin, i la princesa real, estaban en la torre del Temple, peor alojados i tratados con mas dureza que lo estaban los presos de estado antes de la revolucion, en la execrable Bastilla.* Los augustos

* El lector puede comparar la narracion que hace Marmontel de su permanencia en la Bastilla, con el cuadro que presenta el fiel Clerj del cautiverio de Luis en el Temple.

presos estaban bajo la custodia especial de la municipalidad de París, que tanto por su natural grosería, como por el deseo de manifestar su infernal jacobinismo, nada echaba en olvido, á fin de hacer mas amargo su cautiverio.

Petion, cuya presencia recordaba tan crueles memorias, se complacia en insultar á Luis con sus visitas. Los empleados municipales enviados á cuidar de la seguridad del preso, i espiar sus conversaciones particulares, eran escogidos entre los jacobinos mas odiosos. Estos brutales carceleros correspondian á la serenidad, i aun á la atencion del rey, con una baja i grosera insolencia. Uno de ellos, cantero, en su traje de menestral, se habia tirado en un sillón donde adornado con su banda municipal, estaba repantigado á toda su satisfaccion. El rey, por hablar algo, le preguntó que donde trabajaba. »En la iglesia de Santa Genoveva, le contestó con groseria.—Me acuerdo, dijo el rey, haber colocado la primera piedra. Hermoso edificio, pero he oído decir que los cimientos no estaban bastante sólidos.—Mas que los tronos de los tirános, contestó aquel miserable.» El rey se sonrió i calló; sufrió con la misma longanimidad la contestacion insolente de otro de aquellos empleados. No habiendo sido relevado este á la hora acostumbrada, el rey le dijo cortesmente, que creía que aquel retardo no le seria desagradable. »Yo vengo aqui, contestó aquel bárbaro, á examinar vuestra conducta, i no á que os mezcleis en la mia. Nadie, añadió calandose el sombrero, tiene derecho para

mezclarse en ella, i vos menos que cualquiera.

Hemos visto cárceles, i estamos seguros que el mismo carcelero, por duro que sea i acostumbrado que esté á escenas de desgracia, rara vez contesta con crueldad tan sin motivo i con reconvenciones é insultos á estas preguntas de simple cortesanía, aun cuando salga de la boca de los mayores delincuentes. Tenian sin duda corazones de piedra aquellos hombres convertidos en carceleros como por casualidad, cuyo primer preso era el que habia sido su rey por espacio de tantos años.

Mientras que pasaban escenas de esta naturaleza en la prision, las guardias esteriores, i los centinelas i patrullas de jacobinos, que vigilaban cuidadosamente las cercanías del Temple, añadian á aquellos ultrages sus vejaciones, é insultos. Colocaban de modo que el rey i la reina los pudiesen ver, dibujos i estampas representando á la familia real en manos del verdugo. Cantaban debajo de sus ventanas las canciones patrióticas mas violentas sobre la próxima muerte de *monsieur i madama veto*, i el sobresaltado sueño de que podian gozar, era interrumpido con los horrendos gritos de los hombres que pedian su sangre. El dia 3 de septiembre llevaron al frente de sus ventanas la cabeza de la princesa de Lamballe; i uno de los empleados municipales hubiera hecho asomarse á la familia real para que viese aquel horroroso espectáculo, á no haberlo impedido otro de costumbres mas humanas. Habiéndole preguntado algunos menos bárbaros el nombre de aquellos dos em-

pleados para castigar al culpado, el rey se contentó con nombrar al otro, pues tal era la inclinacion de este príncipe á la clemencia, aun con aquellos que ejercian contra él un verdadero exceso de crueldad.

Los rigores de la municipalidad, iban creciendo á proporcion que se iba acercando la causa de Luis. Los objetos relativos á las necesidades personales mas simples, eran siempre motivo de debates, i se pasó mucho tiempo antes, que el rey tuviese licencia para afeitarse. Le privaban de todo lo que le era preciso, i hasta de su cepillo de los dientes i de su cortaplumas; á la reina i las princesas les quitaron tambien sus tijeras. Esta circunstancia dió motivo, á que el rey hiciese una observacion que conmovia. Viendo á su hermana ocupada en coser, i que se veía precisada á cortar el hilo con los dientes, no pudo menos de decirla: »Que contraste! nada os faltaba en vuestra linda casa de Montreuil! — ¡Hermano mio, contestó la princesa que era la misma pureza i bondad personificadas; ¿puede pesarme de cosa alguna, cuando soy partícipe de tus desgracias? ¿Puedo quejarme cuando me ha conservado el cielo para participar contigo de tu cautiverio i para consolarte?» En el seno de su familia, era donde se manifestaba verdaderamente el carácter del rey en todo su esplendor; i si en el trono no poseía siempre la energía que exigian sus augustas funciones, la desgracia derramó en derredor suyo en el Temple, la aureola de un mártir. Empleaba las horas de la mañana en la instruccion del jóven delfin, cuidado paternal para él que era

mu y apropósito por los variados conocimientos que poseía. Los cautivos se aprovechaban lo mejor que podían de algunos cortos intervalos en que se les permitía dar un paseo en los jardines del Temple, seguros de verse insultados como Carlos 1.^o en la misma situación, por los centinelas, que les echaban el humo del cigarro á la cara cuando pasaban, al paso que otros ofendían los oídos de las princesas con canciones libres ó amenazas las mas bárbaras.

Luis i su familia lo sufrían todo, con una santa paciencia que conmovía á los que podían contemplar de cerca el espectáculo del trono reducido á tan lastimosa situación, pero sobrellevaba con tanta resignación i serenidad. Algunos empleados municipales se llegaron á enternecer i mudaron de opinión acerca del rey, al considerarle bajo un aspecto tan nuevo como extraordinario.

Las clases primeras principiaban á hacer conversacion de los insultos que recibía diariamente i de su noble resignación. Conmovidos con estas noticias, i temerosos de caer enteramente bajo la autoridad de los descamisados, los republicanos volvieron á dirigir sus miradas ácia la constitucion del año de 1791, que con todos sus defectos, ofrecía la ventaja de un poder ejecutivo monárquico.

Los mas sabios i los mas sensatos de los girondinos, empezaban á persuadirse que se habían dado demasiada priesa á situar su república favorita sobre un terreno en donde un edificio de aquella naturaleza no podía establecerse de un modo bastante sólido. Buzot lo

confiesa : sin duda en época posterior á la que nos referimos ; pero este modo de ver era tan fundado cuando la causa del rey como despues de la espulsion de los girondinos. Sus palabras son dignas de notarse. » Mis amigos, dice este célebre girondino , alimentaron por mucho tiempo la esperanza de restablecer una república en Francia ; i aun despues que todo al parecer les manifestaba que las clases altas, sea por preocupacion , ó por reflexion , mostraban repugnancia á esta forma de gobierno, no perdieron las esperanzas , aun cuando vieron que los hombres mas perversos i mas despreciables se hacian dueños de las clases inferiores i las corrompian , ofreciéndoles ocasiones de licencia i de pillage. Contaban con la ligereza i predisposicion á variar , peculiares del carácter frances , i que creían convenientes para una nacion republicana. Este racionio lo he considerado siempre como absolutamente defectuoso , i he perdido muchas veces la esperanza de ver realizarse mi deseo favorito de establecer una república en mi patria. » En otro parage dice Buzot : » Es preciso confesar que la mayoría de los franceses deseaba ardientemente la monarquía i la constitucion de 1791. Este era en París el voto general , que se espresaba con mucha franqueza , bien que solo entre amigos i en casa segura. Solo habia un corto número de almas nobles i elevadas que se conociesen dignas de ser republicanas , i á las cuales alentó el ejemplo de los americanos para hacer la prueba de establecer un gobierno parecido en Francia , patria de la frivolidad i de la inconstancia. El resto de la nacion , á

escepcion de miserables ignorantes sin razon i sin medios de existencia, que vomitaban injurias contra la monarquía, como lo hubieran hecho en cualquiera otra circunstancia contra una república, i sin saber jamas porque, el resto de la nacion era afecto á la constitucion de 1791, i miraba á los republicanos como una especie de locos honrados.”*

Estas líneas, escritas por uno de los girondinos mas sinceros, encierran la condenacion de aquellos hombres que por hacer la prueba dudosa de una república, para la cual se les presentaban tantos obstáculos, habian consentido en prestar sus armas i su apoyo para la destruccion de un gobierno, que sabian ser deseado por todas las clases ilustradas de la Francia, escepto ellos, abriendo por este medio la puerta al terrible triunvirato de Danton, Robespierre i Marat.

Pero asi por este pasage, como por otros, vemos tambien que en París, i en los departamentos, habia disposiciones secretas que la convencion hubiera podido aprovechar, invocando su auxilio resueltamente para salvar al rey, i evitar el reinado del terror. Principiaron á manifestarse síntomas de desvío ácia los gefes, i de interés á favor del rey. Crecieron aun cuando Luis compareció en la convencion para ser interrogado en ella, circunstancia en la cual tuvo que sufrir insultos evidentemente premeditados, semejantes á aquellos con que le atormentaban en la prision. Hasta entonces habia podido disfrutar de la

* Memorias de Buzot.

compañía de su hijo, apesar de que las comunicaciones con el resto de su familia se le habian limitado mucho. Amaba con mucha pasion á aquel hijo desgraciado, que correspondia á su afecto, i daba muestras de todos los gérmenes de talento condenados á no llegar jamas á su desarrollo. Los carceleros tomaron la cruel resolncion de apartar al hijo del padre, la mañana del mismo dia * en que Luis debia sufrir su interrogatorio en la convencion; en otros términos, le dieron el golpe mas sensible en el momento que mas necesidad tenia de echar mano de todos los recursos de su talento, para defender su vida entera contra enemigos diestros i poderosos.

Esta providencia bárbara, produjo bajo algun aspecto el efecto que se esperaba. El niño estaba jugando al juego de Siam con su padre, i no podia conseguir pasar del número *diez i seis*: "Es un número bien desgraciado, dijo. — No es hoy cuando lo sé, hijo mio, contestó el padre." Esta triste idea la confirmaron muy en breve los comisarios de la convencion, que sin darle otras esplicaciones, sino que Luis se dispusiese á recibir al corregidor de París, quitaron el hijo al padre, dejando á éste abandonado á su dolor. Al cabo de dos horas poco mas ó menos, durante las cuales se habia oído ruído de caballos, i el de un cuerpo considerable de tropas que se distribuía en derredor de la prision, se presentó el corregidor llamado Chambon, hombre débil é ignorante, é instrumento

* 11 de octubre.

dócil de la feróz municipalidad que presidía. Leyó al rey el decreto de la convencion, mandando que Luis Capeto fuese llamado á las cinco. »Capeto, contestó Luis, no es mi apellido; lo es uno de mis antepasados. Hubiera deseado que los comisarios me hubiesen dejado á mi hijo durante las dos horas que he estado esperándoos. Por lo demas, este modo de tratarme es una consecuencia de lo que hace cuatro meses que se está haciendo conmigo. Voy á seguiros, no por obedecer á la convencion, sino porque mis enemigos tienen la fuerza en su mano.»

La gente se agolpó en derredor del rey en el tránsito del Temple á las Tullerías, que era donde la convencion habia establecido sus sesiones, al modo que un vencedor toma posesion del campo de batalla, en que ha muerto á su enemigo. Pedíase á grandes voces la muerte del *tiráno*; pero Luis conservó la mayor serenidad, aun cuando se vió colocado como un delincuente ante una asamblea de hombres que habian nacido súbditos suyos, i la mayor parte de ellos en una clase que los excluía de las funciones de jueces, antes que él les hubiese concedido este privilegio.

»Luis, dijo el presidente (el versatil, tímido, pero artificioso Barrere), podeis tomar asiento.» El rey se sentó, escuchó sin conmocion aparente una larga acusacion fiscal, en la cual todas las desgracias ocasionadas por la revolucion se presentaban seriamente como cargos contra el rey. Sus contestaciones siempre lacónicas i precisas probaron mucha presencia de ánimo i mucha tranquilidad. Alegó para

su justificacion los decretos de la asamblea nacional con respecto á las ocurrencias de Nancy i á la del Campo-Marcio, en las cuales se hizo fuego sobre la plebe reunida, i por las cuales se le reconvenia como por actos de hostilidad contra el pueblo. No podemos prescindir de copiar una ó dos de sus contestaciones.

»Se os acusa, dijo el presidente, de haber hecho distribuir dinero á gente pobre i oscura, del arrabal de san Antonio. ¿Qué respondeis á esto?—Mi mayor placer era el de darselo á aquellos que lo necesitaban.—El dia 10 de agosto habeis pasado revista á los suizos á las cinco de la mañana.—He ido á ver las tropas que se habian reunido en mi residencia; las autoridades constituídas se hallaban en ella, el departamento, el corregidor i la municipalidad. Tambien rogué que viniese á ella una diputacion de la asamblea nacional, i en seguida me presenté en el seno de ella con toda mi familia.—¿Por qué habeis reunido tropas en palacio.—Todas las autoridades constituídas lo han visto, dijo el rey con la mayor tranquilidad; estaba amenazado el palacio, i como yo era una autoridad constituída debia defenderme.—Habeis echo derramar la sangre de los franceses. ¿Qué respondeis á estó?—No señor, no he sido yo, contestó el rey con mas fuego que habia empleado hasta entonces en sus contestaciones.

El rey fué vuelto á llevar á su prision en medio de las amenazas i de los insultos de aquellos mismos bandidos cuyo tropel habia atravesado la primera vez.

Luis, contestando á los cargos producidos contra él, habia seguido una marcha diferente de la de Carlos 1.^o, que se negó á reconocer el tribunal ante el cual habia sido citado. Este se condujo con el noble sentimiento de un príncipe que no queria faltar al honor de la corona que habia ceñido; el primero, como un hombre lleno de honor i de probidad, deseando defender su reputacion contra todo ataque, sin examinar los derechos del tribunal reunido para juzgarle.

Asi que el rey salió del salon estalló un gran tumulto en la asamblea. Los jacobinos conocieron que la escena que acababa de pasar, habia producido una profunda impresion en el partido neutral, i podia influir probablemente en los votos. Pidieron que se pronunciase sobre la marcha su condenacion, i esto en nombre del pueblo oprimido. »Vosotros que habeis escuchado al tirano, dijo Villaud Varennes, deberiais en buena justicia oír tambien al pueblo que ha oprimido.» La convencion sabia muy bien lo que significaba el comparecido del pueblo en la barra; i mientras que esta amenaza la hacia temblar, Duhem hizo la proposicion de que el rey fuese ajusticiado aquella misma tarde. La mayoría sin embargo aun tuvo pudor bastante para no consentir en que aquella tarde se pasase mas adelante. Permitió al rey que eligiese un abogado para su defensa.

El monarca, al volver á entrar en su prision, se vió condenado á permanecer en la soledad. Se le habia prohibido toda comunicacion con su familia. Derramaba lágrimas, i ni

su muger, ni su hermana, ni su hijo, tenían el permiso de llorar con él. Su mayor temor era por la suerte de este último; pero por muy grandes que fuesen sus temores, aun eran pocos con respecto á la posicion cruel á que estaba este niño reducido, i de la que era imposible ni aun formarse idea.

Luis eligió para abogados suyos á dos célebres jurisconsultos, escogiendo apropósito aquellos que él suponía correr menos riesgo por tomar á su cargo su defensa. Tronchet, que era uno de ellos, era demasiado sensible al honor de su profesion, para vacilar ni un solo momento en aceptar esta peligrosa causa; pero Turgot, el segundo, se negó. La frase de que este indigno jurisconsulto se valió, parecia indicar la condenacion de Luis. „Un republicano franco, dijo, no debe encargarse de funciones que conoce es incapaz de desempeñar.” Por tímida que estuviese la convencion, no pudo escuchar esta disculpa sin desaprobacion, por que era decir que el rey no podia ser defendido por un amante del sistema.

Muchas personas ofrecieron voluntariamente sus servicios. Pero Lamoignon Malesherbes nombrado por Luis XVI, para formar parte de su consejo, en tiempos que este cargo era ambicionado por todo el mundo, * reclamó la preferencia, solicitando como un derecho su nom-

* El autor reproduce aqui las espresiones de la carta dirigida por este venerable ciudadano al presidente de la convencion: „Dos veces he sido nombrado consejero, del que fué mi señor, en tiempo que todo el mundo ambicionaba estas funciones, i debo prestarle el mismo servicio, cuando para muchos son en el dia arriesgadas.” (*Editor*).

bramamiento para funciones de la misma especie, cuando otros las miraban acaso como arriesgadas. Esta honorífica comportacion, despertó en la convencion sentimientos de la misma especie, que, si se hubieran mantenido, hubieran evitado un gran crimen á la nacion.

París principiaba á manifestar cierto interés á favor de Luis XVI. Las calumnias tan frecuentemente repetidas contra él, no producian al parecer su efecto, sino en la multitud ignorante, ó en los bandidos asalariados. La noble conducta de Malesherbes conocido generalmente por un hombre lleno de talento i de probidad, reflejaba un resplandor muy vivo sobre su augusto cliente, que habia encontrado en el momento mas crítico de su infortunio un defensor semejante, * Deseze abogado distinguido, fué nombrado tercer individuo de su consejo. Pero el rey nada ganó con estas concesiones, sino el consuelo de poder tratar i comunicar con hombres como Malesherbes i sus dos colegas, en un momento en que no le permitian hablar con nadie, sino con su fiel Clery su ayuda de cámara.**

Los defensores del rey aun conservaban al-

* Á los ojos de los amantes de una libertad prudente, Malesherbes habia sido el magistrado mas honrado de la monarquía, el amigo de Turgot, i ministro sin ser cortesano.

** Hemos visto i conocido á Clery, i es imposible olvidar el aspecto i modales de este modelo de fidelidad, i de lealtad antigua. Sus modales eran distinguidos i francos, pero la profunda seriedad pintada en su rostro, i su aire triste, daban á entender que las escenas en que habia hecho un papel tan honorífico, jamas habian dejado de estar presentes á su memoria.

guna esperanza i considerado el espíritu de su profesion contaban con un triunfo seguro al ver cuan en contradiccion estaban los hechos con la acusacion. »Moderad vuestro gozo, amigos míos, les dijo el rey. Todas las circunstancias favorables son bien conocidas de esos señores de la convencion, i si las considerasen como tales, no me hallaria yo en este apuro. Temo que os tomeis un trabajo inútil; pero es necesario hacerlo como nuestro último deber.» Cuando llegó el momento de presentarse por segunda vez en la convencion, el rey se manifestó disgustado de tener que ir sin haberse afeitado ni cortado el pelo, por que le habian quitado sus navajas i sus tijeras. Clery le hizo la observacion, que si se presentaba en aquella disposicion á la asamblea, el pueblo vería al menos la barbárie con que le trataba la municipalidad. »No debo, contestó el rey, procurar escitar el interés acerca de mi suerte.» Fundado en los mismos principios, mandó á sus defensores que evitasen conmover las pasiones, ó la sensibilidad de los jueces i del auditorio, i que se ciñesen en su defensa á los racionios fundados en pruebas.

Antes de presentarse Luis en el salon, se vió precisado á esperar un momento en una pieza inmediata, i se paseaba por ella conversando con sus defensores. Un diputado que pasaba, oyendo á Malesherbes servirse, en su conversacion con su augusto cliente, de las respetuosas espresiones de *señor, vuestra magestad*: »¿Cómo teneis atrevimiento, le dijo, de pronunciar en este recinto palabras que la con-

vencion ha proscrito? Por que desprecio la vida,* contestó el generoso Malesherbes.

Deseze principió su defensa con mucho talento. Defendió con calor la inviolabilidad del rey, privilegio de su carácter, que le habia sido confirmado por la asamblea legislativa despues de su fuga á Varennes, la cual traía consigo la absolucion de este delito, aun en el caso de que pueda considerarse como tal un viage hecho á algunas leguas de la capital en una silla de posta, i con un corto acompañamiento. Pero espuso que si la convencion no respetaba su inviolabilidad, si, en una palabra, no le consideraba como rey, tenia derecho á las formales garantías aseguradas por las leyes á cada ciudadano. La idea de que Luis con un pequeño cuerpo de suizos hubiese proyectado seriamente la perdida de la convencion, la consideró como ridícula. »Se preparaba á defenderse, dijo Deseze, como lo hariais sin duda vosotros mismos, ciudadanos, si oyeseis decir que una multitud armada se dirigia contra vosotros armados para sorprenderos en vuestro santuario.» Concluyó su escelente defensa con la enumeracion de los beneficios que Luis XVI. habia proporcionado á la nacion francesa, i recordó que su rey la habia dado la libertad, inmediatamente que habia manifestado el deseo de ser libre. Tambien el rey pronunció algunas palabras con mucha firmeza. Fué vuelto á con-

* I por que os desprecio á vos, añaden M. Huc i algunos otros autores.

ducir al Temple, i entonces se abrió una discusion muy tempestuosa.

Los jacobinos, primero trataron de cortar la cuestion, pidiendo á gritos la votacion. Lanjuinais les contestó con un valor no esperado, les acusó de haber concebido i escitado el ataque del 10 de agosto, i de haber en seguida cargado al rey toda la odiosidad en un acto que pesaba justamente sobre ellos. A este discurso tan justo, como valiente se siguieron horribles clamores. »; Mueran con él los amigos del déspota! exclamaron todos los jacobinos; ¡A la Abadia! ¡al cadalso el indigno diputado que asi calumnia la gloriosa jornada del 10 de agosto!— Ya oigo, contestó Lanjuinais, que se me amenaza con la muerte; sabed que la prefiero al horror de pronunciar una sentencia inicua!»

Estaban los mismos girondinos demasiado complicados en el ataque de las Tullerías para poder seguir esta valiente línea de defensa, i asi Lanjuinais no fué auxiliado en su opinion.

Saint-Just i Robespierre pidieron con mucha instancia la condenacion á muerte. El primero acusó al rey de haber proyectado destruir la libertad con una supuesta apariencia de sumision á la voluntad del pueblo, i una moderacion afectada en el ejercicio de su autoridad: tuvo la desvergüenza de añadir, que por haber penetrado el dia 10 de agosto en la convencion acompañado de gente armada (la débil escolta que tanto trabajo habia tenido para defenderle contra el populacho en insurreccion), habia violado el santuario de las leyes. »Por otra parte, añadió con aire triun-

fante, i el pueblo que habia declarado la guerra á todos los tiranos del mundo, habia de llorar la suerte del suyo?"

Robespierre desechó francamente el uso de las formas legales i de los usos escritos en una causa como la que se sometia á la asamblea. El pueblo, que habia recobrado sus derechos arrancando el cetro de las manos de Luis, tenia el de castigarle por haberle empuñado. Habló de la cuestion como ya decidida por el voto unánime, i de los actos del pueblo, del cual procedia toda autoridad legal, i cuyo poder era superior al de la convencion, que no hacia sino representarle.

Vergniaud, el mas elocuente de los girondinos, no halló otra cosa mejor que proponer que el decidir la cuestion poniéndola en manos del pueblo. Dijo que el pueblo, que habia jurado en el Campo-Marcio la observancia de la constitucion, habia por el mismo hecho, jurado la inviolabilidad del rey. Esto era una verdad; pero entonces, ¿qué derecho tenia la convencion para prolongar la causa del rey, remitiéndola ante el pueblo? Si su inviolabilidad habia sido reconocida formalmente i jurada por éste, que mas le quedaba á la convencion que hacer; que reconocer ella misma la inviolabilidad, con que el pueblo habia revestido al monarca, i por consiguiente declararle absuelto?

Claramente se vé que el elocuente orador se hallaba embarazado en sus propios raciocinios, por la dificultad de poder conciliar su propia conducta, i la de sus asociados con los principios que proclamaba como justos i lega-

les. En efecto, si la persona del rey era inviolable. ¿no era una inconveniencia por su parte, el haber hecho venir, por medio de sus osados i afectos colegas Barbaroux i Rebecque, á los marseleses que formaban la vanguardia, i que casi fueron los solos instrumentos de que se hizo uso para tomar por asalto el palacio del monarca inviolable, asesinar su guardia i poner en riesgo su vida? Esta contestacion natural i directa, que se deduce de sus propias medidas, este *argumentum ad hominem*, como dicen los lógicos, paralizaba la elocuencia de Vergniaud, cuando le era preciso desenvolver estas consecuencias que, por muy fundadas que fuesen, no podian conciliarse con las medidas revolucionarias, que él mismo con especialidad habia activado sobre manera. „No hagais el mal por el bien,“ es un principio enseñado, no por la filosofía sublime, que autoriza un mal presente i reconocido, con el objeto de obtener un bien lejano, incierto i de pura conjetura, sino por el cristianismo, i la verdadera filosofía, que quieren que cada accion sea juzgada con respecto á sus propias circunstancias, i decidida segun las reglas invariables de lo justo, i de lo injusto sin admitir ningun subterfugio fundado en la esperanza de una casualidad que está por venir i de consecuencias lejanas.

Pero la elocuencia de Vergniaud se desprendió de estas desgraciadas trabas, cuando, con el fuego de un poeta, i proféticamente inspirado, clamó contra la faccion de los jacobinos, i anunció las consecuencias de la usurpacion del poder supremo por este partido san-

guinario, que daría el primer paso pasando por encima del cadáver de Luis. El cuadro que delineó de los males futuros pareció demasiado horrible para ser cierto; i sin embargo, las escenas que se siguieron sobrepusieron á las predicciones de aquel republicano engañado que vió demasiado tarde, i con demasiada claridad el fin trágico de las escenas en las cuales habia hecho él mismo un papel tan principal.

La apelacion al pueblo habia sido desechada por los jacobinos, bajo pretesto de que ocasionaria infaliblemente la guerra civil. En efecto, una de las objeciones contra este término medio i evasivo, era que el pueblo frances, reunido en diferentes cuerpos, presentaria probablemente conclusiones diferentes sobre la acusacion del rey. En los puntos en que las sociedades de los jacobinos eran fuertes i numerosas, hubieran seguramente, con arreglo al principio fundamental de su asociacion, hecho uso de la fuerza abiertamente, para perturbar la libertad de la votacion, en aquella importante cuestion, i hubieran por este medio conseguido el pronunciamiento de la sentencia de muerte. En los departamentos en que tenian mayor influencia los constitucionales i los realistas, es probable que la fuerza hubiera sido rechazada por la fuerza; i sobre todo en Francia, en donde la ley habia sido por largo tiempo una accion pasiva, el juicio de la nacion sobre la suerte del rey hubiera sido seguramente acompañado de efusion de sangre.

Pero despues de haber delineado el cuadro de los resultados que debian ser consecuencia

del triunfo de su partido en esta memorable ocasion, Vergniaud trató de fijar la atencion de sus oyentes sobre los crímenes i la delincente ambicion de los jacobinos.

„Si, exclamó, quieren la guerra civil, los que invocan los puñales contra los representantes de la nacion; quieren la guerra civil, los que enseñan las máximas subversivas de todo órden social en esta tribuna, en las asambleas populares, en las plazas públicas; quieren la guerra civil los que acusan á la humanidad de conspiracion, i á la patria de una deshonrosa pusilanimidad, porque no quiere dirigir el golpe sin conviccion; quieren la guerra civil los que llaman traidor á todo hombre que no se nivela con ellos en el latrocinio i en el asesinato, los que pervierten todas las idéas de moral, i no cesan de impeler el pueblo á los mas lastimosos escesos con discursos artificiosos i con hipócritas adulaciones.”

Analizó los manejos de los demagogos con tanta precision como severidad. Representaba con mucha destreza el Temple como el origen de todos los males que padecia el populo; pero despues de la muerte del rey que exigian con tanto encarnizamiento, tendrian las mismas razones, i el mismo poder para hacer atribuir la causa de todos los males á la convencion, i á los representantes de la Francia tan odiosos al pueblo como lo era en aquel momento el rey destronado. Concluyó haciendo un cuadro horrible de París bajo la dominacion del jacobinismo, que aventajaron sin embargo los actos que se siguieron. „¿Á

qué horrores, dijo, no se verá París entregado, si llegase á ser presa de una horda de asesinos? ¿Quién podría habitar en una ciudad en donde reinarian la desolacion i la muerte? ¿Quién consolaría á los ciudadanos industriosos, cuyo trabajo constituye toda su riqueza, i para quien serian perdidos todos los medios de trabajo? ¿Qué manos enjugarian las lágrimas, i prestarian socorros á sus familias desesperadas, á las cuales se hubiera privado de los últimos medios de existir?

» Iriais, continuó, en esta hora de desolacion á buscar á aquellos, que os habian precipitado en este abismo; pero temed su respuesta; voy á deciroslo. Vosotros les pediriais pan, i ellos os dirian: Id á los fosos á disputar á la tierra algunas reliquias sangrientas de las víctimas que hemos degollado; ¿Queréis sangre? tomad, he aqui la que acabamos de derramar, es el único alimento que podemos daros.

La elocuencia de Vergniaud i los esfuerzos de sus colegas fueron inútiles. Barrere, ausiliar de los jacobinos, aunque muy distante de merecer toda su confianza, llevó tras sí, como de costumbre, á una parte considerable del ejército tímido de los neutrales alegando razones especiosas, á las cuales dió una gran fuerza de conviccion, diciéndoles que consultasen su seguridad con preferencia á la causa de la justicia. La apelacion al pueblo, sobre la cual contaban los girondinos como un medio de alejar el riesgo, mas bien que de salvar al rey, i de tranquilizar su conciencia, persuadiéndose que no eran la causa directa

de su muerte, fué desechada por cuatrocientos veinte votos, contra doscientos ochenta i uno. Entonces se propuso á la convencion la cuestion de saber á que pena debia ser condenado el monarca destronado.

Los jacobinos hicieron resonar sus aplausos en todos los puntos de las galerías, en todas las puertas, durante la votacion nominal, i los diputados temerosos ya de su situacion, sintieron crecer el terror que les inspiraban las amenazas i muchas veces los actos de violencia. »No creais, decian, arrebatár al pueblo su presa. Si absolveis á Luis irémos al momento al Temple á asesinarle con toda su familia, i con ella á todos los que eran sus amigos.» Es cierto que algunos diputados turbados con estos argumentos horribles, conocian que votando por la absolucion de Luis, esponian su vida sin salvar la suya. Sin embargo, en esta asamblea de jueces intimidados i trémulos, hubo muchos cuyo corazon se horripiló al considerar el crimen que iban á cometer, i que buscaron un medio de evitar el regicidio. El arresto hasta la paz fué en general propuesto como transaccion. La humanidad filosófica de Condorcet condenaba al rey á presidio, término medio que creía mas capaz de tentar á los jacobinos. Otros votaron por una muerte condicional. Durante la votacion nominal, reinó la mayor angustia; i aun los mismos bandidos de las tribunas suspendieron sus aullidos acostumbrados, murmurando solo la palabra *muer-te* al diputado que daba su voto, cuando este era por una pena mas suave. El duque de Orleans habia vuelto de Inglaterra al saber la

noticia de la desgracia de Lafayette, i tenia asiento como diputado en la convencion, bajo el nombre absurdo de ciudadano *Igualdad*. Cuando tocó á este príncipe dar su voto, reinó un profundo silencio; i cuando contestó: *La muerte*, los circunstantes hicieron un movimiento de horror. Contados todos los votos, se halló aprobada la condenacion á muerte por una mayoría de cincuenta i tres, diferencia entre trescientos ochenta i siete i trescientos treinta i cuatro. El presidente anunció que habia sido pronunciada la pena de muerte contra Luis Capeto.

No deshonremos, lo repetimos, el hecho análogo de la historia de Inglaterra, comparándole con este vergonzoso asesinato, del cual se hizo delincuente un corto número de diputados, impelidos algunos por la insensata rabia de prosperar, i el mayor número por efecto del miedo i de la cobardía. El acto que Algernon Sidney declaró ser el mas honroso, i el mas justo que jamas se habia llevado á efecto en Inglaterra; aquel *facinus tam illustre* de Milton, fué cometido por hombres, cuyos principios i sentimientos difieren totalmente de los nuestros, pero no mas de lo que distaba la ambicion de Cromwell de la del envidioso i sanguinario Robespierre, no mas que lo que distaba la política de Hutchinson i de sus amigos, inspirados todos por sentimientos de honor, de la de los tímidos i pedantes girondinos. La misma pusilanimidad que habia paralizado el valor de la convencion se manifestó en París. Reinaba generalmente un verdadero interés en favor del rey, i el ardiente deseo de que no

se salvase; pero jamas se pronunciaron lo bastante estos sentimientos para producir una resolucion, que hiciese efectiva su salvacion. Se presentó el mismo Dumouriez en París con el brillante sobrescrito de un conquistador que por su victoria de Jemmappes acababa de agregar la Bélgica á la Francia; i no se puede dudar que, fueran los que fuesen sus proyectos ulteriores, que pueden suponerse equívocos por efecto de su posicion i de su carácter, el plan del momento era poner al rey á cubierto de todo riesgo, i de todo insulto. Pero aunque vencedor, i en circunstancias mas favorables que se habia hallado Lafayette, Dumouriez en una tentativa semejante, estaba lejos de hallarse, con respeto á París, en una posicion tan independiente como Cromwell en Londres ó Cesar en Roma.

El ejército con el cual habia conseguido sus victorias, no estaba mas que á medias bajo su influencia. Seis comisarios de la convencion, de los cuales el mas notable era Danton, habian tenido cuidado de permanecer en su cuartel general, vigilando sus movimientos, interviniendo su autoridad, animando á los soldados de cada regimiento á formar sociedades de jacobinos sin la autorizacion del general, recordándoles á cada momento que los principios de libertad i de igualdad hacian al soldado hasta cierto punto independiente de su general, i por último, diciéndoles que es cierto que habian vencido bajo las órdenes de Dumouriez, pero tambien bajo los auspicios de la república, de la cual el general era como ellos mismos el servidor i el agente. Parte de los soldados del

ejército de Dumouriez fueron imbuídos en doctrinas que enseñaban , que la independenciam con respecto á sus gefes era incompatible con su profesion de soldados ; pero que era derecho inherente á su calidad de ciudadanos.

Pache , ministro de la guerra ascendido á este puesto por Roland , i que abandonó á su bienhechor para unirse con los jacobinos , dirige esta parte de la administracion con tanta negligencia , que daba motivo para pensar , que su intencion era la de neutralizar los recursos de la fuerza armada , aun á costa del riesgo de favorecer el triunfo de los enemigos , con el objeto de que si en este estado de desorganizacion intentaba Dumouriez hacer algun movimiento sobre París para libertar á Luis , le fuese imposible conseguir su intento. El ejército carecia de caballos de tiro para la artillería , i de cuanto es indispensable á un cuerpo de tropas regulares. Dumouriez confiesa que ya sea por falta de los trenes i pertrechos necesarios , ya por la indisciplina que los comisarios habian introducido en su ejército , le hubiera sido imposible dirigirse á París , sin perder el mando , i aun su cabeza , antes de haber pasado las fronteras de la Bélgica.

Nos asegura sin embargo , que un número considerable de oficiales i otras personas á quienes habia confiado el secreto , le habian dado palabra de ausiliarle en cuanto juzgase practicable para favorecer al rey. Dice que , durante su permanencia en París , negoció sucesivamente con todos los partidos , i que aun intentó ganar á Robespierre ; añade que por mediacion de su íntimo amigo Gensonne volvió á entablar sus

relaciones con los girondinos que le eran mas naturales. Pero los jacobinos daban demasiada importancia á su atrocidad para lograr que retrocediesen. Los demas, aturridos con el resultado de su tímido i equívoco proyecto de la apelacion al pueblo, no veían otro medio de salvar al rey, que el de esponer ellos mismos su vida, i mas quisieron ser verdugos que víctimas.

Dumouriez hizo conocer á muchos habitantes de París que la convencion, arrogándose el derecho de juzgar al rey, habia traspasado los poderes que la nacion le habia confiado. Consiguió en efecto escitar en algunos corazones el interés ó la compacion; pero carecian de la suficiente energía para que pudiese prometerse una cooperacion activa. Esta disposicion de los ánimos está bien descrita en aquellos versos de un poeta inglés:

*Cold burgher must be struch, and struch like flints.
Ere their hid fire will sparkle.*

Es preciso dar recio á los tibios habitantes de las ciudades, darles como se dá á los pedernales, antes que su oculto fuego produzca un chispa.

Sus ideas naturales de rectitud i de justicia les hacian comprender lo que se esperaba de ellos; pero al mismo tiempo comprendian todas las dificultades de su posicion, i dudaban mucho esponerse al furor de una insurreccion popular cuyo efecto retardaban, ó eludían con su inaccion.

Dumouriez, espuesto tambien á muchos riesgos, renunció á tentativas que solo podian comprometerle, sin salvar al rey. Asegura que, durante los veinte dias que pasó en París, ó en sus cercanías, no vió esfuerzo ninguno, ni por parte de ningun particular, ni de las masas en favor del rey, i que la consternacion i la apatía eran los únicos sentimientos dominantes en las clases superiores.

En esta época fué cuando se debió sentir sobre todo que una emigracion ciertamente intempestiva, hubiese privado á la Francia de aquellos valerosos caballeros que habrian espuesto su vida con tanto ardor en defensa del rey. Quinientos hombres distinguidos por su clase i su valor, quinientos..... quinientos solamente..... de aquellos que cogian laureles estériles á las órdenes de Condé, i que existian aun mas tristemente á espensas de la piedad de las naciones éstrangeras reunidos entonces en París, hubieran sido probablemente sostenidos por los habitantes, i atacando francamente á los fedrados, hubieran acaso logrado arrancarles su víctima con un golpe de mano atrevido.

Pero si razones poderosas, i sobre todo motivos de sentimiento i honor, debian recomendar ó disculpar la emigracion, el resultado de esta medida puede compararse al efecto de la esperiencia bien conocida de la botella de Leyden, que cargada por un lado con mayor cantidad de fluido eléctrico, otro tanto menos contiene por la otra. La buena fé de la antigua monarquía habia desaparecido casi enteramente en Francia, desde que se veían separados del resto de la nacion aquellos que la tenian por

móvil, i que la hubieran fomentado i dado el ejemplo de ella.

Debía pues el sacrificio consumarse á pesar de la grande, é incontestable mayoría de los habitantes de París, al menos de aquellos que eran susceptibles de reflexion; á pesar del comandante del ejército, Dumouriez; apesar de la conciencia de los girondinos, que al mismo tiempo que afectaban un estoicismo republicano, conocian perfectamente el error *político*, i el crimen *moral* que iban á cometer.

Acaso, partícipes pasivos, ya que no de una manera activa, de este acto de crueldad inútil i gratuita, esperaban presentarse á los ojos del populacho como republicanos inalterables, que no dudaban hacer en el altar de la patria el necesario sacrificio de la vida del rey; no tardaron mucho en ver, que nada habian adelantado con esta pusilánime adhesion. Se veía claramente que á pesar de su predileccion teórica en favor del gobierno popular, los girondinos procuraban ganar tiempo, i echaban una mirada de interés al príncipe destronado, cuya muerte votaban, únicamente por que no se atrevían á comprometerse por defenderle. En dos delitos incurrieron por consiguiente, en el de dobléz, i en el de cobardía. Detestados por los realistas, i los amantes de la monarquía, veían á los jacobinos atacar sus personas i codiciar sus empleos, i solo recogian el desprecio de aquellos votos sin energía i sin resultado.

El dia 21 de enero de 1793, se cortó á Luis XVI. la cabeza públicamente en medio de su capital en la plaza de Luis XV, dedicada á la memoria de su abuelo.

El ojo severo del historiador descubrirá acaso mucha debilidad en la conducta de este desgraciado monarca, que no tuvo ni el valor de sostener sus derechos con la espada en la mano, ni la fuerza de sujetarse con una indiferencia aparente á circunstancias en que toda resistencia era arriesgada. Cedia de tan mala gracia, que se esponia á la sospecha de cobardía, sin darse el mérito de una concesion voluntaria. Su conducta sin embargo, en muchas ocasiones críticas, le justificó plenamente de la acusacion de timidez, i probó que su repugnancia á derramar sangre, mas bien era prueba de su humanidad, que de su cobardía.

Luis mostró en el cadalso la firmeza que convenia á un alma grande, i la paciencia de un justo en paz con el cielo. En el corto número de circunstancias que mitigaron sus padecimientos, se debe contar el permiso que se le dió de que le acompañase al suplicio un clérigo, que no habia prestado el juramento constitucional. El que aceptó aquellas honoríficas funciones, pero arriesgadas, pertenecia á la rica familia de Edgeworth d'Edgeworthstown; i el celo i afecto con que ausilió al monarca en los últimos momentos con los sagrados deberes de su ministerio, hubo de serle funesto. Mientras que el rey subia los escalones del cadalso, su confesor pronunció aquellas notables palabras: „Hijo de san Luis, subid al cielo!”

Existe un testamento auténtico de Luis XVI. que contiene este notable pasage: „Recomiendo á mi hijo, si es que tiene la des-

gracia de reinar, medite que todo él se debe dedicar á la felicidad de sus conciudadanos; que debe olvidar todo ódio i todo su resentimiento, i particularmente todo cuanto tenga relacion con las desgracias i los pesares que sufro; que no puede hacer la felicidad de los pueblos sino reinando con sujecion á las leyes; pero al mismo tiempo, que un rey no puede hacerlas respetar, i hacer el bien que reside en su corazon, sino en cuanto tiene la autoridad necesaria, porque de otro modo, ligado en sus operaciones, i no inspirando respeto, es mas dañoso que útil.”

Para no mezclar la suerte de las augustas víctimas de la familia real en la narracion general de las del reinado del terror, referirémos en este lugar la muerte de los demas individuos de esta ilustre familia, en la cual se suspendió por un tiempo una monarquía, á la cual habia debido la Francia sesenta i seis reyes en el curso de tres dinastías.

No debia esperarse que la reina sobreviviese por largo tiempo á su esposo. Habia sido, mucho mas que él, objeto del ódio de los revolucionarios, i muchos se inclinaban á achacar á María Antonia todas las providencias que consideraban como contra-revolucionarias. Joven, bella, amable cuando vino á Francia, encontró en el delfin un esposo fiel, afecto i aun tierno. Pero en los primeros años de su reinado, incurrió en dos faltas.

Primero, cediendo con demasiada facilidad á una disposicion muy natural, dejó que se relajase demasiado la etiqueta de la corte, i procuró con demasiada frecuencia gozar, en

una especie de córte aparte, de una libertad incompatible con su elevada clase, i los usos admitidos. Esta etiqueta hace que los grandes se hallen á todas horas rodeados de testigos, i de una vigilancia molesta, pero que sirve de barrera contra la calumnia, porque en la ausencia de estos testigos oficiales, las lenguas maldicientes, no dejan jamas de ejercitarse á espensas de la verdad, que no tiene medio alguno de defensa. Nadie ha tenido que sufrir mas de esta especie de calumnia que María Antonia, de la cual, se decia, que empleaba en los mas escandalosos pasatiempos, aquellos momentos que sin otra intencion, deseaba substraer á la representacion, i consagrar al reposo que jamas deben lisongearse poder gozar las testas coronadas.

Otra falta, igualmente natural, é igualmente reprehensible, fué la de tomar mas parte en la política de lo que convenia á su sexo, manifestando por este medio su influencia sobre el rey, á quien humillaba necesariamente á los ojos de sus súbditos. En efecto, los pueblos, sea cual fuere la mano que dirige sus negocios, ven siempre con disgusto la influencia real ó aparente de una muger en los consejos de su soberano. Ignoramos el grado de confianza que merecen las memorias de Besenval, creemos sin embargo, que se acercan bastante á la verdad, atribuyendo á la reina el deseo de tener un partido suyo, i de contrarrestar á los ministros, i este fué sin duda alguna, el origen de aquella funesta opinion, que suponía la existencia, bajo la direccion de la reina, de una funesta cabala

austriaca, la cual debia sacrificar los intereses de la Francia á los del emperador de Alemania. Entre los cargos que hicieron, todos ellos mas ó menos falsos, hay uno demasiado espantoso para que juzguemos deber referirlo. No se dignó responder á él, mas para deshacer tan horrible acusacion, invocó el testimonio de todas las madres. Esta viuda de un rey, esta hija de un emperador, fué condenada á muerte, llevada al suplicio en un carro descubierto, i decapitada el dia 16 de octubre de 1793. Tenia entonces treinta i nueve años.

La princesa Isabel hermana de Luis XVI, podia compararse, segun la espresion de lord Clarendon, á una capilla en el palacio de un rey, en la cual nada entra sino piedad i pureza, al paso que en derredor de ella todo es pecado, vanidad i locura. Ni la conducta mas pura, ni el carácter mas incapaz de ofensa, fueron capaces á evitarla la funesta suerte en la cual tenian los jacobinos resuelto sumir á toda la familia de Luis XVI. Una parte de su acusacion era honorífica para ella. Se le hacia cargo de haber hecho entrar en las Tullerías algunos guardias nacionales de la seccion de *Filles-Saint-Thomas*, i haber hecho curar las heridas que acababan de recibir en un reencuentro con los marseleses poco antes del 10 de agosto. La princesa confesó este hecho, que era sin duda muy conforme á todo el resto de su conducta. Se la hizo tambien el ridículo cargo de haber distribuído á los defensores del palacio balas cortadas por ella, i por las personas que estaban cerca de

ella, con el objeto de que fuesen mas mortíferas; fábula absurda que no descansaba en ninguna especie de prueba. Fué decapitada en mayo de 1794, i su muerte fué digna de su vida.

Sufrimos al referir estas atrocidades tanto disgusto como se experimenta al leerlas, sin embargo no es inútil hacer ver hasta donde puede llegar la naturaleza humana, cuando viola los sentimientos mas sagrados i todas las leyes de la justicia i de la humanidad. Ya hemos dicho que el delfin desde la edad de siete años, daba las mayores esperanzas, i es bien cierto que en aquella edad ni podia ser peligroso, ni haber hecho ofensa alguna á nadie. Sin embargo, se resolvió que pereciese este niño inocente, i por medios en cuya comparacion son los asesinatos ordinarios actos de compasion.

Este desgraciado príncipe fué confiado al malvado mas vil que pudo descubrir la municipalidad de París en su horda de jacobinos. Este miserable, llamado Simon, zapatero, pidiendo á sus amos instrucciones les dijo: „¿Qué decis pues del bobatillo? Le habian enseñado á ser insolente; yo sabré domarle; tanto peor si revienta: no respondo de ello. ¿I sobre todo, qué es lo que se quiere? Deportarle? — No. — ¿Encerrarle? — No. — Pues entonces qué?...” — Querian deshacerse de él.

En efecto este monstruo con un cúmulo de malos tratamientos, golpes, frio, el insomnio, la hambre, las privaciones de toda especie, en una palabra valiéndose de los medios mas rigurosos que pudo inventar, logró

muy en breve ajar esta delicada flor. El del fin murió el dia 8 de junio de 1795.

Despues de este horrible crimen, se mitigó algo la suerte de la hija de Luis XVI, único vástago entonces de aquella desgraciada familia. La princesa real, cuyas prendas han hecho honor despues de su ilustre clase, i á su noble familia, se vió desde aquella época sujeta á un cautiverio mas soportable. Por último, el 13 de diciembre de 1795, salió de su prision i de su patria, i fué cangeada por Lafayette, i los demas franceses que el Austria consintió en soltar con esta condicion. Esta princesa mas adelante se casó con su primo, el duque de Angulema, hijo primogénito del rey actual de Francia; el valor i firmeza que manifestó en Burdeos el año de 1815, la han grangeado mucho honor.

CAPITULO VI.

RESUMEN DEL CAPITULO VI.

DUMOURIEZ. — DESCONTENTO AL VER EL MODO QUE TIENE LA CONVENCION DE TRATAR AL BRABANTE; SUS PLANES EN CONSECUENCIA. — SE ATRAE LA ANIMADVERSION DE SU EJÉRCITO. — SE VÉ PRECISADO Á REFUGIARSE EN EL CAMPAMENTO AUSTRIACO. — PASA MUCHOS AÑOS EN EL RETIRO I MUERE EN INGLATERRA. — LUCHA DE LOS GIRONDINOS, I DE LOS JACOBINOS EN LA CONVENCION. — ROBESPIERRE ACUSA Á LOS GEFES DE LOS GIRONDINOS, I ES DENUNCIADO POR ELLOS. — DECRETO DE ACUSACION CONTRA MARAT, QUE SE OCULTA. — COMISION DE LOS DOCE. — MARAT ABSUELTO, I VUELVE Á SER ADMITIDO EN LA CONVENCION CON UNA CORONA CÍVICA. — TERROR, É IRRESOLUCION DE LOS GIRONDINOS. — LOS JACOBINOS SE PREPARAN Á ATACAR AL PALACIO REAL. — PERO SON RECHAZADOS. — SE PRESENTAN EN LA CONVENCION, QUE SUPRIME LA CONVENCION DE LOS DOCE. — LOUVET, I OTROS GIRONDINOS HUYEN DE PARÍS. — LA CONVENCION SALE EN CUERPO PARA EXORTAR AL PUEBLO. — SE VÉ PRECISADA Á VOLVER Á ENTRAR EN EL SALON, I DA DECRETO DE ACUSACION CONTRA TREINTA DE SUS MIEMBROS. — CAÍDA DE LOS GIRONDINOS. — SUS PRINCIPALES GEFES MUEREN EN LA CÁRCEL, EN LA GUILLOTINA, Ó DE HAMBRE. — CONTINUACION DE LA HISTORIA.

CAPITULO VI.

En tanto que la república se entregaba de este modo i sin reserva á los escesos tiránicos de su fácil triunfo sobre la familia real, estuvo á pique de sufrir un violento golpe de uno de sus hijos, que se habia engrandecido siguiendo sus principios; este era Dumouriez, á quien hemos dejado vencedor de Jemmapes, i por resultado conquistador del Brabante. La convencion incorporó sin vacilar aquel hermoso país á la Francia, i multiplicó en él sus exactores, sus comisarios, i todas las demas especies de sanguijuelas administrativas, que, no contentos con saquear á los infelices habitantes, ultrajaron su religion, despojando i desfigurando sus iglesias, violaron sus leyes i sus privilegios, i ejercieron sobre ellos la misma tiranía que los brabanzones habian ejercido en la persona de sus propios soberanos.

Dumouriez, naturalmente orgulloso con su conquista, tomó interés por aquellos que se le habian rendido á condicion de la palabra que les dió de que serian bien tratados; conoció que asi su honor como su crédito se hallaban amenazados i que la convencion trataba solamente de hacer servir á sus miras el talento del general, manteniendo siempre á su ejército en su propia i absoluta dependencia.

El general, por su parte, poseía la ambicion, i al mismo tiempo los talentos de un vencedor; consideraba á su ejército como el

instrumento de victorias que á no ser él no hubiera conseguido, i queria mantenerle bajo su inmediato mando, como un guerrero desea conservar la espada que ha manejado con buen éxito. Contaba con el afecto de sus soldados, i se creía llamado á representar, en medio de las disensiones políticas, el papel de árbitro, que Lafayette con tan mal éxito habia probado hacer. Esta fué sin duda la idea, que le llevó á París, en donde intentó inútilmente negociar en favor del rey.

Despues de su salida de la capital, parece ser que abandonó á este príncipe á su suerte, pero que aun conservaba la esperanza de contener el torrente revolucionario.

Dos proyectos se presentaban á su fecunda imaginacion, i es difícil saber á cual de ellos daba la preferencia. Podia esperar hacer reconocer por su ejército al delfin como rey, ó á caso entraba mas en sus intereses el hacer colocar sobre el trono á un príncipe jóven de la sangre, que se habia distinguido en su ejército, á saber el hijo primogénito del miserable duque de Orleans. Este cambio de dinastía hubiera preparado acaso al nuevo soberano á contentarse con la porcion de autoridad que la revolucion le concedia, en atencion á que el único título que tendria á la corona seria el que procediese de la constitucion. Pero para hallarse en el caso de obrar en ambos planes como gefe supremo del ejército, fuera de toda dependencia de la convencion, era preciso que Dumouriez, prosiguiendo en sus conquistas, adoptase el plan concebido por los ministros, i añadiese al dictado de vencedor del Brabante,

el de conquistador de la Holanda. Principió la invasion de este último país con alguna apariencia de buen éxito; pero aunque se apoderó de Gertruidenberg i bloqueó á Ber-op-Zoom, fué rechazado en Willemstadt, i al mismo tiempo recibió noticia de que el príncipe de Sajonia Cobourg general distinguido, aunque perteneciente á la antigua escuela de Alemania, abanzaba ácia Flandes á la cabeza de un ejército austriaco. Dumouriez evacuó la Holanda para hacer frente á estos nuevos enemigos, i fué nuevamente desgraciado. Los franceses fueron derrotados en Aix-la-Chapelle, i sus nuevos reclutas casi enteramente dispersados. Agriado con este desastre, Dumouriez se abandonó imprudentemente á la viveza de su carácter. Imitando el paso en vago de Lafayette, i amenazando antes de estar preparado para dar el golpe, escribió á la convencion, para inspirar miedo á los jacobinos, que su ejército estaba lleno de indignacion. Este era el dia 12 de marzo de 1793, i seis dias despues fué derrotado nuevamente en la batalla de Nerwinde.

Muy dudoso es que Dumouriez, aun en medio de sus triunfos, tuviese la suficiente influencia personal sobre su ejército para hacer que se declarase contra la convencion. Las tropas que mandaba no podian considerarse como un ejército regular, de mucho tiempo de servicio, ocupado durante muchos años en empresas difíciles, i en país estrangero, en donde una fuerza semejante, no puede formar una masa sólida, sino por medio de las relaciones entre los diferentes cuerpos, en donde el soldado no conoce otra casa que su tienda, otra

órden que la de sus oficiales, i los oficiales otra ley que la voluntad del general. Ejércitos de esta especie, independientes de las autoridades del país, acabaron por establecerse bajo el imperio frances, á consecuencia de guerras dilatadas i de conquistas lejanas; i sobre sus pavesas, se elevó por último el trono imperial. Pero en la época presente las tropas de la república se componian, ó de regimientos en revolucion, en los cuales los soldados habian ascendido á oficiales, i oficiales subalternos á gefes; ó de reclutas, que debian únicamente su existencia á la revolucion, i cuyo sobrenombre de *carmañolas*, daba á entender su origen i sus opiniones republicanas. Tropas de esta especie obedecian á su general en el campo de batalla, pero fuera de él no era posible hacerles entrar en la disciplina militar, i por consiguiente no era probable, que á la voz de Dumouriez consintiesen en cambiar sus principios políticos i las ideas de licencia que dimanaban de ellos, del mismo modo que si hiciesen un cambio de frente, ó diesen media vuelta á la derecha. Mucho menos debia esperarse el verlas obedecer á este gefe, en el momento en que parecia abandonarle el prestigio de la fortuna, i sobre todo cuando lo veían dispuesto á entrar en composicion con el mismo enemigo que habia vencido, i negociar abandonando sus conquistas á los austriacos para comprar por este medio la ocasion, ó el permiso de realizar la contrarevolucion que meditaba.

Dumouriez, sin embargo, bien fuese impelido por su carácter activo i fogoso, bien

que conociese que habia avanzado demasiado para poder retroceder, procuraba, ya intrigando en su ejército, ya por medio de inteligencias con el príncipe de Sajonia Cobourg, adquirir la suficiente fuerza para echar abajo al partido dominante en la convencion i restablecer, con algunas modificaciones, la constitucion del año de 1791. Dió á su proyecto una imprudente publicidad. Algunos generales de division se declararon contra él. Saliéronle fallidas sus tentativas de apoderarse de Lila, de Valenciennes i de Condè. Otra imprudencia hizo creer la impopularidad que empezaba á manifestarse contra él en su ejército: cuatro comisarios de la convencion, le hicieron públicas reconvenciones acerca de su conducta; no contento Dumouriez con hacerlos arrestar, los envió prisioneros al campamento austriaco, entregando de este modo al enemigo á los representantes del gobierno, que le habia nombrado, al que habia servido hasta entonces, i proclamando para en adelante su alianza con estrangeros á quienes por obligacion debia combatir.

Todas estas imprudencias rompieron los vínculos que unian á Dumouriez con su ejército. Esperimentó una resistencia general, i por último no logró sino á costa de muchas dificultades i peligros salvarse en el campamento austriaco acompañado de su amigo el jóven duque de Chartres.

Este hombre hábil i ambicioso solo salvó en su fuga su cabeza. Pasó algunos años en Alemania, i murió en Inglaterra en el año de 1812, sin haber hecho otro papel en el

teatro político. Saliéronle , como hemos visto, fallidas á Dumouriez , del mismo modo que á Lafayette algunos meses antes, las tentativas de emplear la fuerza armada para contener los progresos de la revolucion. La razon se comprende fácilmente , i para valernos de una comparacion de la medicina , dirémos que aun no estaba el tumor bastante maduro , para poder servirse con buen éxito de la lanceta.

La convencion entre tanto , aunque triunfante de los planes del general , se hallaba dividida en dos bandos á los cuales servia de palestra su recinto , en el cual se daban el uno al otro golpes mortales. Claro era en tal estado , que la lucha debia concluir de un modo trágico para uno de los dos , i todas las circunstancias señalaban por víctimas á los girondinos. Aun conservaban la mayoría en el seno de la convencion , sobre todo cuando la votacion era secreta , en cuyo caso los diputados pusilánimes de la *llanura* votaban con su conciencia ; pero en las discusiones públicas , i cuando los diputados deban su voto en voz alta , i en medio de los gritos , i de las amenazas de los furiosos que ocupaban las tribunas , el espíritu de verdad i de justicia se parecia demasiado al espíritu de martirio , para poder prevalecer en medio de hombres cuya conducta política no conocia otra regla que su propia seguridad. Los girondinos , sin embargo , continuaron durante muchos meses aun desempeñando las funciones administrativas , i luchando en la convencion , auxiliados por la fuerza del raciocinio contra manejos ocultos , sostenidos por declamaciones violentas , que á

la primera señal podian contar con el apoyo cierto de la violencia mas brutal. Los girondinos, como se ha visto, habian hecho la prueba de hacer adoptar por la convencion decretos contra el triunvirato, i los jacobinos trataban de vengarse con la hacha, ó á falta de esta, con el puñal.

Cuando la convencion recibió la noticia de la desercion de Dumouriez, los jacobinos, siempre dispuestos á apoderarse del espíritu público, marcaron á los girondinos como cómplices del general rebelde. Dirigieron contra ellos la animosidad del pueblo, cuya rabia fué proporcionada á la naturaleza de la crisis. Esta mayoría de la convencion, que el *traidor* Dumouriez aseguraba ser sana, i con la cual obraba de acuerdo, declaró, como los jacobinos lo deseaban, cómplices á los girondinos en su traicion. El dia 8 de marzo provocó la creacion de un tribunal que conociese de estos delitos, sin las dilaciones que trae consigo la declaracion de testigos i las defensas, i ademas sin intervencion del *jury*.

Los girondinos se opusieron, i los debates fueron violentos. Los dias siguientes, los jacobinos prepararon una insurreccion semejante á la del 20 de junio i del 10 de agosto. Debía estallar el dia 10 de mayo, dia destinado para hacer desaparecer el partido ministerial por medio de una matanza general; pero los girondinos supieron con tiempo el proyecto, i no se presentaron en la convencion el dia del peligro. Un cuerpo de cerca de cuatrocientos federados de Brest, se preparó tambien para su defensa por Kervelegan, uno de los di-

putados de la antigua provincia de Bretaña i girondino muy zeloso. Esta medida, por insignificante que pareciese, produjo en aquel momento un buen efecto, por que los hombres que estaban preparados para los asesinatos, no quisieron combatir por muchas probabilidades que tuviesen en su favor, i los clamores de los jacobinos por aquella vez se redujeron á una vana amenaza.

Descubierta una conspiracion se convierte en provecho del partido contra el cual se dirige, cuando este sabe sacar partido; pero Vergniaud al indicar en la convencion, en una de las sesiones siguientes, la existencia de una conspiracion que tenia por objeto matar un cierto número de diputados, se contentó con imputarla á la influencia de los aristocratas, de los nobles, de los clérigos, i de los emisarios de Pitt i de Cobourg, evitando hacer recaer sobre los jacobinos una acusacion, que todo el mundo sabia que ellos únicamente merecian. Fué muy aplaudido, i Marat que habló despues de él lo fué otro tanto, i el tribunal revolucionario se estableció.

Louvet, echando en cara á Vergniaud su pusilanimidad, dice que este orador dió por disculpa "el riesgo de irritar á hombres violentos, capaces ya de todos los escesos." Habian hecho salir á plaza al jabalí, i despues de haberle acosado, conocian, aunque ya demasiado tarde, que carecian de armas para atacarle. La trama del 10 de mayo se comparó á la de los católicos del 5 de noviembre* en

* 5 de noviembre de 1604. El autor quiere hablar del

Inglaterra. Fué descrita en el *Monitor* como una horrible conspiracion, en la cual una tropa de malvados, que tomaban el dictado de *la Glaciere*, en memoria de los asesinatos de Aviñon, habia sitiado el salon por espacio de dos dias con el objeto de disolver la convencion nacional por la fuerza, i mataron gran número de diputados. La convencion sin embargo, pasó á *la órden del dia*, sin mandar hacer ninguna averiguacion contra un crimen tan horrendo, manifestando de este modo, que era mayor el temor por sí misma, que el deseo de aprovechar una ocasion de libertar á la Francia de la espantosa faccion bajo la cual gemia.

Á mediados del mes siguiente, se pusieron los jacobinos en la actitud de atacar orgullosos sin duda con la impunidad que les habia salvado. Robespierre designó, nombrándolos, á los gefes de los girondinos como cómplices de Dumouriez. Pero el poder de Robespierre no estaba en la convencion. Guadet, en un discurso muy elocuente, rebatió aquella acusacion, i la hizo recaer sobre el mismo Robespierre i los jacobinos. Manifestó á la convencion que se hallaban deliberando bajo el influjo de los sables i de los puñales, que á la menor señal se dirigirian contra ellos, i leyó en el periódico redactado por Marat, una escitacion al pueblo para que se insurreccionase.

famoso *popish plot* (cierta trama), con lo cual se trataba de volar al rey Jacobo i á su parlamento con toneles cargados de pólvora, colocados en una cueva inmediata al lugar de las sesiones.

(Editor.)

El terror i la vergüenza dieron valor por un momento á la convencion, que declaró en estado de acusacion á Marat, el cual se vió precisado por algunos dias á permanecer oculto.

No es inútil observar que Buzot habla contra este decreto que considera impolítico por que fué el primer ataque dado á la inviolabilidad de los diputados. Con arreglo á principios, tenia razon sin duda; pero cuando consideramos las consecuencias prácticas que resultaban de esta violacion comparado con las represalias del otro partido, permanecemos en la duda. El arresto de Marat no variaba en nada las violencias que los girondinos debian sufrir al fin de la lucha; hombres semejantes tenian tanta necesidad de ejemplos como sus bandidos de viseras. Todos ellos podian igualmente obrar á cara descubierta.

La convencion no se contentó con el decreto de acusacion contra Marat, i manifestó por la primera vez la intencion de hacer resistencia á los jacobinos; nombró una comision de doce individuos, algunos de ellos girondinos, otros neutrales, encargada de vigilar i de reprimir los movimientos de los ciudadanos que pareciesen favorables á la anarquía.

La convencion conoció muy en breve el carácter de la oposicion que acababa de arrostrar. Pache, *maire* de París, i uno de los hombres mas delincuentes de la revolucion, se presentó en la barra acompañado de dos mil que se decian peticionarios, i pidieron, en nombre de las secciones el arresto de veinte i dos de los gefes mas distinguidos de la gi-

ronda. La convencion se desentendió de esta peticion, pasando á la *orden del dia*, pero la osadía de los anarquistas habia crecido considerablemente. Conocian que no tenian otra cosa que hacer, que batir en brecha á un enemigo cuya única defensa eran las débiles armas de la ley, que los jacobinos tenian á vanidad arrostrar i destruir. La proscripcion de estos desgraciados diputados, era una medida de la cual jamas quisieron desentenderse, logrando con su osadía reducir á la defensiva el partido que debia ser en buena política el primero que atacase.

Los girondinos sin embargo, viendo el caso extremo á que se hallaban reducidos, i conociendo cuan importante les era el atacar en semejantes circunstancias, hicieron esfuerzos para volver á tomar la ofensiva.

El tribunal revolucionario en el cual debia comparecer Marat con arreglo al decreto de acusacion, sabia demasiado bien lo que tenia que hacer para convencer á un delincuente, sobre todo á un patrióta tan distinguido, á quien únicamente se achacaba haber escitado al pueblo á hacer uso del derecho sagrado de insurreccion. Despues de un simulacro de causa, fué absuelto honoríficamente, i vuelto á conducir á la convencion, ceñida la cabeza con una corona cívica, i escoltado por una cuadrilla de bandidos dignos de formar su guardia. Quisieron desfilas por el salon; un zapador, orador de la cuadrilla, aseguró á la convencion que el pueblo amaba á Marat, i que la causa de Marat i la del pueblo serian siempre la misma.

La comision de los doce entre tanto procedia contra los terroristas con cierto rigor. Uno de los mas furiosos provocadores de la insurreccion i del asesinato era Hebert, substituto del procurador síndico de la municipalidad. Este malvado, hablando á este cuerpo que ejercia todos los poderes de la magistratura en París, habia tenido la desvergüenza de pedir las cabezas de trescientos diputados. Fué arrestado i conducido á la cárcel.

A este acto decisivo, debieran haber seguido, en buena política, otras medidas igualmente rigurosas. Los girondinos hubieran podido, manifestando resolucion, atraer á sí un gran número de neutrales, i formar en las secciones de París sociedad con aquellos hombres, que aunque tímidos, estaban pñetrados de horror ácia la faccion revolucionaria, i temblando por sus familias i sus bienes si llegaban á verse bajo la custodia del populacho de los arrabales. La sola aparicion de cuatrocientos bretones habia desbaratado toda la conspiracion del 10 de marzo; no hay la menor duda, en efecto, que el apoyo de cierto número de hombres decididos, hombres mas atrevidos i mas positivos que lo eran aquellos filósofos teóricos, hubiera sido capaz de arrostrar la furia de todo el populacho de París, sostenido por algunos centenares de bandidos asalariados. Lo peor que les podia suceder, era perecer en la tentativa de sacar á la patria de las garras de la mas vil i mas horrible tiranía.

Entre tanto los girondinos estaban en la convencion como aquellas tímidas aves que tie-

nen sobre sí al milano, i temen igualmente el permanecer i el huír. Sin embargo, sino podian hacer tomar las armas á nadie en favor suyo en París, era mas prudente para ellos abandonar la capital, é ir á buscar en alguna otra ciudad un punto en donde pudiesen deliberar seguros. La Francia por otra parte se hallaba en un estado tal, que si estos desgraciados teóricos hubiesen tenido alguna influencia en un departamento cualquiera, habiéndose retirado á él, no hubieran dejado de reunir amigos en derredor suyo. Se cree, que los que tenian esta idea, pusieron los ojos en Versalles como punto de reunion, i que los habitantes de esta ciudad arrepentidos de haber contribuído á la salida de la familia real, i de la asamblea constituyente, les hubieran prestado apoyo. Pero ni en los periódicos, ni en las historias de aquel tiempo, ni en las memorias de Buzot, Barbaroux ó Louvet, se encuentra nada que indique, que aquellos filósofos infatuados hubiesen tomado disposiciones para huir ó para defenderse. Se parecian á aquellos pobres animales que no tienen otro recurso para escapar de las garras de sus enemigos, que los chillidos que dan cuando son cogidos. Todo su sistema se reducía á castillos en el aire, i cuando se desvanecieron, se contentaron con llorar la poca solidéz del edificio.

Justo es decir sin embargo, que la debilidad de su conducta, no debe atribuirse á cobardía personal. Entusiastas por sus principios políticos, vieron acercarse la muerte, la esperaron i la arrostraron. Pero en este caso pare-

cidos al monarca que tanto empeño habian tenido en destronar, i cuya muerte fué la senda que les guió á su perdicion, su valor produjo el efecto de una fuerza de inercia: resignados i firmes para sufrir las injusticias; nulos cuando era preciso obrar en favor suyo i de la Francia.

Estos desgraciados diputados, amenazados de la muerte, i dueños aun sin embargo del poder ministerial, estaban tan léjos de poder trabajar en su propia seguridad, ó en la del país sugeto á su pretendido gobierno, que durante muchas noches anduvieron errantes de casa en casa, no atreviéndose á ocupar la suya, i permaneciendo ordinariamente tres ó cuatro juntos con armas para defenderse en los asilos donde podian ocultarse.

La noche anterior al 30 de marzo, Louvet i cinco de los girondinos mas distinguidos, se hallaban en un retiro de esta especie, pareciendo mas que legisladores, ladrones que huían de la policia, cuando se oyó el toque de alarma. Rabaud de Saint-Etienne, ministro protestante, i uno de los mas distinguidos entre los que apoyaban las providencias de valor i de humanidad, le consideró como señal de muerte, i no cesó de repetir: *!Illa suprema dies!*

Tocábase esta alarma para sublevar los arables, pero parece que esta vez no encontraron los jacobinos tanta facilidad como de ordinario en el movimiento. Esperaban salir con la suya presentando á los bandidos un atractivo mas poderoso que el asesinato, ó el arresto de veinte ó treinta diputados; imaginaron, pues, un medio muy á propósito, por una

parte , para poner en arma á los ciudadanos ricos i para fijar su atencion esclusivamente en el cuidado de su propia seguridad , pero muy propio por la otra , para inflamar á la canalla con la esperanza del saqueo ; el medio fué esparcir la voz de que la seccion de la Buttedes-Moulins , que comprendia el palacio real , i los mas bellos almacenes de París , estaba en contrarrevolucion , habia enarbolado la escarapela blanca , i se habia declarado en favor de los Borbones.

Esta voz no tenia sombra de fundamento. Los habitantes del palacio real eran acaso partidarios de la monarquía , i con seguridad , de un gobierno sosegado i regular , pero amaban mucho mas sus almacenes , que la familia de los Borbones , i maldita la gana que tenian de esponerlos por un rey , ó por un emperador. Supieron con espanto la calumnia que se les levantaba , tomaron las armas para defenderse , cerraron las puertas del palacio real , que es susceptible de una defensa vigorosa , i apuntaron cañones contra el populacho cuando se aproximó á su recinto ; manifestando bien claramente á la canalla del arrabal de san Antonio , que si los vecinos pudientes de París consentian en dejarles matar al rey i cambiar los ministros , no tenian en manera alguna la intencion de abandonarles el cuidado de sus escritores. Cinco secciones estaban sobre las armas i dispuestas á obrar. Ningun girondino se tomó el trabajo al parecer de hacerles entender , que haciendo ellos el sacrificio de conservar con su fuerza la independenciam á la convencion , lograrian librarse ellos mismos de

aquella dominacion, que tenia bajo el yugo, con insurrecciones continuas á todos los ciudadanos recomendables por sus riquezas, por sus sentimientos ó por su educacion. Admira tanto mas esto, quanto Raffet comandante de la seccion de la Butte-des-Moulins, habia marchado el 10 de marzo en auxilio de la convencion, asediada por una insurreccion armada.

Abandonadas las secciones armadas á sí mismas para conservar el órden, creyeron que seria suficiente evitar el riesgo principal del momento. La vista de su ejército i su aspecto decidido pudieron mas que sus escarapelas tricolores i los gritos de ¡*Viva la república!* para que los insurgentes reconociesen por buenos ciudadanos á los que no se podia convencer de *incivismo*, sino en medio de un sangriento combate.

Sus gefes, sin embargo, lograron por último hacerles comprender que el verdadero golpe donde debia darse, era en el salon de la convencion, i que á cada ciudadano activo se le darian cuarenta sueldos (dos pesetas) por dia. En todas estas cosas habia manejos tan frios, i existia tan poco entusiasmo popular, que probablemente hubiera sido muy fácil contraminar los trabajos de los conspiradores, i volarlos con su propia mina, si los sitiados hubieran tenido actividad i valor práctico, pero ni de lo uno, ni de lo otro hallamos indicio. La convencion se veía sitiada por el populacho i amenazada en términos groseros; en medio del terror que la inspiraba su posicion, suprimió la comision de los doce, i puso á Hebert en libertad; concesiones que aun estaban muy

distantes de las que exigian los jacobinos, pero suficientes para manifestar, que el poder de los girondinos habia concluído, i que la misma convencion se hallaba á la merced de cualquiera que pudiese disponer del populacho de París.

Los jacobinos resolvieron caminar derechos á su objeto, haciendo perecer al enemigo que habian desarmado. Para esta empresa se fijó el dia 2 de junio. Louvet i algunos otros girondinos, no juzgaron á propósito aguardar el resultado, i tomaron las de villadiego; pero los jacobinos para asegurarse de las demas víctimas hicieron cerrar las barreras de París.

En esta ocasion decisiva, no se habian fiado los jacobinos únicamente en el auxilio de sus aliados de los arrabales, sino que tenian tambien á su disposicion cerca de dos mil federados acampados en los campos Eliseos, i á los cuales hacia mucho tiempo que se adiestraba en el papel que habian de representar. Disponian cañones i morteros, preparaban metralla, bombas i aun hornillos para bala roja, como si hubiesen de atacar una plaza fuerte, i no un salon ocupado por representantes del pueblo sin armas. Henriot, comandante en jefe de la fuerza armada de París, hombre feróz é ignorante, entregado enteramente á los jacobinos, tuvo cuidado, al tiempo de situar la tropa armada, que iba llegando de todas partes para circunvalar la convencion, de colocar la peor gente en las cercanías del salon. Los diputados de este modo se vieron envueltos en una red, i los jacobinos, digámoslo así, no tuvieron otra cosa que hacer que escoger las víctimas.

El grito general de los hombres armados que rodeaban la convencion, era un decreto de muerte ó de *fuera de la ley* contra veinte i dos girondinos, señalados en la proposicion de Pache, i en otras posteriores de la mas violenta especie como cómplices de Dumouriez i enemigos de la buena ciudad de París; por último como traidores, que meditaban el establecimiento de una república federativa, en vez de una república indivisible. Los ministros se hallaban comprendidos en esta lista de proscripcion.

La convencion se hallaba en una horrible posicion, i veía levantado sobre ella un brazo poderoso. Los que se suponía que pertenecian al partido de la Gironda eran golpeados ó insultados á su entrada en el salon, silvados ó amenazados cuando se levantaban para hablar. Ya los diputados no gozaban de ninguna libertad; en una palabra, no podia haber discusion en el seno de la asamblea, mientras durasen aquellas escenas de tumulto i de rabia que iban siempre en aumento.

Barrere gefe de la *llanura*, ó del partido neutral, como lo hemos dicho, aliado por conciencia con los girondinos, i por terror con los jacobinos, propuso una de aquellas medidas moderadas en apariencia, que traen consigo la ruína de los que las adoptan, con tanta seguridad, como si presentasen un carácter mas decididamente hóstil. Despues de haber felicitado á los girondinos por sus buenas intenciones, i lastimándose de lo grave de las circunstancias, rogó á los girondinos, cuya proscripcion se exigía, que se sacrificasen ellos mismos

como objetos desgraciados de la desunion que reinaba en la república, é hiciesen su dimision. La convencion, en este caso, añadió, los declararia bajo la proteccion de la ley, como si no lo estuviesen de derecho, mientras no se les convenciese de algun delito, i no estuviesen al mismo tiempo revestidos de aquella inviolabilidad de que se pretendia despojarles. Esto era comprometer un hombre á que se quitase su armadura, prometiéndole que serian impenetrables los vestidos ordinarios que le cubriesen.

Pero un frances consiente fácilmente en hacer todo cuanto se le pide, como si se hallase interesado su honor en la cuestion. Este pérfido consejo fué adoptado por Isnard, Dusaulx i otros diputados proscriptos, que se dejaron persuadir de este modo, para renunciar á los solos medios de defensa que les quedaban, con la esperanza de mitigar la ferocidad de un enemigo demasiado encarnizado para experimentar el menor movimiento de generosidad.

Lanjuinais sostuvo una lucha mas honorífica. »No esperéis de mí, dijo á la convencion, ni suspension, ni dimision. ¿Tengo libertad acaso para hacer esta dimision, ni vosotros para recibirla?» Como dirigia su elocuencia contra Robespierre i los jacobinos, Legendre i Chabot trataron de arrancarle de la tribuna. Recibió muchos golpes, resistiéndose á bajar de ella. »Los antiguos, exclamaba, cuando preparaban un sacrificio, coronaban la víctima de flores i de cintas; i vosotros, mas crueles, dais vergonzosos golpes, i ultrajais á la víctima, que ningun esfuerzo hace para evitar la cuchilla.»

Un sentimiento de vergüenza hizo que le escuchasen por un momento, i echó en cara con mucho valor á los diputados la bajeza, la perfidia, la crueldad i la impolítica debilidad con que obraban entregando de aquella manera á sus hermanos á una multitud sedienta de sangre, é impelida por una minoría compuesta de colegas suyos. La convencion hizo un esfuerzo para romper los lazos en que estaba cogida, resolvió salir en cuerpo, con el objeto de ver hasta que punto se haria respetar por la gente armada que circundaba el salon.

Salieron en efecto los diputados para pasar al jardin de las Tullerías, dejando á los jacobinos solos en el salon; pero su marcha fué detenida por Henriot, á la cabeza de un estado mayor considerable, i de un cuerpo numeroso de tropas. Todas las avenidas del jardin estaban guardadas por soldados. El presidente leyó el decreto de la convencion, i mandó á Henriot que se retirase. Este no contestó sino echando atrás su caballo, i mandando echar armas al hombro. „Volved á vuestro puesto, dijo á los legisladores atemorizados; el pueblo quiere que se le entreguen los traidores, que se hallan en el seno de la convencion; i no se separará sino cuando haya cumplido su deseo.” Marat se presentó en este momento á la cabeza de una cuadrilla de cien asesinos escogidos; escitó al pueblo á que persistiese en su proyecto, i mandó á la convencion en nombre del pueblo, que volviese al salon de sus sesiones para deliberar, i sobre todo para obedecer.

Los diputados se volvieron en efecto, llenos de consternacion, dispuestos á someterse á la infamia que parecia inevitables, i echándose á sí mismos en cara su despreciable cobardía, al mismo tiempo que se rendian á la necesidad de su conservacion. Los jacobinos aumentaron sus pretensiones, como aquella muger que fué á Roma á vender los libros de la sibila. En vez de veinte i dos diputados, pidieron treinta, i el decreto fué aprobado en medio del terror i de los clamores. Esta proscripcion se decretó á proposicion de Couthon, hombre decrépito, paralizado de las estremidades inferiores, cuyos sentimientos benéficos se espresaban en los términos mas suaves, i con el tono mas agradable, i que, por esceso de sensibilidad, llevaba siempre en el seno un perrito faldero, con el fin de tener un objeto á quien prodigar sus caricias; pero en el fondo hombre tan feróz como Danton, i tan desapiadado como Robespierre.

Una gran parte de la convencion, no tomó parte en esta aprobacion, i antes por el contrario protestó públicamente contra la violencia que se le hacia. Fueron arrestados muchos de los diputados proscriptos; otros huyeron con el auxilio de sus colegas, i de las personas empleadas en la convencion; otros por último, previendo esta catástrofe, no se habian presentado en la convencion, i ya habian salido de París.

Asi cayó, sin que hubiese un solo golpe, ni una espada levantada en defensa suya, el partido que reclamaba el honor de obrar con arreglo á los verdaderos principios de republi-

canismo, i que, únicamente por realizar una teoría ideal, habia echado abajo el trono, i preparado el camino á la anarquía. Cayó, como asi lo han confesado sus miembros mas sabios víctimas de su propio sistema i de la falsa, é impracticable idea que le hacia creer en la posibilidad de gobernar un país corrompido i vasto, como un territorio de poca estension, i poblado de ciudadanos virtuosos. Tan fácil hubiera sido á estos hombres el fundar su capital sobre un pantano de terreno movedizo i sin fondo, como su supuesta republica en un país como la Francia. Los expedientes violentos i revolucionarios, i todos los medios de accion, de que se habian servido ellos mismos, fueron dirigidos contra ellos por hombres cuyas intenciones eran mas criminales que las suyas. Los girondinos habian reclamado una parte del triunfo de la jornada del 10 de agosto; i sin embargo ¿qué era esta jornada tan encomiada, sino una insurreccion del populacho contra la autoridad constituida de aquella época, lo mismo que las de 31 de mayo, i 2 de junio de 1793, bajo cuyos golpes cayeron los girondinos, habian sido dirigidas contra ellos, como sucesores de aquella autoridad? En el primer caso fué destronado un rey, en el segundo fueron destituidos ministros; i si el pueblo defendido por los girondinos, tenia el derecho de obrar como ejecutores de sus propias voluntades en uno de los dos casos, difícil es concebir por que principio se ponía en cuestion en el otro.

En la importante causa del rey, los girondinos se habian mostrado pusilánimes; querian

salvar la vida de un hombre inocente, i en vez de proclamar atrevidamente su inocencia, recurrieron á sutilezas que sacrificaban su honor sin salvar su cabeza. Este grave error les privó de todas las probabilidades de reunir bajo sus banderas, con esperanza de buen éxito, los hombres bien intencionados que quedaban en París i en Francia, los cuales, si cuando tenian el poder hubieran visto á los girondinos, conducirse con firmeza, hubieran preferido sin duda adherirse á los amantes del orden social, aunque republicanos, mas bien que ceder á la anarquía.

Los desgraciados girondinos tenian al presente tiempo para reflexionar todos los perjuicios de sus actos, i de sus omisiones. Veinte i dos de sus mas distinguidos individuos arrestados en el fatal dia 2 de junio, esperaban su suerte en la cárcel, mientas las demas, víctimas de la afliccion i de la miseria, andaban errantes en los diferentes departamentos.

La suerte de los que habian sido arrestados no permaneció incierta por mucho tiempo. Al cabo de tres meses fueron juzgados i convencidos de *realismo*. Era tal entonces la situacion de los ánimos en Francia; tal la groseria de los cuentos, que se podian presentar á la credulidad del pueblo, que los hombres que por sus principios teóricos eran los mas espuestos á la monarquía, i que aun habian sacrificado su conciencia para ayudar á los jacobinos echar abajo el trono, se veían acusados i convencidos de realismo; i esto en una época en que el abandono en que se hallaba el resto

de la familia real era tal, que la reina en su prision no podia obtener el libro mas comun para uso de su hijo, sin dirigirse directa i formalmente á la municipalidad de París.*

Cuando los girondinos comparecieron ante el tribunal, estos hombres cuyos talentos habian dominado tan frecuentemente el cuerpo legislativo, inspiraron al pueblo demasiado interés, á los ojos de los jacobinos, que llegaron en algun momento á temer no poderlos condenar. Obtuvieron un decreto de la convencion dando al presidente del tribunal revolucionario la facultad de cerrar la causa luego que el *jury* hubiese formado su opinion i sin oír á los acusados. Este terrible modo de cerrar los debates (era lo que se llamaba *cortar la palabra*,) se puso muchas veces en práctica en aquellos juicios revolucionarios. Temian sin duda la lógica de Brissot i la elocuencia de Vergniaud, cuyos rayos les habian por largo tiempo i amenudo echado por tierra. Uno de los cargos, verdadera sentencia de muerte en el tribunal que les juzgaba, parece haber sido probado por una de las cartas de Brissot, en la cual hablaba de los esfuerzos de los girondinos para realizar una coalicion en los departamentos, á efecto de equilibrar, si era posible, la influencia espantosa que la capital i la parte revolucionaria de la magistratura ejercian sobre la convencion, prisionera en los muros de

* Prueba de ello es el artículo siguiente de los libros de la municipalidad, i lo que es mas notable aun, de una fecha entre el 29 de mayo, i el 3 de junio. "Antonia pide para su hijo la novela de *Gil Blas de Santillana*.— Concedido."

París. Este crimen era bantante para quitar todo escrúpulo á los jurados tomados en aquella clase de los parisienses, cuya terrible importancia hubiera sido destruída con el buen éxito de un plan semejante. Se declaró á los acusados delincuentes de conspiracion contra la unidad, é indivisibilidad de la república, i contra la libertad i la seguridad del pueblo frances.

Cuando se pronunció la sentencia, uno de ellos, Valazè, se clavó un puñal en el corazon. Los demas fueron conducidos al lugar del suplicio en un mismo carro, con el cuerpo ensangrentado de su colega. Brissot parecia abatido i desgraciado; Fauchet clérigo apostata, manifestaba remordimientos; los demas afectaban una firmeza romana; i cantaron, durante el tránsito, una paródia del himno de los marseleses, dirigida contra los jacobinos. Se habian negado constantemente á admitir los socorros de la religion, que recibidos desde la niñez con las disposiciones convenientes, les hubieran guiado en la prosperidad, i sostenido en la adversidad. Abandonaron la última parte de su vida á aquella filosofía vana i especulativa, que habia tenido tan deplorable influencia sobre su conducta política.

Aquellos individuos de la Gironda, que habian logrado evitar la muerte por algun tiempo por medio de la fuga, no tuvieron mucha gana de hacer vanagloria de su conducta. Encontraron los departamentos del oéste i del medio dia en una gran fermentacion contra París, i contra los jacobinos, i aun despues de tomar las armas; pero al mismo tiempo, vieron que nadie pensaba en su sistema de puro repu-

blicanismo, ni sentia su caída; las causas del descontento, eran diversas i fundadas sobre perjuicios mas positivos. A una gran parte de la nacion, al menos á todas las gentes honradas, les habia afectado profundamente la suerte del rey, i el trato cruel que su familia habia sufrido i aun sufría. Los ricos temian ser saqueados i degollados por los jacobinos, i no eran menores los padecimientos del pobre por efecto de la carestía de granos, i el bajo precio de los asignados, i del levantamiento en masa de trescientos mil hombres, decretado para resarcir las enormes pérdidas del ejército frances. Pero las insurrecciones tomaban en todas partes un carácter de realismo, sino de republicanism; i aunque los girondinos hubiesen sido recibidos en Caen i en otras partes con compasion i miramiento, sus votos en la causa del rey, i su celo fanático en favor de una especie de gobierno, que en manera alguna convenia á la Francia, i que estaba muy distante de ser el objeto de los deseos de aquellos que les daban asilo, les impidieron representar un papel eminente en los disturbios del oéste.

Buzot parece haber visto la cosa bajo su verdadero punto de vista. » Es cierto, dice, que si nosotros hubiéramos podido persuadir á que nuestro deseo era el de establecer en Francia un gobierno moderado de esta clase, que era el que mas convenia á este país (la monarquía limitada, si hemos de dar crédito á muchas personas bien informadas) hubieramos podido esperar formar una coalicion formidable en el Calvados, i reunir en derredor

nuestro á todos los que eran adictos á la monarquía por efecto de antiguas preocupaciones.”

En el estado en que se hallaban las cosas, eran los girondinos considerados como entusiastas movidos por el ejemplo de los Estados-Unidos, á hacer la prueba del establecimiento de una república en un país en el cual todas las esperanzas i todos los deseos, escepto los de los jacobinos, i de la vil canalla que acariciaban, lisongeaban, i gobernaban, eran dirigidos ácia una monarquía templada. Tambien Buzot habia notado que las numerosas atrocidades i violencias, los alistamientos forzados, los demas actos opresivos, cometidos en nombre de la república, habian inspirado aversion ácia una forma de gobierno en que la crueldad reinaba al parecer sobre la miseria con el solo auxilio del terror. Confiesa su error con un poco mas de candor que sus colegas, i conviene en que á lo último hubiera estado dispuesto á reunirse con los monarquistas i moderados para restablecer el trono bajo la salvaguardia de formas constitucionales.

Algunos diputados, á saber, Louvet, Riouffe, Barbaroux, Petion i otros, se reunieron á un cuerpo de realistas de la Bretaña, con el cual habia formado el general Wimpfen una especie de ejército, pero que jamás tuvo importancia; fué derrotado en Vernon, i no fué posible volverle á reunir nunca.

Los diputados proscriptos, con un corto número de hombres armados primero, i despues enteramente abandonados, anduvieron errantes en Francia, donde les sucedieron aven-

turas extraordinarias, que han sido descritas por su historiador Louvet. Seis de ellos, por último, lograron llegar á Burdeos, capital de aquella Gironda de donde el partido tomaba su denominacion, i que aquellos que habian nacido en ella, juzgando de lo demas por la sociedad particular en que habian principiado á formar su reputacion, habian descrito como penetrada de los principios, mas puros de la libertad filosófica. Guadet habia dicho mil veces á sus compañeros de desgracia, que si los sentimientos liberales honrados i generosos se veían desterrados de todas las demas partes de la Francia, podrian encontrar en todas ocasiones un asilo en la Gironda. Besaron pues, al desembarcar aquel suelo en que creían con toda seguridad encontrar asilo i proteccion. Pero Burdeos entonces era solo una ciudad opulenta i comerciante, en la cual los ricos, temblando de los pobres, no se hallaban dispuestos á aumentar la suma de sus riesgos, tomando interés en las desgracias de los demas. Los girondinos hallaron cerradas casi todas las puertas aun en la misma Gironda; anduvieron errantes como la escoria de la sociedad, teniendo que sufrir todos los males del cansancio i del hambre, i siendo algunas veces causa de la muerte de aquellos, se habian atrevido á darles acogida.

Entre los seis girondinos, que se refugiaron en su provincia, Camus fué el único que logró escaparse. Guadet, Salles i el entusiasta Barbaroux, fueron arrestados, i ajusticiados en Burdeos. El último intentó por dos veces levantarse la tapa de los sesos. Buzot i Piton

acabaron por darse la muerte, i sus cadáveres fueron hallados en un campo de trigo. Este Petion era el mismo que habia sido por tanto tiempo el ídolo de los parisienses, i que cuando se decretó el destronamiento del rey habia dicho con una especie de vanidad cándida: »Si ahora quieren obligarme á tomar la regencia, no encuentro medio para evadirme.» Este desgraciado fin fué tambien el de otros muchos miembros del mismo partido. Condorcet, cuyo voto habia sido favorable á la vida del rey, pero que le condenaba á prision perpetua, fué arrestado i encarcelado. Rabaud de Saint-Etienne, fué vendido por un amigo á quien se habia confiado i le guillotinaron. A Roland se le encontró muerto en un campo público, realizando de este modo una prediccion de su muger condenada á muerte por los jacobinos, pues anunció que su marido no la sobreviviria largo tiempo.

Feliz, si en su juventud hubiesen sido sus talentos dirigidos por personas mas capaces de cultivarlos: esta muger extraordinaria hizo ante el tribunal revolucionario una defensa mas varonil que los mas elocuentes girondinos. Los espectadores, que se habian hecho aficionados á la crueldad, se complacieron en el valor que manifestó, del mismo modo que el cazador en la última lucha del noble ciervo inmolado á su vista. »¡Que raciocinio! decian, ¡que talento! ¡que valor! ¡Que hermoso espectáculo será el ver á una muger en el cadalso!» Sufrió la muerte con extraordinaria firmeza, i al pasar por delante de la estatua de la libertad, cuando la llevaron al su-

plicio, exclamó: »¡ Ah libertad! cuantos crímenes se cometen en tu nombre! »

Cerca de cuarenta i dos diputados girondinos perecieron en la guillotina, ó por el suicidio, ó las fatigas de la fuga. Unos veinte i cuatro evitaron estos riesgos, i despues de grandes i multiplicados padecimientos volvieron á entrar en la convencion, en la cual habia cesado la influencia de los jacobinos. Su caída la habian debido á su filosofia visionaria, á sus locas teorías, no menos que aquella presuntuosa confianza que les hacia creer que asambleas populares, aun cuando estén animadas por sentimientos personales los mas violentos, deben ceder á la fuerza de los argumentos, del mismo modo que los cuerpos inanimados obedecen á la accion de una fuerza exterior. Estaban persuadidos de que aquellos que poseen una gran fuerza de elocuencia, pueden, por el solo ascendiente de la palabra, arrebatár á las sociedades su influencia, á los sables sus filos, i á los que los manejan sus brutales pasiones. Ya no se les vé representar papel alguno en los diferentes cambios políticos de la Francia; i en cuanto á su ensayo de república, recuerdan el hecho de aquel atleta presuntuoso de la antigüedad que fué cogido por el roble, cuyo vigoroso tronco trató en vano de hender. La historia nada tiene ya que decir acerca de la gironda considerada como partido.

CAPITULO VII.

RESUMEN DEL CAPITULO VII.

OJEADA SOBRE LOS DIFERENTES PARTIDOS DE INGLATERRA RELATIVAMENTE Á LA REVOLUCION. — SOCIEDADES CONFEDERADAS EQUILIBRADAS POR ASOCIACIONES ARISTOCRÁTICAS. — EL PARTIDO ARISTOCRÁTICO PROMUEVE LA GUERRA CONTRA LA FRANCIA. — LOS FRANCESES PROCLAMAN LA NAVEGACION DEL ESCALDA. — EL EMBAJADOR INGLES QUE SE HALLABA EN PARÍS ES LLAMADO, I EL ENVIADO DE FRANCIA CESA EN SUS FUNCIONES EN LÓNDRES. — LA FRANCIA DECLARA LA GUERRA Á LA INGLATERRA. — TROPAS INGLESAS ENVIADAS Á HOLANDA Á LAS ÓRDENES DEL DUQUE DE YORK. — ESTADO DEL EJÉRCITO. — OJEADA SOBRE LA SITUACION MILITAR DE LA FRANCIA. — EN FLANDES. — EN EL RHIN. — EN EL PIAMONTE. — EN LA SABOYA. — EN LOS PIRINEOS. — ESTADO DE LA GUERRA EN EL VENDEÉ. — DESCRIPCION DE ESTE PAÍS. — EL *BOCAGE*. — EL *LOURoux*. — RELACIONES ÍNTIMAS ENTRE LOS NOBLES I LOS ALDEANOS. — PROFESAN SUMO AFECTO Á LA MONARQUÍA, I HORROR IGUAL Á LA REVOLUCION. — SUS CLÉRIGOS. — LA RELIGION DE LOS HABITANTES DEL VENDEÉ ULTRAJADA POR LA CONVENCION. — INSURRECCION GENERAL EN EL AÑO DE 1793. — ORGANIZACION MILITAR I COSTUMERES DE LOS VENDEANOS. — DIVISION EN EL GABINETE INGLES. — PITT. — WINDHAM. — REFLEXIONES

CON ESTE MOTIVO. — LA CAPITULACION DE MANGUNCIA DEJA QUINCE MIL VETERANOS DISPONIBLES PARA OBRAR EN EL VENDEÉ. — DERROTA DE LOS VENDEANOS QUE PASAN EL LOIRA. — TAMBIEN ELLOS DERROTAN Á LOS REPUBLICANOS EN LAVAL. — PERO ACABAN POR SER DESTRUIDOS I DISPERSOS. — ESPEDICION DESGRACIADA DE QUIBERON. — CHARRETTE DERROTADO I PASADO POR LAS ARMAS, I FIN DE LA GUERRA DEL VENDEÉ. — ESTADO DE LA FRANCIA EN LA PRIMAVERA 1793. — RESISTENCIA INÚTIL DE BURDEOS, MARSELLA I LEON CONTRA LA CONVENCION. — SITIO DE LEON. — TOMA I CASTIGO TERRIBLE DE DE ESTA CIUDAD. — SITIO DE TOLON.

CAPITULO VII.

Los jacobinos con sus victorias sucesivas del 31 de mayo, i del 2 de junio de 1793 habian desecho i arrojado á sus rivales; hemos visto ya con que furor habian perseguido á sus enemigos despues de dispersos, i hecho recaer sobre ellos la venganza i la muerte. Pero la situacion de la Francia asi en el interior como en el exterior era tan precaria, que era necesaria la actividad de hombres tan audaces i tan decididos como los que acababan de apoderarse de la direccion del poder, para repeler los ejércitos estrangeros, i reprimir al mismo tiempo las disensiones intestinas.

Hemos visto ya que la Inglaterra, casi en lo general, se hallaba dividida en dos grandes partidos, de los cuales el uno continuaba elo-

giando la revolucion francesa, á pesar de que sus excesos fuesen reprobados por todos los hombres prudentes i moderados, al paso que el otro, mirando con indignacion las crueldades, las confiscaciones i los horrores de toda especie que habia producido, al oír solo el nombre de aquel gran cambio político, que recordaba mucho bien al mismo tiempo que mucho mal, experimentaba los sentimientos que produce un espectáculo terrible i repugnante.

La jornada del 10 de agosto i la suerte que amenazaba al rey, escitaron un interés general en Inglaterra, i se manifestó en las clases altas i medianas un vivo deseo de ver á la nacion tomar las armas en favor del desgraciado monarca.

La misma idea se habia ocurrido tambien á M. Pitt; pero viendo cuan necesarios eran todos sus talentos para mejorar el estado interior, i la hacienda de la Inglaterra, dudó por algun tiempo adoptar una conducta hóstil, aunque aprobada por su soberano, i pedida por una gran parte de sus súbditos. Pero cada dia producía nuevas circunstancias, que apresuraban la revolucion de aquella importante cuestion.

Los franceses, ya individualmente, ya colectivamente, aprecian sobre manera marchar á la cabeza de las naciones europeas; la Francia, en casi todas sus vicisitudes, se ha dirigido no solo á sus propios ciudadanos, sino tambien á los habitantes de los demas países, i por consecuencia de este plan casi todos sus políticos invitaban en todos los discursos á los súbditos de los demas estados á que imitasen el ejem-

plo de su república, á que arrojásen lejos de sí las reliquias de sus viejas instituciones, á destronar á sus reyes, abolir la nobleza, dividir entre las clases inferiores los bienes del clero, i de la aristocracia, i presentarse como pueblos libres i regenerados. En Inglaterra, como en cualquiera parte, tenian estas doctrinas un lado seductor; porque este país contenia lo mismo que la Francia, hombres de talento que se consideraban como arrinconados, hombres de mérito que se creían oprimidos, teóricos muy dispuestos á echar las leyes en su crisol político, i por último hombres ansiosos de novedades, tanto en la iglesia como en el estado, sea por efecto de una curiosidad inquieta, sea con la esperanza de ganar en el cambio. Pero en Inglaterra habia sobre todo una masa demasiado grande de pobreza i de ignorancia muy fácil siempre de poner en movimiento con la esperanza de la licencia.

Fundaronse sociedades congregadas en casi todas las ciudades de la Gran-Bretaña; se correspondian entre sí, prorumpian á gritos en horrozas amenazas i formábanse al parecer por el modelo de las de Francia. Se dirigieron directamente á la convencion nacional en nombre suyo i en el de las sociedades unidas para el mismo objeto, felicitandola tanto por su libertad, como por el modo que habia tenido de adquirirla, i dandola á entender claramente que su ejemplo no seria perdido para la Inglaterra. Las personas que componian estas sociedades, eran en lo general poco señaladas por su clase, ó por su influencia; es cierto que habia en ellas algunos

hombres de talento, pero sus reuniones nada tenian de respetable ni honorífico; su importancia provenia únicamente de la masa, sobre la cual podian hacer efecto los argumentos; pero esta masa era muy considerable, sobre todo en las grandes ciudades, i en los distritos fabriles. Este era el estado de cosas que habia precedido en Inglaterra á la revolucion francesa; pero la aristocracia inglesa, bien cimentada, bien unida, i ejerciendo un gran peso sobre los negocios públicos, se puso en arma á tiempo, i recurrió á medidas mas eficaces, que las que se habian adoptado en Francia; formó por su parte asociaciones políticas, i por su influencia, su carácter i las ventajas de su poder, obtuvo muy en breve una superioridad, gracias á la cual el gran número de individuos, que por su posicion social dependian en gran parte de la aristocracia, podian ver riesgos, ó al menos inconvenientes en profesar opiniones muy diferentes de las suyas. El santo i contrasena política de estas asociaciones, era el ódio á las doctrinas de la revolucion francesa; i aun se llegó á notar en ellas que espresaban este sentimiento de un modo tan vehemente, que parecia que su objeto era comprometer á los socios á abstenerse de toda tentativa de reforma en su propio gobierno, aun cuando fuese por los medios mas constitucionales; en una palabra, mientras que el partido democrático pronunciaba en sus sociedades los discursos mas violentos contra los aristócratas, crecía en estos la preocupacion contra toda especie de reforma, i contra todos aquellos, que procuraba demostrar

la oportunidad. Es cierto que si esta fermentacion política hubiera estallado en Inglaterra en cualquiera otra época, ó en cualquiera otra ocasion, se hubiera apaciguado probablemente como todos los movimientos de la misma naturaleza, que escitan el interés por un momento, pero que fatigan la atencion pública, i son en breve olvidados. Pero la revolucion francesa habia derramado en derredor suyo su resplandor, que habia sido para los unos señal de esperanza, i para los otros de temor i de precaucion. Los gritos de gozo de los democrátas triunfantes, los vergonzosos medios á que debian sus triunfos, i el cruel uso que hacian de ellos, aumentaron en Inglaterra la animosidad de los dos partidos. En su mútuo furor, los democrátas disculpaban una gran parte de los excesos de la revolucion francesa en favor de su tendencia; i los aristocrátas, reprobando esta revolucion en todas sus partes, olvidaban que en suma, la lucha de la nacion francesa, para recobrar lo que era justo, era el principio no solamente escusable, sino laudable.

El language ensalzado i enfático dirigido por los gefes políticos de la Francia á todos los hombres en general, i el espíritu de conquista que la nacion acababa de manifestar, unido al deseo bien pronunciado de propagar los principios de la revolucion, i al horror que inspiraba la muerte del rey, obligó al partido aristocrático, que tenia una mayoria considerable en las dos cámaras del parlamento británico á promover la declaracion de la guerra contra la Francia. Era una guerra santa

contra la traicion, se decia, conta la blasfemia i los asesinatos, una guerra necesaria para interrumpir toda relacion entre el gobierno frances, i la porcion descontenta de los ingleses, relacion cada vez mas íntima i peligrosa para la Inglaterra, i que no se podia romper por otro medio.

El ministerio ingles no prestó la suficiente atencion á una circunstancia que Sheridan hizo resaltar diestramente en la discusion que se habia suscitado sobre la cuestion de la paz i de la guerra.

Este hombre de estado, que poseía, sobre el pro i el contra de toda grande cuestion constitucional, mayor número de luces que cualquiera de sus mas hábiles contemporáneos, dice, „que deseaba que se hiciesen todos los esfuerzos posibles para conservar la paz, que si la guerra era inevitable, en este caso, pero en este caso solamente, pedia una guerra rigurosa, no una guerra débil, tímida, i sin actividad, sino una guerra dirigida con suficiente energía para convencer al universo que combatimos por nuestros mas caros i mas preciosos privilegios.” *

La política inglesa desgraciadamente se manifestó poco penetrada de este principio elevado i justo en los primeros años de la guerra, en los cuales la Inglaterra tuvo mas de una ocasion de dar en el interior de la Francia un golpe bastante fuerte para derribar á su gigantesco adversario.

Sin embargo se preparó, i dispuso inme-

* Annal Register, 1793, pág. 250.

diatamente un valiente ejército auxiliar, que se embarcó con destino á Holanda, á las órdenes de S. A. R. el duque de York, como si el rey hubiera querido con esta prueba dar á sus aliados la mas preciosa del interés que tomaba en su defensa.

Pero aunque bien provisto i equipado, i mandado, bajo las órdenes del jóven príncipe, por Abercromby, Dundas, sir William Erskine i otros oficiales valientes i experimentados, es preciso confesar, que el ejército inglés no habia salido aun del estado de inferioridad moral, i de desorganizacion en que le habia hecho caer la guerra de América. Los soldados eran hombres muy hermosos para una parada, pero esta bella presencia, no se obtenia sino á costa de mil cuidados minuciosos i molestos que se exigian de ellos á costa de harta comodidad particular, de la sencillez de los uniformes, i de la facilidad en los movimientos. Estamos persuadidos que no se habia adoptado ningun sistema general para las evoluciones, i que cada gefe gobernaba su cuerpo á su manera. Para que obrasen de concierto dos ó tres batallones en un dia de batalla, eran necesarias muchas conferencias anteriores, i en la accion obraba cada uno segun las circunstancias. El conocimiento que nuestros oficiales tenian asi de sus soldados, como de su profesion no tenia comparacion alguna con lo que se exige de ellos en el dia. Nuestro sistema de vender las patentes, necesario para conservar la union del ejército con la nacion i la propiedad del país, estaba entonces tan lleno de abusos, que un niño po-

dia saltar rápidamente por todos los grados inferiores, i llegar al de capitán, ó de mayor, sin haber pasado un mes siquiera en el ejército. En una palabra, aun se veían subsistir todos aquellos enormes abusos, que el ilustre príncipe que acabamos de nombrar, ha conseguido destruir con ordenanzas que la Inglaterra no puede menos de apreciar eternamente, i sin las cuales jamas hubiera podido nuestro ejército representar el eminente papel que le estaba destinado en el desenlace de este terrible drama, que empezó bajo auspicios mucho menos favorables.

Los soldados ingleses sin embargo no se mostraron inferiores á su noble carácter nacional, ni indignos de combatir á la vista del hijo de su soberano; i despues de su reunion con el ejército austriaco mandado por el príncipe de Sajonia Cobourg, dieron muchas pruebas de valor i de disciplina. La toma del campo fortificado de los franceses en Famars, la batalla de Lincelles, la parte que tuvieron en los sitios de Valenciennes i de Condé, plazas que se rindieron sucesivamente á los aliados, sostuvieron la reputacion de su patria, i hubieran sido acciones consideradas en otras guerras como resultados de una brillante campaña. Pero al punto á que la Europa habia llegado, no podia la guerra dirigirse segun las antiguas reglas i con pequeños ejércitos. Hasta entonces una batalla ganada ó perdida, la toma de una plaza, ó el levantamiento de un sitio, eran suficientes para una campaña, i las tropas, asi por una parte como por otra, entraban en cuarteles de invierno, mientras que la diplomacia se

apoderaba de la lucha abandonada por un momento por la táctica.

En las fronteras orientales de la Flandes el ejército anglohanoveriano habia hecho progresos considerables. Habia establecido sus comunicaciones con el ejército austriaco mandado por el príncipe de Sajonia Cobourg. Este capitán era hombre de mucho mérito, pero pertenecía á la antigua escuela de las guerras regulares i lentas, i no calculó que tenia al frente suyo enemigos de nueva especie, á quienes era preciso combatir de otra manera que aquellos contra quienes habia tenido que luchar hasta entonces. Poco emprendedor, al parecer no previó, ó al menos no pudo prepararse para desbaratar la audacia, i la actividad del enemigo.

Los prusianos i los austriacos combinados continuaban con furor la guerra sobre las márgenes del Rhin. Los franceses perdieron la importante plaza de Maguncia, i otras muchas, i sufrieron muchos descalabros, á pesar de que Custines, Moreau, Houchard, Beauharnais, i otros generales distinguidos, hubiesen ya ensalzado sobre manera las armas de la república. La pérdida de las líneas fortificadas de Weissemburgo, tomadas por Wurmser general austriaco distinguido, acabó de eclipsar la gloria de las banderas republicanas.

En el Piamonte, tambien sufrieron los franceses descalabros, aunque de menos importancia i trascendencia. El general republicano Brune acababa de ser forzado en su campamento de Belvedere: mientras que por la parte de la Saboya alcanzaba el rey de Cerdeña algunas ventajas.

Tambien en los Pirineos habian sido desgraciados por los ejércitos republicanos. Un ejército español, dirigido con mucha mayor energía de la que se habia visto despues de mucho tiempo en aquella monarquía, tan triunfante en otra época, habia derrotado al general republicano Servan i pasado el Bidasoa. Al extremo oriental de estas montañas célebres, habian tomado los españoles las ciudades de Port-Vendre i de Coliubre.

Acometida por tantas partes i por tantos enemigos, que todos, escepto los ejércitos sardos, habian encetado mas ó menos las fronteras de la república, parecia que no le quedaba otra esperanza de salvacion á la Francia, que la union i acuerdo entre sus habitantes. Pero lejos de gozar de esta condicion tan esencial para poder resistir con buen éxito á la formidable coalicion que la atacaba, se veía destrozada en el oeste de la Francia por una guerra civil que, por su importancia i las ventajas adquiridas por los insurgentes, amenazaba en parte aniquilar la obra de la revolucion, mientras que disensiones de la misma especie, que habian estallado en diferentes puntos del medio dia, parecia prometer resultados no menos espantosos.

No nos proponemos presentar un cuadro completo de la interesante guerra del Vendée; pero se halla demasiado mezclada en la historia de esta época, para que podamos prescindir de hacer mencion de ella.

Hemos dicho en otra parte, hablando del Vendée, como de una provincia, que era la única parte de la Francia en que los nobles i

los aldeanos, ó en otros términos, los propietarios i los labradores, permanecian bastante unidos para poder hacer causa comun en la gran mudanza, que habia realizado la revolucion. La situacion del Vendee, su suelo, el carácter, é igualmente las costumbres de sus habitantes, habian concurrido para amalgamar los intereses i las opiniones de estas dos clases de un modo indisoluble.

El Vendee es un país de bosques i de pastos, que sin ser montañoso, está lleno de desigualdades, cortado por arroyos, i por una gran cantidad de canales i de fosos abiertos para la salida de las aguas, pero que unidos á los grupos de numerosos i copados árboles, son en tiempo de guerra posiciones muy fuertes. Estos cercados han sido al parecer robados á los bosques, i los senderos que atraviesan al país son tan tortuosos, que los forasteros no pueden salir de ellos, i aun los mismos habitantes encuentran algunas veces mucha dificultad para vencerlos. En la estacion de las lluvias, que es larga en aquel país casi todos los caminos estaban intransitables. Las mugeres de los caballeros se hacian sus visitas en coches tirados por bueyes. Sus maridos iban á pie como los aldeanos, i se servian de largos palos para saltar los fosos i vencer otros obstáculos, que detenian á los viageros forasteros.

Todo este país, que tiene cerca de ciento i cincuenta leguas cuadradas, está situado á la embocadura, i al medio dia de Loira. El interior se llama el *Bocage*, porque presenta mas particularmente aquel aspecto de bosques

i de laberintos propio de todo el país. * La porcion del Vendée situada en las margenes de la embocadura del Loira se llama el Louroux. Los distritos inmediatos tomaron parte en la insurreccion; pero el Vendée fué con particularidad el que la dió su importancia i carácter.

La union entre la nobleza del Vendée i los aldeanos era de naturaleza la mas íntima. Las principales esportaciones de este país consistian en ganados, de los que engordaban una inmensa cantidad en sus fértiles pastos, i que servian para proveer al consumo de la capital. Los ganados, del mismo modo que el terreno en que se criaban, pertenecian al señor; pero el colono tenia en ello un interés. Cuidaba de ellos, arreglaba la venta, i partia equitativamente los productos con su señor.

Tambien sus diversiones eran comunes. La caza de lobos, que no solo era un placer, sino un medio de limpiar los bosques de aquellos animales destructores, era como en los antiguos tiempos dirigida por el señor á la cabeza de sus criados i vasallos. Los domingos i fiestas por la tarde, los jóvenes de las aldeas i de las alquerias, se iban al patio del palacio, como lugar mas conveniente para su diversion, i la familia del señor frecuentemente se mezclaba en sus diversiones.

* El *Bocage*, comprende una parte del Poitou, del Anjou i del condado de Nantes, en el dia forma parte de cuatro departamentos; á saber, Loira inferior, Maine i Loira, Dos Sevres i el Vendée.

En una palabra, estas dos clases de la sociedad dependian la una de la otra, i estaban ligadas por vínculos que en otros puntos de la Francia, no existian sino en razon de circunstancias particulares: el paisano del Vendée era el amigo fiel, pero sumiso de su señor, partia con él su buena i mala fortuna, sujetaba á su decision las disputas que podian suscitarse entre él i sus vecinos, i recurria á su proteccion cuando sufria ó tenia que temer alguna injusticia.

Este sistema de costumbres sencillas i patriarcales, no hubiera podido subsistir largo tiempo con una grande desigualdad de fortunas. Asi es que vemos que las tierras de los caballeros mas ricos del Vendée, no pasaban de mil doscientas, ó mil i quinientas libras esterlinas de renta por año, i las de mas corto valor de trescientas ó cuatrocientas. No poseían, pues, aquella opulencia excesiva que permite desplegar una magnificencia extraordinaria, i los que iban á la corte, é imitaban los estilos de la capital, tenían cuidado de dejarlos en deposito cuando se volvian al *Bocage* para volverse á los sencillos hábitos de sus antepasados.

De tantos elementos de discordia, que pú-lulaban con abundancia en todos los puntos de la Francia, ninguno existia en este país agreste i cubierto de árboles, en donde el aldeano era el compañero i el amigo del noble, i este es el juez i protector natural del aldeano. El pueblo habia conservado los sentimientos de los antiguos franceses ácia el trono; escuchaba con disgusto la narracion de los di-

ferentes acontecimientos de la revolucion ; i como no sufría ninguno de los males que habian sido causa de ella , su tendencia se convirtió en objeto de sus temores i de su desconfianza. Ya hacia algun tiempo que existia mucha agitacion en las provincias de Bretaña , del Anjou , del Maine i del Poitou , á las cuales dió el último impulso la insurreccion del Vendeé. En las ciudades del oeste dominaban los principios revolucionarios , pero asi los habitantes del campo como los nobles los repelian. No fué un interés político sin embargo el que inspiró al principio á los vendeanos ; el motivo inmediato que les hizo tomar las armas , fué la influencia de la religion auxiliada por la de los afectos naturales.

En un país sencillo i virtuoso , tal cual acabamos de describir el Vendeé , los afectos religiosos debian ser uno de los rasgos característicos de los habitantes , que ciertos , segun el precepto del evangelio , de amar á los vecinos como á sí mismos , querian tambien amar i respetar á la divinidad con todo su corazon. Los vendeanos eran muy exactos en el cumplimiento de sus deberes religiosos ; sus párrocos gozaban de una gran consideracion , i ejercian sobre ellos mucha influencia ; prestaban consuelo á los enfermos en el lecho del dolor , i les prodigaban á un mismo tiempo los cuidados de la medicina i los de la religion ; por último eran sus consejeros en los asuntos de familia , i frecuentemente sus árbitros en las disputas , cuya pequeña importancia , no exigia la intervencion del señor. Los clérigos en general eran hijos del país ; i mas dignos de aprecio por

la exactitud con que cumplian con sus deberes, que por sus talentos i su instruccion. El cura anunciaba en el púlpito las partidas de caza, á las cuales, despues de haber dicho la misa, concurría frecuentemente llevando su escopeta al hombro, como los demas cazadores. Este modo de vivir activo i sencillo hacia que los curas fuesen muy apropósito para sobrellevar tambien las fatigas de la guerra. Acompañaban á las tropas de los vendeanos con el crucifijo en la mano, prometiendo, en nombre de la divinidad, victoria á los que sobreviviesen, i honor á los que perecian en el combate patriótico. Pero madama de La-Rochejacquelein impugna en nombre suyo, como una calumnia, la suposicion de haber tomado las armas por cualquier otro motivo, que por el de su defensa personal.*

Casi todos los párrocos fueron echados de sus curatos por el fanatismo absurdo i perseguidor que suscitó el decreto de la convencion, que mientras sus autores declamaban contra la supersticion i la intolerancia, privaba de sus destinos i de sus medios de subsistencia, i muy en breve de su libertad i de la vida, á los eclesiásticos que se negaban á abjurar las doctrinas en que se habian criado, i que habian jurado mantener.** En el Vendée i en cualquiera otra parte en donde los curas se resistieron á obedecer este mandato de la convencion, tan injusto como impolítico, se vieron espuestos á persecuciones que ocasionaron violentas por parte del pueblo.

* Memorias de la marquesa de La-Rochejacquelein. pág. 17.

** Véase el tomo II.

Los aldeanos conservaron en secreto á sus antiguos pastores, i asistian á los oficios que se celebraban en los bosques i parages apartados, mientras que los intrusos que ocupaban el lugar de los refractarios, apenas se atrevian á presentarse en las iglesias sin la proteccion de la guardia nacional.*

Desde el año de 1791 cuando Dumouriez mandaba en Nantes i en el país inmediato, habian ya empezado á acalorarse las diputas. La sagacidad de este general le sugirió emplear todos los recursos de su posicion, para apaciguar aquellos movimientos, probando inspirar moderacion á ambos partidos; su buen ojo de campaña le hizo descubrir en aquellos habitantes, i en su país los elementos, i el teatro de una guerra civil terrible; contentábase pues con las mas ligeras concesiones por parte de los curas, i consiguió al parecer apaciguar los disturbios, al menos por el momento.

Pero en el año de 1793 las mismas causas de descontento, agregadas á otras, precipitaron á los habitantes del Vendée en una insurreccion general de naturaleza la mas formidable.

Los acontecimientos del 10 de agosto de 1792, habian hecho salir de París á un gran número de caballeros realistas, de los cuales muchos llevaban su descontento i sus proyectos contrarrevolucionarios á un país preparado para admitirlos i adoptarlos.

* El nuevo cura de los *Echaubroignes*, se vió precisado á volverse sin haber podido obtener, ni aun fuego para encender las velas.

Vino en seguida el decreto de la conven-
cion, que apoyó su declaracion de guerra con
el alistamiento en masa de trescientos mil hom-
bres. Esta providencia pareció muy severa aun
en los departamentos en que mas dominaban
los principios revolucionarios; pero escitó la in-
dignacion de los vendeanos, tan enemigos de
la causa, como de los principios revoluciona-
rios. Resistieron su ejecucion á fuerza abier-
ta, pusieron en libertad á los conscriptos en
muchos parages, i en otros derrotaron á la
guardia nacional; i conociendo que habian in-
currido en la venganza de un gobierno san-
guinario, resolvieron sostener por la fuerza una
resistencia, que tambien habia principiado por
la fuerza. Tal fué el origen de aquella guerra
célebre, que desgarró por tanto tiempo el seno
de la Francia, i amenazó la estabilidad del
gobierno, aun cuando la república alcanzaba
las victorias mas brillantes sobre sus enemigos
esteriores.

No entra en nuestro plan, hemos dicho,
trazar la historia de esta guerra; pero no
podemos menos de dar una idea de su natu-
raleza, i de su carácter, en un cuadro ge-
neral de la revolucion, i de los acontecimien-
tos que están ligados con ella.

Los insurgentes, aunque combatian por la
misma causa, i obraban frecuentemente de acuer-
do, estaban divididos en cuerpos distintos, á
las órdenes de gefes independientes; los de la
márgen izquierda del Loira estaban principal-
mente á las órdenes del célebre Charrette, ofi-
cial de marina, cuyos antepasados se habian
distinguido como comandantes de corsarios. El

gusto i el deseo de estar siempre en continuo movimiento, aficcion muy frecuente en los jóvenes de un carácter vivo i ambicioso, le habian proporcionado la ocasion de recorrer las partes mas ocultas de los bosques, i su talento le habia hecho conocer las ventajas militares que se podian sacar de aquellas posiciones.

Charrete se vió, como otros muchos, encargado del mando, ya porque la sagacidad natural de los aldeanos reconociese fácilmente sus talentos, ya porque los riesgos que circundaban aquel puesto eminente, apartasen á todos aquellos que no se sentian con la resolucion i destreza necesarias para conservarse en él. Es esencial observar que los insurgentes en la eleccion de sus gefes, no hicieron distincion alguna entre la nobleza i las clases inferiores. Hombres cuyos nombres eran célebres en la historia, como Falmont, d'Ausichamp, Lescure, i La-Rochejacquelein tenian por iguales en grado al guardabosques Stofflet, á Cathelineau, * carretero, á Charrete plebeyo de una familia poco distinguida, ** i por último á otros de la última clase, á quienes las circunstancias i la voz pública habian llamado al mando, pero que apesar de esto, en general no manifestaban creer que sus funciones oficiales debiesen variar su clase en la sociedad.*** En medio de sus buenos sucesos for-

* Añadámos que Cathelineau fué el primer generalísimo del ejército del Vendé. (*Editor*).

** Charrete era caballero. (*Editor*).

*** Madama de La-Rochejacquelein cita una anecdota interesante de un joven plebeyo oficial distinguido, á quien

maron un consejo general compuesto de oficiales, de clérigos i otras personas, el cual celebraba sesiones en Chatillon. Este consejo dirigia los movimientos militares de los diferentes cuerpos, los reunia en puntos particulares, i para objetos especiales, i los licenciaba otra vez, desempeñado que era el objeto.

Por medio de una organizacion tan sencilla, los insurgentes vendeanos, consiguieron en dos meses de tiempo apoderarse de algunas ciudades, i de una grande estension de país. Aunque atacados repetidamente por tropas arregladas, mandadas por generales experimentados, fueron mas veces vencedores que vencidos, i causaron á los republicanos algunas veces en una sola batalla pérdidas mas considerables, que habian sufrido ellos mismos en derrotas multiplicadas.

Sus armas, sin embargo, en el principio de la insurreccion eran las mas simples é incompletas que puede haber. Como cazadores tenian escopetas i de diferentes calibres. Para pelear cuerpo á cuerpo tenian hoces, hachas, porras i otras armas de esta especie, que la cólera puso en el primer momento en manos de los aldeanos. Sus victorias les proporcionaron armas en abundancia, i fabricaron una gran cantidad de pólvora de cañon para su uso.

Tenian una táctica particular, pero tan

el hábito del respeto no permitia sentarse en su presencia. Este sentimiento no puede considerarse como servilismo, en el noble orgullo de una alma generosa, fiel á sus primeras impresiones, i que no tiene apego á las distinciones que se le han prodigado.

apropiada á su país, i á sus hábitos, que parecia imposible inventar un sistema mas perfecto i mas formidable. Los vendeanos entraban en campaña con el equipage militar mas extraordinario; un saco les servia de cartuchera; no tenian otro uniforme que la chaqueta i los pantalones del país que usaban para el trabajo; en una mochila de lienzo llevaban pan i algunas cosas precisas; con esto tenian suficiente para ponerse en marcha. Atravesaban silenciosamente los bosques i los cercados, de que estaba lleno su país, i de este modo podian elegir fácilmente los puntos mas favorables para el ataque i la defensa. Su ejército diferente de cualquiera otro en el mundo, no se dividia en compañías ó regimientos; seguian en cuadrillas á los gefes que mas querian. En vez de tambores ó música militar, se servian como los antiguos soldados suizos i escoceses de sus gaitas. Sus oficiales para distinguirse de los demas, se ponian una especie de pañuelo encarnado atado en la cabeza, i otros atado á la cintura, para que les sirviese al mismo tiempo de cinto en que llevar las pistolas.* Los vendeanos atacaban en guerrillas, i se dispersaban de manera, que circundaban á sus adversarios con un fuego semicircular sostenido por un cuerpo de caza-

* El uso de este traje campesino, que por su singularidad, fué causa de que les pusiesen el nombre de *bandidos*, fué debido á Enrique La-Rochejacquelein, que fué el primero que se vistió así. Pero esta circunstancia, i la intrepidez con que se esponia habiendo dado ocasion á los republicanos de gritar: «Tirar al pañuelo encarnado», otros oficiales adoptaron el mismo traje para disminuir el riesgo de un gefe que amaban, i acabó por ser parte del uniforme.

dores acostumbrados á apuntar con un terrible tino, i cuya destreza era tanto mas terrible, cuanto acostumbrados á valerse de cada árbol, de cada mata, ó de cualquiera otro amparo, causaban gran destrozo, permaneciendo ellos, digamoslo asi, fuera de todo riesgo. Esta evolucion se llamaba *s'egailler*, i semejante á los combates de mata en América, iba como la de los guerreros Rojas, acompañada de gritos, que visto el considerable espacio ocupado por los que atacaban, parecia que multiplicaba su número.

Cuando los republicanos irritados con este género de combate, avanzaban para atacar de cerca al enemigo, ya no encontraban á nadie sobre quien ejercer su venganza. Los vendeanos, cuyas filas se separaban i abrian fácilmente, dejaban pasar las cabezas de las columnas, cuyos flancos, á medida que desfilaban, permanecian mucho mas espuestos que antes al fuego matador de sus enemigos invisibles. De esta manera, las tropas arregladas avanzaban muchas veces de puesto en puesto hasta una empalizada, ó un parage embarazado con árboles, ó cualquiera otra posicion fuerte, ó hasta un desfiladero en que se empeñaban, i entonces los vendeanos cambiaban su fuego destructor en un ataque repentino i furioso, arrojándose con la mayor intrepidez en medio de las filas enemigas, en las cuales hacian una gran carnicería. Si los insurgentes en otra parte se veían obligados á ceder, la persecucion era tan arriesgada para los republicanos como el combate. El vendeano que veía que le iban á los alcances, arrojaba

sus almadreñas que podia reemplazar en el primer alto que hiciese, saltaba una cerca ó un canal, cargaba su fusil en la carrera, i tumbaba á su enemigo sin remedio.

Esta especie de combate, que el terreno hacia tan ventajoso al vendeano, lo era igualmente en caso de victoria ó de derrota. Cuando los republicanos eran derrotados, perdian casi todo su ejército, porque la conservacion del orden era imposible, i la falta de orden hacia su destruccion inevitable, al paso que los bagages, las municiones, los carros, los cañones, en una palabra, todo lo que se llama el material de un ejército derrotado, caía en manos del vencedor. Por otra parte si los vendeanos espermentaban un descalabro, los republicanos solo encontraban en el campo de batalla cadáveres i almadreñas de los dispersos. El corto número de prisioneros que hacian, habian en general arrojado ya sus armas, ó ocultádolas. Como estos ejércitos no tenian ni bagages ni carros, nada tenian que perder; i la persecucion cambiaba frecuentemente en derrota la victoria de los republicanos, no pudiendo obrar la caballería; i dispersándose los infantes por efecto de la misma persecucion, eran víctimas muchas veces de los que huían.

Los vendeanos en presencia del enemigo eran valientes hasta la temeridad. Atacaban la artillería sin vacilar, i sin otras armas que sus palos, logrando muchas veces apoderarse de ella. Las pérdidas mas considerables que espermentaron fueron en el ataque de las plazas fuertes, ó de las posiciones atrincheradas, de las

cuales querian siempre apoderarse á viva fuerza. Despues de la victoria, eran en general humanos i compasivos, pero esto dependia del carácter de sus gefes. En Macheoul, al principio de la guerra civil, se condugeron los insurgentes con mucha ferocidad; i al último, los escesos cometidos por una i otra parte, habian exasperado hasta tal punto á ambos partidos, que ninguno de ellos daba cuartel. Sin embargo, antes de haber sido provocados por las atrocidades de los revolucionarios, ó al menos antes que se hallasen á las órdenes de un gefe particularmente feróz, el carácter de los vendeanos unia la clemencia al valor. Perdonaban con gusto á los vencidos, pero como no tenian medios de conservar sus prisioneros, les afeitaban la cabeza antes de soltarlos, á fin de poderlos reconocer en el caso de que volviesen á tomar las armas, faltando á su palabra. Un rasgo no menos característico de estas gentes, era la severidad de su disciplina, con respecto á las propiedades; jamas inclinaba al saqueo la tentacion, i madama de La-Rochejacquelein ha conservado el siguiente ejemplo de esta honradéz natural. Despues de la toma por asalto de la ciudad de Bressuire, les oyó lamentarse de que no tenian tabaco, á que estaban habituados como sucede en general á todos los habitantes de los países húmedos. Les preguntó si lo habia en la ciudad. *„Se vende, si señora,* contestaron estos honrados aldeanos, que no habian aprendido á emplear el hierro en vez del dinero, *pero no tenemos dinero.*”

Entre los primeros gefes vendeanos, se hallaban caballeros que pertenecian á las prime-

ras familias de Francia, realistas por principios, que se habian refugiado al Vendée, mas bien que someterse á la convencion, ó á los que gobernaban que eran peores que ella. Hay muchos de quienes se cuentan anécdotas que recuerdan á cada paso el siglo de Enrique IV, i los héroes de la caballería. Entre estos i casi en la misma línea que el paisanage, se veía combatir al tranquilo, firme i magnánimo Lescure; á Elbée oficial de grande opinion; á Bonchamps valiente i hábil guerrero, que, como el condestable de Montmorency, era á pesar de sus talentos maltratado por la fortuna; al caballeresco La-Rochejacquelein, que decia á sus soldados: "Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme;" por último otros nombres célebres* por su propia fama, i que no lo son menos por haber sido sus historiadores los que estaban unidos á ellos con el afecto mas tierno.

El nombre de ejército católico i real adoptado por los vendeanos indicaba el objeto de la insurreccion. Sus deseos aun en medio de sus mayores esperanzas, eran singularmente moderados. Si hubiesen entrado en París, i resta-

* Las memorias de madama de Bonchamps, i sobre todo las de madama de La-Rochejacquelein, son notables tanto por la pureza de los sentimientos, como por el talento de sus autores. Estas damas han descrito sin afectacion, sin vanidad, sin violencia i sin acrimonia, la guerra irregular i sanguinaria que les ocupó por tanto tiempo, así como los seres que mas amaban en esta vida; i esta lectura nos inspira mayor tristeza i prudencia haciéndonos conocer lo que puede intentar el valor i de cuanto es capaz la virtud.

blecido la autoridad real en Francia, se hubieran limitado á pedir: 1.º que el nombre de Vendée fuese conservado á esta provincia formada de todo el *Bocage*, i que fuese administrada separadamente, en vez de estar dividida en tres partes dependientes de tres provincias diferentes; 2.º que el rey honrase una vez el *Bocage* con su presencia; 3.º que en memoria de la guerra, la bandera blanca ondease en el campanario de cada parroquia, i que fuese admitido en la guardia del rey un cuerpo de vendeanos; 4.º que se pusiesen en ejecucion antiguos proyectos para el rompimiento de los caminos i la navegacion de los rios, manifestando de este modo el poco egoísmo i ambicion que entraba en el espíritu patriarcal de estos guerreros dignos de los antiguos tiempos.

La guerra del Vendée duró por espacio de dos años con éxito vario, i los insurgentes ó bandidos, como se les llamaba, alcanzaban el mayor número de ventajas, aunque con medios muy inferiores á los del gobierno, que envió contra ellos á muchos generales unos despues de otros con ejércitos numerosos, i sin conseguir resultados felices. Muchos de los republicanos encargados de este funesto mando, perecieron en la guillotina por no haber hecho lo que las circunstancias hacian imposible.

Hubo en este fiel país mas de doscientos combates ó escaramuzas. Hallábase entonces la calentura revolucionaria en toda su energía; la efusion de sangre parecia haberse convertido en un verdadero goce para los autores de las matanzas, que siempre agregaban todas aquellas cir-

cunstancias, que podian hacerle mas atractivo. Las casas de los vendeanos fueron destruidas, sus mugeres violadas, sus familias asesinadas, sus ganados muertos á palos ó degollados, i sus cosechas incendiadas i asoladas. Una de las columnas republicanas tomó el nombre de *infernal*, del cual se hizo digna por sus atrocidades. En Pillau metieron mugeres i niños en un horno. Podrian referirse mucho horrores de esta especie si el corazon i la mano no se resistiesen á ello. Nos contentaremos con citar las palabras de un republicano testigo ocular que describe del modo siguiente el espectáculo general que ofrecia el teatro de la guerra civil.

„No he hallado, dice, un hombre en las parroquias de Saint-Hermand, Chantonay i los Herbiers. Solo algunas mugeres habian podido evitar el cuchillo. Casas de campo, chozas, habitaciones de toda especie, todo estaba quemado. Los ganados andaban errantes como poseidos de terror en derredor de sus habitaciones humeantes. Me cogió la noche; pero las llamas del incendio alumbraban todo el país. A los bramidos i balidos de los ganados, se juntaban los roncós graznidos de las aves de rapiña i de los animales carnívoros, que se precipitaban desde el centro de los bosques sobre los cadáveres. Por último, una columna de fuego que veía aumentarse á proporcion que me aproximaba, me sirvió de fanal. Era el incendio de la ciudad de Mortagne. Cuando llegué no encontré en ella otros seres vivientes que desgraciadas mugeres, que procuraban salvar algunos efectos del incendio general.”*

Tal es la guerra civil. Sus excesos habian reducido á semejante situacion aquel país feliz, pacífico i virtuosos, que acabamos de describir.

Despues de acontecimientos de esta especie, no es de admirar que el corazon de los paisanos haya tambien acabado por endurecerse, i que hayan ejercido terribles represalias contra aquellos de quienes por lo demas no debian esperar compasion alguna. No nos admira pues, que el general republicano Haxo, hombre de un gran talento, i que se habia distinguido en la guerra del Vendée, se haya levantado la tapa de los sesos al ver su ejército derrotado por los insurgentes, mas bien que esponerse á la venganza.

Puede preguntarse como los vendeanos, durante sus prósperos sucesos, no dirigieron sus esfuerzos gigantescos mas allá de sus fronteras, i por que una insurreccion tan considerable i tan sostenida no hizo mayor impresion ni en la convencion, en la cual no se hablaba sino de una horda de bandidos, ni en las naciones estrangeras, que parecian ignorar sus ventajas i aun su existencia. En cuanto á la primera cuestion será suficiente acaso hacer observar, que la táctica de los vendeanos, por muy formidable que fuese en su país, no podia serlo en países abiertos, con caminos anchos i llanuras, en las cuales se podia hacer uso de la caballería i de la artillería, que no combatia en formaciones regulares ni com-

* Memorias de un antiguo proveedor de los ejércitos republicanos.

pactas, ni tenia bayonetas. Los vendeanos ademas no podian prescindir de sus diarias ocupaciones: eran hijos del suelo i se dispersaban ordinariamente despues del combate, para cuidar de sus ganados, labrar sus tierras, i volver á ver á sus familias. La disciplina de su ejército, en el cual la buena voluntad era el único vínculo que ocupaba el lugar de las ordinarias distinciones de los grados, no hubiera podido ser suficiente para mantenerlos unidos durante largas marchas i lejos de sus casas; hubieran necesariamente sufrido por falta de hacienda militar, de bagages, de artillería de campaña, de estado mayor, i de todos los demas artículos de un ejército regular, de que les era tan fácil privarse en un país tan intransitable como el Vendeé, muy conocido de los naturales i estraño para los forasteros. En una palabra, un ejército, que por efecto de la esperanza i del entusiasmo podia un dia ascender á treinta ó cuarenta mil hombres, i que al dia siguiente se hallaba reducido muchas veces á la decima parte, era escelente para combatir, pero no ofrecia recurso alguno para hacer conquistas, ó para asegurar las ventajas de la victoria.

No es esto decir, sin embargo, que un militar tan distinguido como d'Elbèe, que fué uno de sus principales gefes, no hubiese concebido proyectos en favor de los vendeanos de mayor latitud que la defensa de su provincia.

El ataque de Nantes le ofrecia una bellísima perspectiva: el buen éxito de ese plan podia acaso decidir la suerte de la revolucion.

Esta bella é importante ciudad de comercio, está situada sobre la márgen derecha del Loira, que en este parage, á ocho ó nueve leguas de su embocadura, es un rio ancho i navegable. Nantes carece de toda especie de fortificaciones regulares, pero contenia entonces una guarnicion de cerca de diez mil hombres, i se habian construído repentinamente obras que la ponian á cubierto de un golpe de mano. Los vendeanos que la atacaron podian tener treinta ó cuarenta mil hombres mandados por d'Elbèe,* mientras que la ciudad estaba bloqueada por la márgen izquierda por Charrette, con un ejército igual al primero. La toma de esta importante plaza, hubiera cambiado probablemente el aspecto de la guerra. Podian haber concurrido á ella con sus partidarios uno ó muchos príncipes franceses. El Loira podia servir para recibir socorros de Inglaterra, i un suceso tan importante hubiera fijado la incertidumbre de este país. La Bretaña i la Normandía, bien dispuestas ya en favor de la causa real, se hubieran levantado en masa contra los republicanos; i el ejército católico i real, que ocupaba ya el Poitou i el Anjou hubiera podido marchar sobre la capital, agitada por la guerra interior i exterior.

Las bombas arrojadas á la ciudad, i el sonido de una multitud de gaitas anunciaron al general Conclaux que mandaba en ella, que tenia que rechazar un ataque general de los

* El que mandaba en Nantes era Cathelineau, fué herido de muerte, i le sucedió d'Elbèe.

vendeanos. * Felizmente para la república reciente, era un hombre de mucho talento i de un gran valor. El hábil uso que supo hacer de sus medios de defensa, i sobre todo la gran superioridad de su artillería, le pusieron en estado de burlar los esfuerzos de los vendeanos; aunque estos hubiesen penetrado con su infatigable valor en los arrabales, i echándose sobre las tropas republicanas, al cabo, despues de un acalorado combate, que duró desde las tres de la mañana hasta las cuatro de la tarde se vieron precisados á retirarse.** En diferentes épocas, despues del mal resultado de esta empresa atrevida i bien concebida, se presentaron ocasiones en las cuales los aliados, i con particularidad el gobierno ingles, hubieran tenido medios de introducir socorros importantes en el Vendéé. La isla de Noirmoutier estuvo durante algun tiempo en poder de los realistas; bien se podia entonces haberles subministrado socorro de toda especie en armas i dinero. Pero tropas, probablemente, hubieran sido de muy poca utilidad, atendida la naturaleza del país en que tenian que combatir, i el carácter de las tropas en cuya union tenian que obrar. Hubieran sido por lo menos necesarios en un general estran-

* El 18 de junio de 1793.

** Habia en el Luxemburgo, i probablemente se verá en el día en el Louvre un cuadro de Vernet, muy apreciable bajo el aspecto del arte, pero curioso en extremo bajo el punto de vista histórico, que representa el ataque de Nantes. Los vendeanos están representados en él con todo su valor entusiasta; los clérigos que los acompañan levantan su crucifijo, i alientan á los sitiadores, que son rechazados por la firmeza bien dirigida de los republicanos.

gero los talentos superiores de un Montrose* ó de un Peterborough** para poderse desenredar de las trabas de la pedantería militar i poder hacer uso de las calidades particulares de tropas como las vendeanas, irresistibles cuando eran dirigidas segun sus hábitos, pero del carácter mas opuesto á aquella regularidad de evoluciones que la táctica sábia recomienda.

Al presente se sabe á no dudarlo, que el gabinete ingles se hallaba dividido acerca del modo de hacer la guerra. Pitt repugnaba intervenir en los asuntos interiores de la Francia. Deseaba ver restablecida la barrera de los Paises-bajos (tan imprudentemente abierta por el emperador José II), i esperaba que produciendo este resultado el buen éxito de los aliados, los franceses renunciarían á atacar á sus vecinos; que su locura de cruzada en favor de las innovaciones se contendría, i que retrocederian naturalmente á un gobierno regular.

* Montrose, llamado el Gran marques, uno de aquellos guerreros que recordaban, segun el cardenal de Retz, los héroes de Plutarco, hizo en Escocia una especie de guerra *vendeana* en favor de los Estuardos. Véase *la leyenda de Montrose*, novela en la cual sir Walter Scyth ha pintado, en el mayor Dalgetty aquel pedantismo militar al cual hace aquí alusion. (*Traductor*).

** Peterborough (Cárlas Mordaunt, conde de Peterborough, hombre de estado i militar en tiempo de Guillermo i de la reina Ana), fué encargado de la espedicion que en el año de 1705, i años siguientes, fué enviada á España para sostener al Archiduque Cárlas en la guerra de sucesion; en la guerra que hizo en las montañas de Cataluña, i en la cual se vió precisado á organizar cuerpos de partidarios, vuelve el autor á citarle al lado de Montrose. (*Traductor*).

Madama de La Rochejacquelein (que por lo demas estamos dispuestos á considerar como mal informada en este asunto), dice que el solo pliego, que los vendeanos recibieron del gabinete británico, anunciaba una ignorancia singular acerca del estado del Vendée, que estaba sin embargo bastante inmediato á Jersey i Guernesey, desde donde podria procurarse todos los datos necesarios acerca de la naturaleza i principios de la insurreccion vendeana.

Los gefes del ejército católico i real recibieron la primera comunicacion de la Inglaterra por un emisario realista, el caballero Tinteniac, que la traía en una pistola en forma de taco. Era dirigida á un supuesto gefe nombrado Gaston, que apenas era conocido de nombre entre ellos. Se les preguntaba en este pliego, cual era el motivo de su insurreccion; si era en favor del antiguo gobierno, de la constitucion de 1791, ó de los principios de los girondinos. Preguntas muy estrañas para hombres que hacian la guerra como realistas puros mas de cinco meses habia, que podian por consiguiente esperar con alguna razon, que la noticia de sus numerosas é importantes victorias hubiese resonado en toda la Europa, ó al menos que fuesen bien conocidas de los pueblos inmediatos de la Francia que estaban en guerra con su gobierno actual. Se les prometian socorros, pero de una manera general, i vaga, i las seguridades del caballero Tinteniac apenas pudieron convencer á sus amigos de la realidad de estas promesas. El Vendée, en el hecho, no recibió socorros, sino despues de la primera pacificacion. La desgraciada espedicion

de Quiberon dilatada hasta que ya se hallaba casi perdida la causa de la monarquía, se realizó por último, i su único resultado, fué el de envolver en una entera destruccion una porcion de hombres distinguidos por su valor, i por la elevacion de sus sentimientos. Pero cuando se examina, despues de pasada una jugada tan complicada, es muy fácil criticar á los jugadores, puesto que no hay equivocacion mas comun asi en la guerra, como en política, cual la que consiste en dejar escapar la ocasion.

Aunque los franceses tengan mas facilidad que nosotros para aprovechar las ocasiones favorables (pudiendo su gobierno, siempre un poco despótico en la práctica obrar con mas atrevimiento, misterio i energía que el de Inglaterra), tambien se les puede echar en cara errores de esta especie. Si el gabinete ingles no supo aprovecharse de la ocasion que le ofrecia la insurreccion del Vendeé, no fué mas activo el gobierno frances en sacar partido de la que le presentaba la sublevacion de Irlanda; i si nosotros tuvimos que llorar las dilaciones de la funesta expedicion de Quiberon, la república tuvo muchos motivos de arrepentirse de haber desembarcado las tropas que envió á Castlehaven despues de la pacificacion de la Irlanda, i sin otro objeto, por decirlo asi, que el de rendir las armas en Ballinamuck.

A pesar del modo de esterminio con que los republicanos conducian la guerra, i su conocido objeto de convertir el Vendeé en un desierto, parecia que el valor, i aun el núme-

ro de los habitantes se aumentaba á proporcion que se hacia mas desesperada su posicion. Se enviaban nuevos ejércitos á aquella fiel provincia, i eran destruidos sucesivamente por los asaltos, las escaramuzas, i las emboscadas, cuando salian bien de las acciones generales. Se emplearon mas de cien mil hombres á un mismo tiempo para sugetar el Vendéé. Pero este estado de cosas no podia durar siempre; i uno de los acontecimientos funestos de la guerra, ofreció una compensacion á esta desgracia, proporcionando á la república nuevas tropas, superiores á las primeras en valor i disciplina.

Este acontecimiento fué la rendicion de la ciudad de Maguncia á los prusianos. La capitulacion decia que la guarnicion compuesta de cerca de quince mil hombres aguerridos, entre los cuales se hallaban oficiales muy distinguidos, no podrian volver á tomar las armas contra los aliados. Estas tropas fueron destinadas al Vendéé, en donde la balanza habia empezado á inclinarse contra los intrépidos i tenaces insurgentes. En las primeras acciones, estos soldados estraños á la manera de combatir de los vendeanos, sufrieron pérdidas, i fueron despreciados por los realistas. Pero se cambió el primer juicio que habian formado de sus nuevos adversarios, despues de la derrota de Chollet, mas terrible por sus consecuencias que ninguna de las que los vendeanos habian sufrido hasta entonces, i que decidió á sus generales á pasar el Loira con todas sus fuerzas, abandonando su caro país del *Bocage* á las hachas i á las teas de los vencedores, para

trasladar la guerra á Bretaña, en donde esperaban ser apoyados por un desembarco de los ingleses, ó por una insurreccion general de los habitantes.

En esta emigracion militar, acompañaron á los realistas los viejos, las mugeres i los niños, de modo que su marcha lúgubre se parecia á la de los antiguos Cimbrios, ó Helvecios, que abandonando sus hogares iban á buscar nuevo establecimiento en un país mas fértil.

Pasaron el Loira cerca de Saint-Florent, i se cubrieron sus márgenes de mas de cien mil emigrados de ambos séxos i de toda edad. Tenian á su frente aquel ancho rio, i á su espalda sus cabañas abrasadas, i el cuchillo esterminador de los republicanos. Los medios de pasar el rio, eran muy escasos, i el terror de las mugeres casi imposible de apaciguar. Era tal el desórden de aquella escena de desesperacion, que muchos de ellos, segun madama de La-Rochejacquelein, la comparaban á la idea que suele uno formarse del temible juicio final. Ni municiones, ni mando, ni organizacion, de ninguna especie, ni apariencia de ejército habia, sino en la cabeza de las columnas i en la retaguardia, pues el centro se componia de la multitud sin defensa; sin embargo, estos indomeñables paisanos derrotaron un ejército republicano bajo las murallas de Laval.

La guarnicion de Maguncia cuya llegada al Vendéé habia sido tan fatal á los insurgentes, i que los habia perseguido hasta el otro lado del Loira, creyéndolos enteramente dispersos, fué ella misma casi totalmentente esterminada en una inesperada derrota. El des-

graciado ataque de Granville equilibró sobradamente esta ventaja; i la brillante victoria que los vendeanos alcanzaron despues cerca de Dol, fué el último suceso próspero de aquel que se llamaba *el grande ejército vendeano* tan digno en efecto de este nombre, i no solo á causa del número de sus mejores soldados. Habia perdido sus mejores gefes á consecuencia de las diferentes acciones que habia sostenido, i tanto los descalabros como los amargos sentimientos, que son consecuencia de ellos, habian introducido entre estos gefes la desunion, no conocida por tanto tiempo en su singular asociacion. A Charrette se le creía poco dispuesto á ausiliar á La-Rochejacquelein, i á Stofflet. Parece que Stofflet se hizo entonces independiente. Los insurgentes fueron derrotados en Mans, en donde de tres generales republicanos distinguidos, á saber, Westerman, Marceau, i Kleber, el primero se deshonró por su ferocidad agreste, i los otros dos se honraron con su clemencia. Perecieron quince mil vendeanos hombres i mugeres, en esta batalla i la matanza que siguió.

Pero aunque el Vendée despues de esta pérdida decisiva, en que pereció una parte de sus mejores tropas, i algunos de sus mas valientes generales pudiese dificilmente considerarse como existente aun, Charrette, con una actividad infatigable, i un valor indomable, continuó sosteniendo la insurreccion del Bajo Poitou i de la Bretaña. Tenia consigo una division de los paisanos *des marais* (los pantanos), que encontraban en este país las mismas ventajas que los vendeanos en sus bosques. Tambien le seguian los

habitantes del Morbihan *, que se denominaba por su realismo el pequeño Vendeé. Charrette además era jefe de muchas cuadrillas llamadas *chuanes* nombre cuyo origen no es bien conocido, i que se daba á los insurgentes de la Bretaña, pero que se ha hecho célebre con el valor de los individuos así llamados. También Charrette, que auxiliado por estas tropas i algunas otras, continuó defendiendo el trono en Bretaña i en Poitou, era uno de aquellos hombres extraordinarios hechos para brillar en medio de las dificultades, i de los riesgos. Tan prudente i circunspecto como valiente i atrevido, era al mismo tiempo tan pronto i tan rápido en sus movimientos, que ordinariamente se presentaba en los parages en el momento que menos se le esperaba, i en el cual por lo mismo era mas temible. Un oficial republicano, que acababa de apoderarse de una aldea, i creía al jefe de los realistas á veinte leguas de aquel punto dijo públicamente: »Mucho me alegraría ver á ese famoso Charrette. — Allí está,» dijo una muger mostrándole con el dedo. En efecto, en aquel mismo momento atacaba á los republicanos, que todos ellos fueron muertos, ó prisioneros.

Después de la caída de Robespierre, la convencion hizo á Charrette la proposicion de una pacificacion i de una suspension de armas, que en efecto se realizó entre el general

* Los habitantes del Morbihan solo han peleado en su país.

vendeano, i el general Conclaux, valiente defensor de Nantes. En esta ciudad se estipularon los artículos, i entró en ella Charrette á la cabeza de su estado mayor, i con un gran plumero blanco en el sombrero. Escuchó tranquilamente las aclamaciones de una ciudad, para la cual habia sido por mucho tiempo su nombre objeto de terror, i su frente cuando firmó el tratado se arrugó. No fiaba mucho sin duda en la buena fé de sus enemigos, i tampoco estos contaban mucho con la suya. El armisticio debia durar hasta la ratificacion del tratado por la convencion; pero este caso nunca llegó. Suscitáronse por una i otra parte muy en breve quejas i reclamaciones i los soldados de Charrette, i los de la república volvieron á dar principio á su acostumbrada guerra.

Entre tanto, los individuos del gabinete británico que eran partidarios de un desembarco en Francia, en nombre i en favor del heredero del trono de este reino, habian obtenido el consentimiento de sus colegas. La ejecucion de este proyecto desgraciadamente se dilató hasta que su buen éxito se hizo imposible. Las tropas encargadas de esta empresa, fueron tambien elegidas sin discernimiento. Se componian en parte de emigrados, en quienes con justa razon se tenia la mayor confianza, pero cerca de dos batallones eran formados de estrangeros, i de vagos de toda especie, alistados la mayor parte entre los prisioneros, que se aprovecharon con la mayor ansia de esta ocasion para salir del cautiverio, pero con la firme resolucion de aprovechar el pri-

mer momento favorable para quebrantar su empeño. Además de estas imprudencias, es preciso decir, que el objeto i la época de esa expedición que no podía tener buen éxito, sino por efecto del secreto i prontitud empleados en ella, eran conocidos generalmente en Francia i en Inglaterra antes que diese á la vela.

El resultado fué, como es sabido, muy desgraciado. Los soldados nuevamente alistados, apenas habian desembarcado en Quiberon cuando se pasaron á los republicanos, i los infelices emigrados, de los cuales un gran número cayó en manos de aquellos, fueron condenados á muerte, i ajusticiados sin misericordia. El enemigo se apoderó de un gran número de fusiles i de municiones, i lo que aun fué peor, la Inglaterra dejando aparte pérdidas de menor cuantía, no dejó muy bien puesto su honor en esta jornada. Decíase de ella, que habia entregado sus aliados á la muerte por haber cedido á deseos que hombres entusiastas i resueltos, transformaban en esperanzas.

Apesar de esta desgraciada ocurrencia i de algunas otras tentativas semejantes de los ingleses para dar socorros á los realistas, Charrette continuó las hostilidades. Pero Hoche general de mucha fama, fué enviado á los distritos sublevados con fuerzas mucho mas considerables, que las empleadas hasta entonces contra ellos. Formó columnas volantes, que obraban de acuerdo, i se sostenian reciprocamente en caso de descalabro, ó continuaban su victoria con buen éxito. Charrette despues de la

destruccion casi completa de su ejército, fué hecho prisionero. Condenado á ser pasado por las armas, no quiso permitir que le vendasen los ojos, i murió tan valerosamente como habia vivido. La misma suerte tuvo Stofflet, i la muerte de estos dos gefes puso fin á la guerra del Vendée.

El cuadro de esta notable guerra civil, por circunscripto que sea, nos ha hecho pasar de los límites que nos habiamos propuesto. Estalló á principios de marzo de 1793, i la muerte de Charrette acaeció en Nantes el dia 9 de marzo de 1796. Lo mas admirable de ella es, que un incendio tan considerable, no se haya estendido mas allá de cierto distrito, aunque haya ejercido en él sus desastres con tanto furor, que por espacio de mucho tiempo, no se encontró medio ninguno de extinguirle.

Volvamos otra vez al estado de la Francia en la primavera del año de 1793, época, en la cual los jacobinos, que acababan de apoderarse del poder supremo, conocieron, que se veían precisados á luchar, no solo contra los aliados en dos partes de las fronteras de Francia, i con los realistas del oeste, sino tambien con muchas grandes ciudades de comercio, que no tanto por el afecto que profesaban á la monarquía, como por el terror que inspiraban las medidas revolucionarias, se prepararon á la resistencia, despues de la proscripcion de los girondinos el dia 31 de mayo.

Burdéos, Marsella, Tolon, i Leon, ciudades ricas por su comercio i su posicion marítima, i Leon en particular por su influencia en la navegacion interior, se habian declarado contra

la supremacia de los jacobinos. Los principales comerciantes i fabricantes de estas ciudades prevenían la incertidumbre de las fortunas, i por consiguiente su propia ruína en el sistema de despojo arbitrario, i de matanzas sobre el cual estaba fundado el gobierno de los jacobinos; pero la propiedad objeto de su cuidado, barrera la mas sólida contra las revoluciones cuando su poder se emplea en tiempo útil, es la primera que llega á ser presa de ellas si se ha dejado pasar el momento oportuno. Cuando los ricos saben hacer uso á tiempo de sus riquezas, les es fácil atraerse las clases inferiores, pero si estas ven á los ricos humillados i perseguidos, puede con la mayor facilidad entrarles la tentacion de considerar los bienes como un objeto de saqueo. Es preciso pues que los ricos hagan uso á su debido tiempo de sus bienes, porque á no hacerlo asi, aquellos hombres á quienes hubieran podido convertir en defensores los mas activos de la propiedad, se unirán con los que tratan de usurparla.

Ya hemos visto que Burdeos, en donde los brisotistas ó girondinos habian creído ver reinar el republicanismo puro, tan opuesto al trono como al jacobinismo, habia burlado sus esperanzas, i se rendia, despues de una débil lucha á sus feroces vencedores.

Marsella mostró á un mismo tiempo su buena voluntad i su impotencia. Los mayores esfuerzos de esta opulenta ciudad, cuyas hordas revolucionarias habian contribuído en tan gran manera á la caída de la monarquía el dia del ataque de las Tullerías, solo pudieron lograr enviar á Leon el socorro de un

ejército de tres mil hombres que inspiraban poca confianza. Este débil cuerpo se metió en Aviñon i fué derrotado con mucha facilidad por el general republicano Carteaux, oficial de poco mérito, i cuyas tropas no hubieran podido sostener un solo ataque de los tiradores vendeanos. Marsella recibió á los vencedores, é inclinó su cabeza á las horribles proscripciones con que tuvieron á bien Carteaux, Barras i Freron, que eran otros dos formidables jacobinos, abruntar aquella floreciente ciudad; sufrió los terrores ordinarios de la purificacion jacobina, i por algun tiempo se afectó llamarla simplemente la *Commune* sin otro nombre.

Leon hizo una resistencia mas honrosa. Esta ilustre ciudad habia estado por algun tiempo bajo el dominio de Chalier, uno de los jacobinos mas feroces, i al mismo tiempo mas extravagantes i mas absurdos. Estaba á la cabeza de una sociedad terrible, digna de formar parte de la congregacion de la sociedad madre, i ansiosa de seguir sus huellas; estaba sostenida por una guarnicion compuesta de dos regimientos revolucionarios, ademas de un cuerpo numeroso de artillería, i de un gran número de voluntarios, que ascendian en todo á diez mil hombres poco mas ó menos, i formaban lo que se llamaba un ejército revolucionario. Este Chalier era un clérigo apostata, ateo, digno discípulo de la escuela del terror; habia sido nombrado procurador de la municipalidad, i habia impuesto á los ciudadanos ricos una contribucion que fué subiendo desde seis á treinta millones de libras tornesas; pero al mismo tiempo que oro, tam-

bien necesitaba sangre. La matanza de algunos clérigos i aristocratas presos en el fuerte llamado de *Pierre-Encise*, era un sacrificio mezquino; i Chalier, ambicionando actos mas decisivos, hizo arrestar á cien ciudadanos de los principales que destinaba á una hecatombe digna del demonio á quien servia.

El valor de los leoneses impidió este sacrificio, i si los parisienses hubieran imitado esta resolucion, habrian podido evitar la mayor parte de los horrores que deshonran la revolucion. La proyectada matanza habia sido anunciada ya por Chalier en la sociedad de los jacobinos. "Trescientas cabezas, dijo, están destinadas á la carnicería. Cojamos, sin perder tiempo, á los empleados del departamento, á los presidentes i secretarios de las secciones, á todas las autoridades locales que ponen trabas á nuestras medidas revolucionarias; hagamos con todos ellos una hornada que entregaremos á la guillotina."

Pero antes de que pudiese poner en ejecucion su plan, el terror produjo el valor de la desesperacion. Los ciudadanos tomaron las armas i sitiaron la casa de ayuntamiento, en donde Chalier i sus tropas revolucionarias se defendieron durante algun tiempo con furor i con alguna esperanza de buen éxito, pero sin embargo acabaron por rendirse.* Los leoneses desgraciadamente no supieron aprovecharse de su triunfo; aun no conocian la especie de venganza que habian provocado, i no comprendieron la necesidad en que se hallaban de

* 29 de mayo de 1793.

sostener su paso atrevido con medidas que hiciesen desvanecer toda idea de acomodamiento. Su resistencia á la violencia i á la crueldad de los jacobinos, no tenia un carácter político; era mas bien la defensa de un viagero contra bandidos que le piden la bolsa ó la vida. No comprendian que habiendo dado este primer paso, no podian prescindir de pasar mas adelante; hubieran debido, declarándose realistas, procurar decidir las tropas de Saboya, ya que no las de Suiza (que habian abrazado una especie de neutralidad deshonrosa para ellos despues del 10 de agosto), á enviarles inmediatamente socorros. No tenian ni fortificaciones, ni tropas arregladas, pero si dinero para pagar á sus auxiliares, i brazos robustos, i oficiales hábiles para sacar partido de las localidades, que bien defendidas, pueden ser tan formidables, como fortificaciones regulares construídas por ingenieros sabios.

Los leoneses probaron inútilmente presentarse bajo un carácter revolucionario particular, con arreglo al sistema de la Gironda, de cuyo partido habia en la ciudad dos diputados proscriptos, que hicieron los mayores esfuerzos por hacerles abrazar su causa impopular; pero habia por parte de estos mucha inconsecuencia en procurar con la afectacion de un celo republicano, adquirirse la proteccion de la convencion, al mismo tiempo que hacian resistencia á sus decretos i armas contra sus tropas.

Hallábase ciertamente realismo entre los sublevados, i no puede ponerse en duda el de sus gefes. Pero estos no eran ni bastante nu-

merosos, ni gozaban de la suficiente influencia para hacer adoptar el verdadero principio de la resistencia franca i descubierta, i para asegurarse la sola probabilidad de salvacion proclamando su decision en favor de la causa del rey. Apelaban siempre á la convencion como á su soberano legítimo, procurando justificarse á sus ojos, i velando al mismo tiempo por la seguridad de dos diputados jacobinos, que habian apoyado todas las violencias de Chalier, con el fin de obtener de ellos que presentasen á la convencion su conducta bajo un aspecto favorable. Gautier i Nioche, que eran los dos diputados en cuestion, no dejaron de prodigar promesas de esta especie mientras permanecieron en poder de los leoneses, los cuales tampoco tuvieron mucha dificultad en obtenerlas, pues al mismo tiempo que procuraban conciliarse el favor de la convencion, no vacilaron en castigar al jacobino Chalier, que fué condenado á muerte, i ajusticiado con uno de sus principales socios llamado Reard.

Los desgraciados sublevados, á efecto de sostener estos actos de vigor, se pusieron bajo la direccion de un consejo provisional, que queriendo tambien contemporalizar i conservar el carácter revolucionario, tomó el nombre de »Comision popular i republicana de salud pública del departamento de Ródano i Loira,» título que sin escitar el entusiasmo del pueblo, ni atraer el socorro de los estrangeros, solo podia servir para enconar el resentimiento de la convencion. Esta, efectivamente, se hallaba bajo el dominio absoluto de los jacobinos, que

consideraban como bravata i presuncion todo aquello que no era *fraternizacion* completa, i miraban á los que no iban á favor suyo como á sus mas pronunciados enemigos.

Los leoneses es cierto que recibian de diferentes departamentos cartas alentándoles, i prometiéndoles cooperacion activa, pero ninguno de ellos les envió socorro alguno positivo, á escepcion del corto refuerzo de Marsella, que hemos visto detenido i disperso sin trabajo por el general Carteaux.

Leon habia creído llegar á ser el punto de reunion, i el foco de una liga antijacobinica formada por las grandes ciudades de comercio contra París i la parte dominante de la convencion, pero se vió aislado i sin apoyo, i lo que es peor reducido á sus propias fuerzas contra un ejército de sesenta mil hombres, i contra los numerosos jacobinos que tenia en su propio seno. A fines de julio despues de transcurridos dos meses, fué la ciudad bloqueada con regularidad, i en la primera semana de agosto principiaron las hostilidades. El ejército sitiador era dirigido en cuanto á las operaciones militares por el general Kellerman, que asi como otros generales ocupaba ya un lugar distinguido en el ejército frances. Pero los jacobinos, para la ejecucion de la venganza que con tanta ansia deseaban, contaban principalmente con la actividad de los diputados, que habian enviado con el comandante en gefe, i especialmente con el representante Dubois-Crancé, cuyo único mérito al parecer era un jacobinismo frenético. El general Precy oficial antiguo del ejército real, se encargó de una

defensa que presentaba tan remotas probabilidades de buen éxito; i con el auxilio de reductos que construyó en las posiciones mas elevadas, que habia en derredor de la ciudad, dió principio contra un ejército de una inmensa superioridad numérica, á una resistencia mas honrosa que útil.

Los leoneses trataron al mismo tiempo de conservarse en la buena opinion de los sitiadores, dándose por francos republicanos. Celebraron solemnemente el aniversario del 10 de agosto, mientras que Dubois-Crancé, para manifestar el caso que hacia de sus demostraciones republicanas, fijaba aquel mismo dia para hacer comenzar el fuego contra la plaza, i aun hizo que el primer cañonazo le disparase su manceba, que era una leonesa. En seguida se dispararon bombas, i se hizo fuego de bala roja contra aquella segunda ciudad del imperio frances; i los sitiados sostuvieron el ataque con una constancia, i los rechazaron en muchos puntos con un valor que les hizo grande honor.

Pero su suerte estaba decidida. Los diputados anunciaron á la convencion la intencion en que estaban de hacer uso á la vez, i contra todos los barrios de todos sus instrumentos de destruccion, para dar un asalto general, luego que se hubiese manifestado el fuego en muchos puntos. »Es preciso, escribian, que la ciudad se rinda, ó no quedará piedra sobre piedra; i nosotros lo conseguiremos á despecho de las sugerencias de una falsa compasion. No os sorprendais, si llegais á saber que Leon no existe.» El furor del ataque parecia mostrar la evidencia de la ejecucion de estas amenazas.

Durante este tiempo las tropas piamontesas amenazaron descender de sus montañas para venir á socorrer á los de Leon. Su intervencion probablemente hubiera comunicado á la insurreccion leonesa un carácter de realismo. Pero esta incursion de los piamonteses sardos rechazados prontamente por el hábil Kellermann, solo sirvió para sostener por algun tiempo mas el valor de los sitiados.

Pero su apuro llegó muy en breve á ser insoportable. Muchos barrios ardian á un mismo tiempo; las llamas consumieron inmensos almacenes, i el bombardeo que duró dos noches, ocasionó una pérdida, que se apreció en doscientos millones de francos.

Los sitiados enarbolaron la bandera negra sobre el hospital general, para indicar que los sitiadores, no debian dirigir su fuego contra aquel asilo de la miseria; pero aquella bandera sirvió al parecer para atraer mayor número de bombas de los republicanos ácia el punto donde podian ocasionar mayores desgracias, i hacer mayor ultrage á la humanidad. Los estragos del hambre, se agregaron muy en breve á los que hacia la muerte, i los sitiados despues de haber sostenido aquellos horrores por espacio de dos meses, acabaron por conocer, que era inútil prolongar por mas tiempo la resistencia.

El comandante militar de Leon-Precy resolvió hacer una salida á la cabeza de la parte activa de la guarnicion, con la esperanza de que abriéndose paso por en medio de los sitiadores, lograria salvar á muchos de los que le seguirian en aquella tentativa desesperada, me-

tiéndose con ellos en el territorio neutral de la Suiza; creía por otra parte que la ausencia de aquellos que habian combatido activamente durante el sitio, podria contribuir, á que la convencion adoptase medidas de indulgencia para con la clase desarmada de los habitantes. Reunió para esto una columna de cerca de dos mil hombres; pero perseguidos por los republicanos, acosados por todas partes por los paisanos, á los cuales los habian representado los diputados jacobinos con los colores mas odiosos, i escitados por otra parte con la esperanza del saqueo, apenas se salvaron de esta intrépida tropa cincuenta hombres, que pisasen con su gefe el suelo protector de la Suiza. Leon abrió sus puertas con la mayor repugnancia, despues de la salida de sus mas valientes ciudadanos. El resto de esta historia lo pinta Horacio en aquellos versos:

Barbarus heu! cineres insistet victor, et urbem.

 *Dissipabit insolens.*

El paralítico Couthon, Collot d'Herbois i otros diputados fueron á Leon enviados por la comision de salud pública, para ejecutar la venganza exigida por los jacobinos; i Dubois-Crancé fué llamado, por haber, segun se decia, empleado en sus operaciones menos energía de la que exigia la direccion de aquel sitio. Collot d'Herbois tenia un motivo personal de naturaleza muy singular para desempeñar con placer la comision que se le

confiaba en union con sus colegas; habia sido silvado en Leon, cuando cómico, i se habia visto precisado á abandonar el teatro; por consiguiente encontraba la ocasion de castigar á los leoneses. Las instrucciones de los jacobinos prevenian que se ejerciese una venganza ejemplar por la muerte de Chaliér, i la insurreccion de Leon, no solo contra sus habitantes, sino contra la ciudad misma. Las calles principales, i los mas bellos edificios debian ser arrasados, i en el sitio que ocupaban debia erigirse un monumento con la inscripcion siguiente: *Leon hizo la guerra á la libertad: Leon no existe.* Los restos de la ciudad que hubieran dejado subsistir, debian llevar el nombre de *Commune affranchie*. Apenas se hace creíble que una sentencia semejante, digna de la grosera ignorancia, i del feróz arrebató de un déspota del oriente, haya podido ser pronunciada seriamente, i puesta igualmente en ejecucion, en medio de una de las naciones mas civilizadas de Europa, i que en nuestro siglo de luces, los trabajos de un arquitecto pudiesen ser considerados por supuestos filósofos como pasibles. Sin embargo, esto es lo que sucedió; i para dar mayor importancia á la demolicion, el impotente Couthon se hacia llevar de casa en casa, i condenaba á cada una de ellas á la destruccion, hiriendola con un martillo de plata, i pronunciando estas palabras: „Casa rebelde, te golpeo en nombre de la ley.” Iba seguido por un tropel de menestrales que llevaban á ejecucion la sentencia, destruyendo la casa hasta los cimientos. Estas demoliciones bárba-

ras continuaron por espacio de seis meses, i ocasionaron, segun se dice, un gasto igual al que costó el magnífico hospital militar, cuartel de los inválidos, á Luis XIV. su fundador. Pero la venganza republicana no se saciaba con cebarse solamente en cal i arena i piedras insensibles, le eran precisas víctimas humanas.

La muerte tan merecida de Chalier habia sido honrada con un apotéosis celebrado despues de la rendicion de Leon; pero Collot d'Herbois declaró que aquella sangre patriótica caía ardiendo gota á gota sobre su corazon, i que aquel asesinato exigia una espiacion. Las formas ordinarias de la justicia i los suplicios comunes parecieron demasiado lentos para vengar la muerte de un proconsul jacobino. Los jueces de la comision revolucionaria estaban extraordinariamente fatigados, cansado el brazo del verdugo, i hasta el filo de la guillotina embotado. Collot d'Herbois inventó un modo de matar mucho mas espedito. Fueron conducidas á la vez dos ó tres mil víctimas desde las cárceles á la plaza de la *Brotteaux*, una de las mas bellas de Leon, i alli se les hizo fuego á metralla. Por eficaz que fuese este modo de ajusticiar, no era ni pronto ni humano. Los infelices cayeron como moscas quemadas á la luz, mutilados pero no muertos, i conjurando á sus verdugos, que acabasen con ellos prontamente. Esta segunda operacion se hacia por medio de los sables i de las bayonetas, i con tanta actividad i celo, que algunos de los carceleros, i de sus ayudantes fueron muertos al mismo

tiempo que los que habian conducido al suplicio; este error no se descubrió hasta que los verdugos militares contando los muertos, hallaron mayor número de los que debian ser. Los cadáveres fueron arrojados al Ródano, para que fuesen á anunciar, como decia Collot d'Herbois, la venganza de la república á Tolon, que se hallaba igualmente en estado de rebelion. Pero el rio indignado, repugnando una comision semejante, arrojó i amontonó los cadáveres en sus márgenes; i los representantes se vieron por último obligados á consentir en que se enterrasen las pruebas de su barbárie para evitar el contagio.

Los habitantes del medio dia de la Francia se han distinguido en todos tiempos por la viveza de su carácter. Como las atrocidades escitan las represalias, podemos añadir con este motivo, que cuando los jacobinos cayeron, no habiendo olvidado los leoneses lo que no podia en efecto borrarse jamas de la memoria, tomaron una sangrienta venganza de aquellos que habian tenido parte en las atrocidades de Couthon i de Collot d' Herbois; se sublevaron contra los jacobinos, i pereció un gran número de ellos.

Tolon ciudad importante por su puerto, por sus arsenales i sus astilleros, asi como por sus fortificaciones marítimas, habia sufrido los mismos resentimientos que Marsella, Burdeos i Leon; pero los insurgentes de esta ciudad eran realistas decididos. Hacia mucho tiempo que se hallaba sujeta al gobierno de una sociedad de jacobinos, i habia visto las matanzas repetidas en su recinto como en todas partes, con tanto

mayor dolor, cuanto contenia un gran número de oficiales de la marina, i otros que habian servido al rey, i habian permanecido adictos á su causa. Su descontento no se habia ocultado á hombres para quien toda mirada triste era un motivo de sospecha, i el mas ligero motivo de sospecha, causa de muerte. Viéndose la ciudad amenazada de un completo espurgo á estilo de los jacobinos, los habitantes resolvieron evitar este golpe.

En medio de la noche tocaron los ciudadanos á rebato. Espulsaron la sociedad de los jacobinos, se apoderaron de dos de los individuos que habian dirigido sus operaciones, i de otros siete-ú ocho revolucionarios que se habian manifestado los mas activos en los asesinatos, i apesar de cierta oposicion, les dieron muerte. Mas decididos que los leoneses, proclamaron á Luis XVII con la constitucion de 1791. Carteaux se dirigió contra la ciudad sublevada, echando por delante á los marseleses, á quienes como hemos visto habia derrotado cuando marchaban en auxilio de Leon. Puestos en arma los toloneses con este movimiento, i no teniendo guarnicion con que pudiesen contar, imploraron el apoyo de los almirantes ingles i español, lord Hood i Gravina, que cruzaban á la vista del puerto. Les fué concedido inmediatamente, i se enviaron como primer socorro soldados de la marina, ínterin que se reunia un cuerpo de tropas que pudiese entrar en la plaza. El sitio de Tolon pone nuestro bosquejo general de la revolucion en contacto con la vida del personage extraordinario, cuya historia hemos emprendido. Durante este sitio fué cuan-

do apareció por la primera vez este metéoro, que aumentándose cada vez mas, i arrojando cada dia mayor resplandor, acabó por iluminar con sus fuegos todo el emisferio europeo, para desaparecer en seguida con una rapidéz igual á la que se habia notado en su progreso.

Sin embargo, antes de introducir al principal actor, darémos á conocer circunstanciadamente al lector la escena, sobre la cual va á presentarse.

CAPITULO VIII.

RESUMEN DEL CAPITULO VIII.

OJEADA SOBRE EL GABINETE BRITÁNICO, RELATIVA Á LA REVOLUCION FRANCESA. — SITUACION EXTRAORDINARIA DE LA FRANCIA. — ESPLICACION DE LA ANOMALIA QUE PRESENTABA. — SISTEMA DE TERROR. — COMISIONES DE SALUD PÚBLICA I SEGURIDAD GENERAL. — EL PINTOR DAVID. — LEY CONTRA LOS SOSPECHOSOS. — TRIBUNAL REVOLUCIONARIO. — CAUSAS DE LA INACCION DEL PUEBLO FRANCES BAJO LA TIRANÍA DE LOS JACOBINOS. — MENSAGE NOTABLE DE LA COMISION DE SALUD PÚBLICA Á LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO EN COMISION. — REFLEXIONES GENERALES.

CAPITULO VIII.

Los grandes políticos han creído siempre que los malos gobiernos deben acabar por destruirse á sí mismo, con arreglo á aquel adagio: *Res nolunt diu male administrari*. El mismo Pitt creía que la rabia de la revolucion francesa se consumiria por sí misma, i que eran tan cortas las ventajas i privilegios que presentaba de un contrato social, que sus elementos polí-

ticos al parecer debian, ó disolverse enteramente, á tomar una nueva forma mas semejante á aquella en que descansa la estabilidad de los demas estados. Con arreglo á este modo de ver las cosas, creía este grande hombre no deber ausiliar abiertamente la causa del rey, por que deseaba que la Inglaterra permaneciese libre de todo compromiso relativo á la forma futura del gobierno de Francia. Por mucho cuidado que el gabinete ingles pusiese en impedir, que asi las opiniones como las armas revolucionarias se estendiesen mas allá de su frontera, habia en el gabinete de san James un partido considerable, que pensaba que este exceso de frenesí republicano, debia producir naturalmente una reaccion en favor de sentimientos mas moderados. No pudiendo la sociedad existir, se decia, sin un sistema sólido que garantice la vida i los bienes de los ciudadanos, la nacion francesa acabará por adoptar alguno; i tanto por su propio bien, como por el de las demas naciones, renunciará por sí misma á su proselitismo de doctrinas revolucionarias. Este resultado debia ser producido por el irresistible curso de los negocios humanos, que por muy largas que sean sus fluctuaciones, caminan siempre arregladas al interés de las partes.

Tal era el principio de muchos hombres grandes de estado, cuya sagacidad dejaron desgraciadamente burlada los acontecimientos. En el hecho era fundar sus cálculos sobre las acciones de un loco furioso á quien se suponía dueño de sus sentidos, i obrando con sujecion á las reglas de su interés i de su conservacion.

La Francia no solo continuaba existiendo, sino triunfando sin gobierno, á no ser que se considerase tal las comisiones revolucionarias i las sociedades de los jacobinos; porque la convencion, ya no era sino un instrumento de este partido, cuyas proposiciones todas sancionaba, sin religion, que abolió, como veremos; sin privilegios municipales, escepto el que el partido dominante tenia de hacer el mal que queria, al paso que los ciudadanos menos señalados por su patriotismo, se hallaban espuestos por menor causa, ó sin causa alguna, á la pérdida de su libertad, de sus propiedades i de su vida; sin disciplina militar, pues podian los oficiales ser separados de sus regimientos, i los generales de sus ejércitos, por el simple efecto de las denuncias de sus propios soldados; sin rentas, por que el descrédito de los asignados habia llegado á su colmo; sin leyes, porque no habia quedado tribuno alguno, á quien poder apelar; por último, sin colonia, sin marina, sin fábricas, sin comercio, sin bellas artes, escepto aquellas que tienen una utilidad práctica; en una palabra, la Francia continuaba existiendo i alcanzando victorias, aunque abandonada de Dios en la apariencia, i privada de todos los recursos ordinarios de la prudencia humana.

El cuerpo social, sin embargo, en su conjunto, parecia conservar aun una cierta adhesion que era efecto del hábito, al modo que vemos á los caballos enseñados á las evoluciones militares, formarse al poco mas ó menos en batalla, aun cuando no tengan á sus ginetes encima, cuando oyen el toque del

clarin. No obstante en las guerras exteriores, la república, apesar del deplorable estado en que se hallaba en su interior, salió triunfante, no solo por momentos sino constantemente, semejante á aquel guerrero del cuento de Berni que fué dividido en dos por la espada de un paladin, con tanta precision i sutileza, que continuó combatiendo i derribando á otros caballeros, hasta que notó, al cabo de algun rato, que tambien él estaba muerto.*

Esta extraordinaria energía era efecto del terror. La muerte, un sepulcro, son palabras que producen los mayores esfuerzos por parte de aquellos que se ven amenazados. Jamas i en ninguna parte escepto en Francia en aquella funesta época, se pudo hacer una aplicacion mas terrible de aquel pasage de la escritura: "El hombre dará por su vida todo lo que posee." La fuerza, la fuerza inmediata é irresistible, era la sola lógica del gobierno; la muerte, la sola apelacion contra su autoridad, la guillotina el solo argumento perentorio que decidió toda cuestion entre él i sus súbditos.

Cuando la caja del tesoro se hallaba vacia, la guillotina la llenaba con el dinero de los ricos, que se consideraban aristocratas en razon de lo que poseían. Cuando estos recursos eran insuficientes, por efecto de las dila-

* El autor hace alusion aqui á la epopeya fabulosa de Berni intitulada, *Orlando innamorato*; el asunto es el mismo, que el del Orlando de Boyardo: Berni escribia en el siglo XVI.

pidaciones, que impedían que el estado se aprovechase de ellos, quedaban los asignados que podían multiplicarse hasta el infinito. Cuando puesto este papel en circulación perdía en la plaza cincuenta por ciento, la guillotina andaba lista contra aquellos que se negaban á tomarle á la par. Un corto número de ejemplares de esta naturaleza hacía que se diesen sin vacilar cien francos por un papel que se sabía no valer mas que cincuenta. Cuando faltaba pan, se hallaba trigo por el mismo medio espedito, i se distribuía á los parisien- ses á un precio fijo como á los ciudadanos ro- manos. La guillotina era la llave de los alma- cenes, de las alquerias i de los graneros. Cuando el ejército necesitaba reclutas, la gui- llotina sacrificaba á todos los conscriptos que se negaban á marchar. Este argumento deci- sivo, que á *priori* parecia menos aplicable, en todo su vigor, á los generales del ejército republicano que á los demas individuos, ejer- cia sin embargo sobre ellos la autoridad mas esclusiva. Eran guillotinado cuando no salian con sus empresas, lo cual puede parecer mas conforme al curso ordinario de las cosas; * pero tambien eran gillotinado cuando sus pró- peros sucesos no correspondian á las esperan- zas de sus amos; ** por último, eran guillo-

* La suerte de Custines es un ejemplo de lo que digo: Este general, que habia hecho mucho por la república cuando principió á sufrir reveses, se justificó diciendo que, la fortuna era una muger, i que él tenia ya canas.

** Testigo Houchard, que se distinguió en el levanta- miento del sitio de Dunkerque, i al cual costó mucho trabajo hacer comprender en su causa que debia ser casti- gado por no haber sacado mayores ventajas de su victoria.

tinados cuando su demasiada fortuna hacia sospechar que habian adquirido sobre los soldados que habian conducido á la victoria, una influencia peligrosa para aquellos que disponian de la omnipotente razon de estado de la guillotina.* Tampoco servia de salvaguardia la mediania misma, ni una conducta tímida pero regular, aunque de suficiente importancia, para triunfar de la censura.** Por último no habia medio de evadirse de este sistema simple i universal de la razon del mas fuerte.

Los vendeanos, que se habian decidido á hacer una resistencia generosa i franca, acabaron como hemos visto por ser aniquilados, dejando un nombre que vivirá por muchos siglos. Las ciudades de comercio, que en el recinto de sus muros probaron resistir al torrente revolucionario, fueron sucesivamente sometidas. Por consiguiente es preciso que no cause mayor admiracion el ver al resto de la nacion ceder á esta fuerza predominante, que la que produce en nosotros la vista de una manada de vigorosos bueyes conducida por uno ó dos carniceros i otros tantos perros. Cuando estas víctimas se acercan á la carnicería, i huelen la sangre de las que les han precedido, se les vé algunas veces vacilar, pararse, i mugir

* Muchos generales de mérito fueron condenados á muerte sin otro motivo que los celos que inspiraron á las comisiones por su influencia en el ejército.

** Luckner, soldado viejo aleman de entendimiento muy limitado, estraño á todos los partidos, i que obedecia escrupulosamente á los gefes del gobierno, fuesen los que fuesen, no tuvo mejor suerte que los demas.

tristemente; en una palabra, indicar el terror que les inspira aquel sitio fatal, i el instinto que les inclina á apartarse de él; pero las garrochas de sus conductores, i los dientes de los perros, no dejan de impelirles, á pesar de su repugnancia i de su espanto, ácia la muerte que les espera.

El ejercicio de esta formidable autoridad sobre una nacion llena de terror, se hallaba en un corto número de manos, i descansaba sobre una basa muy sencilla.

La convencion, despues de la caída de los girondinos, no era ya sino el vano simulacro de aquello que algun tiempo antes tenia derecho para llamarse, á saber, asamblea de los representantes de la nacion francesa. Los individuos del partido de la *llanura*, que habian observado una neutralidad tímida entre la montaña i los girondinos, carecian, ya que no de talentos, al menos del valor necesario para resistir á la primera en su triunfo. Se sugetaron á su suerte, contentos de escapar á favor del silencio, i de dar libre paso al torrente revolucionario.

La Francia en el año de 1793 habia aceptado con las ceremonias acostumbradas una nueva constitucion que se consideraba descansar sobre una basa verdaderamente republicana, i ofrecer por consiguiente á la libertad i á la igualdad la garantía mas perfecta i mas absoluta que la nacion podia desear. Pero esta constitucion en la práctica habia sido completamente instituída por el gobierno mucho mas sencillo de una junta elegida entre los individuos de la misma convencion, sin

otra formalidad. En el hecho, dos pequeñas comisiones, encargadas del poder ejecutivo, ejercian una dictadura, mientras que los representantes del pueblo, como el senado bajo el imperio romano, conservaban la forma i la apariencia de la autoridad, las sillas curules, los lictores i los haces, pero que apenas tenian el grado de independenciam i las facultades de una asamblea de parroquia de Inglaterra, ó de una junta de trimestre.

La comision de salud pública era la que dictaba todas las medidas que adoptaba la convencion i las mas veces obraba sin dignarse consultarla. El número de los individuos que ejercian esta autoridad era de diez á doce; i como todos ellos eran jacobinos decididos, i escogidos como capaces de todas las exageraciones de su partido, se tenia el mayor cuidado de perpetuar este estado de cosas con reelecciones que se hacian de tiempo en tiempo. Este cuerpo deliberaba á puerta cerrada: tenia el derecho despótico de intervenir en todos los actos de las demas autoridades: si se considera su poder absoluto, i el uso que hizo de él, se hallará que el consejo de los diez en Venecia, era en comparacion suya una institucion suave, humana i liberal. Otra comision, que tenia un poder igualmente revolucionario, i cuyos individuos se renovaban de tiempo en tiempo, era la llamada de seguridad general. Era por su importancia inferior á la de la salud pública, pero en su esfera tan activa como ella. Sentimos tener que decir que un hombre de genio, el célebre pintor David, fué individuo de la comision de salud pública. Las

bellas artes no habian producido en él el efecto que se les atribuye de dulcificar los corazones. Siendo un hombre escesivamente feo, su alma tenia mucha semejanza con la dureza de sus miradas: *Vamos á moler carmin*, era la frase del oficio de que se valia, cuando daba principio al trabajo sangriento de cada dia.

Para dar á estas comisiones revolucionarias un poder que no dejase á los acusados ni defensa legal ni escapatoria, dícese que Merlin de Douai, jurisconsulto muy distinguido, inventó la *ley contra los sospechosos*, que redactó con tanta destreza, que comprendia no solo á todos aquellos que por su nacimiento, sus parentescos, sus hábitos, sus conexiones, ú otros vínculos tenian relaciones con la aristocrácia de nacimiento ó de fortuna, sino tambien á aquellos que en las diferentes faces de la revolucion, se habian quedado un paso atrás en la senda del patriotismo mas violento, ó que, aunque no hubiese sido sino por un momento de error, ó de incertidumbre, habian tenido opiniones menos pronunciadas que las de los jacobinos mas extravagantes. El delito de los sospechosos era de la naturaleza del camaleon, que tomaba su color de la persona á quien se aplicaba. La calidad de clérigo, ó de defensor de los derechos i doctrinas del cristianismo era fatal; lo mismo sucedia en ciertas circunstancias con la exagerada profesion del ateismo. El silencio acerca de los negocios públicos, daba á entender una criminal indiferencia, pero el hablar de ellos en otro language, que no fuese el mas exaltado del partido dominante, esponia á una sospecha mucho mas

funesta; esta tela de araña se estendió tanto con una ley suplementaria, que parecia que no podia haber insecto por pequeño que fuse que se pudiese escapar de ella. Sus calificaciones generales eran de naturaleza tan vaga, que parecia que no podian formar jamas ni aun la materia de una prueba. Efectivamente, se admitian sin pruebas, i por último se dejaron de caracterizar la sospecha, i se consideraron como sospechosos todos los que se juzgaban tales por las comisiones revolucionarias i sus concurrentes.

El efecto de esta ley fué terrible. La persona sospechosa, no solo era conducida á la cárcel, sino que se la privaba de sus derechos; se sellaban sus efectos, se ponian sus bienes bajo la vigilancia del gobierno, i se la consideraba á ella misma como muerta civilmente. Cuando un infeliz, objeto de las sospechas, tenia la felicidad de que se le pudiese en libertad, no por eso estaba seguro de que al dia siguiente le volviesen á la cárcel. Empleábanse toda especie de sofismas para hacer que toda clase de personas estuviese sujeta á esta ley opresiva, haciendola por este medio de una latitud indefinida.

A fin de que los ejecutores de esta ley no tuviesen mucho trabajo en buscar víctimas, se obligaba á todo propietario á que fijase en la puerta de su casa los nombres i señas de sus inquilinos. La seguridad doméstica, derecho el mas precioso de todos para un pueblo que sabe lo que es la libertad, era violada bajo el mas leve pretesto con visitas domiciliarias. Las cárceles, evacuadas de un modo tan atróz en los dias 2 i 3 de setiembre, se llenaron de

nuevo con los arrestos hechos en toda la Francia, i que ascendian segun cálculo moderado á trescientas mil personas, de las cuales la tercera parte eran mugeres. Los jacobinos sin embargo hallaron un medio de desocupar las cárceles menos rápido que la matanza directa, de la cual por lo demas, se diferenciaba tan poco, bajo cualquier otro aspecto, que las víctimas tenian al poco mas ó menos las mismas probabilidades de salvarse ante Maillard i los asesinos de setiembre, como ante el *tribunal revolucionario*. Es necesario hacer un esfuerzo para escribir ésta palabra, que trae á la memoria tantas atrocidades. Pero la humanidad se vé en la dura precision de referir ella misma sus vergonzosos escesos; i es una leccion brillante i saludable el presentar un cuadro fiel de los errores en que puede incurrir el hombre abandonado á sí mismo, i dominado por el genio del mal i de las pasiones, origen de todos sus errores.

El tribunal criminal extraordinario, mas conocido bajo el nombre de *tribunal revolucionario*, fué creado á proposicion de Danton. Estaba destinado á conocer de los crímenes de estado, tramas, atentados contra la libertad, ó tentativas en favor del trono, contrarias á los derechos, i á la libertad del hombre, ó que al menos tuviesen por objeto paralizar, de una manera cualquiera, los progresos de la revolucion. En una palabra, este tribunal tenía que ejecutar las leyes, ó mas bien pronunciar la sentencia contra los individuos arrestados como sospechosos; i en general encontraba motivos para castigar cuando los funcionarios en-

cargados de los arrestos los habian encontrado para llevarlos á la cárcel.

Este formidable tribunal se componia de seis jueces, de un acusador público ó fiscal, i de dos suplentes. Habia tambien doce jurados, pero su nombramiento era una verdadera irrision. Eran empleados que recibian su paga mensual, i no se hallaban en manera alguna sujetos á la eleccion, ó á la recusacion de los acusados. Es cierto que los jurados i los jueces, elegidos por su conocido republicanismo, estaban dispuestos á no considerar la ley ó la humanidad como obstáculo capaz de contenerlos en la carrera de su deber. Tenia este tribunal la facultad de juzgar sin pruebas, ó de escluir las cuando las habia, ó de interrumpir á gusto suyo la defensa de los presos; privilegios que tendian á abreviar las formalidades i á despachar protamente los negocios.

El tribunal revolucionario al cabo de poco tiempo se vió tan cargado de trabajo, que se hizo preciso dividirlo en cuatro secciones, revestidas todas de los mismos poderes. Las procripciones del imperio romano no nos pueden dar una idéa suficiente de la cantidad de sangre que hizo derramar: pues en sus sentencias envolvía los crímenes mas distintos, las personas mas opuestas, i las opiniones mas encontradas. Cuando Enrique VIII. encendió las hogueras de Smithfield contra los protestantes i los católicos á un mismo tiempo, haciendo quemar atados al mismo poste al infeliz que negaba la supremacia del rey, i al que negaba la presencia de Jesu-Cristo en la eucaristía: esta estraña asociacion era consi-

guiente en comparacion de las escenas que hubo en el tribunal revolucionario, en el cual, realistas, constitucionales, girondinos, clérigos, teofilantropos, nobles i plebeyos, príncipes i aldeanos, hombres i mugeres, viejos i niños, eran envueltos en la matanza general, enviados al suplicio por docenas, i amontonados en la misma carreta.

El poder que ejercian las comisiones revolucionarias, recibia auxilio de las numerosas congregaciones de jacobinos, que divididas en mil sociedades anexas á la de París, constituían la fuerza del partido al cual daban nombre.

El principio favorito de los jacobinos era escitar contra todos aquellos que tenian algo que perder, las pasiones de aquellos que nada tenian, i que en razon de su nacimiento i de su posicion social, juntaban á la mas grosera ignorancia el deseo de las ventajas i gozes de las clases mas elevadas. El objeto de todos los demas gobiernos ha sido siempre la proteccion i fomento de la propiedad, pero en este estraño trastorno de cosas, la propiedad era al parecer objeto invariable de sospechas i de persecuciones, que esponian al propietario á un riesgo continuo.

Todo este terrible plan se encerraba en dos reglamentos comunicados á la sociedad de los jacobinos de París por la comision de salud pública: 1.º que el distrito en el cual por el manejo de los ricos, se suscitasen movimientos sediciosos, seria declarado en estado de rebellion; 2.º que la convencion se aprovecharia de esta ocasion para escitar á los pobres á ha-

cer la guerra á los ricos, i restablecer el órden á cualquiera costa. Era este tan exactamente el sentido de la ley, que una de las personas que comparecieron ante el tribunal revolucionario, cuando se le preguntó lo que tenia que decir en defensa suya, contestó: »Que soy rico, i siendo este todo mi delito, en valde sería mi justificacion.»

Las comisiones distribuían sumas considerables á la sociedad de los jacobinos, i á las demas correspondientes suyas, para la propagacion de los buenos principios políticos. Las mismas sociedades se apoderaban en las aldeas del ejercicio de la autoridad, i al mismo tiempo que juraban, bebían i fumaban, examinaban los pasaportes, i propagaban con todo su poder los beneficios de la libertad, i de la igualdad. ¡*Fraternidad ó la muerte!* eran las palabras escritas sobre la puerta del local de las sesiones de la asamblea, i estas palabras se traducían del modo siguiente: ¡*Sé mi hermano ó te mato!*

Estas sociedades se componían de individuos escogidos en la hez del pueblo, con el objeto de que sus personas no formasen contraste con la igualdad que estaban encargados de establecer; gentes sin medios ni talento, pero á los cuales concedía el pueblo su confianza, convencido de que salidos de su seno, velarían sin cesar por los intereses de las últimas clases. Se tenía sin embargo gran cuidado de nombrar para secretarios gentes que tuviesen alguna destreza, por que de ellos dependía el buen éxito de la terrible combinacion establecida entre las diferentes sociedades, desde la sociedad

madre de París, hasta el distrito mas corto de las provincias mas distantes, en las cuales se ejercia la misma tiranía por los mismos medios. De esta manera podian los rumores esparcirse, ó averiguarse con tanta prontitud, i con tanta uniformidad, que una palabra de Robespierre arreglaba los sentimientos de los jacobinos en los puntos mas remotos de su imperio; por que la Francia puede decirse que fué suya sin contradiccion durante estos dos terribles años.

Los gefes de los jacobinos por otra parte, se habian rodeado de un sistema de espionage i delacion tan formidable, que cualquiera tentativa hecha para organizar una resistencia contra su poder, hubiera sido inevitablemente desvanecida i castigada con la muerte por sus tiranos. Para estar seguros, no era suficiente ponerse en guardia contra los falsos amigos ó los enemigos secretos de los jacobinos, pues si el conspirador tenia la facilidad de hacer á su mayor amigo, aunque fuera al oído, la mas mínima reflexion acerca del gobierno libre i humano, bajo el cual tenia la felicidad de vivir, su interlocutor se veía precisado, como si fuera un espía pagado, á referir el contenido de esta conversacion á las autoridades constituídas, es decir, á las comisiones revolucionarias, ó á los comisarios republicanos, i sobre todo á la comision de salud pública. El silencio acerca de los negocios públicos, i la sumision á la tiranía democratica, no debian causar sorpresa: los hombres serán mudos, siempre que la lengua pueda comprometer la cabeza.

De esta manera, en un país que se vanagloriaba de ser el mas civilizado de la Europa, i apesar de aquel ardor por la libertad que de poco tiempo á aquella parte parecia animar todos los corazones, la apatía general producida por el terror i por el estuor paralizaba toda tentativa de resistencia. Los que tratan con severidad á los franceses por haber permanecido en la inaccion en semejantes circunstancias, debian reparar primero, que nuestra predisposicion á evitar, ó á castigar el crimen, i nuestra supuesta energía contra la opresion, están fundadas en una firme confianza en las leyes, i en el apoyo inmediato que no pueden dejar de recibir de las numerosas clases que se han criado en el respeto de ellas, porque protejen igualmente á los ricos i á los pobres. Pero en Francia, todo el sistema de la administracion de justicia estaba en manos de una fuerza brutal; i cosa diferente, es la de reunirse á los gritos contra un asesino, cuando se cuenta con el auxilio de toda la poblacion, ó el tratar de atacarle en su caverna, no teniendo otra cosa que oponer á los bandidos, de que es gefe, mas que la justicia de una buena causa.

Tambien es cosa que causa admiracion el que las clases ricas i elevadas, objetos conocidos de la persecucion de los jacobinos, se hayan sometido tan tranquilamente á esta horrosa tiranía; i se preguntaba con sorpresa, como el pueblo frances, cuyos modales son tan cortesanos i afectuosos, i que es en general el mas alegre, i el mas jovial de la Europa, habia cambiádó repentinamente de carácter para

gozarse en actos de crueldad, ó al menos para contemplar, sin manifestar su horror, atrocidades cometidas en nombre suyo.

Pero el carácter de un pueblo, sea el que fuere, en los tiempos ordinarios, i en medio de sus ocupaciones pacíficas, es muy diferente del que manifiesta bajo la influencia de una irritacion extraordinaria. Rouseau dice que al ver un lebrel, el mas alegre, el mas suave, el mas tímido acaso de todos los perros, es muy difícil figurarse aquel mismo animal cuando persigue i degüella, á pesar de sus chillidos á su indefensa víctima. Hay una reflexion de la misma especie que debe servir para justificar al pueblo frances en los primeros excesos de la revolucion; i no debemos perder de vista, que los hombres reunidos en grandes masas, i con el resentimiento que escitan ultrages reales, ó imaginarios, son arrastrados por el entusiasmo del momento; que se hallan por otra parte en un estado de rabia tan general i tan ciega, que agregando cada individuo sus aclamaciones á las de la multitud, participa de actos, cuya importancia apenas conoce, i que acaso uno entre mil no aprobaria si tuviese la libertad de ánimo necesaria para justipreciarlos. En las matanzas revolucionarias, habia siempre un poder ejecutivo compuesto de un corto número de bandidos amaestrados en las ejecuciones, i que llevaban á debido cumplimiento sin vacilar unos actos en los cuales no tomaba parte el vulgo ignorante, sino con sus aclamaciones.

Esta especie de consentimiento, fué menos de admirar cuando en vez de las matanzas repentinas, sin ninguna especie de procedimien-

to se vieron algunas fórmulas insuficientes, i aun irrisorias de causa i de sentencia regulares, pero que eran suficientes por algun tiempo para satisfacer el espíritu público. El populacho veía llevar á la guillotina á hombres convencidos, segun se le decia, de atentados criminales contra la libertad del pueblo, i tributaba aplausos á la muerte de aquellos, que miraba como enemigos suyos.

Pero como esta mortandad continuaba sin cesar, el pueblo acabó por ablandarse, á medida que sus pasiones se calmaban; i habiendo la frecuencia de estos sacrificios, alejado el odioso interés, que habian escitado durante algun tiempo en las clases inferiores, estas, que eran las que Robespierre sobre todo deseaba tener de parte suya, principiaron á mirarlos con indiferencia, despues con vergüenza i tedio, i finalmente con el deseo de poner término á crueldades, que los mas ignorantes i los mas preocupados, comenzaban á considerar bajo su verdadero aspecto. Este cambio en los sentimientos, fué obra no obstante de bastante tiempo.

Hemos hablado de las matanzas de Leon; pero aunque estas habian sacrificado víctimas á centenares al impulso de la metralla, eran inferiores á los horrores hechos en Nantes por Carrier, el cual para vengar á la república de la resistencia tenáz del Vendée, parecia haber desafiado al infierno mismo á crueldad. Hombres, mugeres, i niños amontonados por centenares en barcos con valvulas inferiores, eran echados á pique en el Loira, i esto se llamaba *el bautismo republicano*.

Hombres i mugeres, á quienes desnudos se ataba espalda con espalda, eran arrojados al rio, i esto se llamaba *casamientos republicanos*. Pero bastante hemos dicho para probar que la sangre de los hombres se habia sin duda alguna convertido en veneno, i sus corazones en piedras por efecto de los horrores en que se ejercitaban diariamente. Habia muchos tambien que se deleitaban en estas crueldades, i que hablaban del instrumento del suplicio con el placer i el gozo que se manifiesta hablando de un objeto querido. Se le daba el nombre de *ventanita nacional*, ú otros igualmente espresivos; i aunque no fuesen muy de moda entonces los santos, era por decirlo asi canonizado bajo el nombre de *santa madre guillotina*. Tambien el verdugo, ciudadano activo, tenia sus honores como la máquina insensible que dirigia. Algunos de los mas ardientes patriotas admitian á este funcionario en su sociedad, i como lo veremos mas adelante, tomaba parte en sus funciones cívicas. Algunos dirán que la sociedad de este mismo hombre era demasiado honorífica para aquellos que le convidaban.

Habia tambien una fuerza armada, compuesta de gente adiestrada i endurecida de la última clase, llamada por escelencia ejército revolucionario. Ronsin, general digno por todos respetos de semejantes soldados, era el que mandaba esta fuerza. Hacian que se presentase siempre que se juzgaba necesario intimidar á la capital, i á la guardia nacional, i estaba á las inmediatas órdenes de la municipalidad de París. Aunque esta tropa

era poco numerosa, estaba disponible á la primera voz, i comunmente se reforzaba con los democratas mas activos, formando una milicia jacobina. Su número total ascendia á seis mil hombres.

Sea cual fuere el delirio individual, i el frenesí general que les hizo obrar, es muy digno de observacion, que algunos de aquellos hombres, que representaron durante este vergonzoso período, un papel tan eminente, i cuyas manos estuvieron por mucho tiempo teñidas en aquella sangre continuamente derramada, repararon con su conducta posterior las atrocidades que habian cometido. De este número fueron Tallien, Barras, Fouché, Legendre, i otros que en adelante, sin hacerse, ni buenos, ni escrupulosos, se manifestaron en muchas ocasiones mas humanos i mas moderados, que lo que se podia esperar de ellos, en vista de la parte que habian tomado en los horrores revolucionarios; semejantes á aquellos soldados licenciados, que cuando vuelven á sus hogares adquieren las mas veces los hábitos de su antigua vida tan completamente, que podria decirse que habian olvidado el carácter agreste, i acaso sanguinario de su carrera militar. No podemos sin duda alguna tributar á ninguno de estos jacobinos reformados los elogios dados á Octavio por los romanos, cuando encontraron, bajo el gobierno benéfico del emperador, una felicidad que reparó las crueldades cometidas por el triunviro; pero es cierto que á no ser el valor de Tallien, i de Barras en particular, se hubiera aun pasado mucho tiempo, antes que los franceses hubiesen

podido deshacerse de Robespierre, i que la revolucion del 9 detemidor, que es como se llama el memorable dia de su caída, fué debida en gran parte á los remordimientos, ó los zelos de los antiguos colegas del dictador. Pero antes de llegar á esta parte mas satisfactoria de nuestra historia, debemos examinar el encadenamiento de las causas que produjeron la caída de los jacobinos.

Las épocas que ven desplegar grandes errores i grandes vicios, son tambien las que, por su compensacion, hacen públicas grandes virtudes. La Francia desgraciadamente ofreció, durante los años de 1793, i 1794, ejemplos, asi en principio como en práctica, de escesivas crueldades, que dejan la sangre helada en las venas. Mereció igualmente que se le hiciesen cargos por el abatimiento i apatía con que sobrellevó por tanto tiempo un yugo tan horrible, i tan escandaloso. Pero puede vanagloriarse tambien, durante este terrible período, de mil ejemplares de la fidelidad mas noble i mas honorífica, de la humanidad mas valiente, i mas decidida que pueden ilustrar los anales de ningún país.

Habia una ley cruel que amenazaba con las mayores penas á cualquiera que recibia en su casa á los fugitivos proscritos, i esta ley se llevaba á ejecucion con el mas desapiadado vigor. Madama Bouequey i su marido fueron ajusticiados en Burdeos, por haber dado asilo á girondinos. La misma pena se aplicaba á los que violaban la ley, por la cual se privaba del fuego i del agua á las personas puestas fuera de la ley. Sin embargo se hallaron, no

solo en las primeras clases, sino entre los hombres mas miserables, gentes virtuosas que no teniendo sino una débil porcion de alimentos, con que hacer existir á su familia, la dividieron con infelices fugitivos, aunque amenazados con la muerte en recompensa de este acto de caridad.

En algunas circunstancias, la fidelidad i el buen deseo hicieron ingeniosa la humanidad. Entre los criados, clase de individuos, cuyas virtudes deberian ser tanto mas estimadas, cuanto son las mas veces practicadas á vista de las mas fuertes tentaciones, hubo notables ejemplos de fidelidad inalterable. Es preciso decir, en honor de las costumbres francesas, que el amo i el criado tienen entre sí, relaciones mucho mas afectuosas que en ningun otro país, i especialmente que en Inglaterra. Las situaciones mas críticas han ofrecido rarísimos ejemplos de traicion por parte de los criados, i mas de un amo, ha debido la vida al afecto i á la fidelidad de su doméstico. Los sentimientos de religion han salvado á otros muchos. Los clérigos no juramentados i desterrados encontraron frecuentemente entre sus antiguas ovejas un asilo, i medios de existencia, aunque habia pena de muerte en semejante caso. Esta comportacion algunas veces era inspirada por el recuerdo del modo con que habian desempeñado los deberes de su carrera apostólica; otras veces tambien por la veneracion que es debida al ser de quien se decian los ministros.* Fueron precisos estos actos de

* Los estrangeros citan muchos incidentes insignificantes que traen á la memoria aquella época desgraciada. Ha-

heroísmo, que fueron muy numerosos (i sobre todo en las clases, cuyos individuos teniendo que temer por sí mismos, podrian ser insensibles á las desgracias de los demas), para impedir que la Francia se convirtiese, durante este horrible período, en un cementerio general, i su historia en un libro de asesinatos.

biendo venido un venerable eclesiástico frances á visitar á un escoces, la familia de éste notó que un gato favorito, animal por lo general áspero i caprichoso, miraba á su huésped con un afecto particular. El clérigo esplicó este misterio, contando que habia estado durante muchas semanas oculto en la guardilla de un menestral, i que entonces no tenia otra diversion, que la de estudiar las costumbres, i los hábitos de los gatos, que visitaban con la mayor frecuencia su asilo. Era sumamente difícil proporcionarle alimentos, sin suscitar sospechas, i no habia otro medio que el de colocarlos cerca de su guarida en corta cantidad, i de tiempo en tiempo. Marido, muger é hijos sabian que estaba en aquel parage. Se habian ofrecido premios al que le denunciase, i fulminado la pena de muerte contra el que le diese asilo. Apesar de todo le tuvieron oculto religiosamente, i despues del restablecimiento de la monarquía, le hemos visto emplear con buen éxito en un gato escoces, los medios que le habian salido bien en Francia para atraerse el afecto de los gatos en su miserable guardilla durante el reinado del terror. La historia de esta época, abunda en ejemplares de este género.

CAPITULO IX.

RESUMEN DEL CAPITULO IX.

MARAT, DANTON, ROBESPIERRE. — MARAT MUERTO Á PUÑALADAS. — RIVALIDAD DE DANTON I DE ROBESPIERRE. — MUNICIPALIDAD DE PARÍS. — SU IRRELIGION GROSERA. — GOBET. — DIOSA DE LA RAZON. — EL MATRIMONIO REDUCIDO Á UN CONTRATO CIVIL. — MIRAS DE DANTON. — DE ROBESPIERRE. — PRISION DE LOS PRINCIPALES INDIVIDUOS DE LA MUNICIPALIDAD. — SUPLICIO DE DIEZ I NUEVE DE ELLOS. — DANTON PRESO POR INFLUENCIA DE ROBESPIERRE. — CAMILO DESMOULINS, WESTERMANN, I LACROIX, COMPARECEN EN BREVE ANTE EL TRIBUNAL REVOLUCIONARIO, SON SENTENCIADOS Á MUERTE I AJUSTICIADOS. — DECRETO Á PROPOSICION DE ROBESPIERRE, RECONOCIENDO AL SER SUPREMO. — CECILIA REGNAULT. — CAMBIO SUCESIVO EN EL ESPÍRITU PÚBLICO. — ROBESPIERRE PIÉRDE SU POPULARIDAD. — EMPLEA TODOS SUS ESFUERZOS PARA SALVAR SU PODER. — VIOLENTOS DEBATES EN LA CONVENCION. — COLLOT D' HERBOIS, TALIEU, ETC. ARROJADOS DE LA SOCIEDAD DE LOS JACOBINOS Á INSTIGACION DE ROBESPIERRE. — ROBESPIERRE DENUNCIADO EN LA CONVENCION EL DIA 9 DE TERMIDOR (27 DE JULIO), I DESPUES DE VIOLENTOS DEBATES, ARRESTADO CON SU HERMANO, COUTHON I SAINT-JUST. — ARRESTO DE HENRIOT, COMANDANTE DE LA GUARDIA NACIONAL. — LOS TERRORISTAS SE ACOGEN

Á LA CASA DE AYUNTAMIENTO.— ATENTAN CONTRA SU VIDA.— ROBESPIERRE SE HIERE.— PERO AUN VIVE BASTANTE TIEMPO, LO MISMO QUE LA MAYOR PARTE DE LOS DEMAS PARA SER LLEVADO Á LA GUILLOTINA I AJUSTICIADO.—SU CARÁCTER.— LUCHA DESPUES DE SU MUERTE.—DESTRUCCION DEFINITIVA DEL SISTEMA JACOBINO, I RESTABLECIMIENTO DE LA PAZ.— SINGULAR SOCIEDAD EN PARÍS.— BAILE DE LAS VÍCTIMAS.

CAPITULO IX.

No tenemos necesidad de recordar al lector que los tres principales gefes de los jacobinos eran Marat, Danton, i Robespierre.

El primero fué muerto á puñaladas en el baño por Carlota Corday, jóven entusiasta, que inspirada por un sentimiento que participaba del delirio i del heroismo, se decidió á libertar el mundo de un tiráno. Reducidos Danton i Robespierre á un diunvirato, hubieran podido dividirse entre sí el poder. Pero Danton, que era de los dos el que sin contradiccion poseía mas talentos, i mas fuerza de alma, no podia remediar su inclinacion á la rapiña i al desenfreno; i Robespierre, que tenia cuidado de conservar pruebas de las dilapidaciones de su rival, crimen muy impopular, i con el cual al parecer no se habian amancillado sus manos, tenia la facultad de derribarle cuando lo juzgase conveniente. Habiéndose casado Danton con una dama hermosa, empezó á tomar gusto á los

goces domésticos, renunció por algun tiempo á los negocios públicos, i dejó la actitud feróz i amenazadora que habia tomado durante los primeros períodos de la revolucion. Sin embargo, su ascendiente, sobre todo en la sociedad de los franciscanos, era aun bastante terrible para mantener constantemente despierta la atencion de su colega, como tambien su envidia, semejante *al gusano roedor que nunca muere*, á pesar de que Robespierre no manifestaba señal ninguna de próxima venganza. Pero antes que Robespierre pudiese medir sus fuerzas con su poderoso rival, le era preciso destruir otro poder, aliado suyo tambien en el crimen, pero mas accesible á sus tiros en aquel momento.

Este tercer partido se componia de aquellos que se habian apoderado de las funciones de la municipalidad de París, i á quienes su autoridad cívica, i el ejército revolucionario mandado por Ronsin, proporcionaban los medios de marchar contra la convencion á la primera señal, i si era necesario contra la sociedad de los jacobinos. Es cierto que estos hombres, que tenian por gefes á Hebert, Chaumette i otros, jamas habian manifestado la menor desconfianza ácia Robespierre, antes por el contrario habian hecho lo posible para atraerse su buena voluntad. Pero cuando un hombre ha llegado á inspirar recelos á un tirano, basta la mas ligera provocacion para convertirse en objeto de su ódio mortal. Andaba Robespierre acechando sin cesar la ocasion de desprender i destruir este partido, cuyo poder temia, i cosa notable, buscaba los medios para ello en la estravagancia misma de su celo revolucio-

nario, que acaso habia envidiado poco tiempo antes como mas pronunciado que el suyo. Pero Robespierre no carecia de discernimiento, i veía con placer á Hebert, á Chaumette, i á sus partidarios, precipitarse en escesos que debian acabar por hacer necesaria su intervencion, con aprobacion de aquellos mismos que mas detestaban sus principios, i los medios que habia empleado para establecer su poder, i que mas temian el uso que de él hacia.

La religion fué la que le proporcionó los medios de derribar á sus enemigos como él lo esperaba. Este objeto, que podia creerse tan indiferente para los unos, como para los otros, fué motivo de reyertas entre la municipalidad de París, i el gefe de los jacobinos. Hay fanatismo de ateísmo lo mismo que de supersticion; i un filósofo puede sentirse tan animado contra aquellos que perseveran firmes en lo que á él le parece indigno de creencia, como un clérigo ignorante i beato, contra aquel, que se niega á creer dogmas que no juzga suficientemente probados. De esta manera, despues de la caída del trono, los filósofos de la escuela de Hebert, autor del periódico mas grosero i mas brutal de aquella época, intitulado *El Padre Duchesne*, podian creer que haciendo desaparecer todos los rastros de religion i de culto, que aun subsistian en Francia, proporcionarian un magnífico triunfo á las opiniones liberales. No bastaba decian, á una nacion regenerada el haber destronado á los reyes de la tierra, si no estendian su brazo hasta las potestades que la supersticion habia representado como reinando sobre el infinito.

Un pobre diablo llamado Gobet obispo constitucional de París, fué inducido á encargarse del papel principal en esta farsa, la mas desvergonzada i escandalosa que se ha representado jamas ante una representacion nacional.

Se asegura que los autores de esta escena tuvieron mucho trabajo en conseguir del obispo que se encargase de este papel, que no dejó de costarle lágrimas en aquel momento, i remordimientos en lo venidero.

Se presentó en la convencion á la cabeza de su clero, i declaró que la religion que habia enseñado hasta entonces, era bajo todos aspectos una invencion de los clérigos, que no estaba fundada ni en la historia ni en la verdad santa. Negó en términos solemnes i explícitos la existencia de la Divinidad, á cuyo culto habia estado dedicado, para consagrarse despues al de la libertad, de la igualdad, de la virtud i de la moral; en seguida puso sobre la mesa las insignias del episcopado, i recibió del presidente de la convencion el abrazo fraternal. Otros muchos clérigos apostatas siguieron el ejemplo de este pontífice.

Viéronse las iglesias privadas del oro i de la plata destinada á uso tan piadoso, i entrar en la convencion procesiones de hombres disfrazados con ornamentos sacerdotales, i entonando himnos los mas profanos, en tanto que Chaumette i Hebert hacian uso de los cálices i vasos sagrados en sus impíos banquetes. El mundo oyó entonces por la primera vez á una asamblea de hombres nacidos en el seno de la civilizacion, i que se arrogaban el derecho

de gobernar una de las primeras naciones europeas, alzar la voz para negar la verdad mas respetable que el hombre reconoce, i renunciar unanimente á la creencia i al culto de la Divinidad. Continuáronse representando por algun tiempo estas escenas de estravagancia i de profanacion.

Una de las ceremonias de esta época de delirio, es un modelo de la absurdidad i de la impiedad. Abriéronse las puertas de la convencion, i entró una banda de músicos. Entraron en seguida los individuos del cuerpo municipal en procesion solemne, cantando un himno á la libertad, i escoltando como objeto de su culto futuro, á una muger cubierta con un velo, á la cual llamaban *la diosa de la razon*. Introducida en la barra, se la despojó con gran ceremonia del velo que la cubria, i se colocó á la derecha del presidente. Entonces se vió que era una bailarina de la opera, cuyos encantos conocian la mayor parte de los concurrentes por haberla visto figurar en la escena, i algunos otros por esperiencia que pasaba mas adelante. La convencion nacional tributó públicamente homenaje á esta criatura que representaba tan dignamente á la Razon, que adoraba. Esta farsa impía i ridícula se hizo de moda, i la instalacion de *la diosa de la razon* se renovó, é imitó en todas las ciudades, cuyos habitantes deseaban presentarse, bajo todos aspectos, al nivel de la revolucion. En muchas provincias de la Francia se cerraron las iglesias á los clérigos i á los fieles, las campanas fueron hechas pedazos i sirvieron para hacer cañones; fué destruido todo cuanto

pertenecía á la religion, i á la entrada de los cementerios se puso una inscripcion, en la cual se decia que la muerte era un sueño perpetuo, que anunciaba á los que estaban bajo su imperio, que no tenian que esperar indemnizacion alguna, ni aun en el otro mundo.

Se votó otra ley, que tenia una íntima conexion con las de la religion, acerca del matrimonio, compromiso el mas sagrado que pueden contraer los hombres, á cuya estabilidad contribuye poderosamente la consolidacion de la sociedad. El matrimonio se redujo á un simple contrato civil, de una naturaleza transitoria, que dos personas podian contraer i romper á su voluntad, cuando su gusto i sus pasiones estuviesen satisfechas. Espíritus infernales, que hubieran querido inventar el medio mas propio de destruir lo mas respetable, lo mas dulce, i lo mas sólido que existe en la vida doméstica, i asegurar al mismo tiempo la propagacion del mal de generacion en generacion, no le hubieran podido imaginar mas eficaz que hacer descender el matrimonio al estado humillante de cohabitacion pasajera, ó de concubinato legal. Sofia Arnoult, actriz célebre por sus dichos agudos, llamaba al casamiento republicano el sacramento del adulterio.

Estas disposiciones anti-religiosas i anti-sociales, no llenaron el objeto que se proponian los fanáticos insensatos que la habian provocado. Hebert i Chaumette traspasaron los límites del espíritu del tiempo por muy depravado que fuese, i de los deseos de aquellos, que viciosos i delincuentes como ellos,

conservaban aun suficiente razon i pudor para temer i mirar con repugnancia aquella exageracion de impiedad. Puede ser tambien que tuviesen otros motivos para condenar un desenfreno semejante de irreligion. Los hombres mas delincuentes no quieren, en general, renunciar á todos los principios religiosos; no pueden menos, aun cuando no quisieran, de temer á un mundo en donde recibirá cada uno el pago de sus obras; i por poco efecto que produzca en su conducta este débil rayo, en general, no se hallan muy dispuestos á despreciar una probabilidad por muy ligera que sea, de poder, cuando llegue el caso, reconciliarse con la iglesia ó con la Divinidad. Esta perspectiva aun á los ojos de aquellos sobre quienes no ejerce influencia alguna saludable, es parecida á la confianza que inspira una brisa de mar á un buque que sabe hay un puerto en el rumbo que sigue: puede no tener ánimo en manera alguna de navegar ácia este puerto, ó creer que en este caso puede correr algun riesgo para dar fondo en él con toda seguridad; pero á pesar de todo, no quedaria muy agradecido al que borrarse de la carta aquel asilo incierto. Todos los que habian conservado algun recuerdo respetuoso de las grandes verdades de la religion, con las cuales tienen íntima conexion las de la moral, consideraron á los que profesaban estas estravagancias, como á séres, que solo eran dignos del desprecio, del hastío, del ódio, i la venganza de las leyes.

Estos eran los sentimientos que Danton experimentaba con respecto á Hebert, i á los demas filósofos de la municipalidad. Por de-

pravado que el mismo fuese, tenia tanto entendimiento i orgullo que no podia aprobar locuras tan absurdas, i por otra parte tan impolíticas. Esta continúa demolicion de los restos del edificio social hacia imposible acabar de colocar un límite á los movimientos revolucionarios, lo cual ya deseaba Danton, que habia puesto á su partido al frente de los negocios, i se hallaba casi en toda la altura á que podia aspirar.

Robespierre miraba estas extravagancias bajo otro punto de vista. Vió la popularidad, que Hebert habia perdido, haciendo públicas estas doctrinas de ateísmo i de profanacion; concibió un plan, que le puso primeramente en estado de destruir á aquellos blasfemadores, con el consentimiento general de la nacion, como á animales dañinos; aumentar despues, i por decirlo asi, santificar su poder, asosiando una religion cualquiera á las formas revolucionarias de un gobierno, á cuyo frente queria permanecer.

Se ha llegado á suponer, que Robespierre en vista de su elevacion tan extraordinaria, como inesperada, habia concebido la idea de representar el papel de un nuevo Mahoma, restableciendo en Francia las opiniones religiosas, pero bajo su influencia directa. Se asegura que apoyaba secretamente las extravagancias de una muger llamada Catalina Théot ó Theos, devota entusiasta, cuyas opiniones propendian al quietismo. Era una especie de Juana Sonthcote,* i el Araon de su secta era *dom Gerle* antiguo

* Juana Sonthcote es una de las visionarias mas célebres de nuestro siglo; pretendia ser la muger del *Apocalipsi* con la luna á sus pies i doce estrellas por corona.

cartujo, célebre por su proposicion en la asamblea nacional para hacer reconocer la religion católica como religion del estado. Desde esta época, se hallaba su juicio en un estado completo de perturbacion. Habia juntas nocturnas i secretas presididas por Catalina, i por *dom Gerle*, á las cuales concurrían con frecuencia algunos visionarios de ambos sexos. Robespierre era reconocido por ellos, como uno de los elegidos, i favorecia, segun se dijo, sus doctrinas supersticiosas; pero ninguna prueba auténtica hay, que nos autorice á asegurar que el dictador vió en estos sectarios otra cosa que instrumentos de que podria servirse para sus propios proyectos.

En todo caso, fuesen cuales fuesen sus opiniones religiosas, ó las que pensaba establecer en Francia, no eran en manera alguna propias para modificar su ambicion, sus celos, ó su sed de sangre.

El poder de Hebert, de Chaumette, i de la municipalidad de París, habia llegado al estado de madurez necesario para su destruccion. Ronsin, i sus satélites del ejército revolucionario, se vanagloriaban de poder sostener á la municipalidad de París contra la convencion, pero aunque aquella tuviese siempre á sus órdenes al gefe de estos bandidos activos, ya no podia disponer de aquellos batallones de picas, que habian constituído hasta entonces su poder. Por consiguiente, temia, sin este apoyo, no tener la suficiente fuerza para resistir á la guardia nacional.

El espíritu de reaccion se estendia, i se apoyó en la influencia que Robespierre echó

en la balanza contra la municipalidad. Los principales gefes de esta corporacion, de los cuales muchos eran, segun parece estrangeros, entre otros el célebre Anacarsis Clootz, fueron arrestados.* Era singular la posicion de estos hombres, i hubiera inspirado compasion á ser otros que aquellos tan dignos de desprecio. Se les hizo cargo de todos los crímenes, que parecian tales á los ojos de los descamisados. Muchos de los cargos solo presentaban un sentido metafísico; otros muchos eran literalmente falsos, i no habia casi ninguno que ofreciese la esplicacion de un hecho criminoso bien claro i aprobado. Se les acusaba de hallarse en relacion con Pitt i Cobourg, que estaban conjurados contra la soberanía del pueblo, i que tenian el proyecto de introducir la carestía en París, i de poner en ridículo á la convencion, formando un surtido de muñecos, destinado á imitar á aquella asamblea, que en verdad ya no era otra cosa, i otros cargos del mismo jaez, en forma de alegaciones insignificantes todas ellas, ó desnudas de pruebas. Pero nada se decia de su rivalidad con Robespierre, verdadero motivo de su causa, ni tampoco de sus asesinatos revolucionarios, por los cuales habian merecido la suerte que les esperaba. Se habló tambien de rapiña i de pillage; pero entonces Ronsin, comandante del ejército revolucionario, perdió los estrivos de la paciencia. »¿Me hablan de robo? dijo, ¿Se atreven á acusar á un hombre como yo de haber robado ropa blanca

* El 22 de marzo de 1791.

de cuerpo i de cama? Me echan en cara miserables hurtos, á mí que tenia en mi poder todas sus cabezas?"

Los acusados en número de diez i nueve fueron convencidos i ajusticiados. Desde este momento la ciudad de París, perdió la preponderancia que la municipalidad le habia dado en los asuntos de la Francia. El poder de sus magistrados se debilitó mucho con la supresion del ejército revolucionario, que la convencion licenció por haber sino organizado con arreglo á ideas falsas, por pertenecer mas bien á la ciudad que á la nacion, i poder muy fácilmente servir á las miras de un partido.

Destruídos los hebertistas, tenia Robespierre que combatir i aniquilar á un adversario mucho mas formidable. Los últimos conspiradores habian tenido relaciones estrechas con la sociedad de los franciscanos, en la cual se creía que Danton las tenia muy particulares, pero no les habia prestado ningun apoyo, que era lo que debia hacer en buena política. Principiaba á separar demasiado ostensiblemente su partido, i los nuevos proyectos de sus antiguos amigos i de su antigua conducta. Creía, pero sin razon, como se lo probaron los acontecimientos, que podria dirigir el estado con tan buen éxito durante la calma, como durante la tormenta. Asi él como los demas, parecian haber tomado repentinamente un verdadero hastio á aquellas atrocidades i carnicería, con que se habian saciado por tanto tiempo. Danton hablaba de compasion i de perdón, i su partidario Camilo Desmoulins, en una parodia ingeniosa de un pasage de Tácito

to, formó un paralelo entre los dos tirános, i entre los delatores del gobierno de los jacobinos de Francia, i los de la córte de los emperadores romanos. Estos paralelos eran muy sagaces, i Robespierre i sus agentes podian ver su retrato en aquellos hombres despreciables, los mas infames de aquel tiempo odioso. Estos ataques anunciaban, por parte de Danton, el proyecto de representar el papel que Tallien hizo despues para echar á bajo á Robespierre, i establecer una especie de gobierno, que al menos ofreciese alguna consideracion i respeto á la vida i á los bienes de los ciudadanos. Robespierre se adelantó; i el dia 31 de marzo por la mañana, los parisienses i los miembros de la convencion, apenas se atrevían á contarse al oído que Danton, cuyo nombre era tan formidable como el sonido de la campana á rebato, habia sido arrestado como un pobre diablo de los antiguos nobles; i se hallaba en manos de los lictores.

No cesaban las exclamaciones; la admiracion habia llegado á su colmo: Danton era el grande apóstol, el verdadero Mahoma del jacobinismo. Su estatura gigantesca, su anchisimo rostro, su fisonomía feróz, su voz que atemorizaba como el ruído de un trueno á lo lejos; la mezcla de talento i de vehemencia, que daba á aquella voz un lenguaje digno de sus acentos sordos i profundos, eran cuales convenian al profeta de aquella horrible secta. Marat era un insensato, al cual solo las circunstancias podian haber dado alguna importancia. Robespierre era un ipócrita frío, rastrero, que lo calculaba todo, i cuya malicia se parecia á

la de un despreciable demonio subalterno. Pero Danton era un personaje digno de ser retratado por Shakspeare, ó por Schiller, con todos los grandes contrastes de su carácter, i que hubiera suministrado á Bruce el modelo de un Ras Michael mas trágico que el de Tigre. * Sus pasiones eran como una de aquellas tempestades furiosas, que trastornandolo i destrozandolo todo en su paso dejan sin embargo algunos intervalos de sol i de calmas. Causaba admiracion muchas veces hallar en un hombre, que no era ni bueno naturalmente, ni justo por principios ó por política, algunos movimientos de generosidad, i aun cierta disposicion á la magnanimidad. Antiguos hábitos de profunda inmoralidad, que ahoga la virtud mas que cualquiera otro vicio, i las relaciones íntimas que tuvo desde el principio de su carrera con la infame faccion de Orleans, le habia vuelto, sino peor, al menos mas vil de lo que debia ser naturalmente; por que su amor propio le hubiera preservado de muchos crímenes, á los cuales fué arrastrado por su inclinacion al mas grosero desenfreno, i por lo violento de su posicion.

Sin embargo, cuando Danton cayó en las garras de Robespierre, fué como cuando un buho ataca i hiere de muerte á un águila, ó al menos á un buitre de atrevido vuelo. Sus asociados, como era de esperar le sintieron; i aun Legendre i otros tomando su defensa en la convencion, i reclamando en fa-

* Viages á Abisinia. (*Editor*).

vor suyo el mérito de las medidas violentas que habian abierto el camino al triunfo de los jacobinos, anunciaban mas constancia en su amistad, que la que habian demostrado estos feroces demagogos en otras ocasiones.

Danton antes de su caída pareció haber perdido mucho de su sagacidad i de su energía. Lacroix, Westermann i otros, se lo advirtieron con tiempo. Sin embargo no tomó medida ninguna, ni para salvarse, ni para defenderse, siendo dueño de escoger. Pero ni su valor, ni su orgullo humillado se abatieron en manera alguna, aunque pareció someterse pasivamente á su suerte por aquella conviccion *desalentadora* que abate frecuentemente á los grandes delincuentes, cuando se persuaden á que ha llegado su hora.

La causa de Danton fué breve como era de esperar. El i sus asociados, Camilo Desmoulins, Westermann i Lacroix, fueron llevados á la presencia del tribunal revolucionario, cumpliéndose singularmente la profecía del girondino Boyer-Fonfrede. Cuando se estableció este instrumento del poder revolucionario bajo los auspicios de Danton, Boyer-Fonfrede le gritó: „¿Con qué insistis en la creacion de este tribunal arbitrario? sea; i ojalá que sirva algun dia como el toro de Falaris para consumir á sus propios inventores!” Danton veía en derredor suyo como jueces, testigos, acusadores i guardianes, á los que habian sido demasiado poco para ser cómplices de sus atrocidades, i que habian tenido á demasiado honor el ser sus agentes. Contemplaban su orgullo varonil i su valor indómito, como aquellos tímidos es-

pectadores, que están mirando á un leon en una jaula, dudosos de la solidéz de las rejas, i no creyéndose muy seguros. Cuando se le preguntó su nombre i su residencia, contestó: "Mi residencia será muy en breve en la nada, i mi nombre le encontraréis en el panteon de la historia." Camilo Desmoulins, Herault de Sechelles, i Fabre d'Eglantine literatos distinguidos, i del corto número de jacobinos, que tuvieron esta clase de mérito, fueron partícipes de su suerte. La misma tuvo Westermann, aquel mismo general que habia dirigido el ataque contra las Tullerías el dia 10 [de agosto, i que despues habia obtenido en el Vendé tantos triunfos, i sufrido tantos descalabros, que se le habia dado por su actividad el sobre nombre de *el azote* de aquel país.

Su acusacion fiscal, era como todos los de aquella época, una olla podrida * (si podemos servirnos de esta espresion) en la cual se habian mezclado todos los elementos de la acusacion, de un modo tan obscuro i contradictorio, que era evidente que una falsa i perversa malevolencia habia procurado llenar este negocio de embrollo i sociedad. Si Danton hubiera sido condenado por sus crímenes, la sentencia debia haber envuelto á los jueces, á los jurados, á los testigos, i á la mayor parte de los espectadores del tribunal.

* El autor usa esta misma voz de olla podrida tomada de nuestra lengua. Es una ventaja incalculable para escribir, hallarse libre de las trabas que ligan á nuestro idioma en la adopcion de voces para espresar ideas nuevas. El ingles por el contrario adopta aquellas sin escrúpulo de las lenguas en que estas se han formado.

El éxito de esta causa, causó mucha inquietud á Robespierre. La convencion presentaba algunos síntomas de valor; i cuando una diputacion revolucionaria se presentó en la barra á pedir, que *se pusiese la muerte á la órden del dia*, i dijo á la convencion que *si hubiera concedido la moderada peticion de trescientas mil cabezas, hecha por el filantrópico Marat, al presente canonizado, hubiese evitado la guerra del Vendée*, fué recibida con murmullos de desesperacion. Tallien que presidia les contestó, que *no era la muerte, sino la justicia, la que estaba á la órden del dia*; i los peticionarios á pesar del giro patriótico de su modesta peticion, fueron despedidos de la barra con evidentes señales de horror.

Estos síntomas eran muy terribles. Sin embargo, Robespierre aun dominaba en el tribunal revolucionario, i despues de una valiente defensa, i de una dilacion extraordinaria, de que no se hizo mencion en el *Monitor*, Danton i sus camaradas fueron condenados á muerte, i conducidos inmediatamente al suplicio. Sostuvieron hasta el fin la firmeza, ó mas bien la dureza de su carácter; i habiendo notado Danton que Fabré d' Eglantine se ponía pensativo, procuró animarle con un equivoquillo; «valor, amigo mio, le dijo con su voz sepulcral, todos vamos á hacer tu oficio, *nous allons faire des vers*.* Nunca habian perecido víctimas cuyos talentos hubiesen escitado mayor

* Vers en frances *vers* significa versos i gusanos; i de esta doble significacion, nace el equivoco.

interés, desde los girondinos, tan elocuentes pero menos felices que ellos. Hasta las gentes honradas manifestaron algun pesar en la suerte de Danton al modo que se siente la de un toro valiente i furioso, cuando se le vé rendido por el débil brazo de un diestro torero. Algunas personas reflexivas, habian concebido esperanzas de ver triunfar la causa del órden i de la seguridad por medio de la victoria de Danton sobre Robespierre. Por otra parte, los que dependian de la buena suerte de éste, miraban su poder como permanente con la caída de su rival, el último i el mas formidable de todos, i por consiguiente se creyeron triunfantes. Ambos partidos se equivocaron en sus cálculos. El predominio de un hombre como Danton, haciendo mas soportable el reinado de los jacobinos, hubiera podido prolongar su duracion, al paso que el feliz resultado, ó al menos definitivo de Robespierre, se hacia cada dia mas imposible, porque no cesaba de diezmar su propio partido por un efecto de sus celos; semejante á aquel terrible i feróz Lope de Aguirre, cuya historia cuenta Southey tan bellamente, que descendiendo el gran rio Orinoco con una cuadrilla de aventureros, iba sacrificando uno por uno sus compañeros, llevado de suspicaces recelos, hasta que no hallaron otro medio los últimos de evitar la misma suerte, que anticipándose en el hecho á su gefe. *

* Esta aventura es un episodio de la *Historia del Brasil*, por el poeta laureado M. Southey, que le publicó aparte en un tomo en 12.

Queriendo Danton manifestar que Robespierre habia sido el instrumento de su pérdida, habia dicho: „¡Cobarde infame! el único que podia tener suficiente influencia para salvarle era yo.” Los acontecimientos probaron en efecto que habia sido inspirada por aquel espíritu profético, que, segun se dice, suele comunicar la cercanía de la muerte.

Robespierre en el hecho se hallaba muy aislado con la destruccion del partido de Hebert, i mucho mas aun con la de Danton i sus colegas. Habia por decirlo asi, circunvalado i estrechado el terreno que ocupaba, i acabó por no tener lugar ni aun para poner el pie. Por último, odiado por las gentes honradas, llegó á enagenar de sí hasta sus mismos asesinos, que á no ser esto hubieran continuado siendole fieles por su propia seguridad. Todos le miraban con terror, i nadie podia esperar del dictador una suerte mas feliz que la prometida Ulises,* de ser devorado el último.

En esta época fué cuando Robespierre concibió la idea de poner término á las profanaciones de Chaumette, Hebert i otros ateos, haciendo pública i solemnemente una profesion de fé acerca de la existencia de la Divinidad. Juzgaba que este acto era una concesion en favor de la opinion pública, i que al mismo tiempo sería un nuevo i poderoso resorte que podria mover á voluntad suya. En una palabra, tuvo al parecer el proyecto de agregar á su poder

* Alusion á una historia que trae á la memoria el episodio de Ulises en la caverna de Polifemo.

político el carácter de soberano pontífice de la nueva creencia.

Robespierre en calidad de órgano de la comisión de salud pública trató de desarraigar la impiedad de la nación francesa, en un discurso muy largo i muy fastidioso. En circunstancias de esta especie, echaba mano de aquella lisonga grosera, que era su grande, infalible, i casi única receta para ganarse la popularidad. Principió asegurando á los miembros de la asamblea, que la Francia, por sus luces i sus progresos en la civilizacion, se hallaba por lo menos adelantada doscientos años al resto de la Europa, i que parecia pertenecer, en medio de las demas naciones, á una raza privilegiada. Juzgaba sin embargo que la creencia en la Divinidad no tendria ningun inconveniente. Despues se dejó llevar de su elocuencia, de la que no podemos menos de dar una muestra, para manifestar cuan poco buen juicio es necesario, cuan poco gusto i cuan poco talento, para adquirir la fama de un gran orador, i llegar á ser un dictador de una gran nacion. »Si el país delicioso que habitamos, i que la naturaleza lisongea con tanta predileccion, está destinado para ser la residencia de la libertad i de la felicidad; i este pueblo tan accesible á los buenos sentimientos i á un generoso orgullo, ha nacido para la gloria i para la virtud; ¡ó patria mia! si la casualidad me hubiera hecho nacer en alguna region apartada de tí, no por eso hubiera dejado de dirigir constantes votos al cielo por tu prosperidad, i hubiera llorado al oir la narracion de tus triunfos i de tus virtudes. Mi corazon hubiera

seguido con un ardor infatigable todas las faces de esta fecunda revolucion; hubiera envidiado la suerte de tus hijos, de tus representantes; pero yo soy frances, soy representante: ¡ó dulce encanto! ¡ó pueblo sublime! ¡recibe el sacrificio de toda mi existencia! ¡Feliz el que ha nacido en tu seno! ¡Mas feliz aun el que puede dar su vida por tu felicidad!"*

Tal era el language que este célebre demagogo dirigia al pueblo sublime del cual podia cortar cincuenta cabezas por dia, i cuya vida i bienes eran tan bien protegidos, que no habia un solo individuo que se atreviese á considerar su sombrero como suyo, ni á responder por diez minutos de la seguridad de la cabeza que le llevaba.

Tambien se estendió mucho acerca de la imprudencia de los adoradores de la Razon, cuya conducta consideraba como prematura; acerca de los ingleses i de Pitt que suponía haber mandado un ayuno general por la destruccion de la religion católica en Francia, lo mismo que llevaban luto por Capeto i su muger. Pero la conclusion de este discurso extraordinario fué una cadena de decretos, de los cuales el primero declaraba que la república francesa reconocia la existencia de un Ser Supremo, en los mismos términos que podia una gran nacion esplicarse para reconocer una potencia de clase inferior. Los demas indicaban

* La lectura de semejantes pobreza oratorias i la narracion de los crímenes que ocasionaron, nos recuerdan la opinion de un doctor mahometano que dijo á Bruce, que el Degial ó Antecristo debia aparecerse bajo la forma de burro, que llevaría tras sí á una multitud de gente en éxtasi, con el encanto de su rebuzno.

la naturaleza del culto, que se debía tributar al gran Ser, que habian restablecido en sus pensamientos estos débiles átomos; i con este objeto, debía consagrarse un dia de cada década á una virtud particular cuya funcion se celebraría con himnos i procesiones, muy semejantes á las del paganismo. El último decreto prevenia que se celebraría una funcion en honor del mismo Ser Supremo, del mismo modo que celebra una nacion con festejos la paz celebrada con una potencia vecina.

La proposicion de Robespierre fué recibida por la convencion con serviles aplausos. Couthon, con un entusiasmo afectado, no solo pidió que el discurso fuese publicado en la forma ordinaria, repartiendo seis ejemplares á cada diputado, sino que fuese traducido el proyecto en todas las lenguas, i derramado por el mundo entero.

La direccion de esta comedia pagana, destinada á sustituir todas las señales exteriores de una piedad razonable, se confió al genio del pintor David, i si la audacia de la blasfemia no hubiera borrado de la memoria del ridículo, podia ponerse en paralelo con la mogiganga ó procesion memorable del orador del genero humano.* Se hizo un censo general de los habitantes de París, que se dividieron en

* ; Pobre Anacarsis Clootz! Habia sido arrojado de la sociedad de los jacobinos como prusiano, como exnoble, i cosa que no era de esperar, como bastante rico para poder ser aristocrata. Su verdadero crimen fué el de haber sido hebertista, i por consiguiente pereció con los gefes del partido. Esta nota acaso está aqui demas, pero Anacarsis Clootz era en verdad un personage inimitable en cuanto á ridículo.

cuadrillas de mugeres ancianas i jóvenes, de viejos i jóvenes, que llevaban ramos de encina i espadas desnudas, asi como los emblemas propios de su edad. Los representantes del pueblo iban delante llevando en la mano espigas de trigo, especeria i frutos, en tanto que Robespierre, presidente suyo, revestido de una especie de manto de púrpura, iba solo delante, haciendo el papel de soberano pontífice.

Despues de haber atravesado muchas calles, cantando malos versos, á los cuales llamaban himno, la procesion entró en el jardin de las Tullerías, se colocó al frente de los fuegos artificiales preparados de antemano, i Robespierre pronunció un discurso enteramente dirigido á los espectadores, i que no contenia oracion ninguna ni invocacion. El reconocimiento de la Divinidad parecia limitarse á la admision de su existencia como un hecho, sin prescribir ningun culto. Apenas hubo concluído de hablar, cuando se puso fuego á algunas figuras que representaban el ateísmo, la ambicion, el egoísmo i otros vicios. Los jóvenes entonces agitaron sus armas, los ancianos les tocaron suavemente en la cabeza, las jóvenes esparcieron flores, i las madres levantaron sus hijos en los brazos, todo ello conforme al programa de David. ¡Toda esta mogiganga se consideraba el acto del arrepentimiento de un gran pueblo que vuelve otra vez los ojos á la Divinidad, cuyo culto habia abandonado i negado su existencia!

Apelo, no al verdadero cristiano, sino á todo filósofo que tenga ideas acerca de la naturaleza de la divinidad, que estén al alcance

de la inteligencia mas comun; ¿en este reconocimiento del Ser Supremo por Robespierre, no hay mas impiedad que en el ateísmo directo de Hebert?

La procesion no produjo ningun efecto señalado en el pueblo, ni escitó ningun sentimiento profundo. Los católicos la vieron con horror; fué objeto de mofa para los hombres de todas las creencias, i para los indiferentes; pero algunos políticos creyeron vislumbrar, bajo el velo de una ceremonia religiosa, proyectos de mucha trascendencia por parte del dictador. Aun en el curso de la procesion, hirieron sus oídos amenazas i dichos, que no pudieron reprimir los amigos de Danton, arrastrados por su resentimiento. Conoció pues que le era preciso volver á recurrir á los asesinatos, i deshacerse de Tallien, de Collot d'Herbois, i de otros, como se habia deshecho de Hebert, i de Danton, ó resignarse á ver sus triunfos abatidos.

El déspota, sin embargo, cuyas miradas hacian temblar á la misma montaña, cuando las lanzaba sobre ella, tuvo miedo á una jóven. Se presentó en casa de Robespierre i pidió hablarle. Cecilia Regnault, que al parecer no llevaba arma alguna. Sus preguntas i modales produjeron sospechas, fué arrestada por los satélites, que en medio del desenfreno i de las blasfemias custodiaban noche i dia la caverna del tirano, mientras que él hacia por dormir tranquilo bajo la proteccion de sus guardias de Corps. Cuando esta jóven compareció ante el tribunal revolucionario, i se la preguntó acerca de su designio, no quiso con-

testar otra cosa, sino que habia querido ver »lo que era un tirano.» Fué como era natural condenada á muerte, i cerca de sesenta personas fueron igualmente condenadas i ajusticiadas como cómplices de una conspiracion cuya existencia jamás llegó á probarse por ningun acto ni palabra. Las víctimas fueron escogidas á la casualidad en las cárceles, en las que habian sido encerrados la mayor parte de ellos muchos meses antes del arresto de Cecilia Regnault,* de la cual se les decia cómplices. Esta conspiracion se ha considerado generalmente como imaginaria é inventada por Robespierre, para representar su persona como amenazada por las tramas de la aristocracia, i adquirir al menos una parte de la importancia que Marat habia adquirido por la accion de Carlota Corday.

Pero un intévalo de algunas semanas produjo una lucha mas séria que lo era este supuesto asesinato. Los terroristas se hallaban divididos entre sí. Las antiguas cuadrillas escogidas de los dias 10 de agosto, 2 de setiembre, 31 de mayo, i otras épocas notables de la revolucion, eran siempre afectas á los jacobinos, i la mayoría de la sociedad de los jacobinos á Robespierre. Esto era lo que constituía su fuerza. Por la otra parte se halla-

* Esta espantosa iniquidad se encuentra en el informe de Courtoix, en nombre de la comision encargada de examinar los papeles de Robespierre. Añadirémos como circunstancia muy curiosa, que por el tiempo de la aventura de Cecilia Regnault, se presentó en un baile de mascarás de Lóndres una muger vestida como Carlota Corday, i que venia, decia, á buscar á Robespierre para hacerle padecer la suerte de Marat.

ban Tallien, Barras, Legendre, Fouche, i otros miembros de la montañá, pero que se acordaban de Danton i temian su suerte. La mayoría de la convencion parecia dispuesta á adoptar cualquiera cosa que la librase del yugo que la oprimia.

Aun el mismo pueblo parecia menos pasivo. Ya no veía con aquel asombro estúpido, ó aquel terror pánico las víctimas conducidas diariamente á la plaza de la revolucion; esta vista, por el contrario, escitaba en él un disgusto que era fácil de notar, i que solo esperaba una ocasion para pronunciarse. Los vecinos de la calle de san Honorato cerraban sus puertas á las horas que pasaba la fatal carreta, i toda aquella parte de la ciudad presentaba la imágen de la desolacion.

Se observó esta mudanza, i el instrumento de muerte fué trasladado á un sitio menos público, á saber, á la barrera del trono, al extremo del arrabal de san Antonio, como si un espectáculo diario de esta especie fuese un descanso interesante para aquellos habitantes. Pero aquel turbulento arrabal habia perdido tambien un poco de su ardor republicano. Las disposiciones de estos hombres habian variado mucho. Veían correr la sangre con tanta abundancia, que habia sido preciso abrir un conducto para darla salida; i sin embargo ni para ellos ni para sus amigos resultaba ventaja ninguna de la muerte de tantas víctimas sacrificadas por ellos, segun se decia. Estas continuas matanzas sin el atractivo del pillage i de la licencia, hubieran acabado por disgustar á un pueblo de verdaderos caribes, á quien

el tribunal revolucionario hubiese provisto abundantemente.

Robespierre veía con inquietud que su popularidad disminuía. Notaba que el terror, por muy poderoso que fuese este resorte, principiaba á perder su influencia en el espíritu del pueblo, é imaginó darle el atractivo de la novedad, cambiando no su sistema sino el modo de aplicarle. Hasta entonces no habia habido suplicios sino por crímenes políticos, apesar de que se hallaba este círculo de culpabilidad trazado de un modo tan vago, i fuese susceptible en caso de necesidad de una estension como la de la ley de los sospechosos, que era bastante por sí sola para asolar un país; pero aplicando la pena de muerte á los crímenes contra la religion i la moral, lo mismo que á los atentados contra la república, Robespierre tenia un medio de disponer de la vida de millares de individuos á quienes no podia atacar por causas políticas, en lo cual encontraba al mismo tiempo la ventaja de justificar el nuevo carácter que queria darse de reformador de las costumbres. Era tambien para él un medio de sustraerse á la penosa necesidad de tirar una línea de demarcacion entre su conducta i la de aquellos antiguos amigos suyos, á quienes juzgaba á propósito sacrificar. No podia decirse menos sediento de sangre que sus socios, pero podia hacer valer mas decencia en sus costumbres. Habia manifestado constantemente templanza i austeridad, i hubiera sido para él un triunfo el poder inmolar á Danton, no por sus crímenes políticos, que no tenian un carácter

diferente de los suyos, sino por sus enormes prevaricaciones, i su grosero desenfreno, que nadie podia echar en cara al austero é incorruptible Robespierre.

Sus agentes subalternos principiaban ya á manifestar mudanza en su conducta. Payan, que habia sucedido á Hebert en el importante empleo de procurador de la municipalidad, habia adoptado tambien una línea muy diferente de la de su antecesor, cuya energía en el estilo consistia en el uso de los juramentos mas groseros, i de las espresiones mas brutales empleadas por la hez del pueblo. Payan, por el contrario, propuso sériamente á la municipalidad un proyecto dirigido á impedir la esposicion, i la venta de las obras escandalosas, i de los gravados de la misma especie, que corrompian la generacion naciente. Existe un escrito de la convencion que anuncia el mismo deseo por parte de su autor Robespierre, i en el cual el uso de los juramentos profanos, i de los nombres sagrados en el language ordinario, es reprobado severamente como inútil i blasfematorio. En el mismo papel se habla de las espresiones indecentes i mal sonantes. Pero como este desenfrenado language habia sido hasta entonces uno de los caracteres distintivos del verdadero descamisado, los legisladores se vieron precisados, para justificar su censura, á suponer que en el principio de la revolucion, los patriótas habian adoptado el language popular, con el objeto de hacer desaparecer la jerga de las clases privilegiadas, i para *popularizar* el language general de la sociedad; pero que conseguido el

objeto, convenia que el language de los republicanos volviese á ser sencillo, varonil i conciso, i al mismo tiempo exento de grosería i de violencia.

Las circunstancias, asi como el tenor de un decreto que vamos á citar, parecen indicar que Robespierre pensaba en representar un nuevo papel, con la esperanza acaso de formar en Francia un partido puritano, favorable á sus miras, como lo habia sido el de los independientes á los proyectos de Cromwell. Hubiera podido entonces agregar la palabra virtud á las de libertad é igualdad, que componia el programa nacional, i por este medio hubiera encontrado pretesto para nuevos crímenes. El decreto fué propuesto por el filántropo Couthon, que con sus suaves modales i una fisonomía afectuosa cuyo efecto aumentaban tambien los sonidos argentinos de su voz, presentó una ley que estendia las atribuciones del tribunal revolucionario, i condenaba á la pena de muerte no solo á todos aquellos que, bajo cualquier aspecto, descuidasen el cumplimiento de sus deberes para con la república, ó ausiliasen á los enemigos de ella, sino tambien á todos los individuos comprendidos en las clases siguientes: á los que hubiesen engañado al pueblo ó á sus representantes; á los que hubiesen procurado inspirar el desaliento para favorecer las intenciones de los tiranos; á los que hubiesen esparcido noticias falsas; á los que hubiesen procurado estraviar la opinion é impedir la instruccion del pueblo, depravar las costumbres i corromper la conciencia pública, ó alterar la pureza de los principios revo-

lucionarios con escritos contrarrevolucionarios, etc. etc.

Es evidente que, comparada á una ley concebida en términos tan vagos, tan generales i tan oscuros, la definicion de los crímenes especificados en la ley contra los sospechosos tenia una precision extrema; que no habia ningun frances que no pudiese ser arrestado por ella, en virtud de una ú otra de aquellas cláusulas formidables, que una espresion suelta ó descuidada, ó la repeticion de una noticia inexacta, podian ser representadas como dirigidas á corromper la conciencia pública, ó á estraviar la opinion; en una palabra que por el mas inocente *lapsus linguæ*, en el language ordinario, podia cada ciudadano hallarse comprendido en uno de los artículos de aquella ley indefinida.

Este decreto resonó en los oídos de la convencion como un eco de muerte. Se vió amenazada de ser diezmada, i observó con espanto que la ley propuesta no hacia mencion de la inviolabilidad de los diputados, antes bien que los diputados que disgustasen, podian ser como cualquier otro individuo, sin que Robespierre tuviese siquiera el trabajo de pedir contra ellos un decreto á sus complacientes hermanos, llevados por fuerza á la carnicería del tribunal revolucionario, no solo por orden de una de las comisiones, sino á requisicion del acusador público, ó tambien de uno de sus colegas de la convencion. Ruamps, uno de los diputados, exclamó con el acento de la desesperacion, que si el decreto pasaba, no quedaba otro recurso á los amantes de la li-

bertad, que el de levantarse la tapa de los sesos.

La ley fué aprobada en la misma sesion á pesar de la oposicion, pero atemorizados los diputados renovaron su ataque al dia siguiente. La medida se volvió á discutir, i para ganar tiempo se restableció la cláusula de los privilegios. Se volvió á la carga en una tercera sesion; despues de violentísimos debates, pasó el decreto sin ninguna de las trabas que chocaban á Robespierre, i se vió dueño del arma fatal en su forma primitiva.

Desde este momento hubo una guerra á muerte, aunque secreta, entre Robespierre i los individuos mas distinguidos de la convention, sobre todo con aquellos que se habian sentado con él en la famosa montaña, i que habian sido partícipes en todos los horrores del jacobinismo. Collot d'Herbois, el destructor de Leon, i el regenerador de la *Commune affranchie* contribuyó á hacer inclinar la balanza contra su amo; i muchos de los individuos de las dos comisiones, que habian sido los órganos de Robespierre, principiaron á discurrir el medio de separarse de un poder, que semejante á la enorme serpiente anaconda,* envolvía en sus roscas, i despues destruía i se tragaba todo cuanto se presentaba á su alcance. No es imposible trazar los progresos sordos de este cisma; pero se dice que el dictador se halló

* La anaconda es una especie de serpiente boa de la isla de Ceylan, que tiene algunas veces treinta pies de longitud, i suficiente fuerza para sujetar i ahogar al tigre, al elefante, etc.

en minoría en la comision de salud pública, cuando pidió la cabeza de Fouché, que se habia marcado en la convencion i en la sociedad de los jacobinos como partidario de Danton. Es cierto tambien que durante las dos ó tres semanas anteriores á su caída no se presentó en la comision, dejando sus intereses en manos de Couthon i de Saint-Just.

Viéndose el astuto tirano en la palestra contra sus antiguos amigos los terroristas, trató de ganarse amigos entre las reliquias de los girondinos, á quienes nada se habia dicho, mas bien por desprecio que por clemencia suya, permitiéndoles ofuscarse entre el partido neutral de la *llanura*, pero que en general votaban por prudencia en favor del partido mas fuerte.

Pero viendo Robespierre que era muy corto el apoyo que le podia prestar esta porcion tímida de la convencion, de la cual nadie hacia caso despues de tanto tiempo, volvió los ojos otra vez ácia sus fieles amigos de la sociedad de los jacobinos. Conservaba en esta sociedad la supremacia, i escitaba siempre los mayores aplausos, cuando hablaba de que un cierto número de diputados habia abandonado la verdadera senda revolucionaria; cuando acusaba la inaccion i la tibieza de las comisiones de salud pública i de seguridad general; por último, cuando se presentaba como un patrióta perseguido, como casi el único apoyo de la causa nacional, espuesto por serlo á los golpes de mil asesinos.

»; Todos los patriotas son hermanos i amigos, exclamó Couthon; i por mi parte llamo contra mí los puñales dirigidos contra Robes-

pierre!—I nosotros tambien!” exclamaron todos los miembros de la asamblea.

Animado Robespierre con estas disposiciones, pidió que se hiciese en la sociedad un espurgo, dirigió sus acusaciones contra Fouché i los demas miembros de la montaña, i se le prometió el apoyo que deseaba.

Los enemigos del dictador entre tanto poseían tambien su palestra especial, en la cual podian con ventaja empeñar escaramuzas que fuesen el prelude de un combate fatal decisivo.

Robespierre conoció que no podia permanecer por mucho tiempo en una situacion que no le ofrecia ninguna garantía de seguridad; que le era preciso ó subir mas arriba ó caer, i que cada insulto, cada amenaza que no era castigada disminuía su poder. Se dice que estuvo vacilante entre la fuga i el combate. Segun el informe de Courtois, se halló entre sus papeles un documento que parecia probar que habia juntado una cantidad de bastante consideracion, i que tenia el proyecto de retirarse, como el célebre Sylva, al fin de su horrible carrera. Era este documento una carta de uno de sus confidentes sin fecha ni firma, i que contenia el siguiente pasage: „Es preciso que hagais uso de toda vuestra destreza para evadiros del teatro sobre el cual vais aun á figurar i abandonarle para siempre. Vuestra elevacion á la presidencia solo será un paso ácia la guillotina, á la cual llegaréis atravesando por medio de un populacho que os escupirá en la cara, como escupió á *Egalité*. Ya que habeis juntado lo suficiente para vivir largo

tiempo con aquellos á cuyas necesidades habeis proveído, esperaré con inquietud que podamos vivir juntos alegremente á espensas de una nacion tan crédula como ansiosa de novedades." Si es cierto que existía un proyecto de esta especie, que por lo demas era bastante conforme con la bajeza de su carácter, es probable que jamas pensó seriamente en los medios de llevarle á ejecucion.

Su destino por último le arrastró ácia la lucha fatal. Se presentó en la convencion, en la que desde algun tiempo no se habia mostrado sino muy rara vez, como el dictador romano, del cual no era sino la parodia, i los nuevos senadores estaban dispuestos igualmente á darle de puñaladas sino hubieran tenido miedo á la popularidad que aun se le suponía, i á la pronta venganza de los jacobinos. El discurso de Robespierre fué amenazador como los primeros silvidos de la tempestad; i él estaba pálido i sombrío como el eclipse que la precede. Habíanse oído sordos murmullos entre el populacho que ocupaba las tribunas i la entrada del salon, i parecia anunciar un segundo 31 de mayo.

El feróz orador principió haciendo el cuadro de sus virtudes, i de los servicios que habia prestado como patrióta, i señaló como enemigos, á aquellos cuyas opiniones eran contrarias á las suyas. Pasó en seguida revista á los diferentes ministros, i habló de sus operaciones respectivas con severidad i desprecio.

Se pidió, como de costumbre, la impresion del discurso; pero entonces estalló una tormentosa oposicion, i muchos oradores pi-

dieron con grandes voces, que antes de dar esta especie de sancion á las imputaciones graves que contenia esta arenga, se trasladase á las comisiones. Robespierre replicó que esto era someter su discurso al exámen de la parcialidad i al juicio de las partes interesadas.

Despues de una discusion violenta, en la cual la convencion se vió sucesivamente dominada por el terror ó por el ódio que inspiraba Robespierre, el discurso se pasó por último á las comisiones; i el orgulloso i feróz dictador pudo ver en el desprecio que se manifestaba por sus opiniones i sus proposiciones, el signo precursor de su caída.

Dió sus quejas á la sociedad de los jacobinos, para depositar, decia, su dolor patriótico en sus virtuosos corazones, único asilo en que podia esperar hallar apoyo é interés. Recordó á los héroes de las diferentes épocas que estaban en derredor suyo, como habian logrado su presencia i sus picas decidir los votos de los trémulos diputados; les hizo presente sus actos de vigor republicano, les preguntó si habian olvidado el camino de la convencion, i concluyó asegurándoles con un tono patético, „que si le abandonaban, se resignaría con su suerte, i que verían con que valor beberia la fatal cicuta.” Asi que concluyó, David le cogió la mano, i arrastrado por su elocuencia, exclamó: „Yo la beberé contigo.”

Se ha echado en cara á este célebre pintor haber negado al dia siguiente lo que con tanto ardor habia proferido la víspera. Pero cuando se espresó con tanta osadía habia mu-

chos diputados que pensaban como él; i si Robespierre hubiese tenido algunos conocimientos militares, ó un verdadero valor, nadie le hubiera impedido aquella misma noche ponerse á la cabeza de una formidable insurreccion de los jacobinos.

Todo el fuego de estos se redujo pues á bulla i amenazas, i se limitaron á echar de su seno á Collot d' Herbois, á Tallien i á otros treinta diputados de la montaña, que consideraban particularmente ligados para hacer caer á Robespierre; esta exclusion fué acompañada de inectivas i aun de golpes.

Collot d' Herbois, que fué uno de los individuos maltratados, se fué directamente á la comision de salud pública, que aun se hallaba reunida, i estaba deliberando acerca del informe que debia presentar al dia siguiente sobre el discurso de Robespierre. Saint-Just, aunque fogoso partidario del dictador, habia recibido de la comision el delicado encargo de estender el informe. Era dar un paso ácia la reconciliacion. Pero la aparicion de Collot d' Herbois, exasperado de los insultos que acababa de recibir, destruyó toda esperanza de concordia entre los amigos de Danton i los de Robespierre. Prorumpió en amenazas contra Saint-Just, Couthon i su amo Robespierre, i se separaron enemigos mortales. Los conjurados desde este momento hicieron todos sus esfuerzos para reunir contra él todas las fuerzas de la convencion, con el fin de que inspirára á la *llanura* temores personales, i escitar la rabia de los de la montaña, contra los cuales dirigia el dictador el cuchillo que su ciega i limitada

política habia puesto en sus manos. Se hicieron circular listas de proscripcion que se decian copiadas del libro de memorias del dictador; verdaderas ó falsas surtieron efecto, i aquellos cuyos nombres estaban inscriptos en aquellas fatales listas, se ligaron contra el enemigo comun. Por último, cada uno de por sí se persuadió de la necesidad de su caída.

Era tan general este sentimiento el dia 9 de termidor (27 de julio de 1794) que faltó poco para que salvase á cerca de ochenta víctimas que llevaban entonces á la guillotina. El pueblo, movido por un generoso impulso de compasion, se reunió; fueron detenidas las víctimas, como si el poder que dirigia aquellos horribles suplicios hubiese perdido su energía, pero aun no habia llegado la hora. El infame Henriot, comandante de la guardia nacional, se presentó con nuevas fuerzas, i el mismo dia de su caída logró llevar al cadalso á aquellas víctimas, inocentes sin duda.

Al entrar Robespierre en la convencion vió á la *montaña* en buen orden, i como sucedió en Roma á Catilina, el banco en el cual acostumbraba sentarse se hallaba enteramente desocupado. Saint-Just i Couthon, Lebas (su cuñado) i Robespierre el jóven, fueron los únicos que se dispusieron á sostenerle. Pero empeñando una verdadera lucha, podia contar con el servil Barrere, especie de Belial de la convencion, el mas vil, pero no el menos hábil de aquellos espíritus abyectos, que con tanta destreza como talento i elocuencia, sabia aprovecharse de las ocasiones, i poseía eminentemente el arte de ser fuerte con los mas fuer-

tes i de colocarse siempre en el sitio mas seguro. Habia un número bastante considerable de diputados dispuestos á seguir á Barrere, como gefe que siempre les llevaba por el camino de la salud, ya que no fuese por el del honor. La incertidumbre de movimientos de esta vacilante cuadrilla, era la que impedia calcular de antemano el resultado de los debates de la convencion durante esta funesta época.

Saint-Just se levantó é informó acerca del discurso de Robespierre en sentido suyo, i no en el de la comision de que le juzgaban órgano. Principió su arenga por el estilo de las de su patrono, i declaró en ella, que aun cuando la tribuna fuese la Roca Tarpeya, no por eso dejaria de cumplir con los deberes de un patrióta. »Voy, dijo, á descorrer el velo. — I yo lo rasgo, exclamó Tallien; el interés público se vé sacrificado por individuos que se presentan aqui para hablar en nombre suyo, i se conducen como si fueran superiores á la convencion.» Obligó á Saint-Just á bajar de la tribuna, i se siguió un violento debate.

Billaud Vareennes llamó la atencion de la asamblea acerca de la sesion celebrada la víspera en la sociedad de los jacobinos. Declaró que Henriot comandante de la fuerza armada de París, era un traidor i un parricida dispuesto á dirigir sus soldados contra la convencion. Denunció al mismo Robespierre como á un segundo Catilina, tan artificioso como ambicioso que llevaba por sistema entretener los zelos i escitar disensiones en la convencion, queriendo sembrar la discordia, no solo entre los partidos, sino entre los individuos, atacar-

los separadamente, i uno por uno echar abajo unos rivales á quienes no se atreveria á mirar cara á cara estando reunidos.

La convencion repetia con aplausos las expresiones mas violentas del orador, i cuando Robespierre subió precipitadamente á la tribuna, cubrió su voz el grito general de: „¡Fuera el tirano!“ Tallien hizo la proposicion de que se formase causa á Robespierre, i de que se prendiese á Henriot, á todo su estado mayor, i á los demas cómplices de la trama que se urdía contra la convencion. Manifestó que se habia encargado de principiar el ataque contra el tirano, i que estaba decidido á darle de puñaladas en el salon mismo, sino tenian los diputados valor para aplicarle la ley. Al decir estas palabras, vibraba un puñal, como para poner en ejecucion su pensamiento. Robespierre hacia esfuerzos por que se le oyese, pero Barrere fué el que obtuvo la palabra; i este hombre versátil i egoísta declarándose contra el feróz dictador, probó que la caída de este era inevitable. Torrentes de invectivas llovieron de todos los puntos del salon contra aquel que poco antes imponía silencio á todos con una sola palabra.

La escena era terrible; pero no carecia de utilidad, cuando se la considera como una crisis extraordinaria, que ponía en movimiento las pasiones humanas de un modo tan singular. Mientras que las bóvedas del salon resonaban en imprecaciones contra Robespierre, por parte de aquellos mismos que hasta entonces habian sido los cómplices, los aduladores, los partidarios, ó al menos los asustados aproba-

dores del demagogo destronado, en aquel caso él mismo, jadeando, echando espumatajo por la boca, muerto de cansancio como el cazador de la fábula que se vé á pique de ser devorado por sus perros, probaba en vano hacer escuchar los siniestros acentos, que en época no muy distante esparcian el terror en la asamblea. Se dirigió á los diferentes partidos para implorar su apoyo i conseguir ser oído. Repelido por los de la montaña, sus antiguos socios, que en aquel momento dirigian la tempestad contra él, se volvió á los girondinos, aunque débiles i poco numerosos, i á los miembros mas numerosos aunque tan débiles, entre los cuales habian buscado asilo; los primeros le repelieron con tedio, los otros con horror. En vano recordó á algunos que les habia salvado la vida, cuando se hallaba á disposicion suya. Esto mismo podia aplicarse á cada uno de los diputados i á cada frances: ¿por que quién habia vivido en Francia por espacio de dos años con otro permiso que el de Robespierre? I sin duda entonces se arrepentió mucho de aquella supuesta clemencia, que le habia estorvado hacer mudos para siempre á los que ahora le aturdian con estrepitosos clamores. Algunos le escuchaban aun con un silencio tímido i cortado, al paso que otros solo le respondian con su indignacion.

Este gran delincuente fué sin duda alguna tratado como lo merecia; pero un historiador ingles no puede menos de hacer observar que se debia haber oído aun al mismo Robespierre. La actitud tranquila, impasible i solemne que la convencion debia á la ley, i se debia á sí

misma, hubiera sido honorífica para ella, i habria dado peso á una sentencia, que no puede considerarse sino como el resultado de la precipitacion con que los vencedores se aprovecharon de la derrota de su enemigo.

No obstante, era preciso darse prisa; i esta necesidad debió parecer en aquel momento de crisis mucho mas urgente de lo que era en realidad. Es preciso achacar mucho de ello á los terrores de las circunstancias, i al espantoso carácter del delincuente. Cuéntase que las últimas palabras que pudo hacer oír, en medio de mil exclamaciones i del ruido de la campanilla que el presidente no cesaba de tocar, palabras que pronunció con el acento mas fuerte que pudo suministrarle su voz naturalmente, chillona, i disonante, turbaron por largo tiempo el sueño de aquellos que las habian oído: »Presidente de asesinos, exclamó con rabia, por la última vez reclamo el privilegio de la palabra.» Despues de estos esfuerzos, su voz se debilitó haciendo pausas, i mientras que profería murmullos interrumpidos, i roncós é inarticulados sonidos, los individuos de la *montaña* gritaban que la sangre de Danton le ahogaba.

El tumulto se concluyó por un decreto de prision contra Robespierre, su hermano, Couthon i Saint-Just. Fué agregado Lebas á peticion suya, i en efecto no le era posible evitar la suerte de su cuñado. Es justo decir que en este momento, i aun despues, manifestó mas energía que los demás. Couthon que llevaba en el seno el perrito en quien empleaba el exceso de su sensibilidad, manifestó su

estado, i espuso, si privado como se hallaba de movimiento i de accion, podia creerse que alimentase proyectos de violencia ó de ambicion. » Miserable, le gritó Legendre, tienes la fuerza de un Hércules para cometer el crimen. » Dumas, presidente del tribunal revolucionario, Henriot, i otros satélites de Robespierre, fueron comprendidos en la misma sentencia.

Los porteros de estrado de la convencion recibieron la órden de apoderarse de la persona de Robespierre; pero era tal el terror que inspiraba su nombre, que vacilaron por un momento, i la asamblea pudo ver en esta predisposicion de sus propios agentes oficiales, un presagio inquietador del efecto que produciría por afuera su decreto. Los acontecimientos que ocurrieron despues, confirmaron al parecer, por algun tiempo, sus temores.

La convencion habia declarado permanente la sesion, i habia tomado todas las precauciones convenientes para echar mano, en caso de necesidad, del apoyo de la gran masa de los ciudadanos, que cansados del reinado del terror querian á toda costa acabar con él. Recibió muy en breve diputaciones de las secciones inmediatas, que protestaban su adhesion á las medidas de los representantes de la nacion, en defensa de los cuales se hallaban armadas i acudian en auxilio suyo: algunas sin duda se hallarían prevenidas de antemano. Pero al mismo tiempo supieron que Henriot, despues de haber dispersado el tropel que se oponia, como hemos dicho, á la ejecucion del suplicio de los ochenta sentenciados, se diri-

gia á la convencion, con un numeroso estado mayor, i con los refuerzos de jacobinos, que habia podido reunir apresuradamente.

Felizmente para la convencion, este comandante de la guardia nacional, de cuya presencia de espíritu i valor dependia acaso en aquel momento la suerte de la Francia, era tan cobarde i estúpido como brutal i feróz. Se dejó arrestar por algunos gendarmas, de la guardia inmediata á la convencion, llevados por dos diputados que en aquella ocasion manifestaron tanta imprudencia como intrepidez.

Los diputados arrestados en virtud del decreto de la convencion, habian sido llevados de cárcel en cárcel, porque los carceleros se negaban á recibir á Robespierre, i á los que habian poblado por tanto tiempo sus oscuros calabozos. Por último, fueron encerrados en una de las piezas de la comision de salud pública. Pero al mismo tiempo se hallaba todo en movimiento en la municipalidad; el corregidor i Payan habian convocado el concejo municipal, i enviado algunos de sus individuos para sublevar los arrabales i hacer tocar alarma. Payan logró con mucha prontitud reunir las fuerzas suficientes para poner en libertad á Henriot, á Robespierre i á los demas diputados arrestados, i los condujo á la casa de Ayuntamiento, en donde se hallaban reunidos cerca de dos mil hombres, la mayor parte artilleros é insurgentes del arrabal de San Antonio, que anunciaban ya su proyecto de dirigirse contra la convencion. Pero el egoísta i cobarde Robespierre no era á proposito para semejante crisis. Parecia confundido i aterrado de lo que habia pa-

sado, i de lo que estaba pasando aun en derredor suyo; ninguna de las víctimas del terror habia sentido tanto su influencia horrible como el déspota, que por tanto tiempo lo habia ejercido. No tuvo la corazonada, aunque no carecia de medios para ello, de derramar dinero; lo cual indudablemente le hubiera asegurado el apoyo de la turba revolucionaria.

La convencion entretanto conservaba la respetable actitud que acababa de tomar repentinamente, i apesar de un peligro tan inminente, cuando supo la evasion de los diputados, i la insurreccion en el Ayuntamiento, espidió inmediatamente un decreto poniendo *fuera de la ley* á Robespierre i á sus compañeros, lo mismo que al corregidor de París, al procurador de la municipalidad, i á los demas individuos de esta corporacion. Al mismo tiempo dió el encargo á doce de sus individuos, los mas resueltos que pudo elegir, de ponerse á la cabeza de la fuerza armada para llevar á debida ejecucion la sentencia. Los tambores de la guardia nacional tocaron llamada en todas las secciones que obedecian á la convencion, al paso que el toque de alarma llamaba á las demas en auxilio de Robespierre i de la municipalidad. Todo al parecer anunciaba una violenta catástrofe, hasta que se vió á la masa del público, i sobre todo á la guardia nacional, declararse contra los terroristas.

La casa de Ayuntamiento se hallaba rodeada de cerca de mil i quinientos hombres; se asestó artillería contra las puertas; las fuerzas de los sitiadores eran muy inferiores en número;

pero sus gefes estaban llenos de valor, i. la noche ocultaba su inferioridad.

Los diputados encargados de esta comision hicieron leer el decreto de la convencion á las tropas reunidas delante de la casa de ayuntamiento. Estas no resistieron á la idea de defender á la municipalidad proscripta, algunas se reunieron con los sitiadores, i otras rendieron las armas i se dispersaron. Los terroristas, entretanto, abandonados á sí mismos, imitaron á aquellos escorpiones, que en medio del fuego dirigen, segun se dice, sus dardos los unos contra los otros i contra sí mismos. Estos hombres infames principiaron á reconvenirse mútuamente del modo mas violento. ¡ Miserable! ¿ eran estos los recursos que tu me habias prometido? ” dijo Payan á Henriot, que se hallaba en un estado completo de embriaguez é incapaz de resolucion i de movimiento; despues agarrando á aquel general revolucionario le arrojó por una ventana. Henriot aun pudo despues de su caída ir arrastrando hasta un arbañal, donde fué hallado despues i conducido en seguida al suplicio. Robespierre el jóven se tiró él mismo por una ventana, pero tuvo la desgracia de sobrevivir: El suicidio, este deplorable recurso del crimen i de la desesperacion, parecia que huía tambien de aquellos hombres desapiadados por tanto tiempo para con los demas. Lebas fué el único que tuvo suficiente serenidad para levantarse la tapa de los sesos de un pistoletazo. Saint-Just despues de haber rogado á sus camaradas que le matasen, probó á hacerlo pero con mano tan trémula que

erró el tiro. Couthon estaba debajo de una mesa vibrando un cuchillo con el cual se hizo muchas heridas en el pecho, pero sin tener la fuerza de llegar con él hasta el corazón. El gefe de los triunviros, Robespierre, tratando de matarse de un pistoletazo, solo logró destrozarse horriblemente la mandíbula inferior.

Así es que se les halló como lobos en su guarida bañados en sangre, mutilados i desesperados de no haber tenido valor para matarse. Robespierre estaba tendido sobre una mesa, apoyada la cabeza en una caja, i su féo i espantoso rostro medio tapado con un lienzo puerco i lleno de sangre que sostenia la mandíbula.

Los presos fueron llevados en triunfo á la convencion, que sin recibirlos en la barra, mandó que se les ajusticiase inmediatamente, como comprendidos en el decreto de *fuera de la ley*. En el tránsito, los que iban en la fatal carreta, i sobre todo Robespierre, fueron maldecidos por los amigos i parientes de tantas víctimas como habian enviado ellos al mismo suplicio. Su herida que tuvo vendada hasta que el verdugo le arrancó el pañuelo, aumentaba su padecer; se le vió pendiente la mandíbula, i los rugidos que daba aquel malvado, escitaron el horror de los espectadores.* Por espacio de mucho tiempo se anduvo enseñando

* No se encuentra en la historia ningun tirano, cuya muerte haya sido tan espantosa, excepto acaso la de Jugurtha.

por las diferentes ciudades de Europa un busto amoldado en su misma cabeza, que horripilaba por su fealdad, i por el carácter de aquel rostro infernal que espresaba los horrores de la agonía.

De este modo pereció Maximiliano Robespierre, despues de haber sido por espacio de dos años el primer personage de la república francesa, que gobernó segun los principios de Nerón i de Calígula. Su elevacion es el acontecimiento de esta especie mas inesplicable que se halla en la historia. Se vió á un tirano de baja estraccion, i de alma la mas vil, gobernar con el cetro del mas espantoso despotismo, á un pueblo á quien su ardor por la libertad habia hecho insoportable la autoridad de un soberano legítimo i lleno de bondad; se vió á un hombre pusilánime i cobarde reinar sobre una de las naciones mas valientes del mundo; por último, bajo los auspicios de un hombre que apenas se atrevía á disparar una pistola, principiaron su carrera de gloria los mejores generales franceses. No tenia ni elocuencia ni imaginacion, pero suplía esta falta con un estilo afectado é hinchado que le hizo ridículo, hasta que circunstancias de otra naturaleza le dieron importancia; i sin embargo este miserable orador triunfó de toda la elocuencia de los filósofos girondinos, i de los terribles talentos que daban á su socio Danton tan grande influencia en una asamblea popular. No es indiferente observar que el hombre que poseyó una autoridad tan grande en una nacion, en la cual los modales graciosos, i el exterior agradable previenen en favor del

sugeto que posee estas prendas, no solo era feo, sino que tambien tenia un aire muy comun, i una presencia torpe i desaliñada; en manera alguna propio para agradar aun cuando lo desease; por último, hombre que hubiera fastidiado sino hubiera inspirado ódio por su fria insensibilidad.

Pero Robespierre, para equilibrar estos defectos, tenia una ambicion insaciable, fundada sobre una vanidad que le hacia á sus propios ojos capaz de elevarse á los mas altos puestos, i que le comunicó osadía en un tiempo en que la osadía era las mas veces el triunfo. A su mal gusto agregaba el énfasis, i á la fácil exageracion de sus arengas, las lisonjas mas groseras ácia las bajas clases del pueblo, que por su parte aprobaban naturalmente como igualmente justos los elogios que se prodigaba á sí mismo. Su prudente resolucion de contentarse con el poder, sin aparentar desear la dictadura ni las señales exteriores, era otro medio de lisonjear á la multitud. Su constante envidia, el instinto de su venganza, diferida á veces, pero siempre cierta, i aquella destreza que á los ojos del vulgo pasa por sabiduría, eran las armas con las cuales combatia á rivales superiores en talento. Se decia que el largo poder de un malvado tan despreciable debia ser la consecuencia natural de la anarquía, i el justo castigo de las extravagancias i de los excesos de la revolucion francesa. La sangre era su elemento, como el de los demas terroristas, pero un antiguo compañero era la víctima que mas le agradaba; en una palabra, su existencia parecia incompatible con la del género huma-

no ; esta idea se ha espresado en los siguientes versos :

*Pasagero , no llores , no , su suerte ;
Pues si viviese te daria la muerte.*

Se puede considerar la muerte de Robespierre como el límite del reinado del terror, aunque sus vencedores fuesen terroristas como él, miembros como él de las dos famosas comisiones, i por consiguiente colegas de su soberanía revolucionaria. Habia entre los *termidorianos*, nombre que se dieron los autores de su caída, nombres tan terribles como el del dictador (para quien el 9 de termidor se convirtió en los idus de marzo). ¿Qué podia esperarse de Collot d' Herbois, el carnicero de Leon ; de Billaud Varennes, de Barras, que habia dirigido los suplicios de Marsella, despues de la pasagera sublevacion de aquella ciudad ; de Tallien, cuyas manos estaban aun teñidas en la sangre de los infelices emigrados cogidos en Quiberon ?

¿Qué se podia esperar de un Barrere, constante apologista de Robespierre, siempre dispuesto á indicar á los tímidos i á los débiles el momento preciso en que su seguridad exigia que se uniesen á los vencedores ? No obstante, á despecho de estas probabilidades propias para desalentar, principiaban á manifestarse, tanto dentro como fuera de la convencion, sentimientos de humanidad, i una necesidad de defensa personal, que crearon una resistencia positiva contra la renovacion de las atrocidades con que habian espantado á la Fran-

cia por tanto tiempo. La caída de Robespierre inspiró el valor de denunciar á sus agentes. Llovieron quejas contra ellos de todas partes. Lebon fué acusado ante la convencion por una diputacion de Cambray; i cuando se presentó en la tribuna para justificarse, fué tratado de verdugo de Robespierre. La imprudencia de este monstruo le sugirió algunos medios de defensa; i cuando se le reconvino por haber llevado al verdugo á comer á su casa, contestó: »Que solo á gentes delicadas podia parecer mal esto, pues que Lequinio (otro proconsul jacobino de horrible memoria) habia hecho á este útil ciudadano compañero de sus diversiones i de su tiempo ocioso.» Confesó con la misma serenidad, que habia hecho estar á un aristocrata por algun tiempo, tendido boca arriba en la posicion ordinaria, con los ojos vueltos ácia la cuchilla suspendida sobre su cabeza, sufriendo la horrible agonía de un hombre que se vé tan proximo al paso de la vida á la eternidad, hasta que acabó de leer la gaceta que acababa de llegar, i que contenia la narracion de una victoria alcanzada por los ejércitos republicanos; este monstruo fué preso, i muy en breve ajusticiado, lo mismo que Heron, Rosigne, i otros agentes de conexiones mas directas con Robespierre. Tallien i Barras hubieran querido que no pasase la cosa adelante, pero llegaban á la convencion acusaciones de la misma especie de todas partes, i una vez hechas públicas exigian su atencion.

Tallien (que se suponía ser el encargado del timon del estado en aquellas críticas cir-

cunstances) manifestaba entonces un cambio total en sus sentimientos, al menos en sus principios fanáticos, i se mostraba mas favorable á la causa de la humanidad. Barras, que como comandante de la fuerza armada, podia ser considerado como el héroe del 9 de termidor, se inclinaba tambien, segun se decia, á los principios moderados.

Dispuestos de este modo á destruir el sistema monstruoso establecido en Francia, i que hubiera sido imposible conservar en vista de los progresos que hacia diariamente la impaciencia de la nacion, Tallien i Barras tenian al mismo tiempo que luchar contra el grito general de venganza; conociendo perfectamente que si habian de averiguarse i castigarse los excesos, la sentencia, como lo dijo Carrier, comprendería á toda la convencion, excepto á la campanilla i á la silla del presidente. Repugnaban los termidorianos tanto sacar á colacion las causas pasadas, que se negaron á apoyar la acusacion general presentada por Lecointre contra las comisiones de salud pública i de seguridad general, en la cual, al mismo tiempo que elogiaba su ataque contra Robespierre, las representaba como íntimamente conexionadas con él, i como cómplices de todos sus crímenes. Pero no era aquella aun la ocasion oportuna de lanzar una acusacion semejante, i fué desechada por la convencion con señales de un disgusto muy pronunciado.

La voz general de la humanidad, sin embargo, exigía una espiacion mas grande por dos años de ultrages. Los termidorianos se resolvieron pues á escoger víctimas entre los in-

dividuos que habian tenido relaciones mas íntimas con Robespierre; pero al mismo tiempo trabajaban en formar poco á poco un partido que, proclamando el principio de amnistía i de olvido, respetaría la vida i los bienes de los administrados (lo cual es considerado en todos los sistemas, como el objeto principal del gobierno civil). Con la mira de consolidar este partido, se abolieron las restricciones de la imprenta, i los literatos distinguidos, condenados al silencio bajo el reinado de Robespierre, recobraron la facultad de ejercer su influencia natural en favor del órden civil i de la religion. Marmontel, La Harpe i otros, que en su juventud habian figurado en la lista de los discípulos de Voltaire, i de los filósofos de la Enciclopedia, abjuraron sus antiguos errores, abogando por la causa de las buenas costumbres i de un gobierno regular.

Realizóse por fin la medida general, esperada por tanto tiempo, que restituía la libertad á tantos millares de individuos, derogando la ley contra los sospechosos, i dejando vacías las cárceles, que no habian sido hasta entonces mas que un escalon para subir á la guillotina. Lo mucho que tenian que contar las víctimas del jacobinismo acerca del interior de las prisiones, la influencia moral producida por la justicia guardada á estos presos, i la reunion de parientes i amigos separados por tanto tiempo, contribuían en gran manera á fortificar á los termidorianos, que se honraban siempre con este nombre. En efecto, se organizó asi en París como en las provincias un partido razonable i moderado. Sin

embargo, no es de estrañar que los presos manifestasen el deseo de que se hiciese justicia, la cual temian mucho ejercer los libertadores, temerosos de que recayese sobre ellos mismos. No obstante, los dos partidos estaban de acuerdo en perseguir las reliquias de los jacobinos.

Estos movimientos ácia el órden i la civilizacion, fueron auxiliados por una fuerza de un género singular i triste. Componíase esta de huérfanos i de jóvenes amigos de las víctimas del terror, en número de dos ó tres mil, que obraban de acuerdo, i se distinguian por un collarin negro, i el pelo cortado, dispuestos como para subir á la guillotina. Este trage se llamaba *á lo víctima*, i era el del luto que indicaba su sociedad. Estos voluntarios no estaban armados ni regimentados, pero formaban una especie de cuerpo franco, siempre dispuesto á combatir á los jacobinos, cuando trataban de escitar insurrecciones parciales con la ayuda de su antigua táctica revolucionaria, i de intimidar á los ciudadanos pacíficos con gritos i violencias. Hubo entre ambos partidos varias escaramuzas con diverso resultado, aunque iban adquiriendo de dia en dia mayor superioridad los valientes jóvenes vengadores.

No obstante, aun existian dos gefes terribles de los jacobinos: que eran Billaud Varennes i Collot d' Herbois, que intentaron muchas veces reanimar la terrible energía del partido. Se habian ligado para derribar á Robespierre, pero con la esperanza de ver suceder á un Amurates otro Amurates, á un jacobino otro jacobino, i en manera alguna para hacer mas len-

ta la marcha del carro de la revolucion, i mucho menos aun para cambiar el carácter de esta. Estos veteranos del terror deben considerarse como separados de aquellos que tomaban el nombre de termidorianos, aunque hubiesen tenido parte en la revolucion del 9 de termidor. Miraban como desertores i apóstatas á Legendre, Lecointre i otros, i sobre todo á Tallien i á Barras, que en el apogeo de su carrera se habian detenido para tomar aliento, i se dirigian por un punto tan distinto del que habian seguido hasta entonces.

Estos verdaderos descamisados trataban de establecer su poder i su popularidad, sobre su antigua basa. Volvieron á abrir la sociedad de los jacobinos, cerrada el dia 9 de termidor. Las bóvedas de aquella caverna revolucionaria volvieron á resonar con nuevas denuncias, por medio de las cuales trataban Vadier, Billaud Varennes i otros, de inmolar á las divinidades infernales á Lecointre, i á todos aquellos que querian envolver á todos los republicanos honrados en las acusaciones dirigidas contra Robespierre i sus amigos. Estas amenazas sin embargo no iban acompañadas de aquellos rayos que solian en otro tiempo ser consecuencia de sus declamaciones. Los ciudadanos podian ya considerarse como seguros en sus casas. Podia un hombre ser tratado de aristocrata, ó de moderado en una sociedad de jacobinos i conservar su cabeza. Efectivamente, los demagogos mas bien trataban de asegurar la impunidad de sus crímenes anteriores, que de cometer otros nuevos. Tenian contra sí el torrente de la opinion, i un incidente nota-

ble, contribuyó mucho para aumentar su influencia i hacerla irresistible.

Los parisienses naturalmente se inclinaban á creer que no podian las provincias presentar ejemplos de desórdenes i de crueldades mas terribles i mas espantosos, que los numerosos suplicios que la capital presenciaba diariamente. Se desengañaron con la llegada de ochenta vecinos de Nantes, acusados de los delitos que se imputaban ordinariamente á los sospechosos, i enviados á París para ser juzgados por el tribunal revolucionario. Llegaron felizmente despues de la caída de Robespierre, i por consiguiente mas bien fueron mirados como oprimidos, i aun como acusadores, que como delincuentes.

Entonces solamente fué cuando París oyó hablar de las atrocidades que hemos referido anteriormente.

Era imposible reprimir la indignacion producida por semejantes horrores. Arrastrados los termidorianos por esta reaccion mas allá de lo que querian, se hallaron en colision con el resto de los jacobinos, con motivo de la acusacion intentada contra Carrier, autor de las inauditas atrocidades cometidas en Nantes. Los gritos de venganza eran tales, que ni aun aquellos mismos que podian tener mayor interés en correr un velo sobre lo pasado podian negarse á tomarla. Durante la causa, se encontraron los termidorianos sobre un terreno muy resbaladizo. Carrier, en efecto, por muy horribles que fuesen sus excesos, podia justificarse con las instrucciones que recibia. Asi es que se presentó una carta al general Haxo

que contenia los pasages siguientes: » Mi plan es el de privar á ese maldito país de todos los medios de subsistencia para los hombres i para las mugeres; en una palabra, *de todo*; de quemar todas las casas, i de esterminar todos los habitantes; haz que no les llegue un solo grano de trigo; te doy para ello la órden mas formal, la mas absoluta. Desde este momento, tu respondes de la ejecucion; en una palabra, nada dejes en ese país proscrito. Haz sacar de Nantes todas las subsistencias, los forrages, todo absolutamente, todo. » Los representantes de la nacion se estremecieron al escuchar estas infernales instrucciones. Sabido es que un loco que en un lucido intervalo oyó la narracion de los crímenes que ha cometido durante su paroxismo, puede penetrarse de la indignacion que merecen. ¡Pero qué profundo sentimiento de vergüenza i de humillacion, debió escitar en el ánimo de los convencionales la defensa de Carrier, cuando este les probó que no habia hecho otra cosa que ejecutar á la letra los decretos de aquella convencion que residenciaba en la actualidad su conducta!

No por esto se vieron menos precisados los convencionales á continuar la causa, aunque recordase circunstancias tan vergonzosas para ellos, i la condenacion de Carrier produjo la discordia entre los termidorianos, i aquellos que continuaban alimentando la violencia de las opiniones revolucionarias.

La sociedad de los jacobinos acogió abiertamente bajo su proteccion al atroz Carrier que ante ella adoptó para su defensa un giro que

le valió aplausos. Confesó sus crímenes, pero espuso en su favor su ardor patriótico, i puso en ridículo la delicadeza de aquellos hombres que examinaban si un aristócrata debia morir de un solo golpe, ó de una muerte prolongada. Tributáronsele grandes aplausos, i aquella sociedad en otro tiempo tan temible, le prometió toda su proteccion, i aun se atrevió á amenazar á los del partido opuesto.

Pero este habia aprendido muy á su costa, que á semejantes amenazas era preciso contestar de otra manera que con la pasiva expectativa de su resultado para que se entretuviesen en reconvenir á hombres para quienes el único argumento bueno era la fuerza.

Tropas considerables de antijacobinos, si asi nos es permitido llamar á aquellos voluntarios de que hemos hablado anteriormente, bien organizados, muchos de ellos mandados por militares, se presentaron á la entrada de los arribales para paralizar los esfuerzos de aquellos de quienes esperaba la sociedad madre auxilio mas eficaz, en tanto que el cuerpo principal de estos jóvenes vengadores se dirigia contra la ciudadela del enemigo i le circunvalaba durante su sesion. Los demagogos hicieron una miserable defensa contra esta especie de violencia popular que habian considerado siempre como arma solo á ellos reservada; i la facilidad con que fueron dispersados, en medio de los silvidos i de la ignominia, hizo ver cuan fácil hubiera sido triunfar del crimen en otras épocas con un poco de resolucion i de armonía. Si Lafayette hubiera atacado francamente la sociedad de los jacobinos, no hubiera experimentado otra

resistencia que la que aquellos jóvenes exaltados tuvieron, i hubiera evitado al mundo una larga cadena de horrores.

Habiendo asi sucumbido los jacobinos en la lucha popular, no podian contar con obtener ventajas en la convencion, i tanto menos, cuanto que á causa del nuevo impulso que se habia dado á la opinion general, parecia aquella asamblea al momento de ver entrar en su seno los restos de los desgraciados girondinos, que cesaban ya de estar fuera de la ley, con las demas víctimas del 31 de mayo. Se difirió la ejecucion de aquella medida, porque propendia á cambiar la composicion de la asamblea, lo que no podia convenir al partido dominante. Pero, en fin, fueron absueltos mas de sesenta diputados, i admitidos de nuevo en la convencion, adonde volvieron despues de las pruebas, que habian considerablemente debilitado en sus cabezas el amor de las teorías políticas.

No obstante, el tribunal revolucionario, colocado cerca del gobierno, pero procediendo con mas legalidad i prudencia que el de Robespierre, hizo un sacrificio á la venganza pública. Lebon, Carrier á quienes hemos citado ya, Fouquier Tainville, acusador público en el reinado de Robespierre, i uno ó dos mas de la misma clase, señalados particularmente por sus infamias i crueldades, fueron condenados i ajusticiados como un holocausto ofrecido á la humanidad ultrajada.

Los termidorianos hubieran deseado, sin duda, detener alli aquella reaccion; pero esto era imposible. Barras i Tallien veían clara-

mente que con toda su prudencia i longanimidad con sus antiguos aliados de la montaña, no podia haber esperanzas de reconciliarse entre sí, i que su mas segura política consistia en desembarazarse de sus contrarios tan pronto i tranquilamente como pudieran. La montaña parecida á la hidra de la fábula, cuyas cabezas volvian á salir con mas fuerza á medida que las cortaban, continuaba gritando contra el gobierno, alarmándole con sus tramas infernales, i agitando la capital con sus intrigas, haciendo mas fácil el buen éxito el rigor del invierno, la escasez i carestía del pan, i por último, el descontento del pueblo. El hambre es el mal que mas siente el pueblo bajo, i cuando se recuerda que Robespierre, con gran detrimento del resto de la Francia, tuvo cuidado de mantener en París el precio del pan mas bajo de un cierto *maximum*, no se estrañaría que la poblacion de París estuviese dispuesta en favor de sus partidarios. Aquellas disposiciones, juntas con las maquinaciones de los jacobinos, se manifestaron con muchos desórdenes.

Ultimamente, la convencion, colocada entre la vergüenza i el temor, conoció la necesidad de tomar una medida enérgica, i nombró una comision encargada de examinar la conducta de cuatro gefes principales de los jacobinos, Collot d' Herbois, Billaud Varennes, Vadier i Barrere. El informe de la comision fué desventajoso, como debia esperarse; no obstante, la convencion se contentó con condenar aquellos cuatro individuos á ser deportados á Cayena. Aquella sentencia encontró mucha resis-

tencia, á pesar de lo suave que era en comparacion de las que desde tantos tiempos habian impuesto á los culpados. Á pesar de todo se pronunció i ejecutó. Collot d'Herbois, destructor de Leon i verdugo de sus habitantes, murió, segun dicen, en un hospital, por haberse bebido de un golpe una botella de aguardiente que le abrasó las entrañas. Billaud Varennes pasaba su tiempo enseñando á hablar á los loros de la Guayana el terrible lenguaje de la comision revolucionaria, i murió miserable.

Se parecian estos hombres á aquellos ateos que desafiaban en términos espresos á la Divinidad para que probase su existencia arrojando sus rayos. No hace la Divinidad mas milagros cuando los pide un blasfemo, que cuando los pide un esceptico; pero antes de morir, tuvieron probablemente tiempo aquellos dos miserables para reconocer que la Providencia, abandonando los malos á su libre alvedrío, los condena, aun en esta vida, á un castigo mas severo que la muerte con que podria castigar en el acto su atrevido sacrilegio.

Un esfuerzo desesperado para insurreccionar el pueblo, concluyó en gran parte la historia del jacobinismo i de la montaña, ó si se quiere, la de aquellos hombres que profesaron las doctrinas populares mas estravagantes que se hayan puesto en ejecucion por un cuerpo político. El hambre que se aumentaba cada dia mas, era uno de sus recursos; i la carestía no solamente de objetos de lujo, sino tambien de los artículos de primera necesidad, les proporcionaba medios fáciles de agitar la parte

descontenta de la poblacion. Les era pues posible escitar una insurreccion parecida á las que muy amenudo habian influído en las fases de la revolucion, i que hubiera podido producir escesos todavia mas terribles.

La contraseña del populacho era: "¡Pan i la constitucion (democrática) de 1793!" constitucion proyectada por los jacobinos, pero que jamás habian intentado seriamente ponerla en práctica. Jamás habia parecido la insurreccion mas formidable por el número de los que acometian, i por el de picas, fusiles i cañones. Los rebeldes atacaron la convencion sin hallar una resistencia eficaz, se precipitaron en la sala, mataron al diputado Ferrand de un pistolazo, i pasearon su cabeza en la punta de una pica por en medio de sus compañeros helados de miedo, i en las calles inmediatas á la sala. Presentaron al presidente Boissy d'Anglas las mociones que querian hacer pasar; pero fueron desconcertados por el valor tranquilo que le hizo preferir su deber á la vida.

La firmeza de la convencion infundió alguna confianza á los amigos del buen orden. Se engrosaron las filas de la guardia nacional, i los insurgentes empezaron á desanimarse; á pesar de su aspecto formidable, fueron dispersados sin hacer muchos esfuerzos. Renovóse el tumulto en los dos dias siguientes; en fin todo el mundo conoció la necesidad de tomar medidas eficaces para concluir para siempre aquellos desórdenes.

Pichegrú, el conquistador de la Holanda, que por casualidad se hallaba en París, se puso á la cabeza de la guardia nacional, i de los

voluntarios, cuyas disposiciones hemos señalado ya en otra parte. Con esta tropa marchó contra el arrabal de san Antonio, que diferentes veces habia vomitado legiones de insurgentes fuerza principal de los jacobinos.

Los habitantes de aquel arrabal inquieto se vieron al fin precisados á rendir sus armas de todo género, despues de haber hecho ademan de defenderse. Se cargaron algunos carros con las picas que muy amenudo habian gobernado los destinos de la Francia; i en adelante fué mas peligroso i dificil llenar el deber sagrado de la insurreccion.

Animado el gobierno con el feliz resultado de aquella medida, instruyó el proceso contra algunos terroristas, que hasta entonces habia acariciado, pero que resolvió castigar, con la mira de consternar á su partido. Fueron arrestados i entregados á una comision militar seis jacobinos, mirados como sus gefes mas feróces, i prevenidos de haber alentado la última insurreccion. Estos eran diputados de la montaña. Seguros de la suerte que les esperaba, tomaron una resolucion desesperada. No tenian entre todos mas que un cuchillo; pero resolvieron servirse de él para quitarse la vida. Uno de ellos se dió una cuchillada en el momento que pronunciaron la sentencia; el segundo le arrancó de la mano moribunda de su compañero se le metió en el pecho, i le pasó al tercero, que imitó aquel ejemplo terrible; era tal la consternacion de los espectadores, que ninguno pensó en arrancarles el arma fatal. Todos tres cayeron sin vida, ó heridos mortalmente, i los demas perecieron en la guillotina.

Considerado el jacobinismo como partido compacto, despues de aquella victoria decisiva, i de la catástrofe de que hemos hecho mencion, no volvió, hablando con propiedad, á levantar la cabeza en Francia, aunque aquellos principios sirvieron siempre para caracterizar, en cierto modo, algunos de los partidos que les sucedieron. Considerados como secta política, no pueden los jacobinos compararse á ninguna de cuantas han existido. En efecto, ninguna ha organizado de un modo regular i constante un sistema de robos i asesinatos contra los ricos, con el objeto de seducir á los pobres, distribuyendo entre ellos los despojos de las víctimas: tienen no obstante alguna semejanza con los sectarios frenéticos de Juan de Leyden i de Knipperdoling, quienes se apoderaron de Munster en el siglo XVII, i cometieron en nombre de la religion, los mismos horrores que los jacobinos en nombre de la libertad. Ambos partidos se condujeron igualmente de un modo singular i opuesto á los principios que promulgaban. Los anabaptistas se abandonaban á todo genero de vicios i crueldades por inspiracion divina, segun decian. Los jacobinos encarcelaron trescientos mil compatriotas suyos á nombre de la libertad, é hicieron perecer doble número á nombre de la fraternidad.

Pero, en fin, empezaba ya la sociedad á tomar su acostumbrado carácter, i los negocios i placeres se sucedian como antes. Mas los placeres se asociaban de un modo extraño i melancólico con los recuerdos de aquel valle de la sombra de la muerte, que parecia ha-

ber atravesado la Francia. Los jóvenes de ambos sexos formaron reuniones de baile que se hicieron muy de moda i que llamaban »bailes de las víctimas.» Para asistir á estos bailes se requería la condicion indispensable de haber perdido un pariente durante el terrorismo. Tenian compuesto el pelo como los desgraciados que subian á la guillotina, i era la contraseña: »Bailamos en medio de los sepulcros.» Solo la Francia, entre todos los países del mundo, hubiera podido ser testigo de los acontecimientos á que aludia aquella asociacion; ninguna otra nacion los hubiera hecho servir para semejante objeto.

Pero ya es tiempo que pasemos del cuadro de su gobierno interior al de sus relaciones exteriores. Bajo este punto se elevaron los destinos de la Francia á una altura tan prodigiosa, que casi es imposible representarse la misma nacion triunfando por todas partes de la Europa coaligada contra ella, alcanzando victorias superiores á cuantas nos cuenta la historia, i viendo al mismo tiempo sus negocios interiores entre las manos de monstruos sanguinarios semejantes á Robespierre. Considerada la república bajo estos dos puntos de vista, se asemejaba al mausoleo de un héroe, adornado de troféos, de urnas i emblemas de la victoria, que cubrian un cadáver corrompido.

CAPITULO X.

RESUMEN DEL CAPITULO X.

OJEADA SOBRE EL ESTADO ANTERIOR DE LAS RELACIONES ESTERIORES DE LA FRANCIA. — SUS GRANDES VENTAJAS MILITARES. — SUS CAUSAS. — EFECTOS DEL LEVANTAMIENTO EN MASA. — GENIO MILITAR DE LOS FRANCESES. — GENERALES FRANCESES. — NUEVAS MANIOBRAS. — TROPAS LIGERAS. — ATAQUES SUCESIVOS EN COLUMNAS. — AMOR DE LOS SOLDADOS Y GENERALES Á LA REVOLUCION. — CARNOT. — INFLUENCIA DE LOS PRINCIPIOS FRANCESES EN LOS PAÍSES CONQUISTADOS POR SUS ARMAS. — LA MUERTE DE ROBESPIERRE CONCLUYE LA REVOLUCION. — REFLEXIONES SOBRE LO QUE VA Á SUCEDER.

CAPITULO X.

Puede decirse de la victoria lo que el satírico ingles ha dicho de las riquezas, que el cielo la mira con indiferencia cuando se considera cuales son muchas veces sus instrumentos. Al mismo tiempo que los gefes del gobierno frances negaban la existencia de la di-

vinidad, parecia que la Providencia favorecia con especialidad á sus ejércitos. En nuestro primer resumen hemos hecho una rápida pintura de los peligros que corrió la Francia en 1792, i la hemos presentado rodeada de enemigos en todas las fronteras, i defendiendo apenas su propio territorio en ningun punto; en menos de dos años la vemos victoriosa i triunfante por todas partes.

Despues de una série de combates habian perdido los ingleses, en la frontera del nordeste, no solamente la Flandes, hasta donde los vimos avanzar, sino tambien la Holanda, i por último se habian visto obligados á abandonar el continente despues de haber sufrido grandes derrotas. El rey de Prusia habia abierto su primera campaña como el héroe de la coalicion, creyendo que el duque de Brunswich iba á destruir la revolucion francesa con la misma facilidad con que habia destruído la de Holanda. Mas luego que vió que la empresa era superior á sus fuerzas, que se agotaban sus tesoros en una guerra desastrosa, i que se miraba al Austria como el alma de la coalicion, retiró su ejército disminuído por mas de una derrota, é hizo la paz por separado, cediendo á la nueva república la soberanía de todas las partes de territorio prusiano situadas en la orilla derecha del Rhin. Para indemnizarse buscó un campo de batalla mas útil, aunque menos honroso, i concurrió con la Rusia i el Austria á la conquista i última reparticion de la Polonia tan injusta como la primera.

La España, victoriosa al principio de la lucha, habia sido por último tan desgraciada,

que muchas personas miraban su valor i patriotismo como perdidos para siempre. Los republicanos invadieron la Cataluña, tomaron á Rosas, i no habiendo ningun ejército entre los vencedores i Madrid, se vió precisado el rey de España á hacer la paz con los asesinos de su primo Luis XVI, á reconocer la república, i renunciar á la coalicion.

El Austria, gracias al valor de sus tropas, al vigor de sus consejos, i á los talentos de uno ó dos de sus generales, el archiduque Carlos i el veterano Wurmser, habia desde un principio sostenido su antigua reputacion, pero tambien acababa de ceder al ascendiente de los republicanos. Ya hemos visto que la Bélgica estaba conquistada, i la guerra del Austria en las orillas del Rhin era mas bien defensiva que ofensiva.

Por este motivo veía la Francia que la fortuna se declaraba por todas partes en su favor, mientras que tenia que soportar en su interior la mas horrible tiranía. Algunas consideraciones podrán esplicar aquellas ventajas, que por todas partes coronaban los ejércitos de la república, i no eran peculiares á un solo ejército, ni se debian á los talentos de un solo general.

La causa primera i mas poderosa era sin duda la energía extraordinaria del gobierno republicano, que desde el principio echó á un lado todas las consideraciones secundarias, i consagró todos los recursos del país en defenderle. Entonces fué cuando la Francia conoció toda la importancia de la palabra *requisicion*, indicando las necesidades del gobierno, i la

absoluta obligacion de remediarlas. Se imaginó hacer levass en masa; i al derecho incontestable que todo estado tiene de llamar á cada uno de sus súbditos á la defensa de la patria, añadió el gobierno el poder de hacerlos servir para las conquistas.

En el mes de marzo de 1793 se decretó i realizó una leva de doscientos mil hombres; pero un decreto del mes de agosto siguiente organizó un sistema mas colosal de reclutamiento.

Se pusieron á la disposicion del gobierno todos los franceses en estado de llevar las armas. Se dividieron en dos clases; i los mas jóvenes en número de quinientos mil hombres, i mas tarde de un millon, recibieron la órden de marchar. Se dispusieron otros de modo que pudiesen sostener eficazmente los esfuerzos de los primeros. Los hombres casados estaban encargados de preparar las armas i hacer llegar los comboyes, las mugeres de hacer los uniformes, los muchachos de hacer hilas, i los viejos de predicar el republicanismo. Todas las propiedades estaban consagradas á mantener la guerra, todos los edificios á usos militares, todas las armas al servicio público, i todos los caballos, excepto los que eran indispensables para la agricultura, se tomaron para la caballería, ó para los demas servicios de los ejércitos. Los representantes del pueblo estuvieron encargados de hacer marchar las diferentes levass: comisarios temibles, que la pena mas pequeña que conocian era la de muerte. No se admitía excusa alguna para dispensarse del servicio personal, ninguna dilacion, ningun subs-

tituto; se exigia de cada uno individualmente, cualquiera que fuese la clase á que perteneciese, pronta i entera obediencia. Los conscriptos que faltaban á la lista, que se resistian ó se ocultaban, estaban sometidos á las leyes de la emigracion.

Todos aquellos decretos igualmente obligatorios, dieron al gobierno toda la energía de la violencia revolucionaria, i consiguió por este medio levantar i mantener ejércitos dobles de los que tenian sus mas poderosos enemigos; por otro lado, las requisiciones arbitrarias le proporcionaban los medios de dar á aquellas tropas cuanto necesitaban en campaña; de suerte que mientras hubiese en Francia víveres i vestuarios, estaba seguro el soldado de estar mantenido, pagado i equipado.

Con todo eso, es un socorro muy débil, una superioridad numérica obtenida de esta suerte en un país que solo puede oponer una leva en masa compuesta de jóvenes conscriptos sin experiencia, á un ejército inferior en número, pero arreglado i bien disciplinado, cual era el ejército austriaco bajo todos aspectos. Se viene á la memoria en semejante caso la insolente burla de Alarico: »Cuanto mas espesa está la yerba, se corta con mas facilidad;» pero esto no venia al caso para los jóvenes franceses, que adoptan con una singular facilidad las costumbres del soldado. En todos tiempos ha sido popular en Francia el servicio militar, i las conversaciones del anciano en su choza siempre han propendido á engendrar en los muchachos disposiciones guerreras. Su entrada en esta carrera no es para ellos

un paso violento é imprevisto, en una vida en la cual todo seria nuevo i terrible; es el ejercicio de un deber al que todo frances se somete, i con el cual cumple tan naturalmente como lo hicieron su padre i abuelos.

A esta disposicion natural reúne el jóven frances otra calidad la mas apetecible de todas en un soldado. Acostumbrado á una vida dura, al ejercicio, á los recursos de toda especie, es capaz de soportar todas las privaciones. Su alegría natural le hace mirar con indiferencia los peligros, su buen humor le hace sufrido en las fatigas, i la viveza de su espíritu i de su imaginacion le distrae i le ayuda á tolerar las vicisitudes de una vida errante. En caso de necesidad es cocinero, obrero, ó cualquiera otra cosa. No son menos aptos sus talentos para una guerra activa. Valiente en el ataque, comedido en la retirada, es el soldado frances el mejor de todos los soldados del mundo, i cuando llega la ocasion, manifiesta un grado de inteligencia i un conocimiento de su oficio que harian honor á militares de una clase superior en otros ejércitos. Si precisamente no es muy amigo de beber agua, no por esto tiene tanta pasion á la borrachera como el soldado inglés; i este solo puede tal vez oponer á las numerosas ventajas de su rival, aquella resolucion i obstinacion tenáz en el combate, que le hace reiterar, sostener i prolongar sus esfuerzos, cualquiera que sea su inferioridad con respecto al número i á las demas circunstancias.

El frances, tal cual acabamos de pintarle, no sufría mucho por la violencia que le ar-

rancaba de sus hogares: tenemos desgraciadamente en nuestra marina un ejemplo evidente del poco efecto que surte en el hombre la obligacion de un servicio peligroso. Se deja, pues, comprender fácilmente que en el estado de estrechéz en que se hallaba la Francia, cuando se ofrecian á su vista espectáculos tan tristes; cuando estaban cerrados todos los recursos de la carrera civil, i no podian tener ningun atractivo para una nacion cuyo territorio era un vasto campo; se deja comprender, decimos, que un jóven debia aprovecharse con gusto de la ocasion de sustraerse al espectáculo de desolacion que tenia ante sus ojos, para correr la suerte de la muerte ó del ascenso, que era mas seguro que los demas, i ademas de esto muy honroso. Semejantes reclutas eran un semillero admirable de oficiales. La abolicion de la antigua distincion de las clases habia abierto la misma carrera para todos: luego en la mezcla, el que mas lo merece es el que se hace notar i que logra los grados. El voto de los soldados no dejaba de influir en aquel punto, i regularmente no le dá sino al que él mismo ha visto obrar. Los gefes revolucionarios, crueles en sus venganzas, recompensaban con generosidad, i casi con extravagancia, i no economizaban el oro, el hierro, los honores i las denuncias, para escitar los generales á la victoria, ó meterles miedo de las consecuencias de una derrota. Aquella ley inexorable que jamas perdonaba los reveses, aquella multitud de ocasiones que ofrecian todos los recursos posibles á una ambicion honrosa, hicieron abortar una raza de generales cual el mundo no ha visto jamas tan

ilustres, ni en tan gran número; tal fué el mismo Bonaparte; tales fueron Pichegrú i Moreau, destinados á ser sacrificados á su fortuna; tales eran los mariscales i generales llamados para participar sus ventajas i colocarse mas tarde al derredor de su trono como los paladines al derredor del de Carlomagno, ó como los campeones bretones i armóricos en derredor de la mesa redonda del hijo de Uther. Igualmente se formaron en las primeras filas que reclutó la inhumana conscripcion, Murat cuya elevacion i caída podrian ser un corolario de las de su cuñado; Ney, el valiente de los valientes; el tranquilo i penetrante Macdonald; Joubert, á quien faltó muy poco para hacer el papel de Bonaparte; Massena, el niño mimado de la victoria; Augereau, Berruyer, Lannes, i otros muchos, cuyos nombres electrizaron los soldados franceses, como el sonido de la trompeta.

Entre aquellos competidores en la carrera de la fama, algunos, tal como Macdonald, eran de la escuela antigua; otros como Moreau, salian de la vida civil; un gran número pertenecian á las últimas clases, i eran aun mas directamente los hijos de la revolucion.

Pero al mismo tiempo que aquella catástrofe destruía las barreras de la categoria i del nacimiento, habia quitado todos los obstáculos que hubieran detenido las ventajas de casi todos aquellos hombres distinguidos; la mayor parte se habian adherido naturalmente á aquel nuevo orden de cosas que abria un vasto campo á sus talentos.

Reclutados i mandados de este modo los ejércitos franceses, estaban sometidos á una disciplina análoga á su composicion. Ni el tiempo ni las circunstancias permitian sugetar los soldados nuevos á todas las menudencias algo pedantescas de la antigua escuela. Dumouriez dió el ejemplo haciendo ver que podia aplicarse con ventaja el principio de la revolucion al arte mismo de la guerra, i que para equilibrar la desventaja entre las nuevas levás i los veteranos que tenian que combatir, era preciso emplear las reglas mas sencillas de la estrategia. Los talentos medianos jamas dejan de dar á la rutina igual importancia que á las cosas esenciales, i de juzgar con la misma severidad un descuido en el porte como una mala maniobra. Los generales franceses se manifestaron hombres de talento, triunfando, en el momento del peligro, de todas las preocupaciones de una profesion que tiene su pedanteria como todas las demas, i modificando la disciplina segun el carácter de sus reclutas, i la urgencia de las circunstancias.

Reformaron lo que era muy añejo en el manejo de las armas, conservando solo el pequeño número de movimientos necesarios para el uso del fusil i de la bayoneta. Simples maniobras reemplazaron á las que eran complicadas i difíciles de ejecutar; aflojando en la precision, se contentaron con formar prontamente las líneas i columnas i mantener el orden en la marcha. Se aumentaron igualmente las tropas ligeras hasta un número mucho mas considerable, i se introdujo en fin en la táctica una innova-

cion que contribuyó mucho á multiplicar las victorias.

En la enumeracion de las causas que esplican las cosas de los republicanos, es preciso no olvidar la razon moral..., el interés que inspiraba á los militares el objeto de la guerra. Ninguna clase debia á la revolucion un porvenir mas dichoso, á escepcion tal vez de la de los paisanos. Se aumentaba su sueldo al mismo tiempo que su importancia. Para ningun soldado estaba cerrado el acceso á los mas altos grados, i muchos de ellos llegaron á obtenerlos. Massena habia sido tambor, i Ney husar; muchos otros se elevaron de la mas baja condicion al mando de los ejércitos. Semejante régimen ofrecia al soldado grandes dulzuras, sobre todo cuando le comparaban al sistema vigente en tiempo de la monarquía, segun el cual las preocupaciones del nacimiento estaban en continúa oposicion con el mérito, el plebeyo no podia elevarse mas alto de los grados inferiores, i las primeras dignidades estaban esclusivamente reservadas para la alta nobleza.

Pero ademas de las recompensas que la república aseguraba á los soldados que la servian, habia todavía para ellos un encanto irresistible, cual era el de la victoria. Sus ventajas i el botin que se seguia, les fijaban bajo sus banderas, i engruesaban sin cesar sus filas. ¡*Viva la república!* fué un grito de guerra tan caro á los ejércitos como lo fué antiguamente el de ¡*Montjoie Saint Denis!* i el estandarte tricolor remplazó al oriflamo. El desórden, la opresion i los horrores de la revolucion, afec-

taban poco á los soldados. Oían decir que habian guillotinado ó preso á sus padres; pero el soldado renuncia á los intereses del mundo, como los frailes;* i mientras que juega con su enemigo al juego terrible de la vida ó la muerte, casi no tiene tiempo para pensar en lo que ha pasado en su país natal durante su ausencia. Todo cuanto sabian de los asuntos interiores, lo aprendian por los pomposos discursos de la convencion, siempre llenos de elogios de las tropas, i por los de los representantes cerca de los ejércitos, que empleaban todos los recursos de la lisonja i de las liberalidades para conservar ácia sí la afeccion de los soldados tan necesaria para su salvacion. Lo lograban tan bien, que en el tiempo de la república, la adhesion de los soldados á aquel nuevo orden de cosas, les condujo muchas veces á abandonar sus generales favoritos, cuando se hacian sospechosos á los feroces democrátas.

Los generales sufrieron frecuentemente bien asi como los ciudadanos, los rigores de la república, la cual los hacia prender ó ajusticiar del modo mas irregular, i sin ningun motivo ni pretesto. No por eso se abatia el ardor de los demas. Si el gobierno revolucionario guillotinaba, tambien pagaba, prometia i recompensaba; i en medio de los hazares de la vida militar, era muy poca cosa el temor á la guillotina en comparacion del riesgo, del

* De este modo supo Moreau al siguiente dia de una de sus mas brillantes victorias, que habian guillotinado á su padre.

acero, i de las balas.* El valor i la ambicion repararon poco en sus suertes, que por otro lado se equilibraron con la confianza que cada individuo tenia en su estrella. Los generales condenados se conformaban con su suerte, como uno de los accidentes de la guerra, i no por eso dejaba de estar bien servida la república.

Con aquellos talentos, aquellas opiniones i aquella conducta, no necesitaban para sacar partido los ejércitos republicanos, ó por mejor decir revolucionarios, mas que el talento superior del célebre Carnot, oficial de ingenieros, i probablemente uno de los primeros tácticos del mundo. Siendo miembro de la terrible comision de salud pública, han pretendido para justificarle, que no tenia parte en sus atrocidades, encerrándose en el ministerio de la guerra que sus compañeros le abandonaban enteramente. El solo componia en su comision la oficina militar, correspondia con los generales, i dirigia los movimientos de los ejércitos, como si le inspirase la victoria misma. Desde luego se atrevió á reclamar las fronteras naturales de

* La suerte era una cosa muy sencilla. Refiere madama de La-Rochejacquelein que habiendo caído en manos de los insurgentes el general Quétineau, quien se habia conducido con mucha humanidad en la guerra del Vendée, Escurre su general en jefe, le aconsejaba que no volviese á París. "Estáis libre, le decia, podéis ir; pero os suplico que os quedéis con nosotros. Sois de diferente opinion, por eso no debeis pelear. Quedad prisionero bajo vuestra palabra; todo el mundo os tratará bien. Si os volveis con los republicanos no os perdonarán esta capitulacion que era indispensable. — Señor, respondió Quétineau, si me quedo con Vms. dirán que soy un traidor. Quiero probar que he cumplido con mi obligacion; seria deshonorado si pudiesen suponer que he tenido inteligencia con el enemigo."

la Francia, el Rhin, los Alpes i los Pirineos, estableciendo por principio, que todo cuanto pertenecia á las demas potencias dentro de aquellos límites, debia devolverse á la Francia como habiéndoselo usurpado. Su genio ejecutó lo que su ambicion habia concebido: la Bélgica hizo parte de la república francesa; la Holanda formó un pequeño estado democrático dependiente de la gran nacion, de quien era, digamoslo así, una obra avanzada; los austriacos fueron arrojados del Rhin; el rey de Cerdeña echado de la Saboya; en fin, se vieron realizados planes que jamás se habia atrevido á soñar Luis XIV. La comision no contrarió jamás los planes de Carnot, i este por su parte, si es que jamás abrigó en su seno semejante sentimiento, evitaba todo cuanto tenia aire de desaprobar la direccion de los negocios interiores: sin embargo, su habilidad i su prudencia no impedian que el infernal Robespierre le vigilase, como la serpiente que no aparta la vista de su víctima. Este no podia pasarse sin Carnot, que fijaba la victoria en la bandera tricolor; pero se sabe que un gran revés hubiera comprometido mucho su cabeza.

Es necesario reconocer igualmente, que á pesar de que los ejércitos franceses estaban adictos á la república, i siempre dóciles á la direccion de un individuo de la comision de salud pública, jamas ejecutaron en toda su estension las órdenes atróces relativas á la guerra de esterminio. Un decreto de la convencion prohibió hacer prisioneros ingleses; pero jamás pudo conseguir que los soldados franceses se prestasen á una medida tan escandalosa, i que

hubiera agravado mucho los horrores inevitables de la guerra. En efecto, cuando se piensa del modo con que entonces se gobernaba la Francia, parece que la humanidad se habia desterrado de las ciudades i de la estancia ordinaria de la paz, para refugiarse en los campos en medio de los combates.

Una parte de nuestro objeto, que aqui no podemos tratar sino por encima, es el favor con que los pueblos atacados por los franceses recibian sus doctrinas políticas. Los republicanos anunciaban la guerra á los palacios, i la paz á las cabañas. Se han visto comandantes de plaza que se han dejado corromper con la promesa de que se quedarían con la tesorería de su guarnicion; del mismo modo los franceses ofrecían al populacho el pillage de los nobles del país, para obligarles por esto, sino á favorecerlos á lo menos á no combatirlos. De esta suerte sus principios precedían siempre á sus ejércitos. Cada estado vecino contenía un partido favorable para la Francia, que adoptaba con alegría los principios de la libertad i de la igualdad. Aquella disension intestina privaba á los gobiernos de los países invadidos del sentimiento de sus fuerzas, i paralizaba sus medios de defensa. Los franceses eran recibidos muy amenudo á la vez como conquistadores i como libertadores; i casi todos los reyes enemigos, privados de la ventaja inapreciable de hallarse apoyados por la adhesion de sus vasallos, se vieron reducidos á sus tropas arregladas. Por lo demas, no tardaron mucho en advertir los habitantes de los países conquistados que los frutos del pretendido árbol

de la libertad se asemejaban á los que crecen, segun dicen, en las orillas del mar muerto, hermosos á la vista, pero de un gusto picante i amargo.

Vamos á concluir aqui nuestro bosquejo de la revolucion francesa. La decadencia del reinado del terror principia con la muerte de Robespierre. Si volvemos la vista ácia los cambios sucesivos que hubo desde la convocacion de los estados generales hasta el 9 de termidor, apenas hallamos un momento en el cual haya habido alguna suerte favorable para establecer un gobierno de duracion. Las tres constituciones de 1791, 1793, i 1794, obra de los constitucionales, jirondinos i jacobinos, eran tan incapaces para detener el carro revolucionario, como las malezas para la piedra que se despeña desde lo alto de una montaña. Todos los juramentos, todas las circunstancias que podian solemnizarlos, no impidieron que cada una de aquellas constituciones concluyese por figurar únicamente en el papel. La Francia, pues, no tenia en 1794 i 1795 ni constitucion ni administracion regular. El resto de aquella convencion que constituía el gobierno no continuaba sus tareas sino porque la crisis la habia sorprendido en su puesto; no gobernaba sino por medio de comisiones provisionales, cuyos decretos aprobaba implicitamente, i eran los verdaderos dueños de la Francia bajo el nombre de la convencion.

No obstante, desde el principio de aquellas escenas estrañas, habia perdido la Francia su rey, su nobleza, su culto, su clero, sus tribunales, sus magistrados, sus colonias i su

comercio. La mayor parte de sus hombres célebres, habian sido víctimas de la proscripcion, i la guillotina habia segado sus mas elocuentes oradores. La Francia no tenia ya hacienda; solo la costumbre parecia prestar todavia alguna fuerza á los últimos vínculos de la sociedad. La Francia no tenia mas que un recurso poderoso, i un medio enérgico para dirigir la accion; sus ejércitos i su ambicion: semejante á un enfermo, que en su delirio se ha despojado de toda su ropa, i no tiene en sus manos mas que la espada ensangrentada con que ha herido á los que se han esforzado para detener sus furores. Jamas se habian visto sucederse acontecimientos tan grandes sin que de ellos resultase un órden fijo, ó por lo menos la esperanza de conseguirle.

Los hombres tranquilos decian muchas veces que no podia durar aquel estado de cosas inaudito, en el cual todo parecia pasajero. Despues de la muerte de Robespierre sobre todo, se creyó ver síntomas de cambio; los que habian conducido aquel suceso ejercian el poder que les habia proporcionado sin ninguna garantía de que duraria. Debian su conservacion mas bien á la envidia de los dos partidos opuestos que á su confianza. Las víctimas del gobierno revolucionario no podian mirar á los termidorianos mas que como jacobinos regulares, quienes, cómplices de todos los excesos del terror, empleaban su poder en proteger á los autores. Por otro lado, algunos revolucionarios que todavia apreciaban los vínculos de la fraternidad jacobina, no podian perdonar á Tallien i Barras, el haber disuelto las

sociedades de los jacobinos, desterrado á Collet d'Herbois i Billaud Varennes, i ajusticiado á otros muchos patriotas; en una palabra, haber abolido el régimen revolucionario. En el hecho, si sufrían la dominacion de aquellos dos hombres, no era sino porque hallaban un abrigo contra la reaccion de que se veían amenazados por los moderados. No parecia imposible que las cosas quedasen en aquel estado de incertidumbre, ni que la fantasma del gobierno ocupase mucho tiempo la escena. Pero ¿quién debía remplazarle? ¿Podia esperarse ver á un pueblo, despues de haber sufrido tanto con las innovaciones, volver por último á sus antiguas ideas, para llamar pura i simplemente, con ciertas condiciones á sus príncipes desterrados de su seno? Permitiria el cielo que se arrojase una nueva faccion de revolucionarios para volver á principiari el curso de sus venganzas? ¿Iba el poder supremo á ser patrimonio de un soldado atrevido como Cesar, ó de un político astuto como Octavio? I estaba destinada la Francia á humillarse ante un Cromwel ó un Monck, ó á ser gobernada por un partido de políticos asalariados, por un instituto de filósofos teóricos, ó por una nueva sociedad de jacobinos? Tales eran las reflexiones que ocupaban casi todas las cabezas. Pero solo la Providencia sabía los acontecimientos que iban á representarse en la escena, en la cual estaban fijos todos los ojos con inquietud.



Biblioteca Pública de Soria



71656097 DR 10054 (V.2)



VIDA
DE
NA POLEA

2

DR
10054